

Mi cenicienta

Myriam
González
Britos

Un cuento de hadas diferente

D.J.57

Mi cenicienta

XL



Myrian González Britos

© 2019 Myrian González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición octubre 2019

ISBN:

Nota de la autora

“Nunca dejes que tus miedos ocupen el lugar de tus sueños.”

Agradecimientos

Agradezco a Dios y a mis ángeles en primer lugar.

A mi mejor amiga y lectora número uno, mi madre, a mi padre, a mis hermanos y en especial a mi marido, que todos ellos siempre me han apoyado y animado a perseguir mis sueños...

A Sonia Martínez Gimeno que se ha tomado mucho tiempo en revisar y corregir esta obra.

A mis amigas del alma y lectoras: Jessica Sabio, Patricia Alejandra Celedón Aguilera, Paloma Samanta Jaen, Maritza Gritvaz, Flavia Farias, Teresa Mateo Arenas, Eliz Nathalia Martínez González, Flavia Farias y a todos mis futuros lectores.

«Sin vosotros este sueño no tendría sentido».

Eternamente grata.

Dedicatoria:

Dedico esta novela a la memoria de María Magdalena Aguilera Rivas, la madre de una gran amiga, que, a pesar de las circunstancias, estuvo conmigo durante la creación y corrección de esta historia indeleble .

Patricia

Dieta 1

Dieta del pepino

Desayuno:

1 taza de té verde
1 pepino en rodajas (sin cáscara).

Media mañana:

1 yogurt descremado.

Almuerzo:

Sopa de verduras
(trata de que sea con muy poca grasa y casi nada de aceite). Ensalada de pepinos con lechuga.

Merienda:

1 gelatina de dieta.

Cena:

Ensalada de pepino con vinagre de manzana.

Tengo hambre. Siempre tengo hambre. De día o de noche. En las vacaciones o en los días laborables. Allí está, presente en mi tripa, en mi mente e incluso en mi corazón.

Hambre.

Hambre.

Hambre.

La contraseña de mi móvil es la palabra «Hambre» y mi película favorita es «Juegos del hambre».

Hambre.

Hambre.

Hambre.

Camino por la ciudad absorta en mis pensamientos hambrientos. Hoy me toca la dieta del pepino. Es el único pepino que puedo comer. Emocional y sexualmente hablando.

Pepino.

Pepino.

Pepino.

Tres días comiendo pepinos me hace verlo en todas partes. Las personas tienen cara de pepino. Los perros. Los gatos. Los niños. ¡Todos!

—Hola, Patricia —me saluda la recepcionista de la empresa donde trabajo —, te ves genial hoy.

La imagino con cara de pepino y sonrío.

—Hola, Bernarda.

Cruzo la oficina hasta llegar a mi mesa. Sigo absorta en mis pensamientos. Es verdad lo que dice Paloma, mientras estás a dieta, no tienes tiempo para estresarte, ya que la mayor parte estás pensando en comida y no en tus problemas. ¡Excelente dieta!

—Hola —me saluda Oscar.

Me guiña el ojo. Desde que perdí cincuenta kilos, la mayoría de los chicos de mi trabajo flirtean conmigo, pero no me invitan a salir.

—No muerdo —mascullo—, solo cuando tengo hambre —levanto la ceja —, mmm...

A pesar de haber perdido todos esos kilos en un año y medio de sufrimiento, sigo teniendo un cuerpo de guitarra. Caderas redondeadas y pechos generosos. La diferencia es que, antes, ni en mis mejores sueños, usé talla 42. Para muchas es un número grande, pero para mí, es lo más cerca a la perfección.

—42 en mi mundo es 38 —digo tras encender mi ordenador.

La banda sonora de mi película favorita: «One day», la que sonará en mi boda, irrumpe los parlantes y me hace suspirar hondo.

—Hola —me saluda Andrew.

El hombre más guapo del mundo. Mi jefe y futuro marido de Jenny, la mujer más atractiva de la empresa.

—Hola —le digo con cierta indiferencia.

Años atrás, Nahuel, mi mejor amigo y yo, intentamos conquistarlos cuando rompieron. Hicimos de todo, pero al final, volvieron, se comprometieron y se casarán este fin de año. Lo miro con atención por unos segundos, rememorando lo que me confesó años atrás. ¿Por qué le costaba tanto ser él mismo? Meneo la cabeza en un gesto negativo. Por su culpa, Nahuel y yo nos separamos. La rabia y la tristeza me invaden.

«Bollito» pienso con nostalgia.

Es su mote cariñoso. Nahuel trabajó aquí por muchos años. Era el encargado de las impresoras y fotocopiadoras. Yo trabajaba con él. Claro, los gorditos siempre trabajaban en las zonas más ocultas de las empresas. Al menos en esta empresa de cosméticos, donde la belleza es primordial. Mi móvil timbra y, por el tono, sé que es él, Nahuel.

Nahuel: Buen día, Bollita.

Es mi apodo cariñoso. Somos fans de los bollos, así que, se nos antojó en aquel entonces usarlos como motes.

Yo: Hola, Bollito.

Miro su foto de perfil y sonrío con nostalgia. Llevamos cinco años y poco sin vernos. Pero no hay un solo día en que no hablemos por el WhatsApp. Bueno, cuando se marchó a su pueblo, al sur, no hablamos por un año y cuatro meses. Casi morí de pena en aquel lapso. Pronto estaréis al tanto de todo, os lo prometo.

—Malú —digo al escuchar la canción «Ahora tú» tras mi banda sonora favorita—, te amo, Malú.

Es mi cantante favorita en todo el mundo. Describe con genialidad al amor y al desamor. Tarareo la canción mientras ordeno mi mesa para empezar mi día.

Antes de ti, no

Yo no creía en Romeos, Julietas, muriendo de amor.

Esos dramas no me robaban la calma, pero la historia cambió.

Pero esta historia me cambió.

*Dicen que se sabe si un amor es verdadero
cuando duele tanto como dientes en el alma.*

*Dicen que lo nuestro es tan sólo pasajero
pero que sabe la gente lo que siento cuando callan.*

*Y ahora tú llegaste a mí, amor
y sin más cuentos apuntas directo en medio del alma.*

*Ahora tú llegaste a mí, oh no
sin previo aviso, sin un permiso, como si nada.*

—Hola.

Jenny acaba de pasar por mí mesa y me saluda con un escueto «hola» sin darme tiempo de contestarle. Está cada día más hermosa. Digamos que si fuéramos animales de corral, yo sería una vulgar gallina de granja muy bien alimentada y ella un pavo real. A mí me comen en cualquier ocasión, a ella solo en fechas especiales.

Nahuel: ¿Cómo va la dieta del pepino?

Emotición de pepino.

—Hmmm —ronroneo—, mi karma pepinal.

Yo: bien, pero juro que, si alguien menciona al pepino una vez más, ¡lo meto en aquel lugar oscuro y apretadito!

Nahuel me envía el Gif de Bart Simpson donde enseña su trasero a los policías. ¡Amo a Bart!

Yo: captaste muy bien la idea.

Emotición sonriente. Nahuel me envía un Gif de Bob Esponja parpadeando con gracia. Sonríó con tristeza. ¡Lo echo tanto de menos!

Yo: ¿Tú cómo estás? ¿Qué tal va tu relación con Sarah?

Nahuel tiene novia. Es una chica de campo: buena, dulce y amorosa, según él. Pero no la ama. Al menos nunca habla de ella con amor. Aunque, siempre están juntos. ¡Casi las veinticuatro horas del día! Me da rabia. Envidia. Y celos. Muchos celos. Meneo la cabeza en un gesto negativo. No quiero recordar el pasado. Me duele demasiado aún.

Nahuel: Cocina tan rico.

¿Está con ella por eso? ¿Por cocinar bien? Miro el mensaje con el ceño fruncido y un enorme signo de interrogación sobre la cabeza. Nahuel, al igual que yo, tiene problemas de peso. Motivo por el cual, años atrás, Jenny lo rechazó. Ella dijo que nunca podría fijarse en él, en alguien como él, en realidad. Paola, la amiga de Jenny y la más cotilla de la empresa, se encargó de que Nahuel lo supiera. Jenny negó a pies juntillas, cosa que siguió alimentando la ilusión de mi amigo.

Nahuel: ¿Cuándo llega el nieto de la dueña?

Pasa a otro tema con agilidad. Siempre lo hace cuando hablamos de Sarah. Alzo ambas cejas al evocar al famoso nieto de la emperatriz de hielo, como llamamos a la dueña del imperio Holmberg. Todas hablan de él, todas quieren conocerlo y terminar en su cama, ya que, además de millonario, según dicen, es soltero y guapo a rabiar.

Yo: No hablan de otra cosa por aquí. Muchas lo vieron en la cena de la empresa, cena a la que no fui por mis malditos cólicos menstruales.

Y es que con Nahuel no tengo secretos ni pelos en la lengua. Somos de esos amigos que se cuentan de todo sin tapujos ni vergüenza.

Yo: Dijeron que es muy parecido a Paul Walker cuando tenía el pelo bien corto. Sexy, serio, antipático, habla poco, observa mucho y tiene un culito de infarto. Palabras de Paloma, no mías.

Nahuel: Como los protagonistas de tus novelas.

Emotición enamorado. Paul Walker siempre será mi gran muso, el dios de mis fantasías sexuales. Todas las novelas románticas que leo, los protagonistas llevan su rostro y su cuerpo de infarto.

Nahuel: Podrías cumplir tu gran fantasía con él.

Enarco la ceja derecha y muerdo el labio inferior para no echarme a reír. Un hombre así no se fija en una mujer como yo, quiero decirle, pero siempre se enfada cuando lo hago, así que, prefiero enviarle un emoticón sonriente.

Nahuel: Ya me contarás, debo volver al trabajo.

Emotición de besos.

Yo: Dentro de dos horas llega el nieto de la jefa para ocupar su puesto en la sala presidencial. Te enviaré una foto.

Emotición de duda.

Nahuel: ¿Has presentado tu carpeta para el puesto de secretaria del nuevo presidente de la empresa?

Pongo cara de circunstancia, en especial cuando Paloma se acerca con un vaso de café y unos bollos de leche. Mentalmente, estoy devorándolos.

—Hola, Patita.

Paloma, mi mejor amiga, copia barata de Shakira, me guiña un ojo antes de sentarse en la silla que se encuentra delante de mi mesa. Su melena rubia y salvaje me recuerda a un nido de pájaros.

«Eres mala» me digo tras devolverle el saludo. Me dice que salude a Nahuel, al Bollito más sexy del planeta. Mi amigo le devuelve el saludo. Le enseño la pantalla de mi móvil. Ella asiente mientras se deleita con el bollo. La miro con deseo, cualquiera pensaría que soy lesbiana, pero miro al bollo, no a ella.

Yo: Presenté, pero no creo que me elijan. Todas desean ser su secretaria y seguro escogerán a la más guapa.

Nahuel me envía un Gif de Garfield poniendo los ojos en blanco. Me rio, ¡es tan ocurrente!

Nahuel: Eres guapa, lista y muy eficaz. ¿Por qué no te tomarían en cuenta?

Ya pasé por ello antes y sé que la historia se repetirá. En el pasado, presenté mi currículum para ser la secretaria de Andrew, pero terminé aquí, en la sección de las olvidadas y rechazadas. Donde hago fotocopias, pedidos y recados

en general.

Nahuel: Debo dejarte, Bollita. Hoy toca revisar a las vacas y a las ovejas. Hablamos por la noche. Besos.

Le envió un par de besos. Adoro a mi amigo. Lo echo de menos. Muero por abrazarlo, por sentir esa tripona contra la mía. Abrazaba tan fuerte. Mi padre siempre me decía que un hombre que aprieta fuerte las manos y abraza con fuerza tiene buen corazón.

—Muero por verte, Nahuel —digo con un enorme nudo en el pecho—, y por otras cosas —acoto con expresión ladina—, no pienses en ello —me reprendo.

Cojo el portarretrato que está al lado del monitor y miro nuestra última foto. La tomamos en un parque de diversiones cerca de un hermoso lago. Nuestro lago. Su pelo rubio y sus dulces ojos azules me dan paz. Deslizo el dedo índice por su cara y evoco sus comentarios peyorativos en contra suya:

—*Tengo la nariz algo puntiaguda y la barbilla muy larga —decía siempre cuando le tocaba la nariz—, y este hoyuelo en el centro de mi mentón está de más.*

Al inicio iba sin barba y se podía ver su hoyuelo. Luego, dejó crecer la barba y lo escondió, infelizmente. Aunque, debo resaltar que, la barba le quedaba muy bien. ¡Era el gordito más sexy del planeta! Y olía tan rico... ¡es que siempre estaba entre sus brazos!

Paloma menciona al presidente de la empresa y me devuelve al presente de golpe. Coloco el portarretrato sobre la mesa y la miro.

—Ya llegó —suelta y abro con exageración los ojos—, Andrew quiere que vayamos a la quinta planta para conocerlo y darle la bienvenida. ¡Chupamedias! —se queja—. Hoy es el día de las grandes rebajas en nuestro centro comercial —recuerda y ambas soltamos un taco—, este año pensaba mancharme la blusa con ketchup —la miro atenta—, mientras me desangraba, tú cogerías las mejores blusas —resoplamos hastiadas.

Niego con la cabeza antes de arreglarme mi larga melena castaña algo encrespada en las puntas. Me aliso la camisa roja y me arreglo el collar negro que me llega hasta el ombligo. La falda negra ajustada resalta mis curvas y mi culo prieto. Tantas sentadillas al fin tienen buen resultado. Aunque, las malditas celulitis y las estrías siguen en sus respectivos sitios. ¡Odiosas!

—Necesito sentir mariposas en el estómago, Paty —me dice con agonía—, llevo años sin sentir las —se toca la tripa—, necesito enamorarme antes de que el corazón se me congele.

La miro con seriedad y le digo lo que mi madre me dice siempre:

—Quédate con el que te haga sentir mariposas en el clítoris —ella me

mira con atención—, ¡lo del estómago es hambre!

Nos echamos a reír.

—¡Tu madre es genial!

Paloma se arregla el escote y yo, impulsada por el consejo de Nahuel, desabrocho dos botones de mi camisa y dejo a la vista mis voluptuosos senos.

—Te odio —me dice Paloma—, yo pagué caro para tener estos melones.

Los míos son naturales.

—Dicen que es muy antipático el nieto de la bruja —comenta Paloma—, casi no sonrío y es muy exigente.

Espero que no me escojan para ser su secretaria. Muchas decían lo mismo sobre su mal carácter. Lo comparan con Miranda, de la película «El diablo viste de Prada».

—Esperemos que sean solo rumores, Paloma.

Entramos en el ascensor y pulso el botón del quinto piso.

—¿Cómo fue tu encuentro ayer, Palo?

Ella me mira con expresión seria, algo bastante inusual en ella. Retira una polvera de color dorado y se pasa un poco de polvo en la cara.

—Bien.

Es un bien tan escueto, un bien en nuestro mundo significa: casi he tenido un orgasmo.

—¿Era pequeño? —suelto tras pasarme un poco de labial.

Ella asiente y enarca la ceja derecha en un gesto de suspicacia.

—Era mediano, pero un poco fino. —Se puso pensativa—, no es que tenga una cueva entre las piernas, pero... —negó con la cabeza—, y luego dicen que el tamaño no importa.

Ambas nos miramos con expresión contrariada.

—Claro —decimos monocorde.

Ella retira algo de su bolso, algo que no sé qué es.

—Es un pene inflable —me aclara—, siempre va conmigo a todas partes —le da un beso—. Cosita linda...

Su gesto me hace reír.

—¿Recuerdas el himno del pene, Patricia?

Evoco una de nuestras comedias favoritas de todos los tiempos: La cosa más dulce con Cameron Diaz. Paloma me mira con picardía.

—Pero fingí muy bien —me dice con una sonrisa—, cuando vi su artefacto le dije maravillada —abre mucho la boca— ¡tu pene es mi perdición!, ¡qué perfecto es!

Empezamos a bailar de un lado al otro de manera muy bien sincronizada.

—¡Qué perfecto es! —exclama—, ¡es majestuoso! ¡Sublime! ¡Inmenso!

Chasqueamos los dedos al ritmo de la canción de: Right Said Fred «*I'm Too Sexy*».

—¡Tu pene es tan hermoso! —digo con efusión—. ¡Oh, por Dios! ¡Tu pene es enorme! ¡Colosal y sensual!

Paloma simula que mete uno en la boca.

—¡Tu pene es un cañón! Y cuando se detona, ¡menudo mogollón!

—¡Tu pene es tan potente y me hace estremecer! —chillo—. ¡Qué potente lo tienes! —simulamos tener un orgasmo—. Sí...

Soltamos un jadeo de placer.

—¡Tu pene es tan duro! —vocea—, ¡el más largo y delicioso seguro!

Llevamos nuestras manos a nuestras caras en un gesto de estupefacción.

—¡No cabe aquí! —decimos al tiempo que colocamos las manos en la boca—, ¡no cabe aquí! —colocamos en el centro de las piernas— ¡no cabe aquí! —meneamos nuestros traseros uno contra el otro.

Nos echamos a reír. Entrechocamos las caderas y luego chocamos los cinco en el aire. Giramos sobre nuestros pies y nos guiñamos un ojo. Estamos locas, definitivamente.

—¡Yeahh!

Mi móvil timbra, es un mensaje de Nahuel. Miro la foto que me acaba de enviar. Él con una vaca. Paloma alarga el cuello y mira la foto, que no es de muy buena calidad, por cierto.

—Se le echa de menos —dice con tristeza—, era tan divertido —mira la foto con atención—. No ha cambiado nada —achica los ojos—, aunque se ve más delgado.

Sigue siendo divertido, quiero decirle, pero la puerta se abre y debemos salir. Miro estupefacta a las mujeres que se encuentran en la sala. ¿Todas tuvieron la misma idea? Había muchos pechos a la vista.

—Parece un desfile —comenta Paloma—, seguro Teresa gana el puesto —la miramos—, es la más zorra después de mí —suelto una risita—, ¡ey! Este es el momento en que dices: ¿tú zorra? ¡Eres casi una monja!

Me rio por lo bajo.

—Ajá.

Ella enarca una ceja.

—Claro, Paloma.

Al cabo de unos minutos, la puerta del ascensor se abre y un hombre muy alto, muy fuerte, muy rubio y de unos ojos casi transparentes sale de él. Parpadeo y trago al tiempo ante semejante dios mítico. Paloma suelta un jadeo.

—¡Joder! —me dice ella—, ¡es súper guapo!

Todas sueltan un jadeo ante semejante hombre. El traje negro impecable y

ajustado realza su cuerpo de ensueño. Pasa a mi lado y me mira, me mira a mí. ¡A mí! Pongo cara de emotición enamorado y asombrado al tiempo.

—Buenos días —dice con una sonrisa de lado.

Su voz es muy grave y ronca, parece estar resfriado o con dolor de garganta. Su perfume flota en el aire y agita la zona central de mi entrepierna. Se gira y me mira. Me mira a mí. ¡A mí! Pongo cara de póker y le digo a Paloma con discreción:

—¿Tengo algo en la cara? ¿Se me corrió el rímel? ¿Mis pestañas postizas se movieron?

Ella me mira con atención.

—Estás hermosa.

Andrew, que pasa a segundo puesto entre los hombres más guapos del mundo, nos presenta a Heinrich Holmberg, el presidente de la empresa y uno de los dueños. Él no sonríe, se limita a mirar a todos y luego nos dedica un escueto saludo. Es frío. Distante. Sexy. Misterioso. Inalcanzable.

—Podéis iros —nos dice Andrew.

Todas se retiran del lugar. Miro al Emperador Júnior con ojos curiosos antes de girar y marcharme. Él le dice algo a Andrew y mi jefe asiente.

—Señorita Aguilera —me dice el señor Holmberg, y mi corazón se esconde detrás de uno de mis pulmones al escuchar su ronca y grave voz—, ¿puede traerme una taza de café?

Me vuelvo y asiento, o eso creo, no estoy muy segura. Creo que mi cerebro se ha congelado.

—¿Yo?

Me mira con intensidad y todos mis vellos, incluso los eliminados a láser, se erizan.

—Sí, usted.

Me mira con mucha seriedad.

—Sí, señor.

Me dirijo hacia la cocina de la planta sin rechistar y pido dos tazas de café a la encargada. La mujer me prepara una bandeja de metal. Me comenta que el nuevo presidente es un verdadero ogro, según le dijo una amiga que trabaja en la sucursal.

—Es bastante antipático —apostilla—, como la abuela.

Todos dicen lo mismo de él.

—¡Y un colirio para los ojos! —acota y me roba una risita—, se le perdona la antipatía solo por eso.

Cojo la bandeja tras agradecerle y la llevo hasta la sala del ogro.

«Anula esa palabra de tu mente» me digo. Golpeo la puerta y él me dice

adelante. Quiero decirle que no me negaría a hacerlo por atrás, pero no me parece muy apropiado mi chiste indecente.

—Permiso —digo y lo miro embobada—, señor.

Él se quita la chaqueta con mucha sensualidad y la cuelga en el perchero de la sala. Andrew le habla sobre algo relacionado con algunos cosméticos para mujeres alérgicas. Él clava sus ojos en los míos y ahora mi pobre corazón está a punto de masticar a uno de mis pulmones. Está hambriento. Lleva años sin ser alimentado.

—Es una gran apuesta al éxito —dice Andrew.

El señor Holmberg me mira. Me observa. Me estudia. Baja la mirada a mi escote y sonrío de lado. ¿Le gusta mi escote eh? Mueve el cuello. Parece tenso. Coge unas bolas de metal de su mesa y empieza a jugar con ellas. Se gira y deja al descubierto su escultural culo. ¡Es un culo digno de ser esculpido y exhibido en algún museo de culos perfectos! Lleva la mano libre a su cintura y mira a Andrew. Luego me mira a mí. Me mira y ladea la cabeza.

—Sin azúcar —me dice con seriedad.

Asiento varias veces y me acerco a la mesa. Coloco la bandeja sobre ella y le alargo la taza con su platito correspondiente. Él me mira de un modo muy intimidador. Bueno, Hannibal Lecter miraba así a sus víctimas. Así que, mejor no me hago ilusiones.

—Gracias, señorita Aguilera.

Mi pulmón derecho cambia de lugar con el izquierdo y apenas puedo respirar. Cada vez que dice mi nombre y apellido, mi cuerpo entero reacciona. Ni las drogas lograrían ese efecto en mí.

—Gracias —me dice Andrew.

Asiento y me dispongo a salir de la sala tras servirle su taza.

—Señorita Aguilera —me dice el señor Holmberg y mis pulmones vuelven a cambiarse de sitio—, ¿puede traerme los últimos informes del mes de la empresa?

Andrew gira hacia mí y me mira. Luego gira hacia nuestro jefe y le dice que aún no habían elegido para la secretaria de la presidencia. Aquel comentario me deja en claro que ya me habían descartado para el puesto. El señor Holmberg me mira con magnitud y las bragas se me caen a los pies.

«Ay, Dios».

—Yo acabo de elegir —dice él con su voz de Thor resfriado—, a la señorita Aguilera.

Y sobre mis bragas, caen mi corazón y mis pulmones.

—¿Yo?

Se levanta de su silla y se arregla la corbata con sensualidad. Mis ojos

miran su entrepierna y una baba imaginaria cae sobre mis bragas y mis órganos.
¡Vaya paquete extra grande!

—Sí, usted.

Se acerca y me alarga la mano.

—Bienvenida, señorita Aguilera.

Cojo su perfecta mano y aprieta con fuerza la mía. Aquello es muy buena señal.

—Gracias, señor Holmberg —digo, nerviosa.

Él me mira con magnitud por unos instantes más.

—¿Puede traerme los informes?

«Puedo traerle al Papa si así lo desea» pienso con jovialidad.

—Sí, señor.

Salgo de la sala con el corazón latiéndome de manera desbocada. Miro el pasillo y como no veo a nadie, empiezo a saltar y mover los brazos hacia arriba.

¡Soy la secretaria del hombre más sexy del mundo! ¡Yo! Cojo mi ramo imaginario y empiezo a lanzar besitos en el aire como suele hacer la Miss Universo. ¡Patricia Alejandra Aguilera es la nueva secretaria del presidente!

Nahuel

Dieta 2

Cinco años antes...

Dieta de la piña

Desayuno:

2 rodajas de piña,
1 yogur desnatado y café con leche desnatada.

Comida:

2 rodajas de piña,
2 filetes de pechuga de pollo a la plancha
y 1 yogur desnatado.

Cena:

2 rodajas de piña,
1 huevo duro
y 1 yogur desnatado.

La piña es una fruta ideal para dieta de adelgazar ya que tiene muy pocas calorías, es rica en fibra, vitamina C antioxidante y enzimas que aportan energía y otras propiedades de la piña.

Meto un trozo de la piña en la boca y lo saboreo con ansia feroz. Dios, el hambre era tanta que, al final, me terminé zampando toda la piña. ¡Dios! ¿Qué hice? Miro las hojas duras de la fruta y, por muy poco, no me las como con algo de mantequilla. ¡Soy un cerdo! La banda sonora triste de la serie Arrow suena desde mi portátil y acentúa mi estado anímico. Me gusta escuchar bandas sonoras al despertarme. Si son tristes, mejor. Me persigno ante el crimen que acabo de cometer.

—Acabas de asesinar a la dieta en lugar del hambre —digo, resignado—. La llevaré al pozo de Lázaro de la serie Arrow.

Soy fan de la serie, claro está. Limpio todo y me dirijo cabizbajo a mi

cuarto. Me visto para ir al trabajo. Cojo mi mochila con el eslogan de Batman y me marcho a la empresa de cosméticos Holmberg, donde curro hace unos tres años. Mi móvil timbra, es mi amiga Patricia.

Patricia: Emotición de Bob Esponja lanzando besos.

Sonríó al evocar la fiesta de disfraces del fin de semana pasado. Yo de Bob Esponja y ella de Patricio. Paloma se disfrazó de Dory. Con ellas siempre me divierto mucho. Con ellas puedo ser yo mismo y sentirme bien, aceptado.

Patricia: Hola, Bollito.

Es mi mote cariñoso, por mi fanatismo por los bollos de leche.

Yo: Hola, Bollita.

Su mote va por lo mismo. Ella me manda un emoticón sonriente y yo uno de corazón.

Patricia: ¿Empezaste la dieta de la piña?

Empecé y terminé, pienso con tristeza. Suspiro hondo antes de subirme al autobús. Una mujer me mira con atención. Soy bastante alto: metro noventa y cuatro, bastante amplio: ciento setenta kilos y bastante rubio, como Bob Esponja. Me mira y me sonríe. No le devuelvo la sonrisa, me limito a pasar y a sentarme. Ocupo casi todo el asiento. Cuando me miran, nunca sé cómo reaccionar.

Yo: Comí toda la fruta y, por muy poco, no me como la planta.

Emotición triste.

Patricia: Yo más de la mitad.

Emotición sonrojado.

Yo: Podemos empezar mañana.

Soy optimista. Ella me manda un emoticón enamorado y yo uno de besos.

Patricia: Hoy no estoy muy bien y la piña pagó el pato.

Patricia está triste, porque está enamorada de nuestro jefe de sección: Andrew Braun. Un hombre de buen ver. Alto, moreno, de ojos verdes y cuerpo atlético. El hombre perfecto, según Patricia y Jenny, esta última, la chica de mis sueños, novia del susodicho, ojos de gato, como lo llama Paloma.

Miro la pantalla de mi móvil y sonrío al ver el Gif de llanto que Patricia me envió.

Yo: ¿Volviste a ver Bridget Jones?

Me envía un audio. Es la canción de Gabrielle: «*Out of reach*», banda sonora de la película en cuestión. Me pongo los auriculares y la escucho.

Patricia: Es mi musa inspiradora y como ella, algún día, encontraré a mi Darcy.

Esbozo una sonrisa apenas perceptible. Todas las mujeres quieren lo mismo, un hombre frío, distante, que las hagan sufrir y luego se enamoren como locos de ellas. ¡Cliché femenino! Yo soy un hombre atento, detallista, romántico,

cocino demasiado bien, pulcro, ordenado, inteligente, divertido, pero gordo. Muy gordo. Mis cualidades anteriores quedan aplastadas bajo mi culo gordo. Un buen corazón no puede competir contra un buen cuerpo.

—No puede —digo entre suspiros.

Entra otro mensaje, es mi abuela.

Abuela: Hola, mi amor.

Mi abuela es súper cariñosa conmigo. Yo la adoro. Soy su único nieto. Su único pariente vivo.

Yo: Hola, abuela. Te echo de menos.

Ella me manda un Gif de una mujer que llora a mares.

Abuela: ¿Cuándo vendrás a Las praderas?

Las praderas es el nombre de su granja.

Yo: fin de año, abuela. Antes me es imposible.

Necesito perder unos veinte kilos antes de ir a verla. Le prometí el verano pasado que bajaría de peso, pero en lugar de ello, subí. Y mucho. Tengo una grave enfermedad incurable que me impide perder peso: Hambre crónica. Siempre tengo hambre. Incluso comiendo, tengo hambre. La contraseña de mi móvil es: Tengo hambre. Todo junto, sin espacios. Mi libro favorito: Comer, rezar y amar. En mi caso, yo rezo para no amar tanto comer.

Abuela: Te esperaré ansiosa, Ricitos de oro.

Resoplo. Era mi mote de niño. Lo odio. Pero odio más: Hamburguesa con patas, el apodo que me pusieron en el trabajo.

Patricia: ¡Tengo una gran noticia!

Emotición de champán y copa.

Yo: ¿Encontraste la fórmula para perder peso comiendo lo que nos gusta?

Emotición de llanto.

Patricia: No, pero sí un incentivo para perder kilos, ¡Andrew y Jenny rompieron!

Mi corazón late, mis tripas laten, mis pulmones laten y mi cerebro late. ¡Todo late! La banda sonora de Rocky: *Going the distance* de Bill Conti resuena en mi cabeza. Aquella noticia me alegra tanto que, soy capaz de bajar del autobús e ir corriendo las dos manzanas que faltan para llegar a mi trabajo. ¡Lo hago, mentalmente! Las palomas empiezan a volar alrededor de mí mientras yo salto con los brazos a lo alto y la boca repleta de risas, hasta que... una de ellas me caga encima.

—Mmm —me digo, enfurruñado—, ¿tenías que estropearlo?

La cagada era la realidad. Jenny jamás se fijaría en mí. Ahora todas las palomas empiezan a picotearme. El sueño se esfumó y volví en mí con un mohín triste.

Patricia: ¡Empieza la operación 42!

Emotición de duda.

Yo: ¿Operación 42? ¿Qué significa?

Emotición de sorpresa.

Patricia: ¡Nuestra futura talla, Bollito!

Es tan optimista. Le envió un guiño y ella un besito. Bajo del autobús y la veo cerca de la puerta del edificio con Paloma. Ambas me balancean la mano con mucha energía. Patricia lleva unas mallas negras, una blusa morada con los hombros caídos y unos zapatos de tacón rojos. Su larga melena está recogida en un rodete y su maquillaje, bueno, le gusta mucho el maquillaje. Paloma... pues... lleva unos vaqueros rojos y una blusa escotada de color negro combinados con unos zapatos de tacones muy altos. El pelo, Shakira hair, como suele decir Patricia, lo lleva suelto y bastante desordenado. Se hizo algo que no recuerdo muy bien qué era, algo de permanente o algo así. Cosas de chicas. A nosotros nos basta con un champú y ya estamos satisfechos.

—Hola, Bollito —me saludan.

Les doy un beso a cada una y ellas me limpian los mofletes tras mancharlos con sus labiales rojos.

—Hola, guapas.

Paloma es la más delgada de los tres. Está ahorrando dinero hace dos años para realizarse unas cirugías estéticas. No es de hacer dietas, así que, según afirma siempre, se quitará la mitad del problema, o sea, la mitad de su estómago.

—¿De qué hablaban antes de mi llegada? —pregunto—. Soy cotilla, lo asumo.

Paloma y Patricia se miran y luego clavan sus ojos en mí.

—Patricia me contaba cómo fue que se ganó el mote de Cenicienta XL en el instituto.

Miro a Patricia expectante. Ella parpadea varias veces consecutivas y no puedo evitar sonreír ante su peculiar gesto de niña inocente incapaz de romper un plato.

—Me lo gané a pulso —dice, orgullosa.

La miro con atención.

—Fuiste la mejor —acoto.

Ella niega con la cabeza y me enseña su puño derecho.

—No. Amenacé a todas las candidatas y así, actúe con Rodrigo, el chico más guapo del instituto —Paloma suelta una risita y me roba la atención—, pero el muy desgraciado me llamó Cenicienta XL frente a todos y en lugar de un beso, le di un puñetazo certero en la nariz.

Paloma y yo nos echamos a reír al ver cómo imitaba los pasos de un

boxeador.

—Pero no pude impedir que todos me llamaran así hasta el último año.

Le doy un beso en la mejilla.

—Mi cenicienta XL —le digo y ella se abraza a mí con fuerza—, te quiero, ¿lo sabes no?

“Ella abraza tan rico”.

—Y yo a ti, Nahuel.

Se aparta de mí y olisquea el aire con expresión de deleite.

—¡Qué olorcito delicioso! —suelta Paloma.

Los tres miramos con atención la panadería a un lado del edificio de nuestro trabajo. Pasamos y miramos el escaparate con ojos soñadores. Suspiramos y ladeamos las cabezas en la misma dirección. Todo muy bien sincronizado.

—Bollos —digo con voz anhelante—, de leche con relleno de chocolate.

Si mi estómago fuera una boca, se relamería los labios. Volvimos a suspirar y ladeamos las cabezas al otro lado.

—Uno no mata —dice Paloma.

Suspiros y el mismo movimiento de minutos atrás al otro lado.

—No —le decimos.

Nos miramos con complicidad y luego a los bollos con voracidad. Asentimos y nos metemos en el local a empellones. El hambre es un tanto tirana.

—Dos bollos —digo con descaro.

No las miro. Tengo vergüenza. Empiezo a silbar con la mirada clavada en el techo. Patricia y Paloma se ríen de mi gesto.

—Dos bollos —dicen ellas y empiezan a silbar también.

Saboreamos.

Suspiramos.

Pedimos dos más cada uno.

Es el fin de la dieta.

El delicioso fin.

Nos dirigimos a nuestros puestos de trabajo algo cabizbajos tras nuestro delito. Jenny me saluda y mi corazón da unas piruetas sobre sí mismo. Mi estómago sube a mi pecho y le da un beso a mi corazón y por muy poco, no lo come, tiene hambre el infeliz. Mis pensamientos son raros. Ando demasiado con chicas.

—Mmm.

Patricia me codea y me sonrío con expresión ladina. Miro a Jenny con ojos soñadores. Es tan guapa, tan perfecta. Tan imposible. Su larga melena rojiza le llega hasta la cintura y se balancea con gracia con cada movimiento suyo. Sus

largas piernas son torneadas y muy blancas. Se gira y suelta una carcajada al escuchar algo que no llego a comprender. Su rostro es aún más hermoso cuando ríe. Sus ojos azules brillan y sus labios carnosos vibran con cada carcajada que se le escapa. Patricia se pone delante de mí y me devuelve a la realidad.

—¿Lo hacemos, Bollito?

Asiento sin saber a qué se refiere específicamente.

—Sí, Bollita.

Y con esta respuesta me meto en el campo de concentración. Patricia es más dura que los nazis con respecto a las dietas y los ejercicios.

—No puedo respirar —le digo tras nuestro primer día de gimnasio—, me voy a morir.

Media hora de bicicleta y tengo ganas de salir corriendo del lugar. Ella y yo estamos acostados sobre el piso, empapados, jadeantes y hambrientos, para variar. Hacer ejercicios abre el apetito.

—Una manzana para los dos —me dice Patricia.

Parte la manzana, que no es muy grande que digamos, y me da mi parte. La como con ansia feroz, incluso el tallito y las semillas. Para eliminar esas calorías, caminamos hasta nuestras casas. Vivimos en el mismo edificio hace un par de semanas. Patricia buscaba uno y daba la casualidad que en el edificio había uno libre.

—Llegamos.

Patricia me dice algo que abrumba mi alma. ¡Nooo!, chillo para mis adentros con todas mis fuerzas. La miro como si acabara de decirme que los vengadores serían obesos en la siguiente entrega.

—Es lo mejor, Bollito.

Entramos en su piso y recogemos todo lo que engorda.

—El espejo y la báscula también deberían ir a la basura —bromeo.

Ella ríe.

—No es mala idea, Bollito.

Miro estupefacto la gaveta de su mesilla de noche, repleta de dulces de todos los tamaños y sabores. Eso sin mencionar la funda de su almohada repleta de pequeñas chokolatinas en forma de corazón.

—Lo de dulce sueños es literal para ti —me mofo y ella me muerde el brazo—, ay —suelto y me froto la parte afectada.

Ella menea la cabeza.

—No tientes a una mujer con hambre, Bollito —me amenaza.

Abre sus armarios y de cada abrigo retira un dulce.

—Es mi sueño —me dice tras coger un vestido rojo escotado—, pero nunca pude usarlo.

Me dio pena.

—Pues ha llegado el momento —la animo.

Ella levanta su blusa y me enseña su tripa abultada, pero mis ojos terminan en sus voluptuosos senos. ¡Madre del amor hermoso! ¡Son hermosos! Ahora, además de estar hambriento, estoy cachondo.

—Necesito perder más de cincuenta kilos, Bollito. ¡Es mucho!

Lo es. Lo sé. Pero Patricia, a pesar de los kilos de más, tiene muy buena figura. Si pierde peso, tendrá la forma de una guitarra. Me gustan las mujeres con curvas. Jenny es delgada, pero tiene unas caderas redondeadas preciosas y muy sensuales.

Supe por Martina, la limpiadora, que Andrew insinuó que estaba gorda y que eso los llevó a terminar. El tipo es muy superficial y Jenny merece a alguien mejor, alguien que la ame tal cual. Alguien como yo, por ejemplo, me dice mi cerebro y sonrío.

—Lo lograrás, Bollita —le digo tras volver al presente.

Luego coge unos peluches y saca de sus pancitas unas chokolatinas. Un pene de goma de color piel cae sobre nuestros pies y nadie dice nada por unos segundos. Lo aparto de mi pie con discreción. Ella me mira algo ruborizada.

—Siempre quisiste conocer a mi novio —me dice y lo levanta—, te presento a Andrewpene.

Miro el consolador y luego la miro a ella. Sin querer, suelto una carcajada y ella mete a su novio en mi boca. ¡No! Tengo tanta hambre que por muy poco no le como. Ahora es ella quien se ríe de mí.

—Nunca tientes a un gordito metiendo cosas en su boca y, mucho menos cuando tiene hambre —le digo y la hago reír aún más.

—¡Eres único, Bollito!

Asiento con una sonrisa picarona en los labios.

—Menos mal o no habría mucho espacio aquí.

Tras recolectar casi diez bolsas de comida no apta para personas a dieta, toca mi piso y quiero salir corriendo con las bolsas y devorar todos aquellos dulces.

—Ahora toca tu piso, Bollito.

La canción triste de Arrow empieza a sonar en mi cabeza mientras nos metemos en mi casa. Patricia es implacable y se mete todo lo mejor de mi nevera y armarios en unas bolsas negras. Deja las verduras y las frutas. Algunos cereales y barritas dietéticas. Quiero llorar, mentalmente lo hago.

—¿Vemos una película tras ducharnos?

Ella me da un beso en la mejilla.

—Sí —digo sin fuerzas.

Después de salir del cuarto de baño y ordenar las bolsas en mi cocina, nos metemos en mi habitación y elegimos una película para ver. Sin palomitas. Sin Coca Cola. Sin chokolatinas.

—Prepararé un delicioso jugo verde —anuncia—, el jugo de Hulk —bromea.

Minutos después me ofrece un vaso.

—Ayuda a adelgazar —me dice con firmeza.

Miro mi vaso de medio litro repleto de jugo verde mientras vemos Shreck 1. Nuestra película favorita en todo el mundo.

—¿Has licuado a Shreck? —bromeo.

Ella se ríe a carcajadas y yo termino riéndome con ella mientras Shreck y Burro se conocen en la película.

—Por la talla 42 —me dice y empuja su vaso.

Aquella noche brindamos con nuestros jugos verdes por la operación 42.

—Lo lograremos, Bollito —me dice.

Asiento y pienso en Jenny, luego en los dulces que vamos a donar a unos niños carentes y por último en los pechos deliciosos de mi amiga.

«¿Eh?» suena la voz de Shreck en mi cabeza. Ese pensamiento me deja sin aire en los pulmones. Bajo la mirada y miro estupefacto mi entrepierna. Cojo un cojín y oculto el resultado de mi último pensamiento.

—Lo haremos, Bollita.

Nuestros estómagos rugen a modo de protesta y volvemos a reírnos.

—¡Callaos! —grita Patricia.

Vuelven a rugir y volvemos a reírnos.

Patricia

Dieta 3

La dieta de arroz

Desayuno:

Crema de arroz dulce
(arroz hervido en mucha agua y batido),
con una pizca de miel
o con una guarnición de frutos rojos.

Almuerzo:

Arroz integral hervido en abundante agua, para ser absorbido casi por completo
(porque incluso el agua de cocción del arroz debe consumirse)
+ un chorrito de aceite de oliva virgen extra
+ una fruta.

Cena:

Sopa de arroz (o quínoa o cebada) cubierta con verduras hervidas por separado.

Salto de alegría y empiezo a imitar los pasos del robot feliz, unos pasos robotizados que Nahuel y yo inventamos cierta vez en una disco. Muevo los brazos y las caderas al ritmo de la canción de Meghan Trainor: «*All About That Bass*» hasta que alguien carraspea a mis espaldas y la canción se raya. Me giro y miro ruborizada hasta el alma a mi futuro jefe, a mi delicioso y misterioso jefe que me mira con atención y una seriedad lacerante.

—¡Una abeja, señor! —le digo, meneando la mano en el aire.

Él se limita a mirarme por unos segundos al tiempo que cruza sus brazos a la altura de sus pechos.

—¿Una abeja? —me dice con suspicacia.

Existe la vaca loca y también la abeja loca, le quise decir, pero ante el bochorno, decido callarme y no meter aún más la pata en aquel lodo. Menea la cabeza y lleva la mano derecha a su sien con una mueca de dolor que me hace suspirar en un acto reflejo. Por muy poco no me ofrezco para hacerle masajes.

—Necesito que me traiga unas aspirinas y un vaso de agua, señorita Aguilera.

Asiento o eso creo, no estoy muy segura al respecto. Él se mete en su sala y cierra la puerta tras echarme una última mirada. Cada vez que me mira de aquel modo, juro por Dios, que mi clítoris boquea como un pez.

«Mmm».

El pobre está hambriento como mi estómago. Lleva años sin probar una buena salchicha o un pepino.

—Pepino —digo con fastidio—, debería meterme uno allí por nombrarlo.

Andrew sale de su sala y me dice que la mesa detrás de mí será mi nuevo lugar de trabajo a partir de ahora. Giro sobre mis pies y miro con expresión bobalicona mi nuevo rincón en la empresa. Una mesa de tamaño considerable, un ordenador moderno, un teléfono con mil botones y muchas gavetas. La terraza a un lado es preciosa y repleta de jarrones con plantas.

—La mesa ya está apta para que la ocupes —me dice él y, por primera vez, desde que lo conozco, no suspiro como una idiota enamorada—, Natalia te enseñará cómo usar el teléfono y el fax.

Él habla y yo lo miro. Es tan guapo, pero, de pronto, las mariposas de mazapán que solían volar en mis entrañas ya no se mueven como antes. Mi corazón es ambicioso, claro está. Ahora quiere al jefe y no solo al empleado.

—Eres tan ilusa —suelto y él me mira con atención—, lo siento —hago una pausa—, estaba hablando conmigo misma —pienso y vuelvo a reírme.

Andrew fija sus ojos verdes en mis pechos y ni siquiera lo disimula. Luego me sonrío de lado y me dice que estoy muy guapa. Mi clítoris resopla. ¡Llevo años esperando por este cumplido! Y cuando llega, nada, absolutamente nada se agita en mi pecho o en mis bragas.

—Gracias, Andrew.

La puerta de mi jefe se abre y él sale de su sala con su chaqueta. Se la pone con mucha sensualidad. Aquel hombre no sabe hacer nada sin ser sexy. Mira a Andrew de soslayo y le pregunta por algún restaurante vegetariano. Andrew le dice que buscará en internet. Mi jefe lo mira con desaprobación como si acabara de cometer un asesinato frente a sus ojos.

—El restaurante de Lola es genial —suelto.

Mi jefe me mira con una sonrisa apenas perceptible en sus labios. De pronto, noto una pequeña cicatriz en el labio inferior, casi cerca de la comisura derecha de su boca. ¿Alguien lo mordió?, pienso curiosa. Luego deslizo mis ojos por el resto del producto. Piel impecable, barba de tres días súper sexy, pelo dorado y cejas bien perfiladas. Mis ojos se clavan en una cicatriz en la barbilla, casi no se ve, pero si acercas el ojo, se nota un poco. Le da un toque aún más sexy. Aire malote. Misterioso.

—Es un buen restaurante —comenta Andrew.

Mi jefe lo mira con atención y cierto reproche. No le cae bien, deduzco por la mirada que le dirige.

—Pronto lo descubriré —señala con una voz muy seria.

Según comentaron por la empresa, antes de su llegada, es un hombre que ama la naturaleza y la soledad. Ama las montañas, los animales, la literatura alemana, la música clásica y la buena comida vegana. Tiene sus ventajas tener una amiga Google como Paloma.

—Perfecto —dice—, ¿nos vamos, señorita Aguilera?

Lo miro. Lo estudio. Lo miro una vez más. ¿Me está invitando a comer con él el primer día que nos conocemos? Salto tan alto que llego al techo y lo agujereo con la cabeza, mentalmente, claro.

—No es una invitación —me aclara y caigo del techo de golpe—, almorzará conmigo esta semana —continúa—, para ponernos de acuerdo con ciertas cosas.

Una comida de trabajo para él, una comida romántica para mí. Las mujeres románticas como yo suelen hacer este tipo de películas independientes y de bajo presupuesto a menudo. Asiento y le digo que cogeré mi bolso en mi antiguo puesto. Él asiente sin abandonar su deje serio. Su seriedad me excita más de lo normal. ¿Será de los que tiran del pelo y araña durante el coito?, me pregunto y todo mi ser se estremece.

—¿Las aspirinas y el agua vienen de otro país? —se mofa con una voz un pelín autoritaria—, señorita Aguilera.

Una patada invisible me hace mover el esqueleto y me dirijo a la sala que parece una mini-cocina del piso. La encargada me da lo que le pido y me pregunta de paso cómo es el ogro.

—Por fuera es precioso —le digo sonriente—, pero es un poco mandón.

Ella asiente y me dice que es el primer día, que con el tiempo las cosas empeorarán. Sonrío. Es lo único que logro hacer ante su comentario. Nunca podrá ser consejera espiritual, pienso mientras me enfilo hacia mi jefe, que se encuentra cerca de la puerta acristalada de la terraza con aire pensativo. Está recostado contra el marco con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿En qué piensa? ¿O en quién?

—Usted —me dice y casi derrumbo el vaso—, pensé que se había ido a Alemania a por las aspirinas, señorita Aguilera.

Y aquel tono de reproche vuelve a sacudirme el corazón. Es tan joven, tan atractivo, pero tan serio y malhumorado. Se acerca y coge varias aspirinas del frasco y las mete en la boca con una sensualidad indescriptible. después bebe un sorbo de agua para tragarlas. Coloca el vaso al lado del frasco en la bandeja y me mira con atención. Parece buscar algo. El color de sus ojos es idéntico a los de Nahuel, pero no tienen su brillo peculiar, no, aquellos ojos eran fríos y distantes.

—¿Nos vamos, señorita Aguilera? —me pregunta con su voz exigente—, la puntualidad es todo para alguien como yo.

¿Caga a las 11:30 a.m. en punto?, pienso con jovialidad antes de dirigirme con él hasta el ascensor. Mi móvil timbra y lo cojo para leer el mensaje de Paloma. El «Pic pic» del Correcaminos suena y me advierte que es ella.

—Cuando esté conmigo, señorita Aguilera —me dice el señor Holmberg en tono severo—, espero que se abstenga usar el móvil —se pone delante de mí y mi pobre corazón suelta un suspiro—, quiero toda su atención —reclina la cabeza y su aliento a menta asalta mis fosas nasales—, ¿lo ha comprendido?

Si fuera una película romántica, él me besaría, pero como no lo es, solo se limita a mirarme. Trago con fuerza. Las puertas se abren y nos despabila de aquel momento súper excitante, al menos para mí. Me cede el paso con caballerosidad y eso me roba un suspiro. Salimos del cubículo metálico rumbo a mi mesa y cojo mi bolso mientras todos mis compañeros lo escanean. Las mujeres babean y lo desnudan mentalmente. Suelo hacerlo, así que, supongo que no soy la única mujer en el mundo que lo hace.

—Adelante, señorita Aguilera.

Me subo al cochazo del jefe y me siento poderosa, hasta que...

—Mierda —suelto al perder el equilibrio en su limusina—, ¡qué

bochorno!

Me siento a toda prisa en el asiento que se encuentra detrás del chófer mientras el señor Holmberg se acomoda en el asiento que está enfrente del mío. Se desabrocha la chaqueta negra y coloca las manos sobre las piernas con aire pensativo mientras sus ojos se clavan en los míos. Nos miramos en silencio. Nadie dice nada. Mi móvil está en silencio. Mi corazón en punto muerto.

—¿Cómo se llama el restaurante, señorita Aguilera?

Su voz es seca y desapasionada. ¡Qué ogro es!

—Al restaurante Lola —le digo al chófer y él asiente tras guiñarme el ojo.

Me siento más poderosa que Megan Fox. Mi jefe me mira con tanta intensidad que el broche de mi sujetador se abre de manera involuntaria. Suelto un grito mental ante ello. No puedo abrocharlo frente a él.

Lo miro.

Lo miro.

Lo miro.

No tiene anillo de compromiso. Tiene unas largas y torneadas piernas. La piel es más bien bronceada, pero no es un bronceado de solárium, sino de playa o tal vez de algún senderismo por las montañas. Los que practican senderismo suelen coger aquel tono que me recuerda a la miel bajo el sol. Su móvil timbra y coge la llamada tras retirar su aparato último modelo de su chaqueta. Habla en alemán. Quizá para que no lo comprenda. Lleva la mano a su sien y hace una mueca de dolor. Supongo que la noche anterior fue agitada y la resaca es el resultado final. Cuelga. Mete su móvil en su chaqueta y le pide al chófer que ponga música. Una melodía triste suena.

—Coloca algo de Bach —suelta de mal humor.

Nunca sonrío. Siempre está serio y pensativo. ¿Qué tiene? ¿Problemas familiares? ¿Dramas emocionales? ¿El corazón roto? Llegamos al restaurante en pocos minutos. El chófer abre la puerta y mi jefe sale. Luego me alarga la mano y la cojo para bajarme.

—Gracias, señor.

Aparto mi mano a toda prisa. Miro al chófer. Morenazo, alto, ojos marrones, labios carnosos y cuerpo interesante. Con tantas ropas es difícil evaluar. El señor Holmberg se abrocha los botones de la chaqueta con un erotismo estremecedor. Mi clítoris boquea una vez más y mis pezones se ponen erectos. Menos mal que no soy hombre, porque nunca podría domar al individuo de mi entepierna ante la tentación.

—Adelante, señorita Aguilera.

Me abre la puerta del local. Es tan atento. Entro en el restaurante y pido una mesa. La camarera nos acerca a la misma y tomamos asiento. El señor

Holmberg coge la carta mientras yo trato de no coger mi móvil y tomarle una foto. La camarera le echa el ojo, ¿quién en su sano juicio no lo haría?

—Como primer plato sopa de pepino —dice y me roba la atención—, y una tarta de carne de soja con ensalada —me mira—, ¿le gusta la sopa de pepino, señorita Aguilera?

Un pepino acaba de entrar en un sitio muy oscuro y apretadito de su cuerpo.

—Pediré la sopa de zanahorias y berenjenas salteadas para el segundo plato —le digo a la camarera—, y zumo de naranja.

Él pide agua. ¿Agua? ¡Por Dios! Tras la comida me gusta algo dulce y, para ello, nada mejor que un buen zumo de naranja o manzana.

—Mañana recibirá mi agenda, señorita Aguilera —comienza a decirme—, la necesitaré las veinticuatro horas del día durante este primer año —asiento mientras me imagino en el altar vestida de novia—, estamos inaugurando dos sucursales más en la ciudad y necesitaré sus servicios a diario.

Me dice que lo acompañaré en cenas, eventos, fiestas y un montón de sitios durante este lapso. Me habla de viajes a Alemania y Estados Unidos como si fueran viajes a la vuelta de la esquina. Luego me dice que debo mudarme a su edificio lo antes posible. Pongo cara de circunstancia. ¿Cuánto sería el alquiler? Él me mira divertido. No sonrío, no, pero cambia el matiz de su mirada.

—No se preocupe por el alquiler, señorita Aguilera —me tranquiliza—, el edificio es mío hace un par de semanas.

¡Toma ya! ¡Es rico como Iron Man, pero misterioso como Bruce Wayne!
«Iron Man» repito.

Mi jefe ya tiene un apodo para las charlas con mis amigos, así nadie sabrá que hablamos de él. Me habla del salario y por muy poco no me pongo a saltar sobre la mesa. ¡Equivaldría a mi salario de un año! ¡Hasta una mamada le hago si me lo pide! Aunque, convengamos, a este tipo le haría gratis. La mesera nos sirve nuestras bebidas correspondientes.

—¿Acepta, señorita Aguilera?

Asiento con firmeza.

—Sí, señor.

Sonríe con la mirada.

—Buen provecho, señorita Aguilera.

Levanta su vaso de agua a modo de brindis y clava sus ojazos en los míos. Una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo y me hace respingar levemente hacia delante.

—Igualmente, señor Holmberg.



Por la tarde, tras limpiar mi mesa anterior y mudarme a la nueva, me marcho a mi casa y al fin puedo hablar con Nahuel. Me ducho y me pongo mi camiseta de Snoopy mientras devoro mi ensalada de atún con arroz integral. Miro mi serie favorita al tiempo que chateo con Nahuel y le pongo al tanto sobre Iron Man.

Nahuel: ¿Iron Man?

Envía un Gif del actor que interpreta a Iron Man haciendo muecas. Le cuento detalle a detalle lo vivido al lado de mi jefeazo.

Nahuel: ¿Tan autoritario y antipático es?

Emotición de duda.

Yo: Es muy serio y exigente. Siempre está con cara de pocos amigos y mala leche. Se enfada con rapidez.

Nahuel manda Gif de Dólares al saber cuánto ganaré cada mes.

Yo: ¡Nunca gané tanto!

Más Gifs de dólares.

Nahuel: Te lo mereces.

Emotición de llanto.

Yo: Espero no fastidiarlo.

Emotición de reproche.

Nahuel: No lo harás.

Emotición enamorado.

Yo: Parece ser un hombre infeliz, me da esa sensación cada vez que lo miro. Es duro a primera vista, pero algo esconde, algo muy doloroso. Ya sabes, soy medio clarividente.

Emotición de suspicacia.

Nahuel: ¿En serio? Bueno, algunas personas cambian ante el dolor. Quizá este hombre pasó por algún trauma horrible. ¿Quién sabe?

Pienso igual que mi amigo. El señor Holmberg tiene el alma rota por algo que le pasó, algo gordo, muy gordo. Busco su página de Facebook y miro embobada su foto de perfil. Está con una camisa blanca, sentado en cuclillas y con una preciosa sonrisa en la cara. Intento hurgar en su página. Pero todo está bloqueado. Solo para amigos y yo no soy su amiga.

Yo: Mañana continúa las aventuras de Iron Man y Peppa Pig.

Gifs de ambos personajes en cuestión.

Nahuel: ¡Me matas con tus ocurrencias!

Emotición de risas. Miro la foto de mi jefe y me pregunto qué hace ahora mismo. ¿Pensará en mí? Sí, tras el incidente del agua en el restaurante y mi afán por secarle la bragueta con la servilleta despertó un lado muy interesante de él.

Nahuel: Tengo absoluta certeza de que está pensando en ti ahora mismo. En tus curvas, en tu dulce mirada y en tus ocurrencias.

Un suspiro profundo se me escapa de lo más hondo de mi ser. Me pregunto si él, mi mejor amigo, también piensa en mí. Meneo la cabeza y descarto esa posibilidad. Si Nahuel pensara en mí, no se habría alejado tanto de mi lado y por tantos años. A pesar de hablar todos los días sin falta, lo echo de menos. Necesito verlo, abrazarlo. En estos cinco años hemos hablado solo como amigos, nada más.

Yo: Un hombre como él no piensa en una mujer como yo.

Emotición sonrojado.

Nahuel: Eres una mujer maravillosa y cualquier hombre pensaría en ti. Incluso Iron Man se enamoró, no lo olvides.

Levanto las cejas a modo de suspicacia.

Yo: ¿Qué me quieres decir?

Emotición de duda.

Nahuel: Nadie llega a la vida de nadie sin una razón. Todo tiene su por qué.

Emotición de corazón. Pienso en Nahuel. En lo que vivimos en el pasado. En lo que no pudo ser. En lo que siempre será él para mí.

Yo: Buenas noches, Bollito.

Nahuel se despide de mí con un emoticón de besos. Enciendo mi ordenador y busco la carpeta de mis bandas sonoras favoritas. La de la película: One day empieza a sonar y me derrite el corazón. Bebo un poco de mi jugo verde y luego salgo a mi balcón. Miro las estrellas y alargo la mano libre. No puedo tocarlas, solo admirarlas, como a mi jefe.

—Buenas noches, señor Holmberg.

Nahuel

Dieta 4

Cinco años antes...

Ingredientes

6 tallos de apio
80 g de guisantes congelados
1 cebolla
2 dientes de ajo
800 ml de caldo de pollo
100 ml de leche evaporada
Aceite de oliva virgen extra
Sal y pimienta
Perejil picado

Preparación:

Ponemos agua a cocer, y añadimos el apio que debe cocerse diez minutos. Ponemos un reloj de cocina para que nos avise, cuando lleven cinco minutos hirviendo añadimos los guisantes.

Las añadimos a la sartén y salteamos en aceite de oliva durante dos minutos.

Verter en un recipiente apto para batidor las verduras y añadir la mitad del caldo de verduras, triturar hasta lograr una crema. Luego añadir la otra mitad de caldo y la leche. Triturar de nuevo y sazonar con sal y pimienta.

Patricia y yo miramos con atención la enorme olla de sopa con algunos trocitos de verduras flotando en ella. Es la sopa de Auschwitz, le digo con sorna y me gano un golpecito en el brazo. Esta semana toca sopa, mucha sopa, tanta que, parece que tengo unos pececillos en mi tripa. Infelizmente, no tengo unos pececillos en mi tripa. Tengo mucha hambre y veo comida en todas partes. Todos comen algo delicioso. Patricia me mira de tanto en tanto desde su mesa.

Patricia: Me comí un borrador sin querer, bueno, no tan sin querer.
Emotición de llanto.

Yo: Me comí un trozo de papel, intencionalmente.
Emotición de llanto.

En el almuerzo, tomamos nuestra sopa y un trozo miserable de pan integral mientras Paloma come una ensalada de atún. Los dos prestábamos más atención a su plato que en el nuestro. En estos momentos comprendo mejor a los zombis de la serie *The walking dead*. Me comería a mis amigas a mordiscos.

—He perdido medio kilo —dice Patricia, abatida—, ¿tanta hambre para eso?

Si le digo que no perdí ni cien gramos la deprimó aún más. Paloma nos aconseja que busquemos ayuda profesional. Le decimos que primero queremos perder unos kilos. Es ridículo. Es como contratar a alguien para que limpie tu casa y tú limpias antes de que llegue para causar buena impresión. Patricia está muy callada aquel día. Parece triste, no hambrienta. No le pregunto, no quiero inmiscuirme en sus cosas, aunque me preocupa verla tan decaída.

—Hoy toca yoga —dice Paloma—, mejor lo hacemos en casa.

El otro día, fuimos a unas clases de yoga y unas chicas dijeron que nunca habían visto a unos hipopótamos ejercitándose. Patricia es una chica muy fuerte, pero aquel tipo de comentarios siempre la dejaban bajoneada. Aunque, debo resaltar que pinchó las ruedas del coche de una de las chicas y luego rayó la pintura con un trozo de metal. Eso sin mencionar los globos con nuestro pipí que lanzamos desde la terraza del lugar. ¡La venganza de los tres cerditos fue letal!

—Anoche me escribió Ricardo —suelta de repente.

Ricardo es el chico que le rompió el corazón el año pasado. La dejó por otra tras decirle que prefería una foca en vez de la ballena. Patricia entró en una especie de burbuja después de ese día. No dejaba que nadie se le acercara, nadie con intenciones amorosas.

—¿Qué quiere ese hijo de puta? —suelto y llamo la atención de todos.

Patricia me mira sorprendida o, quizá, aturdida. Mi lado psicópata suele

aflorar sin querer. Ella recupera el control de sus emociones y me dice que la ha invitado a salir. Paloma le dice que busca un polvo. Yo me limito a tomar mi sopa insípida mientras trato de no decir lo que pienso del tipo. Patricia aún lo quiere, se le nota. Aunque, según Paloma, la carencia nos lleva a cometer locuras. A olvidar nuestra cordura y a pisar nuestro orgullo.

—Piensa bien antes de cometer otro error —le digo, decepcionado—, no merece la pena sufrir por un cabrón como ese.

Me levanto y me dirijo al servicio. Tras el almuerzo volvemos a nuestros puestos. Me concentro en unos pedidos mientras una canción de los 90 suena en mi ordenador. Mi móvil timbra. Cojo y miro el mensaje.

Patricia: Le dije que no.

Emotición sonriente.

Yo: Me alegro por ti.

La miro y le sonrío.

Patricia: Me dijo que a veces es bueno hacer caridad con las más necesitadas.

¡Joder! ¡Qué pedazo de imbécil! La miro apenado. Me parte el corazón cuando la veo triste. A ella o a Paloma. Son mis amigas y quiero que sean felices. Le mando un emoticón triste y ella un beso.

Yo: Algún día será gordo y feo.

Emotición risueño.

Patricia: Feo ya es.

Nos echamos a reír y llamamos la atención de todos, en especial de Jenny. Ella me guiña el ojo y pellizca mi corazón.

Yo: Algún día encontrarás a tu protagonista perfecto.

Emotición de duda.

Patricia: A mis veinte años creía en esas cosas, ahora, a mis treinta y tres ya no. Me conformaría con el mejor amigo del protagonista.

Me río de su comentario.

Yo: Shreck encontró a Fiona.

Eso suena raro. Es raro. Y su mueca lo confirma.

Patricia: ¿Soy Fiona?

No tengo argumento para ello.

Yo: Yo soy burro, claro está.

Nos miramos con atención y, tras unos segundos, volvemos a reírnos.

Yo: Mi abuela siempre me dice: si eres capaz de reírte de ti mismo, podrás reírte de los demás sin drama.

Ahora que lo escribo no tiene mucho sentido. Mi abuela siempre dice cosas tan raras.

Patricia: eres muy buen amigo.

Emotición de corazón.

Yo: Eres la hermana que nunca tuve.

Emotición de besos.

Patricia: Y tú el hermano que nunca tuve.

Me envía la foto del plato de sopa y suelto un gemido de asco. Después de tomar solo sopa estos tres últimos días, mal puedo oler apio. Ella se carcajea a mandíbula batiente y yo termino riéndome con ella...

La vida sin mi amiga sería tan triste y vacía. Como mi estómago en estos momentos.

Patricia

Dieta 5

Dieta de la manzana

Desayuno:

Se desayunan manzanas.

Comida:

Puede ser una ensalada verde, pero sin aceite, sólo vinagre, limón y un poco de sal.

Cena:

Manzanas. Si tienes demasiada hambre se puede añadir pavo o queso desnatado.

Entro en el despacho de mi insufrible y sexi jefe cargada con carpetas. Esbozo una amplia sonrisa al evocar mi última adquisición. ¡El mes que viene iré al concierto de Malú! Doy unos saltitos antes de acercarme al archivero. Coloco las carpetas sobre una mesa e intento abrir una de las gavetas. Como sé que Iron Man no está, me relajo y comienzo a archivar mientras canturreo la canción de Malú: Ahora tú.

—Ahora tú llegaste a mí —ronroneo—, y sin más cuentos, apuntaste directo en el alma...

¡Maldita sea! Comienzo a tironear con fuerza la gaveta. Pero ¡nada! Suelto un taco soez digno de un camionero. Forcejeo una vez más y le doy una patadita tras insultarlo. Alguien posa su mano impecable sobre la mía y pega su cuerpo al mío. Su perfume impregna mis fosas nasales y me roba un suspiro. Es él. Mi jefe.

—Señorita Aguilera —me susurra cerquita del oído.

Esa voz. Tan ronca y tan grave me roba un gemido sin querer. Parece estar siempre resfriado. Con dolor de garganta. Pero no, es su voz.

—Lo siento —digo, azorada—, no consigo abrirla.

«A la maldita desgraciada» pienso con rabia. La carpeta que tengo en las manos se me cae al suelo por el susto.

—¿La puedo ayudar?

Cierro los ojos mientras la canción: Desaparecer de Malú suena en mi iPod. No aleja su mano de la mía y tampoco su cuerpo. Hoy lleva una camisa granate y unos pantalones negros muy ceñidos. Es imposible no fijarse en él. Cada vez que aparece se roba la atención de todos. Su andar felino, su rostro de ángel caído. Su cuerpo definido, su perfume, su voz, su voz, su voz.

—¿Por qué está tan nerviosa, señorita Aguilera?

¿Por qué está tan cerca? ¿Por qué lleva días haciendo cosas como estas? Ayer me arregló un mechón rebelde del pelo con la mirada clavada en mí. Siempre me mira con mucha intensidad. Demasiada intensidad. ¿Flirtea conmigo como me dijo Nahuel ayer? ¡Nah! En mis sueños, quizás.

—No consigo abrirla —repito, nerviosa.

Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Cuando lo tengo cerca no consigo pensar, ni siquiera respirar con normalidad. Nunca sentí esto antes, nunca.

—Siento haberla asustada —añade—. No era mi intención.

Muevo mi cabeza. Él abre el archivero sin problemas y tras ello, sin apartarse de mí un solo centímetro, me susurra al oído:

—Listo, señorita Aguilera.

Su aliento recorre mi oreja y parte de mi nuca, despertando cada vello de mi cuerpo. La canción «De vez en cuando» suena y rellena el silencio que se impuso entre los dos por varios minutos.

—Me gusta esta canción —me dice con los labios apretados a mi oreja—, tiene buen gusto, señorita Aguilera.

Doy un paso hacia atrás y mis nalgas entrechocan con su entrepierna un tanto abultada. ¿Está excitado? Hago cara de monja viendo por primera vez un pene. Me sujeta por los hombros con ambas manos.

—La tengo —susurra con una voz apenas audible y me olisquea el cuello—, huele a vainilla —me dice con la nariz recorriéndome el cuello—, me gusta.

Cierro los ojos y me muerdo el labio inferior cuando apretuja mis hombros con los dedos. Nunca he estado más excitada que en este momento. No es necesario que me desnude o me toque para hacerme sentir cosas que no consigo siquiera definir con palabras.

—Gracias, señor Holmberg —consigo articular.

Trago el nudo de emociones que me cosquillea por todo el cuerpo cuando sus manos terminan en mi cintura.

—De nada, señorita Aguilera —me dice tras exhalar su aliento por mi oreja—, es un placer poder ayudarla.

Me vuelvo lentamente cuando se aparta de mí. Sin pedirme permiso, me quita el pasador que me sujeta el moño y mi pelo cae alrededor de mis hombros.

—La prefiero con el pelo suelto, señorita Aguilera.

Lo miro. Me mira. Y a nuestras miradas le sigue un significativo silencio en el que los dos respiramos con irregularidad. Él no está nervioso. No. Es un hombre muy seguro de sí mismo. Me mira con intensidad por unos segundos más. Luego me pide que le traiga un suéter del armario. Asiento tras tragar mi saliva con mucha dificultad.

—Sí, señor.

Me cede el paso y me enfilo hacia el armario que se encuentra al otro lado de la sala. Siempre tiene camisas y suéteres limpios por cualquier emergencia. Supongo que saldrá con Alana, la nueva jefa de Paloma. Dicen que tienen algo. No sé si es cierto, pero la envidio.

—Su departamento está listo, señorita Aguilera.

Me mudo el fin de semana a su edificio. Paloma y yo casi tuvimos un infarto al ver el lugar. Por muy poco no hicimos el amor, cada quien, en un cuarto con sus consoladores respectivos, valga la aclaración. Aún no pierdo la esperanza de encontrar un marido. Caso contrario, ya pensaré en otras alternativas. Porque a mí no me van las almejas, sino las salchichas.

—Sí —murmuro más para mí que para él.

No me dice nada por varios segundos.

—El negro —dice de pronto y se acerca a mí—, este —me indica con la mano.

Cojo el suéter negro cuello V de algodón fino con manos temblorosas. No puedo controlar mis nervios cuando lo tengo cerca. Me doy la vuelta y me encuentro con sus ojos, aquellos ojos tan misteriosos. No dice nada. Solo me mira mientras desabrocha su camisa casi a cámara lenta. No puedo creer que lo veré sin camisa. Se la quita con una extrema sensualidad y deja al descubierto su torso musculoso y bronceado. Aquel cuerpo trabajó mucho en el gimnasio, pienso con las bragas un tanto empapadas. Encojo los pies, cada vez que algo me supera, lo hago. De pronto, veo unas cicatrices cerca de su ombligo. Son pequeñas y rosaditas. Luego percibo que tiene otras en la parte interna de los brazos.

—Marcas de un accidente —me dice tras ponerse el suéter—. En las montañas —sonríe con tristeza—, mala suerte.

La tela de algodón se pega a su torso y dibuja a la perfección cada trocito. Se remanga sin dejar de mirarme un solo segundo. Siempre me mira de aquel modo un tanto intimidador.

—Hoy puede marcharse antes, señorita Aguilera.

Se acerca y me sonríe. Su móvil suena y coge la llamada tras pedir permiso. Se mete en su sala y yo lo sigo con la vista. Su trasero de infarto roba mi atención por completo. Habla en alemán. Entiendo algunas palabras.

«Oma». Habla con la bruja mayor. La emperatriz. Suelta una risita, ¡Dios! Es aún más atractivo cuando ríe. Se da la vuelta y se reclina contra su mesa. Cruza una pierna sobre la otra y sigue hablando. Lo miro embobada.

—Lárgate —me digo tras secarme la baba.

Salgo de su sala con el corazón entre las piernas. Me dirijo a mi mesa y cojo mi bolso.

—Necesito cambiarme.

Entro en el cuarto de baño y me cambio las bragas. Miro el estado de la desgraciada. La cinturilla está tan ajada que las gomas le salen. No soy de las que usan ropas íntimas de marcas, ya que nunca tengo que enseñarlas a nadie, pero debo comprarme unas nuevas, claro está. Me rio antes de salir. En el pasillo, me encuentro con el señor Holmberg, que se dirige al ascensor.

—¿Nos vamos, señorita Aguilera?

«Al infierno si así lo desea» pienso antes de asentir con la cabeza. Las puertas metálicas se abren y nos metemos en el ascensor. El señor Holmberg pulsa el botón y se pone a mi lado. Una canción antigua suena en los altavoces

del cubículo. Él mete sus manos en sus bolsillos mientras mira fijo hacia la puerta. El ascensor se detiene de golpe y una luz anaranjada se enciende. ¡Nooo!

—¡Dios mío!

Mi jefe pulsa el botón de emergencia un par de veces mientras trata de calmarme con dulces palabras. Soy medio claustrofóbica. Medio significa que no me desmayo o grito como loca.

—Tranquila, señorita Aguilera —me dice.

Vuelve a pulsar el botón de emergencia.

—Me da pánico los lugares cerrados —le digo.

En realidad, me da pánico estar a solas con él y en un espacio tan pequeño. Coge su móvil, no hay señal. Lo mete de nuevo en el bolsillo y me dice que tendrá que distraerme con algo. Quiero decirle que puede desnudarse, pero temo subirme encima y violarlo. ¡El celibato es un mal consejero! Media hora después, me pide que nos sentemos en el piso. Saco un abanico de madera que me regaló Paloma el otro día y empiezo a abanicarme la cara. Hace calor. Mucho calor. El señor Holmberg dobla una pierna y posa su codo en ella. Suelto un suspiro agobiado.

—¿Se siente bien?

Niego con la cabeza. No me siento bien, me falta el aire y temo desmayarme en cualquier momento. Él reclina la cabeza y me susurra con voz ronca:

—Pronto abrirán las puertas, señorita Aguilera.

Un escalofrío me recorre toda la espina dorsal y me hace respingar. Se acerca un poco más y me sopla el cuello. Su aliento a menta y canela me roba un gemido involuntario.

—Tranquila —me repite con su voz sexi.

Agacha la cabeza a la altura de mis pechos y sin pedirme permiso, sopla entre ellos. Mi corazón se acelera y siento que está entre mis piernas. ¿Qué hace allí? No tengo la menor idea. Empiezo a sudar mucho. Él, desabrocha uno de los botones de mi camisa y vuelve a soplar sobre mis pechos. ¡Dios mío! Estoy a punto de tener un orgasmo. La punta de su nariz roza el montículo de uno de mis senos y la garganta se me agranda para soltar un grito, que, por fortuna, contuve a tiempo. Roza un pecho y luego el otro. Quiero acunar su cabeza entre mis manos y rogarle que me chupe los pezones erectos como picos de montañas por su culpa. Desabrocha otro botón y siento que todo empieza a darme vueltas.

—Así, señorita Aguilera —me dice mientras su mano posa sobre mi muslo —. Relájese.

¿Relajarme? ¿Cómo? ¡Es imposible teniéndolo tan cerca de mí! Su pelo huele tan rico. No sé qué champú usa, pero huele muy bien. Todo él huele muy

bien. Vuelve a soplarme y siento que todo mi ser va a estallar.

—Señor Holmberg —digo con cierta desesperación—, por favor...

No puedo completar mi frase. No sé qué decirle. Me mira con intensidad y acerca mucho la boca a la mía. Sus ojos son casi transparentes, ¿sus intenciones también lo son? ¡Espero que no! Acerca la nariz a la mía y reclina un poco la cabeza. ¿Qué piensa hacer? Su mano se desliza de mi muslo a mi cuello. Lo sujeta y acerca su boca a la mía. Su mano es tibia y suave. Grande y delicada.

—Señorita Aguilera —susurra.

Su aliento acaricia mis labios y agita aún más mi corazón.

—¿Se encuentra mejor?

Asiento o eso me parece. Abre su boca sobre la mía y cuando piensa besarme, las puertas se abren de par en par y nos devuelve a la realidad de golpe.

«Mierdaaa» chilla mi clítoris.

Nos miramos por unos segundos eternos. Su mano sigue en mi cuello y mi corazón entre mis piernas.

—Ya pasó, señorita Aguilera.

No, quiero decirle, pero me callo. Se aparta de mí y me alarga la mano tras levantarse. Me levanta del suelo y me abrocha los botones de la camisa con mucho tacto. Me sonrío y me cede el paso. No recuerdo cómo se camina, así que tardo en reaccionar. Nos enfilamos hacia la salida.

—Hasta mañana, señorita Aguilera.

Coge mi mano derecha y deposita un beso en su dorso.

—Hasta mañana, señor Holmberg.

La jefa de Paloma aparece y lo saluda con un beso en la mejilla. Ríen y se dirigen al coche de mi jefe. Él se vuelve y me mira antes de subirse y marcharse con ella a quién sabe dónde. Una rara sensación me recorre de pies a cabeza, en especial al evocar lo sucedido en el ascensor. Me sonrojo como un tomate.

—Hasta mañana —murmuro.

Me enfilo hacia mi coche con el corazón y los pensamientos totalmente alborotados. Mi móvil timbra. Es Nahuel. Por alguna razón muy extraña, no le cuento lo sucedido con mi jefe, lo guardo solo para mí.

Nahuel

Dieta 6

Cinco años antes...

Dieta del melón

Desayuno:

1 infusión y melón (la cantidad que desee)

Media mañana:

1 yogurt desnatado.

Almuerzo:

Melón (la cantidad que desee).

Merienda:

1 infusión y melón (la cantidad que desee).

Cena:

100g. de carne, pollo o pescado; 1 porción de ensalada de verduras a elección y melón (la cantidad que desee).

Mastico el trozo de melón con cierta impaciencia mientras Patricia se viste en su cuarto. Esta semana nos toca la dieta del melón. Bajamos cinco kilos y queremos festejarlo. Paloma aparece minutos después con sus «pletóricas» ropas. Creo que su escotado vestidito tiene todos los colores existentes en el planeta. Patricia sale de su cuarto usando unos vaqueros ajustados y una blusa negra que se cae a un lado, dejando al descubierto su hombro y el tirante de su sujetador rojo. La miro con mucha atención, demasiada atención. ¡Está preciosa! Paloma le arregla el cinturón rojo que combina con sus zapatos rojos de tacón. Me aliso la camisa negra algo nervioso. ¿Qué me pasa?

—Estás preciosa —le digo a mi amiga—. El maquillaje resalta tus grandes ojos.

¿En serio? ¿Resalta tus grandes ojos? En ese lapso de discusión mental, miro sus pechos. Me muerdo la piel interna de las mejillas y no es por hambre, por primera vez no es por hambre.

—Gracias, Bollito.

Patricia está triste. José, uno de los tantos imbéciles que trabaja con nosotros, soltó un chiste desdeñoso sobre mujeres gordas durante el almuerzo. El muy cabrón le pidió que no tomara aquello como algo personal. Todos se echaron a reír, menos Paloma y yo. Patricia rebatió el chiste con otro sobre su madre. Todos se rieron, menos él. Pero, a pesar de ello, ella se puso triste. Luchar contra los kilos de más no era una tarea simple. Y soportar aquellas bromas tampoco.

—Te ves muy guapo, Bollito.

Sonrío. No soy guapo, pero acepto su cumplido como si lo fuera.

—Eres el gordito más sexy del planeta —suelta Paloma—, cuando adelgaces tendrás a más de una detrás de ti.

Me encojo de hombros y siento cómo las mejillas se me encienden. Paloma retira un frasco de su bolso de mano y se rocía un poco de su empalagoso perfume. Nos roba un gemido indefinido. Nos gusta el aroma, pero al inicio es un poco fuerte. Salimos del edificio y cogemos mi coche. Patricia se pone un poco más de labial rojo y yo no consigo desviar la mirada de ella hasta que Paloma me llama la atención desde el asiento de atrás. Arranco el coche y nos dirigimos a una renombrada discoteca. Ellas me dicen que no entraremos, pero lo hacemos y en poco tiempo. Quedan impresionadas, sin sospechar que tuve que amenazar a uno de los guardias diciéndole que los otros guardias nos discriminaron por ser gorditos. Mi abuela tiene razón, la mejor manera de

conseguir ciertas cosas es bajo amenaza. Siempre funciona.

—¡Bailaremos hasta el amanecer!

Bebemos varios chupitos antes de ir a la pista. Nadie nos invita a bailar. Nadie nunca lo hace. Me levanto de mi silla e invito a ambas a mover las caderas tras beber mi chupito de un trago. A veces me sale mi macho alfa. Siempre y cuando no tenga hambre.

—¡Me encanta esa canción! —chilla Patricia.

Nos enfilamos a la pista y empezamos a bailar una canción muy movida de manera sincronizada. Paloma me rodea con Patricia y me siento más sexy que Ryan Gosling en *Diario de una pasión*.

«Mmm» ronroneo. Ver tantas películas románticas con Patricia empieza a afectar mi masculinidad.

—Me siento como Toulou —dice ella—, ojalá mi Ian Miller exista.

Habla de la protagonista de «Mi gran boda griega», una de sus películas favoritas. El número uno es *One day. Siempre* que está deprimida, hacemos un maratón de películas, comedias románticas, para ser más preciso. Sé de memoria las frases de muchas, pero no me molesta verlas una y otra vez, siempre y cuando esté con ella.

Mi último pensamiento me deja algo atónito.

—¡Oopa! —dice Paloma y me saca de mi trance—. Mañana es domingo y podemos verla.

Los domingos solemos ir a un parque para hacer picnic cerca de un precioso lago y dar de comer a unos patos. No tenemos vida social, así que, nos dedicamos a estar juntos lo máximo posible.

—¡Sí! —grita Patricia.

Patricia baila con soltura con Paloma.

—¡Es la primera vez que veo a unas ballenas de tan cerca! —dice una chica.

Patricia se enfurece con la rubia falsificada y le da un empujón con las caderas, la derrumba en el suelo de un modo muy patoso.

—¿Decías rubia de bote?

Mi amiga suele ser un poco agresiva cuando se burlan de ella. Pero tras ello, se pone triste. No lo dice, no, ella jamás dice que está mal, su orgullo es mayor que su dolor.

—¡Gorda! —le grita la chica antes de alejarse.

Patricia resopla y luego vuelve a bailar.

—Sabéis, mi madre me preguntó ayer si tengo novio —comenta ella algo ebria—, y le digo: madre, lo único que tengo es hambre.

Nos echamos a reír.

—Hola —dice de pronto un hombre muy alto y de pelo largo—, ¿bailarías conmigo? —le pregunta a Paloma.

El tipo parece un vikingo. Es muy alto. Tiene el pelo rubio y una barba bastante llamativa.

—Hoy como banana vikinga —dice ella y nos guiña un ojo—, ¡Dios escuchó mis oraciones!

Baila con él toda la noche. Patricia y yo bebemos varios chupitos mientras los observamos. Mi amiga olisquea mi cabeza y sonrío algo achispada.

—Me gusta el olor de tu pelo —me dice—, lo comería.

Me río.

—Es de manzana y yo lo lamí mientras me enjuagaba —me mofo y reímos aún más.

En eso, vemos a nuestros tormentos: Andrew y Jenny a un lado de la pista. Están con otras personas, pero no dejan de mirarse el uno al otro un solo segundo. Patricia suspira hondo y yo también, pero no por la misma razón. Esto me hace fruncir el ceño.

—Siguen enamorados —dice ella.

Bebe de un sorbo su chupito.

—Sí —confirmo y bebo el mío.

De repente, la canción de nuestras vidas, empieza a sonar. Nos miramos boquiabiertos y soltamos un gemido de placer. ¡Esta canción provoca un orgasmo auditivo en ambos!

—¡*Satisfaction!*

Nos levantamos y nos enfilamos a la pista moviendo las caderas de un lado al otro. Estamos poseídos. No podemos dejar de mordernos los labios y mover los hombros. De manera sincronizada damos un paso a un lado y luego al otro. Giramos y nos miramos con cara de actores porno a punto de correrse. Ella mueve su cabeza hacia la derecha y yo hacia la izquierda. Le metemos un paso medieval que vimos en una película. Nos ponemos de espaldas y bajamos hasta el suelo, trasero contra trasero. Volver a levantarnos cuesta, pero lo logramos. Nos dejamos llevar por la música y bailamos como locos sin importarnos lo más mínimo las miradas curiosas y peyorativas.

—¡Dirty! —grita ella cuando la canción de Christina Aguilera empieza a sonar—, ¡mi prima famosa!

Estoy cansado, pero sigo allí, bailando con ella, con menos entusiasmo que al inicio. Verla sonreír me hace sonreír. Las luces psicodélicas salpican nuestras caras con sus luces multicoloridas y revelan los secretos de nuestras almas.

«Mmm» ronroneo algo suspicaz. A veces me sale este lado más poético y

cursi sin querer. ¡El único secreto que tenemos se llama hambre!

—Te quiero —me dice antes de abrazarme.

Nos quedamos abrazados mientras «Vive la vida loca» de Ricky Martín empieza a sonar. Cuando se hace muy tarde, las discos suelen tocar aquellas canciones del siglo pasado. Del milenio pasado. Patricia me dice que falta poco para su cumpleaños número treinta. Me pongo pensativo. ¿Treinta? Me dice, como si me hubiera leído la mente, que lleva tres años consecutivos cumpliendo treinta años.

—Cuando tenga cuarenta —me dice risueña—, aún tendré treinta —hace una pausa para bostezar—, cuando tenga cincuenta, tendré cuarenta.

Ella se aparta y me mira. Me sonrío y tras ello, me da un beso, un largo y apasionado beso. No lo rechazo, al contrario, lo devuelvo con el mismo frenesí. Ella se aparta tras unos minutos y me mira con embeleso. Algo en mí cambia tras aquel contacto. La miro fijamente.

—Te quiero, Andrew —me dice y me clava un puñal en el corazón.

Algo se rompe en mi pecho en mil fragmentos. Incluso puedo oírlo. Es como un cristal que acaba de entrechocar contra un muro. ¿Por qué me duele tanto?

Patricia

Dieta 7

Dieta de la fresa

Desayuno:

400 gramos de fresas. Leche vegetal o yogur más avena.

Media mañana:

350 gramos de fresas.

Almuerzo:

Sopa de verduras. Pechuga de pollo o filete de merluza. 300 gramos de fresas.

Media tarde:

350 gramos de fresas.

Cena:

450 gramos de fresas.

Como unas fresas mientras cojo mis zapatos y los coloco en la zapatera del enorme armario que tengo en la actualidad. Soy fanática de zapatos de tacón. Un vicio difícil de afrontar. Tanto o más que el chocolate. ¿Existe mejor cosa en el mundo para una mujer?

—Zapatos de chocolate —digo, risueña.

Cojo mi móvil y tomo fotos de la habitación para enviárselas a Nahuel. Los sábados suele estar libre, ya que Sarah hace un curso de costura en un instituto cerca de la granja.

Nahuel: ¡Uau! ¡Es una habitación enorme!

Emotición enamorado,

Yo: Tuve un orgasmo visual cuando entré la primera vez.

Emotición de zapatos. Seguido de una foto de la zapatera.

Nahuel: Debes ir a amantes de Zapatos anónimos.

Emotición sonriente. Le mando la foto de un zapato de tacón grueso.

Yo: Este es mi amante.

Emotición de carcajada.

Nahuel: Siempre supe que eras una fetichista de calzados.

Más risas.

Nahuel: ¿Y qué tal en tu nuevo puesto?

La canción: Blanco y negro de Malú suena en el ordenador a toda potencia. Mientras cierro la puerta de mi zapatera, pienso en él, en mi jefe, en mi guapísimo jefe y nuestro raro momento en el cuarto de los archivos y en el ascensor. Me muerdo el labio inferior en un acto reflejo. Nunca he sentido algo remotamente parecido por alguien en toda mi vida, ni siquiera por Andrew. Quizás la manera misteriosa y seria de ser de mi jefe lo deja más atractivo. Andrew, a su vez, es el típico hombre que sabe que es guapo.

Yo: Me voy adaptando a Iron Man.

Gif del héroe.

Nahuel: jajajaja ¡Estás loca!

«Por mi jefe» pienso y me sorprendo a mí misma. ¿Qué estoy diciendo? Trago con dificultad. No, estoy confundida. Al único que amo, pues, no puedo tener. Y no estoy hablando de Andrew, en absoluto. Me pongo triste al evocar a esa persona tan especial en mi vida.

Nahuel: Debo dejarte, Bollita. ¡Mi abuela me llama!

Emotición de besos. Tecleo una pregunta crucial para ambos. Necesito exponerlo fuera de mí. ¡Ya!

Yo: ¿Cuándo nos volvemos a ver?

Paloma y Valeria ríen a carcajadas en la sala mientras ordenan algunos libros en las estanterías. Nahuel me está escribiendo. Miro en ese lapso la foto que le tomé a mi jefe días atrás. En la foto aparece recostado contra el umbral de la puerta de su balcón, bebe café absorto en sus pensamientos. Aquel día llevaba unos pantalones grises, camisa blanca remangada y un chaleco también gris. No lleva corbata. Casi nunca la lleva.

La música: «Ahora tú» suena en los parlantes del ordenador y no puedo evitar recordarlo.

—Heinrich Holmberg —digo con una sonrisa apenas perceptible en los labios.

Nahuel: ¿Qué te parece en septiembre?

Seis meses. ¡Es mucho tiempo! Pero, al final, termino aceptando. Nahuel me dice que no quiere asustarme, que ha cambiado mucho estos últimos años.

Yo: Te echo mucho de menos.

Emotición de llanto.

Nahuel: Y yo a ti. Mucho.

No sabría vivir sin él. Ya no.

Nahuel: Te quiero.

Emotición de corazón.

Yo: Y yo a ti.

—¿Quieres café? —chilla mi amiga desde la cocina y me saca de mi trance.

—¡Sí!

Paloma me ayuda a ordenar mis cosas con su prima, Valeria, que es muy chistosa, aunque no es muy despabilada.

—¡Es precioso el departamento! —chilla Paloma.

Es amplio, lujoso y bastante costoso, según leí en el contrato de alquiler. Como soy responsable de todos los asuntos de mi jefe, no pude evitar fisgonear ciertos documentos. Con mi anterior salario apenas podía pagar mi piso, con el actual podría hacerlo sin problemas, pero nunca uno como este.

—¿Has entrado en el departamento del jefe?

Todas en el trabajo me hacen la misma pregunta. El 99% de las mujeres y algunos hombres indecisos están interesados en el jefe. En nuestro misterioso y reservado jefe de la mirada penetrante y el culo de acero. Pero, al parecer, la jefa insoportable de Paloma es la gran afortunada. Ayer por la tarde los vi salir del departamento, justo cuando me dirigía al mío con una caja de cartón en brazos. Él, amablemente, cogió la caja y la llevó hasta mi piso. Siempre hacía aquel tipo de cosas que me dejaban babeando por él como un recién nacido.

—Nuestro jefe está coladito por la bruja —dice Paloma—, el otro día le

envió un ramo precioso de rosas por su cumpleaños.

Estoy al tanto. Yo hice el pedido.

—Sí.

La jefa de mi amiga es muy atractiva. Tiene pechos y culo postizos. Cuerpo de gimnasio y pelo de farmacia.

—Hombres como él toman mucho en cuenta el físico —comenta Valeria—, se ve que él también entrena en el gimnasio.

Según supe, él nada tres veces al día. Antes de que el sol salga en el horizonte, por la tarde tras el trabajo y de noche antes de ir a la cama. Además, corre mucho. Duerme poco. Come sano. No es un hombre demasiado musculoso, más bien fibroso. Tiene cada músculo de su cuerpo bien definido. Mis ojos son testigos. En más de una ocasión lo vi sin camisa en su sala. Una de las grandes alegrías de mi vida.

—Algunos dicen que es gay —suelta Paloma y me roba por completo la atención.

Pongo los ojos en blanco.

—No lo creo —objeto.

Valeria se pone pensativa.

—¿Por qué no?

Camina como hombre. Habla como hombre. Actúa como hombre. Es tan hombre.

«Hombre. Hombre. Hombre» resuena en mi cabeza.

—Tampoco yo lo creo —dice Paloma—, tiene pinta de que sabe usar muy bien su polla y en una vagina, de preferencia.

Mi amiga es tan directa. Nunca se da la vuelta para decir lo que piensa.

—Amén —decimos a coro con Valeria.

Por la noche, acompaño a mis amigas hasta el ascensor y nos encontramos de cara con nuestro jefe que nos saluda con mucha frialdad. Las tres no nos ofendemos, al contrario, giramos nuestros rostros y observamos su culo perfecto con ojos soñadores. Él lleva puestos unos pantalones vaqueros negros y un suéter del mismo tono remangado. Su pelo es tan dorado como la cerveza Corona bajo el efecto de la luz. Abre la puerta de su departamento y antes de entrar nos echa una mirada derrite clítoris. Las tres nos volvemos a toda prisa y nos metemos en el ascensor como alma que lleva el diablo. Mis amigas se ríen, pero yo no, la manera en cómo me mira siempre me deja con el corazón muy alterado y el clítoris ardiendo.

—Mañana haré yoga —dice Valeria—, necesito alimentar mi espíritu.

Paloma la mira con socarronería.

—Yoga-lletas, necesito alimentar mi cuerpo —apostilla y nos echamos a

reír.

Me despido de ellas en la entrada y regreso a mi departamento absorta en mis pensamientos. Es domingo por la noche y lo mejor que puedo hacer es ver una película.

—Mi gran boda griega —digo decidida.

Salgo del ascensor y me arreglo las coletas aniñadas. Luego me arreglo el mono vaquero que llevo con aire pensativo. Cuando estoy a pocos metros de la puerta, veo a mi tormento dorado y freno de golpe.

—Señorita Aguilera —me dice con su gruesa y ronca voz—, ¿le gustaría nadar un poco?

«En tu cama, papacito» digo para mis adentros con voz de zorra en celo.

—¿Perdona?

¡Jesús de Nazaret! ¿Lo digo en voz alta? Me mira con su tradicional expresión seria. Me ruborizo. Calor... Calor... Desesperación...

—Es un ejercicio completo, señorita Aguilera.

Su cara es tan bonita. Tan sexy. Tan perfecta. Es como ver a Paul Walker desde el más allá. Por muy poco no me persigno.

—Como el sexo —acoto sin pensarlo y me quiero dar un tiro.

Por unos segundos, su expresión se suaviza y una sonrisa casi imperceptible aflora en sus labios rojizos.

—Así mismo, señorita Aguilera.

Nos quedamos allí en silencio por unos segundos. Cuando me doy cuenta de que está esperando mi respuesta, digo con soltura:

—Otro día, señor.

Él asiente sin abandonar su deje serio.

—Buenas noches, Señorita Aguilera.

Lo miro con ojos de cordero a punto de llegar al orgasmo.

—Buenas noches, señor Holmberg.

Se dirige a la piscina de la azotea tras despedirse de mí. Noto que lleva otras ropas, ahora unos pantalones chándal negro y una camiseta negra.

—Me gustaría verlo con su bañador, señor Holmberg.

Una lámpara se enciende en mi cabeza y chasqueo los dedos ante mi súper idea. Decido ir hasta la piscina y vigilarlo a escondidas. La banda sonora de la película «Misión Imposible» suena en mi cabeza mientras subo hasta el lugar. Me escondo cada tanto detrás de algún mueble. Tropiezo varias veces y derrumbo unas cuantas cosas de paso. La azotea está a oscuras y al intentar cruzar la puerta, choco de cara con el cristal.

—¿Señorita Aguilera? —dice mi jefe y quiero, literalmente, ahogarme en la piscina—, ¿ha cambiado de opinión?

Me masajeo la nariz aplastada por el impacto con la palma. Abro la puerta acristalada y me asomo al lugar con cara de niña inocente incapaz de romper un plato.

—Sí —digo.

La luna llena ilumina con majestuosidad el sitio.

—¿Trae bañador, señorita Aguilera?

Lleva su mano derecha a su cabeza y la desliza por ella. Los músculos de su brazo se dibujan ante aquel simple gesto. ¡Es tan sensual! Mis labios vaginales se retuercen y mi clítoris jadea. ¿Eh? Me dice algo y me saca de mi trance de golpe.

—Sí, señor.

Tengo mi maillot negro que uso para moldear mi figura y que parece uno de playa. Soy de esas que compran cosas raras como jabones reductores de grasa, cremas antigrasa y todo tipo de cosas que prometen adelgazar. Incluso tengo un caramelo hecho con la raíz de una planta de la India que disminuye el apetito y suavizaba la piel al tiempo.

—El agua está deliciosa —me dice.

«Como usted» pienso.

Los rayos plateados iluminaban su hermosa cara mientras yo me escondo detrás de una silla para quitarme las ropas. No quiero que piense que venía a fisgonearlo.

«O que confirmara sus sospechas».

Cojo la almohada de la tumbona y me acerco a la piscina con timidez. Quiero meterme en el agua como si fuera una modelo de Victoria's Secrets, pero me tropiezo en la escalera y me caigo de un modo muy torpe en la piscina. Trago mucha agua y empiezo a toser sin parar. Él se acerca a toda prisa y me ayuda.

—Tranquila, señorita Aguilera —me dice—, cójase de mi cuello y respire hondo.

Hago lo que me pide, hipnotizada por sus hermosos ojos azules casi transparentes bajo el efecto de la luz lunar. ¡Madre mía! Mis pezones se ponen erectos al instante. Me mece con mucho cuidado de un lado al otro sin desviar la mirada de mi cara un solo segundo. No consigo tragar mi saliva, ni siquiera respirar con normalidad. Con parsimonia me quita las gomas del pelo y las lanza al agua sin rechistar. Mi larga melena cae sobre mis hombros como una cascada oscura.

—La prefiero así, señorita Aguilera.

Su aliento sabe a caramelo de canela. Siempre está chupando uno. Sonríe y se roba un latido de mi corazón.

—La noche está hermosa —me dice—, sin embargo, no puede competir

con su belleza, señorita Aguilera.

Intimidada, me aparto de él y me meto en el agua de golpe para humedecer mi pelo y ahogar aquella rara sensación que siento cuando lo tengo cerca. Salgo del agua y llevo mis manos a mi cabeza. Me siento poderosa. Sexy. Hermosa.

—Disfruta del agua, señorita Aguilera —me dice y empieza a nadar de un extremo a otro unas diez veces como mínimo.

Yo hago lo que pide, disfruto de él. Me falta una bola para jugar como las focas del Zoo suelen hacerlo. Incluso aplaudo. Él pasa a mi lado, me mira y sonrío. ¿Sonríe? ¿Sonrió? Alargo el cuello para intentar ver aquella fugaz, pero preciosa sonrisa. Nado un poco, trago el agua de paso. No sé nadar, por cierto. Pero como soy muy alta, el agua me llega hasta el cuello y no corro riesgo de ahogarme. Mis ojos se agrandan de repente cuando ve algo bastante inquietante.

—No —digo atónita cuando poso mis ojos en sus nalgas—, ¿está desnudo?

Ladeo la cabeza y miro con atención su cuerpo. ¡Maldita oscuridad! Veo su espalda ancha y definida, pero no su precioso y escultural trasero. ¡No está desnudo! Es solo un deseo de mi inconsciente, me digo sonriente. Se acerca a mí y me mira con magnitud. Mis pezones reaccionan al igual que mi entrepierna, que boquea como un pez.

«Plop plop».

—Buenas noches, señorita Aguilera —me dice a muy pocos centímetros de mi boca—, nos vemos mañana a las ocho en punto.

La puntualidad es algo que valora mucho, me dice. Su voz suena como un eco lejano en mi cabeza. Asiento y aplaudo. ¿Eh? ¡Dios! Cuando está cerca, tan cerca, mi cerebro se desconecta un poco.

«Soy Forrest Gump».

—Buenas noches, señor.

Se aleja y sale del agua como había venido al mundo. Abro mis ojos de par en par al igual que mi boca ante la impresión. ¡¿Qué?! Miro su espalda boquiabierta y completamente atónita. Su trasero es perfecto. Es magnánimo. Es obra divina.

«Joder».

Las cachas son blanquísimas en comparación al resto de su cuerpo que es más bien de un tono casi canela. Se enjuga con la toalla blanca y se vuelve para mirarme por encima de su hombro.

—Buenas noches, señorita Aguilera.

Mi mandíbula está sobre el agua. Se pone el pantalón y coge el resto de sus cosas como si tal. Suelto un gemido antes de tumbarme en el agua de golpe.

¡El culo de mi jefe queda grabado a fuego en mi retina!



Acabo de entregar unos documentos a la escribana de la empresa. La saludo y salgo de su oficina rumbo a mi trabajo. Durante el camino, Nahuel me escribe. Me cuenta sobre la granja y otras tantas cosas. Trato de prestarle atención, pero mi cabeza está en otra parte. Hay días en que no consigo apartar la tristeza de mí. El fin de semana cumpla treinta años, por octava vez. Estoy sola. Sin novio. Sin metas. Sola.

Sola.

Sola.

—Toca ver la película: «Para siempre cenicienta» —me digo tras suspirar —, mi segunda película favorita en todo el mundo.

Me detengo frente a una zapatería de lujo y miro embobada los zapatos que exhiben en el escaparate. Tengo la misma mirada que un indigente frente a un restaurante.

—Uau —suelto ante unos zapatos de tacón rojos.

Nahuel: Estás frente a un escaparate de zapatos.

Emotición de zapato. Miro estupefacta el mensaje. Abro la boca y suelto un gemido de asombro. ¿Tanto me conoce? ¿O soy tan predecible?

Yo: ¿Cómo lo sabes?

Emotición sonriente.

Nahuel: Eres predecible en estas fechas.

Acaba de responder a mi gran duda. Tomo una foto de los zapatos en cuestión y se la envió a él.

Yo: Este mes no me sobra un miserable centavo tras renovar mi guardarropa. Tuve que comprarme ropas adecuadas para mi nuevo puesto.

Carita triste.

Nahuel: Una buena inversión, Bollita.

Un guiño de ojo.

Yo: Pues sí, Bollito.

Busco la carpeta de mi diosa musical: Malú y pulso en reproducir. Sus canciones empiezan a sonar. Me alejo de la zapatería y tras unos metros me detengo para observar el escaparate de Victoria's Secret. Suspiro hondo. Observo los maniqués con ojos de gatito mimoso. Más que aquellas ropas íntimas, anhelo

con toda el alma aquellas medidas.

—Es imposible, Patricia —me digo, suspirando.

Una voz ronca y grave irrumpe el lugar de un momento a otro. Es mi jefe. Me doy la vuelta con el corazón en la garganta y lo miro con atención. A pesar de que soy alta, me siento tan pequeña a su lado. La canción: «*Deshazte de mí*» empieza a sonar en ese preciso instante. Me identifico mucho con la letra.

*Tú, tan seguro de ti,
sin embargo, necesitas tenerme en tus manos
enseñarme perfecta, sumisa y atenta, bonita, estupenda
y yo, tan vacía y tan sola a tu lado.
Enganchada a un amor inventado,
engañada al principio y ahora cansada de ti...
Y me hice la loca, para no perderte
cerraba los puños, para conservar, la arena que hacía
que pudiera amarte
poder olvidarme de la otra de cal.
Deshazte de mí
deshazte del recuerdo
vuelve a tu mentira de plástico gris.
Deshazte del mundo real que te he dado
y entra en otras pieles buscándome a mí.
Deshazte de todo lo que hemos vivido.
Deshazte del miedo,
deshazte de mí, de la única tonta que te ha conocido.*

—Señorita Aguilera —dice—. La estaba buscando.

Trago con fuerza tras silenciar mi móvil.

—Tardé un poco en la oficina de la escribana —me disculpo.

Me mira con su habitual expresión seria antes de ponerse a mi lado. Su perfume asalta mis fosas nasales y me roba un gemido ahogado. ¡Huele tan rico! Mete las manos en los bolsillos de sus pantalones negros y mira el escaparaté con atención. Yo lo miro de reajo con sigilo. Lleva una chaqueta negra y una camisa gris oscura sin corbata. Casi nunca lleva corbata, solo en reuniones oficiales de la empresa. Me mira de reajo por encima del hombro.

—Necesito que me ayude a elegir una lencería, señorita Aguilera.

«Para Alana» pienso.

—Sí, señor.

Me cede el paso con amabilidad y nos metemos en la tienda. Una

dependienta se acerca y nos saluda. Mira con embeleso a mi jefe. Este hombre siempre llama la atención de las mujeres.

—Quiero que elija un conjunto que a usted le gustaría usar, señorita Aguilera.

Miro a la dependienta con expresión ladina.

—Todas las lencerías del lugar —bromeo y él sonrío.

¡Dios! ¡Sonríe! Es como ver un eclipse solar.

—No sería muy cortés regalar todas las lencerías, señorita Aguilera.

Sigo mirándolo con expresión bobalicona.

—Puede ser descortés conmigo —me mofo y suelta una risita por lo bajo.

¡Es tan hermoso! Observo unas cuantas lencerías y tras meditarlo, elijo una de encaje de color rojo muy, pero muy sexy. La jefa de Paloma tiene la piel muy bronceada, así que aquel color realzaría su tono o la dejaría más putilla. Apuesto por la segunda opción, pienso y río como el señor Burns de los Simpson.

«Excelente» dice el jefe de Homer en mi cabeza.

—¿Mataría por esta lencería, señorita Aguilera?

Lo miro con expresión seria.

—No comprendo, señor —le digo.

Él alarga la mano y roza la parte frontal del tanga con el dedo índice y una corriente eléctrica me recorre todo el cuerpo. Es un simple gesto, pero con un toque muy sensual, viniendo de él. Me mira de soslayo sin apartar la mano de la ropa íntima. Empieza a dibujar unos círculos y mi clítoris se destornilla de mi parte íntima, cayéndose en el piso como un pedazo de budín. Plick, escucho el ruido cuando aterriza.

—Mataría —le digo.

«Por tener ese dedo entre mis piernas» pienso con picardía.

—La llevo —dijo sin apartar la mirada de mi rostro—, también el babydoll del mismo tono.

Desvía la mirada y se acerca al mostrador donde paga a la dependienta. Yo miro el sitio con ojos curiosos. Mi móvil timbra, es mi Bollito.

Nahuel: Hoy toca dieta de la fresa. ¡Tengo hambre!

Emotición de llanto. Me giro para que mi jefe no me vea. Odia que esté tan pendiente de mi móvil.

Yo: Estoy en una tienda de lencerías con mi jefe.

Emotición de asombro.

Nahuel: ¿En serio?

Emotición de duda.

Yo: Sí; me pidió que le eligiera un conjunto para su futura esposa, la jefa

de Paloma.

Miro hacia mi jefe y luego bajo los ojos con discreción a su prieto culito. Me muerdo el labio inferior al evocar la noche anterior, la noche que lo vi en vivo y directo. ¡Lástima que no tenía el móvil cerca! Pero, le hice una selfie mental.

Nahuel: ¿Por qué piensas que tienen algo? ¿Los viste en alguna situación comprometedora?

Emotición de duda. Mi amigo es tan despistado a veces. Le comenté en más de una ocasión que mi sexi jefe anda liado con la jefa insoportable de Paloma. En más de una ocasión salió del despacho de mi jefe algo transpirada y sonriendo con picardía.

Yo: Todo indica que sí.

Miro hacia mi jefe y me encuentro de golpe con su mirada azul. Se pone serio y sé muy bien por qué. Me despido de Nahuel a toda prisa y pongo en silencio mi móvil. Él se acerca con una bolsa de la renombrada marca. Dentro está una caja muy bonita de color rojo. Es un hombre muy fino y detallista, deduzco. Me abre la puerta de cristal y paso a su lado. Nos dirigimos a la empresa en silencio. En realidad, solo cruzamos la acera. Está al otro lado.

—Señorita Aguilera, nos vemos mañana —me dice tras abrirme la puerta del edificio—, tengo un compromiso.

Asiento con cierta tristeza. No lo veré el resto de la tarde. Me gusta verlo de tanto en tanto, incluso cuando está de mal humor.

—Hasta mañana, señor.

Cruzo la puerta algo cabizbaja. ¿Por qué estoy tan triste? Me vuelvo y lo observo. Está hablando con alguien por teléfono. Supongo que con la jefa de Paloma. No sonrío. Nunca lo hace. El sol enmarca su cuerpo como un tul dorado y realza el color de su pelo. Nuestros ojos se encuentran. Él esboza una sonrisa antes de hacer un gesto con la cabeza. ¿Me dedicó una sonrisa? No, estoy delirando. Me giro y me encuentro de cara con Andrew.

—Hola, Patricia —me dice.

Su voz es gruesa, pero no es sensual como la de mi jefe. Cuando él me habla, todos los vellos de mi cuerpo, los existentes y los eliminados, se erizan.

—Hola, Andrew.

¿No recuerda lo que me dijo en el pasado? Me pongo seria cuando mira con ojos traviosos mi escote. Me siento rara ante su mirada. Mi jefe suele mirarlo también, pero con más discreción. ¿Qué le pasa a este tío?

«Mmm».

Pienso en mi jefe en ese lapso, no consigo arrancarlo de mi mente un solo segundo. Sus miradas. Su tono de voz. Su andar felino. Sus quejas. Sus raras

sonrisas. Mi corazón late tan fuerte con tan solo evocarlo. Abro los ojos y la boca con exageración.

«Oh oh».

Cuando me doy cuenta de por qué no consigo sacarlo de la mente, tiemblo de pies a cabeza.

—Dios mío, ¡no!

Necesito aire, corro hacia la salida y abro la puerta como alma que lleva el diablo. Al cruzarla choco contra mi jefe. Me aparto de él con la cara descompuesta por el gran descubrimiento de mi corazón, de mi estúpido corazón.

—¿Le pasa algo, señorita Aguilera?

Mis ojos se llenan de lágrimas. No, ¿cómo pude dejar que pasara? ¡Dios! ¿No aprendí nada?

—Nada, señor. Solo buscaba un poco de aire fresco.

Clava sus ojos azules en mis ojos y me mira fijo por unos segundos.

«Por favor, no me mires así» le ruego con los míos. Él levanta la mano y roza mi mejilla con suma delicadeza sin desviar la mirada de mí. Parece la escena romántica de alguna película. Lo miro como si tuviera mucho miedo. Lo tengo. Mucho.

—Señorita Aguilera —dice con su voz ronca—. Tómese el día libre.

Su dedo índice termina en mi labio inferior. Lo apretuja con suavidad en el centro sin desviar la mirada de mí. Ya está, confirmado.

«Estoy coladita por mi jefe».

—Hola, Heinrich —dice de pronto la jefa de Paloma—, para ti siempre estoy lista.

Aparta el dedo de mi labio inferior, pero no de mi corazón, donde deja una huella profunda. No le sonrío. Nunca lo hace.

—Hasta mañana, señorita Aguilera.

Me sonrío con la mirada.

—Hasta mañana, señor Holmberg.

Me dirijo a la empresa para coger mis cosas y marcharme a mi casa. Antes de cruzar la puerta, vuelvo la cabeza y nuestras miradas se encuentran una vez más. ¿Por qué siempre me mira de aquel modo? La canción del grupo U2: «*With or without you*» suena en los altavoces de la empresa y rellena los espacios silenciosos entre los dos. La letra me hace suspirar hondo. ¿Es una señal?

*Veo la piedra que te han tirado reflejada en tus ojos,
veo la espina clavada en tu costado.*

Espero por ti.

*Un truco de magia y un giro del destino,
sobre una cama de clavos, ella me hace esperar,
y yo espero, sin ti,
contigo o sin ti,
contigo o sin ti.*

*A través de la tormenta, alcanzamos la orilla,
tú lo das todo, pero yo quiero más,
y te estoy esperando,
contigo o sin ti,
contigo o sin ti.*

*No puedo vivir
ni contigo ni sin ti.*

Entro en la empresa y me dirijo a mi mesa con el corazón sangrando. Mi móvil timbra, es Nahuel.

Nahuel: Te echo de menos.

Miro el mensaje con los ojos empañados. ¿Es otra señal? Miro el techo con ojos lacrimosos. ¿Es eso? ¿Una prueba?

Yo: Hoy te necesito más que nunca.

Emotición de llanto.

Nahuel: Estoy cerca de ti, muy cerca de ti. Aunque no puedas verme. Estoy a tu lado.

Emotición de corazón.

Yo: En mi corazón.

Nahuel

Dieta 8

Cinco años antes...

Desayuno:

Una infusión natural sin azúcar o con edulcorante especial para dieta, un vaso de jugo natural de naranja fresco y cuatro galletas light.

Media mañana:

Un vaso de yogur natural descremado.

Almuerzo:

Atún, cabella o jurel que sea siempre al natural y una pieza de fruta de temporada.

Media tarde:

Un vaso de yogur descremado.

Merienda:

Una taza de infusión natural especialmente si es de alguna hierba adelgazante como la manzanilla, diente de león o té verde para que puedas bajar de peso en menos tiempo. Además, es necesario que tomes un vaso de jugo de pomelo y cuatro galletas light.

Cena:

Filete de merluza a la plancha o al horno.
Una taza de sopa y una fruta de temporada.

Esta semana toca pescado en nuestra dieta semanal y para ello, compro un salmón fresco y delicioso en el mercado con Paloma tras salir del trabajo mientras Patricia va a la peluquería para arreglarse. Hoy mi amiga del alma cumple una vez más treinta años. Por tercera vez, por cierto. Paloma y yo le preparamos una fiesta sorpresa en mi piso. Inflamos globos rojos con corazones blancos y los repartimos por toda la sala mientras en mi horno se horneaban algunos deliciosos panecillos con uvas pasas y nueces, los favoritos de Patricia.

—¡Amo Abba!

Unas canciones de Abba sonaban de fondo.

—Mamma mia —cantamos.

*I been cheated by you since you know when
So I made up my mind, it must come to an end
Look at me now, will I ever learn?
I don't know how but I suddenly lose control
There's a fire within my soul
Just one look and I can hear a bell ring
One more look and I forget everything
Mamma mia, here I go again
My my, how can I resist you?
Mamma mia, does it show again
My my, just how much I've missed you?*

Nos detenemos y empezamos a bailarla. Somos terribles bailarines, pero por suerte nadie nos puede ver. Un paso hacia la derecha girando los brazos uno sobre el otro. Un paso hacia la izquierda repitiendo el gesto de los brazos. Levantamos los mismos y los movemos de un lado al otro como palmeras en pleno vendaval. Ahora giramos en dirección contraria y aplaudimos al mismo tiempo. Ella levanta la vista y mira hacia el reloj de pared.

—Son casi las seis —dijo Paloma—, creo que nadie vendrá, Bollito.

Y nadie vino. Patricia entra en mi piso a las ocho de la noche vistiendo un precioso vestido negro sin hombros estilo medieval y mira hacia nosotros que, con alegría, empezamos a lanzar serpentinas sobre ella. Ella salta de alegría y aplaude al tiempo. Parece una niña, una encantadora niña.

—¡Felicidades! —gritamos a su alrededor y luego tocamos unos cláxones

—, ¡que los cumplas feliz!

Ella me da un pico en la boca. Es un beso amistoso. Suelo besar a Paloma también, sin embargo, con Patricia siento otra cosa. Desde el día que nos besamos en la discoteca, no consigo verla con los mismos ojos. El beso despertó algo en mí, algo que no sé muy bien cómo definir aún.

—¿Jugamos al Twister? —propone Paloma.

Aceptamos y rasgo la parte trasera de mis vaqueros. Patricia se ríe tanto que termina en el suelo retorciéndose mientras yo siento un airecillo molesto en el culo. Paloma se levanta y me toma una foto. ¡Es tan buena amiga!

—No postearé en el Facebook —me promete—, solo en nuestro grupo de WhatsApp —se mofa.

Me incorporo y empiezo a perseguirla por toda la sala. Ella se ríe a carcajadas cuando me tropiezo y me caigo sobre la moqueta de un modo muy patoso. Patricia se sube sobre mí y me hace cosquillas. Se la tumbo sobre la moqueta y la sujeto por las muñecas con brío. Ella patalea y ríe, ríe con toda el alma. Paloma apretuja mi cabeza por los voluptuosos y deliciosos pechos de nuestra amiga de un momento a otro. Una creciente erección toma de rehén a mi pobre miembro y un gemido se me escapa de lo más hondo de mi ser cuando ella me rodea la cintura con sus largas piernas y me empuja hacia ella. Estallaré. En cualquier momento. Pienso mientras «*Súper Trouper*» empieza a sonar en los parlantes de mi reproductor de música.

«Piensa en comida» me digo, pero solo puedo pensar en los pechos de Patricia. ¡Jodido celibato!

—¡El salmón está listo! —grita Paloma desde la cocina.

Me levanto a toda prisa y me meto en el cuarto de baño con el corazón acelerado. Me cambio de pantalones y me pongo unos de casa bastante holgados. Mi erección sigue firme. Duro y muy firme.

—Poncio, es momento de bajar la guardia amiguito.

Le puse ese nombre a mi miembro en el sexto grado. Es tan desgraciado como el que condenó a Jesús. Suele levantarse en lugares y momentos nada apropiados. Le acaricio la cabeza y le digo palabras de consuelo para que volviera a su estado flácido. Pero no, ahí está, firme y duro como una roca. ¡Maldito desgraciado! Le doy unas bofetadas. Miro estupefacto mi entrepierna. Soy un hombre gordo con un pene gigante. ¿Qué tan grande? Veintiséis centímetros según la regla que usé en su tiempo. largo y grueso como un baguette. Si fuera delgado, sería un buen actor porno.

—¡Infeliz!

No tengo más remedio que hacerme una paja exprés. Salgo del cuarto de baño suspirando. Fue la mejor paja de mi vida. No es que sea un tipo pajero,

pero soy hombre y tengo ciertas necesidades.

Me detengo cerca del sofá y miro a mi amiga, que sonrío mientras chatea con alguien. Supuse que con Leonardo, uno de los nuevos empleados en la empresa. Es alto, rubio, atractivo y algo engreído. Paloma y yo no confiamos en él y su repentino interés por Patricia. No sé, soy muy desconfiado.

—Leo me invitó a salir más tarde a tomar algo —anuncia ella, sonriente.

Siento algo raro en el pecho. No sé qué es, pero es muy molesto. Paloma y yo nos miramos fijo por unos segundos.

—¿Aceptaste?

Conozco la respuesta antes mismo de que la diga, pero necesito escucharla de todos modos.

—Sí.

«Sí» suena como un eco vacío y frío en mi cabeza.

Cojo la caja de zapatos que le compré el día anterior y se la entrego con cierta apatía.

—¡Dios mío! —chilla eufórica—, ¡los zapatos que quería!

Me llena la cara de besos y no puedo evitar sonreír ante su exagerada reacción.

—Felicidades, Bollita.

Mi voz suena triste. estoy triste. ¿Por qué? Temo estar sintiendo cosas erróneas por ella. Temo estropear nuestra amistad. Temo perderla.

—Eres un sol, Bollito.

Redondo y amarillo, bromeo y me gano un golpecito en el estómago.

—Te quiero —me dice y me abraza.

La aprieto contra mi cuerpo y suspiro hondo.

—Yo también.

La quiero mucho, pero me temo que no de la misma manera. ¿Cómo pudo pasar esto? Me aparto y la miro con embeleso. Es imposible no sentir algo por esta mujer. Es alegre, divertida, buena, cariñosa, hermosa, inteligente y única en su especie.

—¿Comemos?

Después de la cena y de ver «*One day*» por milésima vez, Patricia se retira de mi piso calzando los zapatos que le regalé. Me acerco al balcón de mi sala y la veo partir con el patán. Solo quiere un polvo. A estas horas un hombre solo busca eso.

—Infelizmente —musito.

Estoy mirándola con expresión de pez a punto de morir.

—Te quiero, Patricia —digo con un enorme nudo en el pecho—, y no como un amigo.

Patricia

Dieta 9

Desayuno:

Yogur desnatado y 1 kiwi

Media mañana:

Infusión y 1 kiwi

Almuerzo:

Caldo desgrasado de verduras o bajas calorías y la cantidad de kiwis que se desee.

Media tarde:

Un vaso de licuado de kiwi

Merienda:

Una infusión, una gelatina light y 1 kiwi

Cena:

Una taza de caldo light y desgrasado
y la cantidad de kiwis que desees.

Luego de cenar:
se puede tomar un té de manzanilla o de boldo.

Paloma sale del ascensor como si alguien le hubiera dado una patada en el culo. Me rio por lo bajo al ver su siempre exagerada reacción. Se acerca con la respiración entrecortada mientras yo ordeno unos papeles. Se sopla la cara y luego se arregla su melena salvaje. Coge aire. Dice algo y, tras ello, me roba un grito.

—¿Malú está en ese hotel?!

El primo de Paloma trabaja en el hotel en cuestión y la vio por los pasillos

mientras él retiraba unas toallas de las habitaciones.

—¡Está ahí! ¡Ahora!

Mi jefe no está, así que, cojo mi bolso y salgo como alma que lleva el diablo de la empresa. Subimos al coche de Paloma y salimos disparatadas por la ciudad rumbo a nuestra diosa musical.

—¡Sal de ahí tortuga paralítica! —grita mi amiga mientras yo trato de escribir un mensaje a Nahuel.

Yo: ¡Conoceré a Malú!

Emotición enamorado.

Nahuel: ¿En serio?

Emotición de corazón.

Yo: ¡Sííí!

Le cuento que estamos camino al hotel más renombrado del país, donde ella está hospedada.

Nahuel: ¿No ibas hoy a su concierto?

Emotición de duda.

Yo: ¡Necesito verla en vivo y en directo! Las entradas que conseguí no son muy buenas. ¡Estaré a muchos metros de ella!

Paloma aparca el coche a dos cuadras del hotel. Me despido de mi amigo a toda prisa.

—¿Cómo llegaremos hasta la habitación de Malú, Patricia?

En ese lapso, una lámpara se enciende sobre mi cabeza e ilumina mi cerebro. Chasqueo los dedos en el aire y sonrío con expresión de Grinch a punto de hacer de las tuyas.

—Ven conmigo, Paloma.

Miro hacia el escaparate de una tienda y me arreglo mi camisa blanca. Aliso mi falda negra larga hasta las rodillas y me rocío un poco de perfume. ¡Elegante y perfumada! Entramos con aire muy serio en el hotel y nos dirigimos a la recepcionista que tiene cara de amargada. Frustrada, más bien. Nos mira con desprecio y nosotras le devolvemos la mirada con la misma acidez.

—Estamos aquí en representación del señor Holmberg —digo con firmeza y Paloma suelta un gemido muy sospechoso—, el señor Holmberg me ha enviado para ver personalmente las suites que piensa reservar la semana entrante para sus mejores clientes.

La mujer me mira con asombro. El apellido de mi jefe es muy renombrado en el país. Me estoy jugando el cuello. El corazón y el alma. Si mi jefe descubre esto, estoy despedida, sin lugar a dudas. Pero seré una mendiga feliz tras conocer a Malú.

—El joven las acompañará —nos dice la frustrada tras comprobar que soy

la asistente de mi jefe—, bienvenidas, señoritas.

Paloma y yo no caminamos, sino desfilamos hasta llegar al ascensor. Entramos con el corazón en la garganta. El joven le echó el ojo a mi amiga, o, mejor dicho, a sus pechos.

—Si el jefe nos pilla —me dice Paloma a modo de confidencia—, estamos perdidas.

Le arreglo el escote con cierta discreción, dicho en otras palabras, prácticamente le meto mano. Sus pechos son rebeldes y vuelven a salir a flote. El camarero está a punto de gozar ante la escena.

—Lo sé.

Salimos del ascensor y caminamos por el pasillo donde ha estado mi diosa musical. Por muy poco no beso la alfombra, pero me abstengo, ya que no estamos solas. Paloma y yo cogemos unos champús y acondicionadores de la mesa de una de las camareras. También unos chocolates y unos jabones. ¡Nada mejor que algo gratis! De pronto, la puerta de una de las habitaciones se abre y de ella sale mi diosa musical.

—¡Malú! —grito antes de correr hacia ella—, ¡Dios mío! ¡Soy tu fan desde que tenía doce años!

Es mentira. Tenemos la misma edad. Ella me mira con una expresión de incredulidad innata. Siempre quise usar esa palabra. Paloma le toma fotos y yo le pido que me firme unos cuantos papeles. ¡Estoy con mi diva! Malú firma cada uno de los papeles con una cálida sonrisa en los labios. ¡Es un amor! Si fuera lesbiana, me enamoraría de ella.

—Te amo —le digo y ella ríe al ver mi cara de vaca melosa.

El ascensor se abre de repente y alguien sale de él gritando.

—¡Es ella! —grita la frustrada detrás de nosotras—, ¡las dos!

Paloma y yo nos abrazamos a Malú con fuerza.

—Te amamos —le decimos—, sé qué faltaron razones —empezamos a cantar una de sus canciones—. Sé que sobraron motivos...

No recuerdo cómo nos separaron de Malú. Ni cómo llegamos a la cárcel. Mi móvil timbró antes de que me lo quitaran y tuve tiempo de hablar con mi jefe. Que furioso, me dijo que pronto estaría aquí.

—Tengo hambre —me dice Paloma—, y sed.

Yo no tenía hambre ni sed, hasta ahora.

—Señoritas Aguilera y Jaen han pagado sus fianzas —dice uno de los agentes—, pueden marcharse.

Salimos de la celda algo cabizbajas. Cuando llegamos a la puerta, nos paralizamos hasta que el oficial nos pide, con muy poca delicadeza, que salgamos del camino.

—Buenas noches —nos dice el señor Holmberg con una cara muy seria—, señoritas.

Estamos muy avergonzadas. Miro a mi jefe, que me mira con una expresión muy severa. Demasiado severa. Deslizo mis ojos en él, que lleva pantalones negros y una camisa celeste cielo remangada que realza su piel bronceada.

—Señor Holmberg, lo siento mucho —digo con la voz enronquecida—, aunque no de haber conocido a mi diosa musical.

Paloma me da un codazo nada sutil. Nos cede el paso sin emitir una sola palabra. Nos subimos a su limusina y nos dirigimos hacia nuestras casas, pero no, a mitad de camino, cambiamos de dirección. Cuando llegamos al hotel donde se encuentra Malú, ambas soltamos un grito, pero no de alegría.

—¿Quieren una disculpa? —digo azorada.

El chófer abre la puerta y él sale del coche. Me alarga la mano para ayudarme a bajar mientras Paloma sale por la otra puerta.

—Señor —le digo y él acerca su rostro al mío de manera deliberada—, oh...

Su nariz está pegada a la mía y sus ojos clavados en los míos. Trago con fuerza. Con mucha fuerza.

—Tengo una sorpresa para ustedes.

Su aliento sabe a menta y canela.

—Ah ¿sí? —digo, embobada.

Él se aparta antes de cedernos el paso. Paloma y yo cruzamos la puerta principal con el corazón algo encogido. La frustrada nos mira con atención y cierto estupor.

—Buenas noches, señor Holmberg —saluda con cierta timidez—, señoritas.

Mi jefe le devuelve el saludo con cierta apatía.

—Por favor —nos dice ella y nos indica el camino.—Por aquí.

La frustrada nos guía hasta el restaurante del hotel que está completamente vacío. Eran solo las nueve de la noche, pienso algo atribulada.

—La comida debe ser muy mala —me cuchichea Paloma—, por eso está vacío el lugar.

Miro con ojos soñadores el sitio súper lujoso. Mi jefe retira las sillas de la mesa elegida para que tomáramos asiento. Paloma y yo no entendemos nada.

—¿Qué está pasando, Patricia?

Niego con la cabeza y me encojo de hombros al tiempo. Nos sentamos y él se sienta a continuación. Un camarero se acerca y nos entrega las cartas. ¿Vamos a cenar? Eso anima mi estómago, mi corazón e incluso mi alma.

—¿Por qué está vacío? —pregunta Paloma con discreción.

Nuestro jefe nos mira con una expresión algo divertida.

—Por petición mía, señorita Jaen.

Mi amiga se aparta de mí y suelta un «ah» muy bajito.

—No me gusta la aglomeración.

Me mira con intensidad, lapso en que, en un pequeño palco montado a un lado, aparece Malú y su equipo. Abro mucho la boca y los ojos. Un gritito se me escapa de lo más hondo de mi ser ante la maravillosa sorpresa. Miro a mi jefe y luego a Malú que me sonrío con afecto desde su sitio.

—Disfrútalo, señorita Aguilera.

Mis ojos se llenan de lágrimas y unas cuantas salen de ellos. Él alarga la mano y trata de enjugar algunas con su pulgar.

—No llore —me pide—, a veces los sueños se hacen realidad, señorita Aguilera.

Cojo su mano y deposito un beso en su dorso.

—Gracias, señor Holmberg.

Su mano termina en mi mejilla anegada en lágrimas.

—No es nada.

Paloma y yo lloramos durante todo el mini concierto que nos dedicó Malú por petición de mi jefe. Le tomamos miles de fotos y grabamos varios vídeos. Mi jefe se limitó a mirarnos mientras bebía champán en su hotel, por cierto. El camarero le comentó a Paloma cuando ella se fue al servicio.

—Para ti, Patricia —dice Malú.

La canción: «Ahora tú» irrumpe el lugar y mi corazón. Mi jefe se levanta de un momento a otro y me alarga la mano con delicadeza.

—¿Me concedería el honor de esta pieza, señorita Aguilera?

Cojo su mano con cierta vacilación. ¡Estoy a punto de sufrir un infarto! Él me atrae hacia sí con posesión y nos mecemos de un lado al otro al son de aquella canción.

«Nuestra canción» pienso con un enorme nudo en el pecho. Sus ojos azules me miran con mucha magnitud. Su mano aprieta la mía mientras la otra se adueña de mi cintura. Cuando Malú canta la canción: Blanco y negro, él envuelve su cuello con mis brazos y rodea mi cintura a continuación con los suyos.

—Es el mejor regalo del mundo, señor Holmberg —le digo, embrujada.

Él me aprieta contra su cuerpo con mucho vigor, pero no me dice nada. No es necesario. Sus ojos hablan por él.

—Gracias —dice de pronto Malú.

Me aparto de él sin abandonar mi deje de zombi enamorado. Paloma se

acerca a Malú y le pide su autógrafo. Yo sigo paralizada. Y no precisamente por mi diosa musical. Cuando mi amiga me coge de la mano y me arrastra hasta Malú, vuelvo a la vida, a medias.

—Gracias —le digo a Malú—, jamás olvidaré este día.

Miro a mi jefe que acaba de cruzar los brazos sobre sus pechos.

—Gracias —vocalizo y él sonrío de lado.

Una hora después, tras dejar a Paloma en su casa, nos dirigimos a las nuestras.

—Buenas noches, señorita Aguilera —me dice mi jefe frente a mi puerta —, descansa.

Asiento tras tragar con dificultad la saliva.

—Buenas noches, señor Holmberg.

Él se reclina y deposita un beso en mi mejilla derecha. Me desmayo, mentalmente, claro.

—Hasta mañana, señorita Aguilera.

Espera que entre en mi departamento. Antes de cerrar la puerta, me sonrío. ¡Me sonrío! Grabo a fuego este momento maravilloso. Me apoyo contra la puerta y sonrío como una adolescente ante su primer amor.

—Gracias, señor Holmberg.



Envío un mensaje a Nahuel por el ordenador mientras trato de ordenar ciertos documentos para mi martirio o mi jefe para los más allegados. Hoy está más serio de lo habitual, parece triste o preocupado. Alana, la jefa de Paloma, lo visitó tras el almuerzo y se quedó con él una hora y veinticinco minutos y quince segundos. No es que lo haya cronometrado. Lejos de mí hacer semejante cosa. Pero, como soy la secretaria, anoto todo. Eficiencia en su estado más puro y duro.

Nahuel: ¿Crees que tu jefe y ella tuvieron sexo?

Emoticon de asombro.

Yo: Follaron como perros salvajes.

Emoticon de perro.

Nahuel: ¿Escuchaste algo?

Emoticon de duda.

Yo: No. Pero ella es un mujerón y él un dios del Olimpo perdido en la

tierra. Saca tus propias conclusiones.

Emotición astuto.

Nahuel: Al menos no es gay como pensabas.

Emotición suspicaz.

Yo: Me hubiera gustado comprobarlo personalmente.

Emotición alegre.

Nahuel: Tarde o temprano pasará algo entre vosotros dos. ¡Ya lo verás!

Emotición de fuego.

Yo: En mis sueños estamos casados y vamos a por el tercer bebé.

Emotición de carcajadas.

Nahuel: Jajaja

Emotición sonriente.

Yo: Todo empezó en el cuarto de los archivos. Con su mano metida en mis bragas mientras al lado estaban los socios en una reunión. Después de eso hicimos el amor en su sillón y en la mesa de su escritorio de un modo muy salvaje.

Emotición enamorado. ¡La imaginación no tiene límites! Claro está.

Nahuel: Deberías escribirlo. Me has puesto a cien con tan solo imaginarlo. Tendré que desfogarme más tarde.

Emotición sonrojado. Nahuel y yo estamos de nuevo en la fase de la sinceridad extrema. Nada de secretos. Estamos en la dulce etapa del Friendzone.

Yo: A mi consolador, el hermanito menor de Terminator de seis velocidades, me hará el favor por la noche tras ver mi serie favorita de este año.

Emotición de carcajadas.

Yo: Ahora se llama: Señor Holmberg-lador.

Nahuel me envía decenas de emoticones sonrientes, lapso en que mi teléfono timbra, es mi jefe. Me pide una taza de café sin azúcar. Me levanto tras despedirme de mi amigo. Teodora me prepara la taza especial del jefe. Él odiaba tomar en tacitas pequeñas para muñecas. Es fanático de la bebida oscura, claro está. Llevo la bandeja con la taza y golpeo la puerta con los nudillos. Él me dice que pase y así lo hago. Al cruzar la puerta lo veo frente al cristal, con los brazos cruzados y mirando atentamente la ciudad. Hoy lleva unos ajustados pantalones grises de vestir y una camisa blanca remangada combinada con un chaleco también gris. Me encanta cómo le quedan los pantalones y el chaleco. Aunque sin ropa...

«Mejor me concentro en mi trabajo» pienso tras desnudarlo.

—¿Le gusta la lluvia, señorita Aguilera?

Su voz, su ronca y excitante voz, me saca de mi trance indecoroso de golpe. Coloco la bandeja sobre su mesa y lo miro. Él sigue de espaldas a mí.

—Mucho, señor —le digo tras clavar mis ojos en su trasero—, mucho — repito, pero no me refiero a la lluvia, precisamente.

Él abre la puerta del balcón y gira su cabeza hacia mí.

—¿Lo disfrutaría conmigo, señorita Aguilera?

No comprendo lo que me pide, pero asiento como uno de esos perritos mueve cabezas que suelen colocarse en la parte de atrás de un coche. Él alarga la mano izquierda y yo, temblorosa, la cojo tras acercarme. Me lleva hasta el balcón y nos quedamos bajo la lluvia. Pienso en mi maquillaje y luego en mi ropa, pero luego, tras desconectar mi cerebro, pienso en él, aunque esté aquí a mi lado, no consigo dejar de pensar en él.

—La lluvia limpia el alma, señorita Aguilera.

Echa hacia atrás su preciosa cabecita con los ojos entrecerrados y disfruta de la lluvia. Intento copiarle el gesto, pero soy incapaz de desviar la mirada de él. Tras unos minutos, me mira fijo, tan fijo que siento que mis rodillas me fallan. La intensidad de su mirada agita los latidos de mi corazón, que acaba de caerse entre mis piernas. Alarga la mano y la posa en mi cara. Me estremezco como si tuviera mucho frío. Él reclina la cabeza y mi alma se despegas de mi cuerpo. Sale corriendo a un lado y choca contra la puerta de cristal.

—Gracias, señorita Aguilera —me susurra a muy pocos centímetros de mis labios—, a su lado fue aún más especial.

«¡Bésame! ¡Bésame mucho como si fuera esta noche la última vez!» grita mi corazón.

Este hombre no ve películas de amor, definitivamente. Coge mi mano y nos metemos en su sala empapados hasta el alma.

—Coja una camisa mía y póngasela, señorita Aguilera —me ordena con su voz grave y ronca—, no quiero que pille un resfriado.

Asiento mientras la canción «Bésame mucho» suena en mi cabeza sin parar.

—Gracias, señor.

Él sonrío mientras se desabrocha los botones de su chaleco sin apartar la vista de mi cara. Creo que espera que me mueva, pero, mi cerebro no reacciona. Así que él, se dirige al cuarto de al lado y coge algo del armario. Retorna con la camisa abierta de par en par y me alarga una camisa suya. Huele a él. La tomo sin poder desviar la mirada de su abdomen de ensueño. Mi lengua se alarga y lo lame de arriba abajo. ¡Gloria a Dios por habernos regalado la imaginación!

—Gracias por el café —me dice tras deslizar la camisa por sus brazos hasta quitársela por completo.

Cada movimiento suyo es un martirio para mi pobre clítoris que hoy, por la noche, recibirá muchos mimitos por parte del señor Holmberg-lador.

—Permiso, señor.

Él se pone una camisa gris oscura sin desviar sus hermosos ojos azules cielo de los míos. La manera en cómo me mira me derrite. Alarga la mano y aparta un mechón rebelde de mi melena a un lado. Luego acaricia mi mejilla con suavidad hasta llegar a mis labios. Apretuja con sensualidad el centro de mi labio inferior como el otro día lo hizo. Trago con fuerza. Respiro con fuerza. Un cosquilleo delicioso agita mi entrepierna. Sí, sí, sí... ¡Dios! ¡Sí! ¡Acabo de tener un orgasmo mental!

«Mmm, sí que estoy necesitada» cavilo, azorada.

Lo miro con anhelo. Él aparta el dedo de mi labio sin dejar de mirarme un solo segundo.

—Propio, señorita Aguilera.

Salgo de su sala con el corazón palpitándome en alguna parte indefinida de mi cuerpo. Creo que acabo de tener un orgasmo. Mi clítoris silba satisfecho entre mis piernas.

—Sí, definitivamente, acabo de tener un orgasmo.



Me pongo un vestido negro ajustado con un escote corazón que realza mis atributos naturales con gracia y sensualidad. Me suelto el pelo tras hacerme unos rizos en la punta. Cojo mi maletín de maquillajes y lo abro. Tiene varios compartimientos. Es mi mayor tesoro.

«*My precious*» dice el duende feo de Señor de los anillos en mi cabeza.

Rímel, colorete, base, rímel a prueba de agua, lápiz de ojo, polvo, sombras oscuras de tres tonos distintos, labial granate que dura veinticuatro horas y por último el spray fijador del maquillaje. Me miro satisfecha en el espejo y me lanzo un besito antes de levantarme de la butaca. Cojo la caja de mi perfume especial para atraer machos alfas, según la bruja que me lo hizo. Huele a vainilla, como la crema hidratante que me compré el otro día. Me siento más guapa que Megan Fox en Transformers, antes de las cirugías. Mi móvil timbra, es Paloma.

Paloma: Ya estoy abajo.

Cojo mi bolso de mano y me echo una miradita al espejo antes de salir de mi cuarto. En ese lapso, miro la foto que está pegada en él, en ella aparecemos Nahuel y yo disfrazados de Shreck y Fiona. ¡Dios! ¡Cómo echo de menos a mi

Bollito! Suspiro hondo antes de acariciar su rostro en la foto.

—Pronto nos veremos, Bollito.

Salgo de mi departamento sintiéndome una miss. Empiezo a desfilarme y a lanzar besitos como si en verdad fuera una miss. Las puertas del ascensor se abren y me encuentro de cara con mi jefe. Mis labios quedan paralizados ante el asombro.

«Diossss».

Está con unas ropas informales: vaqueros negros y camiseta gris cuello v. Me sonrío con sensualidad y un cosquilleo delicioso se instala en mi entrepierna. ¿Aún tiene hambre la muy desvergonzada? ¡La mimé toda la tarde! ¡Era una ninfómana!

—Buenas noches, señorita Aguilera.

Sale del cubículo y me cede el paso como todo un caballero. Me tropiezo ante la emoción y casi me derrumbo en el piso de no ser por él que me sujeta entre sus brazos con mucha agilidad. Mi corazón deja de latir y mi clítoris empieza a palpar. Han invertido los papeles. Él me mira. Yo le miro. La canción «Despacito» versión lenta suena en los altavoces del ascensor. Es la canción favorita de Paloma. Todas las versiones. Incluso una en ópera.

—Está usted atrevidamente guapa, señorita Aguilera.

¿Me desmayo? ¿Salto? ¿Lloro? ¡No sé qué hacer! Me limito a mirarlo y a suspirar como si estuviera a punto de sufrir un ataque de asma. Él me mira algo preocupado antes de soplarme en la cara. Su aliento a caramelo de canela me hace gemir. No me pregunta si me siento bien, no, al contrario, me estrecha con fuerza contra su fuerte cuerpo y me sopla la cara con suavidad. Eso me excita aún más. Abro la boca para inhalar su aliento.

—Señorita Aguilera —me dice a muy pocos centímetros de mi boca—, ¿se siente bien?

Abro la boca como para replicarle, pero mi móvil timbra y la canción: Bésame mucho, versión remix, empieza a sonar. Tras el día anterior, en que pensé que me besaría, aquella canción pasó a ser una de mis favoritas.

—Lo siento, señor —le digo, azorada—, buenas noches.

Me aparto de él a regañadientes y pulso el botón del ascensor que se ha cerrado tras el incidente. Él no se mueve de su sitio. Está ahí, atosigando a mi pobre corazón. Su móvil timbra.

—Hasta mañana, señorita Aguilera.

Coge la llamada y sonrío. Dios, ¡acabo de tener un orgasmo visual!

—Hasta mañana, señor Holmberg.

Él me mira antes de entrar en su departamento. Siento un nudo en el estómago. Cada vez que lo veo me pasa lo mismo. Me meto en el ascensor con

la respiración entrecortada.

—¡Al fin! —me dice Paloma tras lanzar un sapo a un lado—, por muy poco no lo beso.

No sé cómo reaccionar al respecto. Mi amiga está bastante desesperada, claro está. La miro de pies a cabeza antes de subirme al Paloma-móvil, una versión naranja y nada moderna del Bat-móvil. Ni siquiera tiene aire acondicionado y la puerta del copiloto se abre con un destornillador. La radio no funciona y tampoco la guantera.

—Estás muy guapa —le digo.

Paloma lleva un vestido corto y escotado de varios colores. Me recuerda al vestido de Jenna Rink, de la película «A los treinta» su favorita, después de: «Lo que el viento se llevó». El pelo lo tiene recogido en un rodete con una horquilla en forma de mariposa a un lado de su cabeza.

—Iremos a la disco del momento —anuncia tras arrancar.

El coche emite un ruido peculiar, parece un tractor viejo.

—¿Para qué? ¡Nunca conseguimos entrar! —protesto.

Es la disco más solicitada de la ciudad: Apocalipsis pub. Solo ricos entran allí, pero Paloma es insistente. Dice que su príncipe azul o celeste viejo, depende si se ha desteñido, está allí.

—Nunca se sabe, Paty.

Al final siempre nos quedamos en la acera bebiendo una Coca cola Ligth y un bocadillo barato mientras vemos cómo unas personas entran en el local y otras, como nosotras, esperan hacerlo sin éxito alguno. En más de una ocasión nos pusimos a bailar en el jardín de la disco, cerca de una fuente con una gárgola horrible, a la que Paloma hizo varias veces propuestas indecentes, por cierto.

—Somos tan patéticas —le digo—, pero felices.

Nahuel me envía un mensaje mientras Paloma busca un aparcamiento. Ella me mira de reojo y sonrío. Sabe con quién chateo, con nuestro amigo más querido, nuestro Bollito.

Nahuel: ¿Qué tal la noche?

Emotición sonriente.

Yo: Estamos en la disco Apocalipsis. Paloma nunca pierde la fe de que algún día entraremos allí.

Emotición de carcajadas.

Nahuel: El que persevera lo logra.

Emotición de corazón.

Yo: ¿Y tu noche?

Seguro está con la tal Sarah. Esa pesada nunca lo deja en paz. Me pongo celosa. No puedo evitarlo. Paloma y yo bajamos del coche y nos dirigimos a la

inmensa fila de los rechazados y marginados.

—Uff —suelto de mala gana.

Un chico piropea a mi amiga y empiezan una charla, al parecer, muy divertida.

Nahuel: Bien, estoy viendo una novela turca con Sarah. No entiendo mucho lo que pasa, pero es mucho drama para mi pobre corazón.

Emotición de risas.

Yo: Odio las novelas turcas.

Y odio a Sarah. Creo que aún no supero ciertas cosas. En el pasado, confundí las cosas y construí castillos en el aire. Pero cuando Nahuel se marchó por culpa de un malentendido y no me buscó por casi un año, comprendí que él no sentía lo mismo por mí. Me quedé un año llorando a lágrima viva y perdí cincuenta kilos como consecuencia. Todos siempre pensaron que era obra de una dieta milagrosa, pero no, aquella dieta se llamaba depresión y es bastante eficaz, aunque también letal para el alma. Es el único secreto que él no conoce. Y nunca lo hará mientras viva. Soy demasiado orgullosa como para hablarle de ello.

Nahuel: También yo.

Se despide de mí, ya que la tal Sarah quiere comer algo y él se lo preparará. Antes me preparaba a mí, pienso enfurruñada. Una hora después, Paloma me codea y me dice:

—¡El jefe a la vista!

¿¡Qué!? ¿¡Dónde!? Busco con los ojos a mi jefe y lo veo con Alana, que lleva un vestido corto que casi deja a la vista su culo de acero.

—Jolines —susurro, embobada.

Deslizo mis ojos en él, ¡madre del amor hermoso! La camisa negra remangada y los pantalones vaqueros ajustados del mismo tono diseñan cada músculo de su escultural cuerpo con mucha sensualidad.

«Con ese culo rompería unas nueces sin problemas» pienso, divertida.

Mis pensamientos me hacen menear la cabeza.

—Mmm...

Me concentro en mi jefe. Está tan serio. Tan pensativo. Parece incluso enfadado. Es raro, nunca sonrío cuando está con ella, pero conmigo, en más de una ocasión, sonrió.

«Quizá tengo cara de payasa» me digo y sonrío.

Paloma me alarga una goma con relleno. Aquello denota nuestra clase social, los ricos mastican chicles alargados y de menta. Nosotros, los pobres, con relleno y de fresa, siempre.

—¡Qué guapo es! —exclama Paloma—, la jefa es afortunada.

Alana le coge de la mano y él no la rechaza. Muchos murmuran sobre

ellos en la empresa, pero nadie sabe si es cierto o no. Aunque siempre están juntos y no solo en el trabajo. Me siento como Toula, mi musa inspiradora, en este momento. Me siento tan poquita cosa y tan poco sexy. Un hombre como él solo se fija en mujeres como ella. Cuerpo perfecto. Cara de Exterminador en potencia. No tiene un rostro delicado y tampoco un cuerpo de sirena. Es puro músculo. Sensual. Engreída. Superficial. Antipática.

«Envidiosa» me digo.

Ella le susurra algo en el oído. Mi jefe la mira y asiente. Pero no sonrío.

—Creo que me voy a casa —le digo a mi amiga, minutos después—, nunca lograremos entrar, Paloma.

Ella me mira con atención.

—¿Estás depre por el jefe o Nahuel?

Por los dos, quiero decirle, pero no consigo emitir más que un gemido derrotado. No comprendo lo que siento en estos momentos. Estoy ovulando, eso explica el resto.

—¿Señorita Aguilera? —me dice mi jefe y mi corazón deja de latir—, ellas están conmigo —le dice al guardia y por muy poco, no empiezo a saltar.

Alana nos saluda con sequedad y apenas nos echa una mirada. Él nos cede el paso con amabilidad y ambas pasamos por él tras agradecerle el gesto.

—Gracias, señor Holmberg.

Me pone frente a él en la pequeña fila de los privilegiados y miro boquiabierto el lugar.

—De nada, señorita Aguilera —murmura en mi oído y me roba un gemido—, es un placer.

Muevo las caderas cuando sus manos sujetan mi cintura. Todo empieza a girar a mi alrededor. ¡Dios mío! El pulso se me acelera. Las sienes y los ojos me palpitan. El clítoris babea.

«Ay, Dios».

Mi trasero roza algo que no sé al cierto qué es. ¿Será su móvil? Me recuerda a los móviles del pasado, grandes y gruesos. Se pega aún más a mí sin retirar sus manos de mi cintura. Acomodo mi cabeza contra su pecho y cierro los ojos, imaginándome por unos segundos que es mi novio. Todas nos miran y mueren de envidia de la Cenicienta XL. Es el hombre perfecto: rico, guapo, atlético, romántico y bien dotado, al parecer.

—Señorita Aguilera —musita en mi oído—, ya puede pasar a la discoteca.

Unos coches de carrera chocan entre sí mientras unos edificios de varios pisos caen al mismo tiempo en mi cabeza al volver en mí. ¡Qué vergüenza! Me aparto de él a toda pastilla y choco contra un sexy guardia de dos metros. Nos miramos con picardía por unos segundos.

—Adelante —me dice y cruzo al fin la puerta de la discoteca.

La canción «Aleluya» empieza a sonar en mi cabeza y una luz reflectora me ilumina mientras unas serpentinas doradas caen sobre mí. Me siento poderosa. Única. Hermosa. Y solterona. Bueno, algún defecto tenía que tener. Paloma y yo nos enfilamos a la pista repleta de almas solitarias y, quizás, desesperadas como nosotras dos. Busco a mi jefe con los ojos, pero no lo veo por ninguna parte. Supuse que estaba en el área vip.

—¡Amo esa canción! —grita Paloma—, ¡la amooo!

Tarzán solía gritar para llamar la atención o avisar a los suyos, nosotras, las solteras, hacíamos lo mismo en sitios repletos de testosterona. Dos hombres de unos cuarenta y pico se acercan y nos invitan a bailar.

—Hola, me gustan tus zapatos —me dice el mío tras la segunda canción —, muero por verte solo con ellos mientras te meto mi polla por todos los agujeros de tu voluptuoso cuerpo, nena.

Lo miro con picardía.

—Es mi mayor sueño desde que soy mujer —le digo con una voz muy ronca—, pero aún no me quité la verga.

Dos segundos después... salió volando y yo no pude evitar reírme. Miro a las parejas que bailan con erotismo aquella canción de moda: «Hola señorita de Maluma». Cuando giro, me encuentro con mi jefe.

—¿Bailaría conmigo esta canción, señorita Aguilera?

Tiemblo. Literalmente. Coge mi mano sin esperar mi respuesta y me lleva hasta el centro de la pista. Las luces psicodélicas tiñen nuestras caras mientras nos movemos con cierta timidez. De repente, me gira de espaldas a él y empieza a moverse con mucha, pero que con mucha, mucha sensualidad. Dios, ¡es tan sexy el condenado! Decido disfrutar del momento y meneo las caderas con erotismo contra él. Sus manos se deslizan por mis costados mientras sus caderas se pegan a mis nalgas. Abro mucho los ojos y por muy poco, la boca también. ¿Aquello era su...? Pongo cara de espanto. ¡Es enorme! Me gira trepidante y envuelve su cuello con mis brazos al tiempo que posa su frente sobre la mía y me mira, me mira con mucha intensidad. Sus ojos son casi transparentes ante los efectos de las luces multicoloridas.

—Está muy provocativa, señorita Aguilera —me dice y me aprieta aún más contra su cuerpo.

No digo nada. Me quedo sin aliento. La canción de Katy Perry «*Never really over*» empieza a sonar y nos dejamos llevar por su ritmo.

—Debería pensar en los pobres hombres que la miran —acota—, es un peligro para el corazón —posa sus ojos en mis senos con delicadeza—, y para otras partes del cuerpo masculino.

¡Toma ya! O, mejor dicho, ¡tómame ya! Lo miro sorprendida y boquiabierta. ¿Mi jefe acaba de flirtear conmigo? Mi reacción lo divierte no lo sorprende, porque sonrío con cierta chulería.

—Señor Holmberg —le digo, ruborizada hasta el alma—, ¿tiene problemas cardíacos?

Mi ocurrencia le roba una carcajada, ¡está riéndose! Y es tan bonito el sonido que emite. Tras recomponerse, me dice al oído:

—Desde que la conocí, sí, señorita Aguilera.

Las bragas cayeron a mis pies y luego mi corazón sobre ellas. Lo miro sorprendida por unos segundos mientras él hace lo mismo conmigo. El matiz de sus ojos me quiere revelar algo, pero no consigo descifrarlo. Es un hombre misterioso. Coqueto. Seductor. Ajeno. Alana se acerca y le dice algo en alemán. Él asiente y tras ello me mira.

—No se preocupe, señor —me adelanto—, necesito ir al servicio.

Él sonrío. La siento nerviosa antes de volverme. Él me detiene y me pega a su cuerpo una vez más. Su cercanía altera mis latidos de un modo muy peligroso.

—¿Nos vemos en la piscina más tarde, señorita Aguilera?

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo me llamo?

—Espero que nade como yo, esta vez.

Trago con fuerza cuando su aliento recorre toda mi nuca y despierta cada terminación nerviosa existente en mi cuerpo. Estoy empapada, a punto de jadear como una loba. Para enfatizar el momento, la canción: *Aullando* de Wisen Yandel comienza a sonar.

—¿Con a-gi-li-dad? —tartamudeo.

Él aprieta su duro mástil por mis nalgas y menea su cuerpo con sensualidad sin importarle lo más mínimo la presencia de Alana. Sus manos suben hasta mi estómago.

—No —me susurra—, desnuda.

Suelto un jadeo tras llegar a mi solitario y delicioso orgasmo.

—La esperaré.

Besa mi cuello y me cede el paso. Tardo unos segundos antes de reaccionar. Me dirijo a la barra y me siento en una de las butacas con el corazón muy acelerado. El camarero me sirve una bebida antes de que yo le pida una.

—Doble orgasmo —me dice como si tal—, invitación de aquel caballero —me indica con la cabeza.

Me giro y me encuentro con mi martirio dorado. Él levanta su copa a modo de saludo. Cojo la mía y le devuelvo el gesto.

—Papichulo —le digo tras girarme.

El camarero me dice que puedo tomar todos los tragos que desee, a cuenta

del caballero.

—¿En serio?

Lo miro con discreción. Mi jefe me mira de reojo de tanto en tanto mientras Alana y otros tipos le hablan. Tras unos minutos, desaparecen de mi enfoque. Al cabo de unos minutos, Paloma se sienta a mi lado algo achispada. La miro con expresión interrogante. Creo que bebió de más. Bebe un sorbo de mi copa y se ríe. Sí, definitivamente, está borracha.

—Nosotras nos preocupamos por no encontrar al amor de nuestras vidas —suelta con socarronería—, observa a esas dos de allí —mira hacia enfrente—, sus ropas y sus maquillajes exagerados expresan lo desesperadas que están. ¡Y nosotras nos quejamos!

Sigo su enfoque y la miro con asombro.

—¡Somos nosotras, Paloma!

Mira con más atención el espejo detrás de las copas y grita:

—¡¿Esas diosas somos nosotras?!

La miro algo alelada por unos segundos. ¡Qué rápido cambia de opinión!

—No entiendo cómo no encontramos hombres que maten por nosotras, Paty.

De pronto, miro mi móvil y encuentro un mensaje de un número desconocido. Lo abro sin rechistar mientras Paloma recuesta su cabeza sobre la barra.

«La espero en la piscina, señorita Aguilera».

Es el número personal de mi jefe. Yo solo tenía el laboral y para casos de emergencia. Abro la boca y los ojos con exageración. Me levanto de un salto y le digo a mi amiga que debemos irnos, que ya es tarde. Ella suelta un gemido antes de levantarse de la butaca. Salimos del lugar casi a las cuatro de la mañana. Por suerte la piscina está climatizada. Cuando llegamos al aparcamiento, Paloma empieza a vomitar.

—Dios mío —le digo mientras le sujeto el pelo.

Ella vomita hasta desechar todo lo que ingirió esta noche.

—Me siento muy mal, Paty.

Cojo las llaves del coche y conduzco yo. Cuando llegamos a su casa, vomita un poco más mientras le preparo un té de manzanilla.

—Oh —susurro, afligida.

Esa noche me quedo a dormir con ella sin lograr anular la invitación de mi jefe. Pero, la amistad va primero, me digo mientras evoco la noche que nadamos juntos.

—No juegues con fuego, Patricia —me digo con firmeza—, evítate sufrimientos innecesarios.

Mi móvil timbra, es un mensaje de mi jefe. Abro el mismo con manos temblorosas.

«El agua está deliciosa, señorita Aguilera».

Envía la foto del cielo estrellado y la luna menguante de esta noche. Observo a Paloma antes de dirigirme a la ventana. Tomo una foto de la luna y se la envío.

«Mi amiga se sintió mal y me necesitaba, señor. Lo siento».

Lo siento mucho, de verdad. Muerdo el labio inferior con impaciencia. Imaginándomelo en la piscina como vino al mundo.

«Es usted muy buena amiga, señorita Aguilera».

Envía la foto de una copa de vino y veo sus dedos alrededor de la base, sus largos, finos y bronceados dedos de pianista. Enarco una ceja en un acto reflejo. ¿Pretendía emborracharme y seducirme?

—El vino sobra en esta historia —me mofo.

Me siento rara. De pronto alguien irrumpe mi cabeza. ¿Y Alana? ¿Acaso no es su ligue o algo así? ¿Por qué no la invitó a ella?

«Hasta mañana, señorita Aguilera».

El día que me llame por mi nombre convulsiono de placer.

«Hasta mañana, señor Holmberg».

Acaricio su mensaje con el dedo índice. Me siento como una adolescente ante su primer amor. Meneo la cabeza antes de cambiarme de ropa y meterme en la cama con mi mejor amiga. Espero no violarla pensando en él, en mi jefe.

Nahuel

Dieta 10

Cinco años antes...

Menú para la dieta del atún:

Desayuno:

1 lata de atún natural
Rodajas de piña
Lechuga
Aceite de oliva

Comida:

1 lata de atún (puede ser también una pechuga de pollo)
Rodajas de melón o sandía (la cantidad que desees)
Lechuga
3 cucharadas de aceite de oliva como aderezo de la ensalada

Cena:

1 lata de atún en agua
Rodajas de sandía o piña
Verduras o lechuga.
3 cucharadas de aceite de oliva como aderezo.

Miro la pantalla del ordenador con ojos perezosos este cálido día en que anhelo echarme una siestita, pero hoy le toca a Patricia y yo debo permanecer en mi mesa para vigilar a los jefes. Además, me gané su postre tras comer la ensalada de atún. Esta semana toca la dieta del atún. Mi amiga es experta en encontrar dietas absurdas.

—Hola —me saluda Paloma—, ¿me haces unas copias de estos documentos, Bollito?

Asiento y cojo los documentos que me alarga. Me pregunta por Patricia en ese lapso. Le digo que está durmiendo en el servicio y se echa a reír. Jenny me saluda al pasar y le devuelvo el saludo sin mucho entusiasmo. Paloma lo percibe.

¡Dios! ¡Ella siempre lo percibe todo! No dice nada, solo se limita a mirarme mientras se lija las uñas color azul.

—¿Nos vamos a la fiesta de mi primo? —me pregunta.

La fotocopiadora está en plena función cuando asiento. Acepté ir a la dichosa fiesta gay para estar con Patricia. No por otra cosa. El primo de Paloma, un tal José Pérez, me tira los tejos desde que me vio la primera vez. Me dice «Bollito primavera» o «carita de ángel». Me siento tan raro siendo piropeado por un hombre que usa blusas ajustadas y brillosas. Eso sin mencionar sus mallas negras súper ceñidas. Yo lo llamo «grillo gaga». Ya sabéis, los grillos tienen patas muy largas y finas.

—Te prometo que mi primo no te tirará los tejos.

La miro con incredulidad, como si acabara de decirme que Darth Vader es el verdadero padre de Bart Simpson.

—El pobre está enamorado de ti, Bollito.

Prefiero no replicarle. Patricia aparece y bosteza. ¿Aún tiene sueño? Me mira con ojos divertidos antes de darme un beso en la mejilla. El corazón me late tan fuerte que temo que toda la empresa lo escuche. Cada día me es más y más difícil esconder lo que siento por mi mejor amiga. Paloma nos observa con sus grandes ojos verdes. ¿Desconfía algo?

—Terminaré mi trabajo —anuncia Patricia.

Se sienta a su mesa tras bostezar. La miro con atención por unos segundos mientras ordeno los documentos de Paloma, que, a su vez, está atenta a mí. Espero que no descubra nada o todo el mundo lo sabrá en menos que cante un gallo. No estoy diciendo que sea una chica chismosa, sino más bien comunicativa.

Patricia lanza unos papeles en su cubo de basura tras soltar un gemido de lamento. Por alguna razón ilógica, antes de salir de la empresa, cojo esos papeles y los meto en mi mochila de «Smallville». Ella es fan de esa serie y, por ende, yo también. Aunque, sigo sin entender como alguien que puede volar no lo hace.

—Hoy cenamos en casa —me dice Patricia.

Cogemos nuestras bicicletas y nos dirigimos a nuestro piso. Llevamos dos semanas usándolas y la verdad es bastante efectiva. Hemos perdido casi diez kilos hasta ahora. Las dietas locas y los ejercicios empiezan a dar resultados.

—¿Prefieres el atún con cebolla o lechuga?

Medito unos segundos.

—¿Con los dos?

Ella asiente satisfecha. Un gordito siempre piensa en lo mejor para su pobre e insaciable estómago.

—Nos vemos, Bollito.

Entro en mi departamento y, curioso, cojo los papeles que Patricia lanzó al bote de basura. Leo concentrado aquella interesante historia de amor y pasión, mucha pasión. ¿Mi amiga escribe? ¡Y muy bien!

Leer aquello, aunque a escondidas de ella, es como tener algo de su corazón solo para mí. Después de leerlo, lo meto en una caja de madera tallada por mí mismo en la granja de mi abuela y luego la meto en el armario.

—¿Bollito?

¡Por Dios! ¡Ella ya está lista!

—¡Ya salgo! —grito.

Me quito los vaqueros a toda prisa, me tropiezo, me caigo con torpeza en el suelo y suelto una palabrota. Derrumbo de paso la silla y suelto otra palabrota. Me levanto y me meto en el cuarto de baño a trompicones. Enciendo la ducha y me meto bajo ella. Me baño a toda prisa mientras recuerdo lo que leí. Miro abajo y veo el resultado de tal recuerdo con expresión de asombro. Debo solucionarlo y sin meditarlo, lo hago. El placer me hace gemir tan alto que, Patricia aparece en el cuarto de baño y grita al verme en plena paja.

—¡Dios míooo! —grita a voz en cuello y sin apartar la vista de mis manos —, eso es... eso es...

Me siento como si fuera Brad Pitt ante su exagerada mueca de placer explícito. Es como si acabara de tener un orgasmo.

—Es... es... es... —dice con los ojos bien abiertos.

Quiero decirle que en el instituto me llamaban burro, pero no porque fuera poco despabilado. Digamos que mi metro noventa y poco, combina muy bien con mi... Ya sabéis. El resto dejo a vuestra imaginación.

—Patricia, por favor, puedes dejarme a solas —le pido con un dolor sordo en el corazón—, esto es muy raro.

Ella tiene la boca muy abierta y los ojos bastante entornados. Me recuerda a la niña de pelo largo y oscuro de la película de terror «La llamada». Podía girarme, pero estoy petrificado, en todos los sentidos.

—Lo siento, es que nunca vi un pene tan enorme —me dice y me ruborizo aún más—, te espero en casa —apostilla, pero no desvía la mirada de mi parte íntima un solo segundo.

Intento cubrirla con las manos, pero sigue siendo muy vistosa la desgraciada.

—Nos vemos, Bollito.

Cuando al fin se marcha, reclino mi frente contra la pared y suelto un gemido de lamento.

—¡Que me trague la tierra y eructe mis restos por el universo!

Más tarde, cuando llego a su casa, ella no me mira con extrañeza, no, al

contrario, me mira con picardía. Me siento raro. Un poco halagado, pero raro, ante todo. Ella coge una baguette y la mira con atención. Me ruborizo un poco más y no sé por qué. Me dice que muere por un trozo, pero la manera en cómo me lo dice, me excita, inevitablemente.

—Sí —digo en un susurro—, yo también.

Mis ojos se clavan en sus voluptuosos pechos. La madre naturaleza fue tan generosa con ella.

—Un trozo no matará a la dieta del todo.

La dieta ya se suicidó, quiero decirle, pero no puedo, la lengua está paralizada. Ella corta el pan con una sensualidad que me postra a sus pies. Para los gorditos no existe imagen más sexy que esta. Patricia dice algo, pero soy incapaz de comprender lo que dice. Solo soy capaz de mirarla y desearla. La canción de George Michael: Carelees whisper suena en mi cabeza mientras ella unta el trozo de pan con mantequilla sin sal con suma sensualidad. Mueve la cabeza y dice algo, pero su voz no me llega.

—Toma, Bollito.

Vuelvo a la realidad de golpe y suelto un jadeo muy sospechoso. Ella sonrío antes de meter un trozo de pan con atún y verduras en la boca. Es lo más sexy que jamás vi en toda mi vida.

—Está delicioso —gime.

—Gime para mí —suelto sin querer y la dejo totalmente pasmada—, ¿me pasas la mantequilla? —acoto con el alma a mis pies.

¡Qué metedura de pata colosal!

Patricia

Dieta 11

Dieta de la sandía:

Desayuno:

Café o té sin azúcar, tres porciones de piña.

Media mañana:

Toda la sandía que puedas.

Comida:

Ensalada de tomate, zanahoria rallada y cebolla. Filete de pescado a la plancha.
Sandía.

Merienda:

Toda la sandía que puedas.

Cena:

Sopa de verduras,
pechuga de pollo a la plancha.
Sandía.

Me puse una camiseta de tirantes roja bastante escotada y una blusa transparente del mismo tono. Una falda negra larga hasta las rodillas y unas bisuterías negras como toque final, eso sin mencionar mis medias de seda negra y mis zapatos de tacón de quince centímetros. Me miro satisfecha en el espejo de mi tocador tras rociar mi pelo con un poco de fijador. Tres capas, ¿vale? Antes era cinco. Ahora por el bien del medio ambiente solo uso tres. Y muy poco maquillaje. ¡Estoy casi al natural!

«Mmm» ronronea mi otra yo.

—Tres capas de base, dos de polvo, colorete, tres tonos distintos de sombras, labial rojo color sangre, rímel a prueba de agua, máscara, delineador de ojos y un poco de spray fijador de maquillaje. ¡Casi natural! —me paso un poco de polvo—, esto ni yo me lo creo.

Bajo al garaje y cojo mi fusca roja antigua o escarabajo como la llama mi abuela. El sueldo no me da para una más moderna. Bajo el cristal y aspiró aire fresco. Lo malo de estos coches antiguos es que no tienen aire acondicionado. Mi diosa musical: Malú, empieza a cantar en la radio súper moderna que mandé instalar en: Fusty. Una mezcla entre Fusca y Paty. Mi móvil timbra. Es Nahuel.

Nahuel: Buen día, Bollita.

Emotición de sol y una taza de café.

Yo: Buen día, Bollito. ¿Listo para la dieta de la sandía?

Emotición de una sandía.

Nahuel: Comeré sandías de mi propio huerto. ¡Están deliciosas!

Emotición de corazón.

Yo: ¡Qué envidia! Algún día me llevarás a la granja.

Emotición de guiño de ojo.

Nahuel: ¿Alguna novedad?

Emotición de duda.

Yo: Aparte de que a mi madre no le importa que sea lesbiana con tal de que le dé nietos, nada.

Emotición de carcajada.

Nahuel: Tu madre es todo un personaje. Si mi madre estuviera viva, me pediría lo mismo. ¡Cásate con un hombre, pero dame nietos!

Me echo a reír como una foca embriagada. Me recompongo y suelto una pregunta venenosa:

Yo: ¿Sarah no quiere hijos?

Emotición de duda.

Nahuel: Es algo complicado.

Enarco una ceja tras leer su respuesta. Siempre habla de la tal Sarah de un modo cortante, no enamorado. Al menos esa es la sensación que me da. Miro el asiento de mi coche tras despedirme de mi amigo.

—Tales coches, tales dueñas —digo con sorna al mirar el asiento negro con bolas rojas—, eres muy excéntrica —me digo antes de arrancar.

Durante el viaje, pienso en mi jefe y su ardiente propuesta del otro día. Nadar desnudos y no desear hacer nada, ¡es mucha pretensión! No debe tentar a una ex gordita en plena dieta. ¡Es muy peligroso! Como la Megan Fox en aquella película de terror donde devoraba a sus víctimas.

—Deja de pensar en él —me digo mientras me paso una capa más de labial rojo en los labios—, o tendrás que cambiarte las bragas una vez más.

Cada vez que pienso en él, mi parte íntima se agita y empieza a sudar. Pobrecita, le tocó una dueña que mal le da de comer. Llevo exactamente cinco años sin tener sexo, tras una temporada de puro placer. Me tiembla el clítoris solo en recordarlo. Algún día lo haré aquí dentro, me digo y Fusty ríe a carcajadas. Incluso se mueve como Herbie.

«Mmm».

Toda mi familia reacciona igual cuando hablo de boda e hijos.

—¡Ey! ¿Dónde aprendiste a conducir? —le reto a uno—, ¿con mi abuela muerta? ¡Sal del camino, tortuga paralítica!

En el tráfico me descargo y así me ahorro una fortuna con los terapeutas que nunca visitaré.

—Eso sin contar las peleas familiares en los cumpleaños y bodas.

Aparco a Fusty al otro lado de la empresa y veo a lo lejos a mi delicioso jefe. Mis labios sueltan un chasquido de emoción. ¡Tienen vida propia!

—Y no son los de mi boca, precisamente.

Hoy lleva un traje negro y una camisa color vino sin corbata. Siempre llega antes que yo y eso que vivimos en el mismo edificio. Mete una mano en el bolsillo mientras sujeta su móvil contra su oreja.

—Dios —susurro al ver su culito apretadito—, este hombre sí que sabe ser sexy.

Mira hacia mi dirección y un gemido de placer se me escapa al verlo con sus gafas de sol de alguna marca cara. Yo lo miro a través de las mías, un Gucci más falsificado que mi bolso Chanel. ¿Para qué pagar cientos de euros cuando puedes comprarte los dos por menos de veinte? Solo en perfumes, maquillajes y zapatos gasto más de lo que gano. El próximo mes tendré que vender un riñón para pagar mis deudas o prostituir a mi mejor amiga.

—Rsr rsr —ronroneo como una gata en celo cuando mi jefe sonrío—. Así,

papi chulo, sonrío para mami —digo con voz seductora y un anciano de unos ochenta años me guiña el ojo—, mmm.

Por suerte mi madre no está cerca o le pediría su número para concertar una cita. Mi móvil timbra, es Nahuel.

Nahuel: Comiendo sandía.

Me envía la foto de una sandía deliciosa.

Yo: Acabo de piropoear a un anciano y no me fue indiferente.

Emotición de risas.

Nahuel: Aún tiene lengua y dedos.

Emotición de risa.

Yo: Lo tomaré en cuenta.

Cuando mi jefe entra en la empresa, cruzo la calle y me dirijo a mi puesto. Antes de que me pida café, dejo mis cosas en mi mesa y voy a la cocina. Mi mamá me envía un audio de diez minutos en ese lapso.

—Ay, Dios.

Mientras preparo el café de mi jefe lo escucho. En esos largos minutos, me reclama los nietos que nunca le di. Siento que mis óvulos gritan de terror en mis entrañas y se esconden detrás de mis riñones. Me dice que ya está vieja y que cuando tenga hijos ella ya estará en algún centro caminando con la ayuda de un andador. Quiero decirle que no es por mi elección, sino de los hombres que no me eligen a mí para procrear. Bueno, ni siquiera para fornicar.

Yo: mamá, te prometo que te daré nietos antes de que mis óvulos sean polvos. ¡Violaré a cualquier indigente para cumplir tu sueño!

—¿Por qué haces este tipo de promesas que ella te reprochará tarde o temprano? ¡Incluso te buscará un indigente!

Me quiero dar bofetones.

Mamá: El hijo del vecino está soltero. No trabaja, pero al menos tiene un pene que puede servirte.

—¿Qué les decía?

Yo: Mamá, tengo que trabajar. Hablamos más tarde.

Emotición de besos.

Mamá: Ya no me quieres. Me ignoras. Moriré sola y abandonada. Sin nietos.

Emotición de llanto.

Yo: ¡Tienes a papá!

Emotición de furia.

Mamá: ¿Tu padre? ¡Anda muy raro! ¡Llevamos casi cinco días sin tener sexo!

Pongo cara de circunstancia. ¿Cinco días? ¡Yo llevo cinco años sin tener

sexo! ¿Qué le pasa al universo? ¡Yo necesito sexo y no mi madre!

Mamá: El otro día quise avivar la pasión y cuando sonó el timbre, aparecí desnuda en la puerta. ¡No era él! Pero al menos los testigos de Jehová ya no aparecerán por una buena temporada.

Pongo cara de asombro al leer su mensaje.

Yo: ¡Menos información, ma!

Coloco un poco de sacarina en la taza de café y lo remuevo con la cucharita de plata reluciente que trajo una chica el otro día. Mi jefe es tan fino y excéntrico. Con esta completo seis cucharitas de plata para mi colección. Mi lado cleptomaniaco lo heredé de mi madre, como el afán de encontrar un marido antes de mis cuarenta años.

Yo: Hablamos más tarde, ma. Ahora voy a hacerle una mamada a mi jefe mientras toma su café.

Emotición de risas.

Mamá: Chúpale la cabecita mientras le tocas las pelotas, ¡eso los vuelven locos!

—Me lo merezco.

Coloco la taza en la bandeja de metal y la llevo tras despedirme de Teodora. Coloco la cucharita de plata en mi bolso y me arreglo el pelo con la mano libre. Entro en la sala después de golpear la puerta. Él está hablando con alguien por el altavoz. Me mira cómo solo él sabe hacerlo.

«Rsrtrs». Es tan sexy el condenado. Cada vez que me otea de ese modo tan seductor se me para una teta. ¡Dios mío! ¡Mi madre ha usurpado mi cuerpo!

—Permiso —vocalizo y él niega con la cabeza—. Ok.

Coloco la bandeja sobre el escritorio y me quedo allí mientras habla con alguien en inglés. Se lleva la mano derecha a la sien y contrae la cara. Le duele la cabeza, deduzco por su gesto. Me indica algo con la mano y me acerco. Lo miro expectante mientras él firma unos documentos. Sus gestos son tan sensuales que estoy a punto de gemir de placer.

«Sí que estás necesitada» me dice mi entepierna.

Enarco una ceja. ¿Esa voz? ¿De quién es?

«Lleva años sin probar una buena salchicha» le dice mi cerebro.

«¡Mamá! ¡Sal de aquí!».

La pluma del señor Holmberg se desliza de su mano y cae al suelo. El ruido me saca de mi pelea mental.

—Scheiße —murmura.

Sé que es mierda en alemán. Se aparta de la mesa y mira hacia abajo. Tiene las piernas abiertas de par en par. Parece enfadado. Le hago un gesto con la cabeza y él asiente. Sonríe antes de meterme entre sus piernas. Eso suena tan

excitante. Me agacho a toda prisa para coger la pluma de oro cerca de una de las rueditas de su silla giratoria.

«Ay» musito. Mi pelo se atora a algo. Intento soltarlo, pero no lo consigo. Miro a mi jefe con cara de circunstancia.

—No se preocupe —susurro e intento liberar mi pelo de su carísimo cinto de cuero—, se me ha atascado el pelo —le digo.

Él suelta un gruñido antes de desabrocharse el cinturón. Dios santo, estoy a pocos centímetros del paraíso. Pongo la expresión de una actriz porno cuando la cámara enfoca su cara.

—Tranquila —me dice en un susurro.

Coloco mis manos en sus musculosos muslos y agacho la cabeza entre sus piernas como me indica, o eso creo. Quizá me equivoco, pero ahora tengo miedo de apartarme y comprobarlo.

«Madre» pienso ante el enorme paquete.

Empiezo a rozar mi mejilla contra ese paquete y él me sostiene la cabeza con ambas manos tras soltar un gemido muy, pero muy sospechoso. ¿Está excitado? Si alguien entrara ahora mismo en la sala, nos verá y pensará lo peor. Yo arrodillada entre sus piernas con las manos en sus muslos y él sosteniéndome la cabeza con las suyas mientras jadea de tanto en tanto. ¡Es para pensar mal!

—Señorita Aguilera —murmura—, ¿me está poniendo a prueba?

Lo miro con cierta dificultad y sonrío. ¿Ponerlo a prueba a él? ¡Soy yo la que no tiene sexo hace años! Eso sin mencionar la dieta. ¡Estoy hambrienta! Y una banana nunca viene mal, le dijo Chita a Tarzán.

—Para nada, señor.

Él sigue hablando mientras trata de desenredar mi sedoso y voluminoso pelo de su cinturón. ¿Sería el fijador el causante de este atasco?

—Está enganchado a la cremallera —gime bajito.

«Oh, por Dios».

¡Mi pelo es un degenerado! O está tan desesperado como yo.

—Seré cuidadoso.

El corazón me late con fuerza ante la emoción que siento. ¡Estoy bajándole la cremallera a mi jefe!

—No se mueva, señorita Aguilera.

Baja la cremallera de sus pantalones y trata de desenganchar mi pelo, lapso en que alguien entre a la sala. Es Andrew. ¿Acaso no sabe llamar a la puerta?

—Señor —dice algo azorado.

No sé si nombra al hijo de Dios o a nuestro jefe. ¡Qué papelón!

—Se me atoró —le digo tras girar la cabeza en su dirección—, mi pelo en

su cremallera —le aclaro al ver su mueca de estupor.

Es como si acabara de ver a Bob Esponja y a la sirenita haciendo un pececillo esponjoso. ¡Es mi madre una vez más! ¡Llamen a un exorcista! Mi jefe se despide de su interlocutor y con mucha delicadeza logra liberar mi pelo de su cremallera.

—Lo siento, señor —le digo, ruborizada—, qué bochorno.

Andrew sigue en shock. Parece que acaban de meterle un dedo en el culo o, quizá, dos y sin lubricante. Me levanto con la ayuda de nuestro jefe que, obstinado, mira mis pechos. ¡Qué descarado!

—Señorita Aguilera —me dice y mira mi escote con insistencia.

Sigo su enfoque y miro estupefacta la mitad de mis tetas fuera de la blusa. ¡Dios mío! Las muy desvergonzadas se animaron tanto que, terminaron acoplándose a una fiesta ajena a ellas.

«Muy bien, hija» me dice mi madre en mi cabeza. No tengo tiempo para una pelea mental con ella ahora mismo. Me arreglo la blusa y luego salgo de la sala como alma que lleva el diablo. Andrew me mira con desconfianza antes de que cierre por completo la puerta.

—¿Quién no te conoce, Andrew? —le digo al muy cabrón que se interpuso entre Nahuel y yo—, ¡que te den! —sonrío—, ojalá el jefe me diera a mí —entrecierro los ojos—, mi madre hablando por mí una vez más.

Cuando Andrew sale de la sala, me mira con picardía. ¿Por qué me mira así? Es más que evidente, piensa que tengo algo con el jefe alias Iron Man rubio.

—Sé lo que has hecho el verano pasado, Andrew —digo con ironía—, conozco tu secretito...

Mi móvil timbra, es mi jefe.

Señor Holmberg: Señorita Aguilera, es usted un peligro constante. Por su culpa no puedo cerrar la cremallera de mis pantalones.

Sonrío con cierta chulería.

Yo: ¿Quiere que le ayude, señor?

¿No puede cerrarla? ¿Se le ha atorado la cremallera? No sé a qué está jugando, pero me encanta. Las dos tetas se me paran solo en pensar en él.

Señor Holmberg: ¿Es usted consciente de la propuesta que acaba de hacerme, señorita Aguilera?

Pienso.

Medito.

Calculo.

—¡Jesús, María y José! —digo al comprender mejor el trasfondo.

Yo: Señor, lo siento, pensé que se le atoró la cremallera por otras razones.

¿Por otras razones? ¡Vaya metedura de pata!

Emotición sonrojado.

Emotición avergonzado.

Emotición suicida.

Este último acabo de inventarlo yo. Sale de la sala media hora después con la chaqueta puesta y me sonrío con coquetería. Estoy tan roja como mi blusa.

—Nos vemos más tarde, señorita Aguilera.

Me levanto de la mesa.

—Señor, debe firmar estos documentos.

Él se acerca y coge el boli barato que le alargo. Se reclina y firma los documentos. Su perfume asalta mis fosas nasales y agita partes de mi cuerpo que no sabía que se podían mover.

—Hasta luego, señorita Aguilera.

Stallone maquillado y con vestido aparece en el pasillo y lo saluda con dos besos. Luego le toca el culo con descaro tras girar su rostro hacia mí. Me mira como diciéndome: Muere de envidia, guapa.

—Yo vi ese culo en vivo y en directo, guapa —le replico entre dientes—. Y tuve un contacto muy cercano con Holmberg Júnior, que de Júnior nada tiene.

Suben al ascensor riéndose. Me pica el alma verlos tan unidos y risueños. Cojo mi móvil y le escribo a Nahuel mientras Malú me canta en el ordenador.

Yo: ¡Hola! Hoy tuve un día muy ajetreado y por eso no pude escribirte, Bollito. ¡Dios! ¡Tengo tantas cosas que contarte! La principal es que tuve un cercano y delicioso contacto con la banana del jefe. ¡Vaya banana! Por accidente, mi pelo se quedó atorado a la cremallera de sus pantalones y juro por Dios que no fue a propósito. En medio del jaleo, lo vi crecer ante mis ojos. ¡Lo excité como nunca!

Emotición de fuego y corazoncitos.

—¿Quieres café, Paty? —me dice Teodora desde la puerta de la cocina.

Me acerco caminando como C-3PO algo oxidado.

—¡Sí!

Me sirvo un poco de café mientras espero la respuesta de mi mejor amigo. Teodora me dice algo en ese lapso y nos echamos a reír. Vuelvo a mi mesa cuando suena el teléfono. Cojo la llamada y anoto el recado para mi jefe. Me siento y cojo mi móvil cuando este timbra. Abro mis ojos como platos. ¿¡Qué!?, chilló al ver el mensaje de mi jefe en la pantalla. ¡Nooo! ¡Me equivoqué de número!

Señor Holmberg: Señorita Aguilera, me siento, de cierta manera, halagado de que le comunique a su amigo o amiga sobre el incidente de hoy. El inoportuno, pero inquietante incidente. Con respecto a lo último, usted no necesita de ciertos jaleos para lograrlo. Me basta con verla para tener tal efecto

en mí.

—Oh —es lo único que sale de mi boca—, por Dios —digo como si fuera C-3PO.

¡Qué metedura de pata!



Eliza, la prima de Paloma, se casará este fin de mes y decidimos hacerle una despedida de soltera en mi piso. Para tal ocasión, alquilamos vestidos de novia con las demás chicas, porque, probablemente, sería la única ocasión en que llevaríamos uno en nuestras vidas.

—Me encanta este vestido modelo princesa de Disney —dije emocionada—, acepto casarme contigo —le dije al muñeco inflable que se encontraba en la sala—. Señor Holmberg —musité y me reí.

Paloma repartió unas diademas con un pene en el medio de color verde fosforescente que brillaba en la oscuridad. Me la puse sin rechistar.

—¡Veó penes luminosos por todas partes! —gritó José—, ¡estoy en el paraíso!

Bebimos champán y comimos canapés típicos de una boda. El primo de Paloma, que también llevaba un vestido de novia, contrató a un stripper con unos kilos de más. Le recordaba a Nahuel, me dijo el infeliz.

—¡Amo a las Spice girls!

Las canciones de mi adolescencia empezaron a sonar en el reproductor de música y todas enloquecimos.

—¡Por Eliza!

—¡La Macarena! —gritó Paloma.

Ver a más de diez novias con penes en las cabezas bailando «La Macarena» de manera sincronizada era la caña. Alguien tocó el timbre y Nadia salió corriendo para abrir la puerta. Aproveché el momento para ir al servicio con Paloma.

—¡El stripper ha llegado!

Todas lo rodearon e intentaron desnudarlo, pero, al parecer, el individuo se resistió.

—¡No quiere desnudarse! —chilló Eliza—, ¡está muy bueno!

Cuando retorné y vi al supuesto stripper en el sofá, luchando contras las garras de aquellas mujeres depravadas casi tuve un síncope.

—¡Señor Holmberg!

Paloma soltó un gritito muy raro y su primo rompió la copa que sostenía ante el susto.

—¡Dejadlo! —grité—, él es mi jefe.

El señor Holmberg estaba sin camiseta y con marcas de labial rojo por todo su esplendoroso torso musculoso y dorado.

—Señorita Aguilera —me dijo al levantarse del sofá con una expresión muy severa—, necesito los documentos que le di esta mañana.

Me miró de pies a cabeza con una mirada difícil de definir con palabras. Supuse que mi atuendo era bastante llamativo. No siempre se veía a una novia fuera de una iglesia y sin novio.

—Sí, señor.

Corrí hasta mi habitación y cogí la carpeta con los documentos, lapso en que Nora entró tras de mí y casi me desmayé al ver las erupciones que tenía en la cara.

—¿Los canapés dulces tenían nueces?

¡Dios mío! ¡Era alérgica!

—Me moriré, Patricia.

Salí de mi cuarto como una exhalación y le entregué al señor Holmberg la carpeta a la vez que arrastraba a Nora por la muñeca.

—Debemos llevarla al hospital —dije desesperada—, ¡es alérgica a las nueces!

Todos empezaron a gritar justo cuando la canción: «My heart Will go on» empezó a sonar en el reproductor a todo volumen. Miré a mi alrededor con asombro. ¡Estábamos en el Titanic! Las novias corrían alteradas y entrechocaban entre ellas gritando. El señor Holmberg se puso su suéter negro mientras observaba con asombro la escena que habían cortado en la película original de James Cameron.

—Ven —me dijo mi jefe—, debemos llevarla al hospital.

Salimos volando de mi piso y fuimos al hospital más cercano. Por fortuna, Nora ya estaba medicada y reposaba serena en su casa. Volvimos casi a la medianoche a nuestras casas.

—Gracias por todo, señor.

Me arreglé la diadema con coquetería y puse cara de espanto acto seguido.

—Ahora entiendo por qué todos me miraban en el hospital —dije atónita—, ¡no era por el vestido!

El señor Holmberg miró con atención el pene que se encontraba en el centro de mi cabeza.

—¿No es una antenita alienígena? —se mofó y me robó una risita.

—Muy chistoso, señor.

Me quité la diadema obscena y él alargó la mano para arreglarme un mechón rebelde de mi pelo con mucha ternura.

—¿Puedo confesarle algo?

Lo miré con ojos de cordero enamorado y en celo.

—Sí —le dije con timidez.

—Eres la novia más guapa que jamás vi en toda mi vida.

«Entonces, ¿por qué no me pide en casamiento?» pensé con sorna.

—¿Perdona?

Abrí mis ojos y mi boca con exageración. ¿Lo dije en voz alta? ¡Nooo!

—Buenas noches, señor.

Me despedí de él a toda prisa y me metí en mi piso con el alma latiéndome a mil por hora. Corazón, quise decir, corazón.

—Señor y señora Holmberg —dije sonriendo—, hora de consumir la boda —miré al muñeco inflable con deseo—, ¡ahora!

Nahuel

Dieta 12

Cinco años antes...

La dieta del huevo

Desayuno:

2 huevos cocidos, una fruta cítrica, té o café.

Comida:

Un plato grande de ensalada verde (brócoli, lechuga, espinaca...) y una pieza de pollo (cocida o a la plancha).

Cena:

Fruta (manzana u otra fruta).

Miro en la pantalla de mi móvil la foto de las galletas Oreo con ojos soñadores. Las echo tanto de menos. Desvío la mirada y anoto la dieta que seguiremos esta semana en mi agenda de Stars Wars con el boli que me regaló mi amiga días atrás. Tiene la cara de Darth Vader. Soy un fan empedernido de la famosa saga de George Lucas. Bebo un sorbo de té verde de mi taza negra con el slogan de la película. Me falta unos calzoncillos nada más, me mofo.

«Patricia Alejandra Aguilera» escribo al pie de la dieta. ¡Dios! Parezco un adolescente.

Hablando de ella...

Patricia golpea la puerta de mi casa mientras estoy desayunando y mirando mi serie favorita: Todo el mundo odia a Chris. Me río de Rochelle y sus constantes amenazas antes de dirigirme a la sala. Desde que mi amiga me vio desnudo y en plena paja, siempre golpea la puerta antes de entrar. La miro embobado y algo boquiabierto. Ni la mejor hamburguesa del mundo lograría tal efecto en mí en estos momentos. Esperen, ¿acabo de compararla con una hamburguesa? ¡Qué romántico soy! Ella me da dos besos y luego me limpia los mofletes con los pulgares. Su blusa roja sin hombros realza su piel clara y sus vaqueros ajustados sus voluptuosas caderas. Su larga melena la lleva recogida en un moño y cada vez que se mueve, su pelo se balancea con gracia.

—Hola, Bollita.

—Vine a invitarte a almorzar con mi loca familia: Los locos Aguilera, una versión moderna de los locos Addams.

Chasquea los dedos y emite el sonido peculiar de aquella tétrica y simpática familia.

—Me encantaría, Bollita.

Me visto mientras ella ve la televisión y ríe con Chris y su loca familia. Me pongo un cinto tras muchos años, ya que perder peso tiene sus ventajas. Me miro al espejo sin camiseta y suelto un suspiro triste ante lo que veo.

—Tienes tetas —me digo tras colocar mis manos sobre mis pechos—, necesitas un sujetador.

Tenía setenta kilos de más sobre mi peso normal. El peso de una persona de estatura mediana. O sea, tengo a una persona incrustada en mí.

—Mmm...

Me pongo una camiseta negra con el slogan de Stars Wars y salgo de mi habitación tras rociarme un poco de perfume.

—Estás muy guapo —me dice Patricia, y mira mi paquete sin mucha sutileza—, me gusta esa camiseta.

—Gracias, Bollita.

Mis mejillas se acaloran ante su escrutinio un pelín descarado a mi entropierna. ¿O estoy alucinando por culpa del hambre? Hoy solo comí unas galletas integrales y una taza generosa de café con sacarina.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Cogemos el tren y nos dirigimos a su casa entre bromas y risitas. Es un precioso y soleado domingo. Nos sentamos lado a lado y durante todo el viaje hablamos sobre trivialidades. Cada vez que coge mi mano mi corazón late con fuerza. A veces no consigo ocultar lo que siento. Es más fuerte que mi propia voluntad.

—¡Mira! —chilla una adolescente—, dos cerditos —se burla de nosotros.

Niego con la cabeza. ¿Qué necesidad hay de hacer este tipo de comentario? Las personas son tan malas. Tan peyorativas. Tan estúpidas.

—Al menos no soy fea como tú —le dice Patricia—, yo bajo de peso y seré una diosa. Pero tú, ¡tendrías que nacer de nuevo!

Todos se echan a reír, menos la joven en cuestión.

—Cerde —dice antes de bajar.

Patricia pone los ojos en blanco.

—¡Hija no reconocida de Chucky!

Me parto de la risa y ella también. Recuesta su cabeza en mi hombro y alargó la mano para tocarle la mejilla. Siento un cosquilleo extraño en el pecho. Una alegría indescriptible en el alma.

—Antes me dolían esos comentarios, Bollito, pero ahora soy inmune a ellos.

—Esa es mi chica —le digo y sonrío.

«Mi chica» resuena en mi cabeza.

Su casa natal es muy acogedora y pintoresca. El jardín está repleto de rosas de todos los colores y también tulipanes. Eran las favoritas de mi madre.

—Bienvenido, Bollito.

Patricia toca el timbre y La cucaracha empieza a sonar. Mi amiga me dice que ni el timbre es normal en su casa. Me río por lo bajo.

—¡Es Patricia y su amigo! —chilla su madre.

Patricia pone los ojos en blanco una vez más y mueve los labios de un modo muy jocoso.

—No te asustes —me pide y no puedo evitar sonreír—, seguro te dirán que somos la pareja perfecta. Ya sabes, mi madre y mi abuela siempre, siempre

me están buscando novio.

La puerta se abre y una mujer con unos pechos muy voluptuosos sale. Tiene el pelo rizado y unas ropas animal print muy llamativas. Me recuerdan al pelaje de un tigre. Es rellenita como Patricia, pero más vistosa y ruidosa. Su abuela igual, lleva unas gafas de vista con montura blanca muy pletórica. Sus ropas son tan «pintorescas» como las de su hija. Patricia me mira de reojo y vocaliza:

«No muerden».

—¡Bienvenido, Nahuel!

El padre de Patricia, un simpático panadero, me palmea la espalda con afecto mientras su madre y su abuela me hacen preguntas muy íntimas.

—¿Eres soltero? —lanza la madre tras indicarme el sofá.

Patricia pone los ojos en blanco una vez más y levanta las manos hacia arriba pidiendo clemencia al amo del cielo. No puedo evitar sonreír.

—¿No eres gay? —pregunta la abuela—, tendrán hijos rellenitos de ojos azules muy claros y pelo dorado. ¡Serán muy guapos!

No me molesta su comentario, al contrario, alimenta mi corazón. Miro algo asombrado el tapizado del sofá y la moqueta de la sala. Todo animal print. Patricia me dice que lo odia, pero que su madre lo ama.

—Mi hija ya tiene treinta y tres años —dice su madre—, yo ya tengo edad para ser abuela.

Asiento algo desorientado.

—Y yo poco tiempo para ser bisabuela —acota la abuela.

Mi amiga abraza a su delgadísimo padre con mucho afecto y le dice algo que le roba una carcajada. Aquel hombre no pesaba ni setenta kilos. Lo miro y pienso en el ser humano que vive en mí.

«Mmm».

—Prepararemos la mesa —anuncian su madre y su abuela—, quedaos cómodos.

Patricia me cuenta en ese lapso, que su madre le concertó varias citas con los hombres solteros del pueblo el año pasado. Uno más loco que el otro, según ella.

—Uno me llevó a un restaurante donde todo lo que servían tenían forma de órganos sexuales —abro mucho los ojos—. ¡Probé un pan en forma de vagina! ¡Tenía mucha hambre y probé una vagina! —chilla, riendo—. Eso sin mencionar su pecho súper peludo y sus ropas coloridas. Chita era menos peluda.

Me río con toda el alma mientras ella narra sus citas a ciegas con sorna y risas.

—Una vez salí con un excusa que no dejaba de hablar del infierno y del

castigo divino si uno fornicaba antes de casarse. Cuando nos despedimos me hizo la señal de la cruz en la frente. ¡Y yo empecé a toser! —rio con todo su ser—, el muy condenado empezó a emitir unas palabras en latín para espantar al demonio que entró en mi cuerpo, según él. ¡Era solo una tos inoportuna! ¡Por el amor de Dios!

Su abuela me sirve unos deliciosos sándwiches de verdura.

—Come sin temor, Nahuel —me dice y me guiña un ojo—, debes estar bien alimentado para procrear con mi nieta.

Patricia abre mucho sus ojos y su boca.

—¡Abuela!

Me sonrojo como un tomate. ¡Vaya! Para ellas yo soy el novio de Patricia. La madre posa dos vasos de zumo de naranja y me sonrío con picardía.

—Naranjas de nuestro jardín —comenta—, sin insecticidas —agrega—, para no perjudicar los espermatozoides.

Un gemido se me escapa de la boca y un gruñido de la de Patricia. Ella se levanta y fulmina a su madre con la mirada a la vez que la empuja hacia la cocina.

—¡Mamá!

Durante el almuerzo, Patricia cuenta sobre su última cita en el pueblo con un fanático de peces. Incluso la camisa que llevaba puesta tenía pececillos, me dijo con aire pensativo.

—¡Me regaló un pez en lugar de flores!

Su madre soltó un resoplido.

—Lloraste una semana cuando lo cociné, hija.

Patricia la mira con seriedad.

—Los animales pueden conmigo, ma —me mira de reojo—, tiempo después recorrió una foto muy rara de él y un pez.

La miro algo estupefacto.

—Era pecefilio —suelta la madre—, se metió un dorado en el culete.

¿Pecefilio? ¿Eso existe? Es demasiada información para mi pobre cerebro. Patricia me guiña un ojo y sonrío. Le devuelvo la sonrisa y la abuela nos toma una foto con su Polaroid instantáneo. Agita la foto con la mano derecha y luego me la pasa. La miro embelesado.

—Salimos muy bien, Bollito.

Le digo que conservaré la foto y sin esperar su respuesta la meto en mi cartera. En casa recortaré los bordes blancos, pienso con una sonrisa bobalicona. Mi amiga posa su mano en mi muslo y todo mi ser se agita. Una corriente eléctrica me recorre de pies a cabeza y me eriza toda la piel. Tiemblo. Suspiro. Parpadeo. Todo al mismo tiempo.

—¿Quieres más ensalada? —me pregunta ella.

Asiento con la cabeza o eso creo, no estoy muy seguro. Ella me sirve un poco más de ensalada de patatas con aceite de oliva y un poco de perejil fresco.

—Está todo muy rico —digo—, gracias por la invitación.

Ellos me dicen que el placer es de ellos. Patricia aprieta mi mano con ternura y mi corazón se suelta de sus arterias. Me sonrojo. Me agito. Me excito. Todo al mismo tiempo. Cojo el vaso y bebo un buen sorbo de zumo mientras el corazón late en alguna parte de mi estómago.

—De postre tenemos mouse de mango —anuncia la abuela—, dicen que es afrodisiaco.

Me guiña un ojo y me sonrío al tiempo. Me siento como un pollo asado frente a unos perros hambrientos. Patricia suelta un resoplido de indignación antes de levantarse.

—¿Nos echamos una siestita? —me propone tras terminar el postre—, quiero enseñarte mi cuarto.

Su madre nos mira con picardía y Patricia pone los ojos en blanco con exageración. Me río por lo bajo.

—Esa es mi hija.

El padre de Patricia menea la cabeza, pero no dice nada.

—¡Ma!

Patricia me coge de la mano y me arrastra al segundo piso. Mientras subimos las escaleras miro los tantos portarretratos que cuelgan de la pared. Patricia aparece en varias edades. Preciosa en cada una.

—Nosotros estaremos aquí —nos dicen su madre y su abuela al inicio de la escalera—. Disfrutáis de la siestita.

Giro el rostro y las miro con expresión divertida. Patricia no dice nada, ¡es inútil! Antes de que entremos en su cuarto, la canción de Sade: *Smooth operator* empieza a sonar a un volumen considerable.

—Es la canción que usan mis padres para follar —suelta mi amiga como si tal—, piensan que vamos a revolcarnos —me aclara.

La miro como si acabara de desnudarse.

—Ah...

La habitación de Patricia es muy bonita. Todo rosa y repleta de juguetes. Decenas de muñecas de trapos y rechonchas adornan una estantería también de color rosa. Me dice que nunca le gustó la Barbie, que no se sentía identificada con ella, sino con aquellas más rellenitas.

—¿Te gusta? —me dice y me enseña una cerdita de peluche—, es mi favorita.

Su voz suena triste. Coge un pendrive y lo coloca en su radio en forma de

cerdito.

—Me gustan mucho los cerditos —me dice con tristeza—, todos tuvieron perros y gatos —coge un portarretrato y me lo enseña—, es Tully, mi cerdita —sus ojos se llenan de lágrimas—, un día enfermó y tuvimos que sacrificarla —me mira—, no la comimos.

Asiento. Patricia me cuenta su historia mientras mira la foto de su mascota con mucha añoranza. Me dice que la vida de una niña gordita no es simple en ningún sitio del mundo.

—Cuando salía con Tully a dar un paseo por la plaza, todos se reían de mí, pero a mí no me importaba —suspira—, con el tiempo aprendes tantas cosas, Bollito.

Suspiramos al tiempo.

—Es verdad.

—Aprendes que el blanco se puede manchar, que el negro se puede desteñir y el corazón se puede moldear. Aprendes que los príncipes azules son tan reales como Papa Noel. Y que la Coca Cola light engorda más que la normal —se ríe—, soy mala con estas cosas.

Enciende su radio y bellas melodías arropan el lugar. Me dice que son bandas sonoras de películas.

—Me gustan, Bollita.

La de la película *One day* empieza a sonar.

—Esta es mi favorita —afirma con un suspiro—. Algún día la tocarán en mi boda o en algún momento trágico de mi vida —se pone pensativa—. Es probable que el día de mi boda sea una verdadera tragedia griega —se ríe—, no nací para tener una boda común y corriente como la gente normal.

La miro con atención mientras se acuesta en su cama y me invita con la mirada a que me acueste con ella. Me pongo a su lado en posición fetal. Nos miramos mientras la canción: Tu nombre de Coti empieza a sonar en la radio. Patricia alarga la mano y me toca la cara con delicadeza. Mi respiración se agita y mis latidos se aceleran.

—Tienes la piel de un recién nacido, Bollito.

No sé cómo reaccionar. Solo sonrío. La miro. Babeo mentalmente por ella. Y es en ese preciso instante, en que mi corazón al fin comprende lo que siente por ella. Estoy enamorado. Perdidamente enamorado de ella.

«Dios mío».

Mi corazón sube a mi cabeza y luego baja a mis pies. Repite tal movimiento unas diez veces consecutivas. Me mareo.

—¿Qué ruido es ese? —dice ella.

Es mi corazón. Tengo certeza. Me sonrojo tanto que parezco un tomate.

Abro la boca para decirle algo, pero la vuelvo a cerrar cuando la cama se viene abajo.

—¡Ahhh! —soltamos ambos.

Me siento desorientado ante la caída.

—Dios —digo y me levanto.

Minutos después, Patricia sufre un ataque de risas mientras yo trato de levantarla del suelo. Su madre entra en el cuarto y grita:

—¡Te dije que arreglaras la cama de la nena, Pedro!

La abuela entra y toma fotos.

—Se derrumbó antes que empezaran la fiesta —dice la abuela y ambos la miramos con asombro—, ¡Florencia! —le dice a su hija—, vámonos —nos mira—, aún pueden hacerlo sobre el colchón.

Patricia desliza su mano derecha por su cara.

—¡Abuela!

La miro y luego a ellas. Sin poder más, me echo a reír a carcajadas y Patricia termina riéndose conmigo, ¡su familia es genial!

Patricia

Dieta 13

Dieta del aguacate.

Desayuno:

Tortilla de claras de huevo y unas rodajas de aguacate aliñadas con aceite de oliva virgen extra.

Comida:

Pollo a la plancha
acompañado de ensalada de espinacas y aguacate.

Cena:

Aguacate relleno de tomate y queso feta.

Huelo a mil fragancias tras un paseo por el centro comercial con Paloma. Nos probamos varios perfumes caros y unos maquillajes. Sonrío satisfecha al ver las muestras gratis en mi bolso. Ya sabéis, las mejores cosas del mundo son gratis, como me lo dice siempre mi mamá.

Como la lluvia, un día soleado y un orgasmo solitario. Bueno, además de filósofa, es una perversa, claro está.

Mi jefe me llama y me entrega unos documentos. Se levanta de la silla y se pone la chaqueta tras olisquear el aire. Frunce el entrecejo y me siento algo incómoda ante su gesto. Me mira con jovialidad mientras se arregla la solapa de la camisa gris oscura que lleva puesta. ¡Dios! ¡Cada movimiento suyo es hipnotizante! Se acerca y reclina la cabeza a la altura de mi cuello. Aspira hondo y me estremezco de pies a cabeza. ¿Por qué no me coloca sobre la mesa de su escritorio y me hace el amor con salvajismo?

—Hueles muy rico, señorita Aguilera.

Aprieta con fuerza la mandíbula y entrecierra los ojos en un gesto que me transmite dolor. ¿Le duele la cabeza?

—¿Se siente bien, señor?

Él abre sus ojazos azules casi transparentes y me mira con mucha atención. Mis pezones se ponen erectos y mi clítoris parpadea. ¿Eh? ¿Puede hacerlo?

—Es solo una jaqueca, señorita Aguilera.

Trago con fuerza antes de proponerle algo.

—Sé hacer un masaje especial contra ella, señor.

Me mira con firmeza y todo mi ser se estremece. No dice nada, solo toma asiento en una de las sillas que se encuentra frente a su mesa y espera que tome riendas del asunto. Me acerco tras posar los documentos sobre la mesa. Con cierto nerviosismo, le masajeo las sienes con mucho cuidado. Frunzo un poco el ceño al percibir que tiene la piel algo tibia. ¿Tiene fiebre? Cierra los ojos y suelta un tipo de gemido de placer.

«Así, papi, déjate llevar por mis manos» pienso con sorna.

—Eso hago, señorita Aguilera.

Abro mucho los ojos y la boca. ¿Lo he dicho en voz alta? ¡Dios! ¡Que Pilatos me envíe a la cruz! Por todos los clavos de Cristo, ¡deja de decir estas blasfemias! Sin emitir una sola palabra, bajo las manos en sus hombros, en sus endurecidos hombros.

—Señor, está muy tenso.

Te ofrezco sexo gratuito y a domicilio, pienso divertida. ¿O no? ¿Lo dije en voz alta? Me pongo tensa y empiezo a sudar frío. Cuando lo tengo cerca, algo en mi cerebro se desconecta.

—Son demasiadas responsabilidades, señorita Aguilera.

Siento un delicioso cosquilleo en el estómago al escucharlo. Por primera vez me dice algo más personal. Sonrío embobada mientras le masajeo los hombros. Suelta un gemido cuando le toco cierta zona. Está repleto de nudos y energías algo negativas.

—Puedo hacerle masajes siempre que desee, señor.

Él asiente.

—Es usted muy buena en todo lo que hace, señorita Aguilera.

«Y eso que no le mostré mis habilidades en la cama» pienso y me río. Su móvil suena y lo coge de mala gana. Sigo masajeándole los hombros mientras habla con alguien en alemán. Creo que es la abuela. Suelta una risita y resopla. Verlo así, tan distendido y relajado, despierta cada fibra de mi cuerpo. ¿Por qué reacciono así?

Él es el príncipe azul y yo solo una rueda de la carroza que transporta a su princesa. El otro día, lo vi salir del gimnasio con Alana tras unas horas intensas de ejercicios. Paloma y yo vamos al mismo sitio, pero al salir de allí entramos en la cafetería de al lado. En fin, volviendo al tema de mi jefe, lo vi con Alana muy acaramelado. Bromeando y riendo. Creo que tienen algo, y ese algo me duele. No sé por qué.

«Lo sabes» me digo entristecida.

—Gracias, señorita Aguilera —me dice de un momento a otro—, me siento mucho mejor.

Me aparto y asiento. Cojo los documentos y me enfilo hacia la puerta.

—Señorita Aguilera —dice y me detengo a pocos centímetros de la puerta—, prefiero su perfume, el que huele a vainilla.

Me quedo de a seis como suele decir Paloma. ¿Recuerda el aroma de mi perfume? Se acerca y me olisquea el pelo sin tapujo ni vergüenza mientras sus manos posan en mi cintura y se pega a mi cuerpo.

—La mezcla de su champú de fresa y su perfume de vainilla es exquisita, señorita Aguilera —aspira hondo—, incitante.

¡Madre mía! ¡Este hombre sí que sabe cómo seducir a una mujer! Suelta un jadeo cerca de mi oreja y todo mi ser palpita. ¡Me convertí en un corazón gigante!

—No lo cambie, Señorita Aguilera.

Se aparta con mucha parsimonia y me abre la puerta. Salgo tras recuperarme de la excitación, las cosas como son. Él se despide de mí. Lo sigo

con la mirada hasta el ascensor. Gira su hermoso rostro hacia mí y me sonrío de lado antes de entrar en el cubículo de metal. Me abandono en mi silla de golpe y pierdo el equilibrio, terminando en el suelo de un modo muy patoso.

—Mierda —digo enfurruñada—, estas cosas nunca les pasan a las chicas súper guapas.



Coloco el muslo del pollo asado en mi plato tras calentarlo en el microondas mientras Teodora prepara zumo de mango a mi lado. Mi jefe no regresará hoy, infelizmente. Me envió un mensaje avisándome que tendrá una reunión con unos japoneses. Alana lo acompañó. Coloco la espinaca cocida y el aguacate al lado del muslo. Estoy tan hambrienta que me comería incluso los huesos del muslo. Nahuel me escribe en ese lapso.

Nahuel: Mezcla la espinaca y la carne del pollo con el aguacate. ¡Es exquisito!

Emotición enamorado.

Yo: En eso estoy, Bollito.

La banda sonora de la película: Misión imposible suena en mi móvil. Es mi madre. Uso esa canción desde que me dijo que casarme era una verdadera misión imposible y no las tonterías que hacía Tom Cruise en sus películas. Cada vez que veo la película y las grandes hazañas del agente Ethan Hunt me imagino a mí misma haciéndolas, pero en mi versión vestida de novia y con un ramo de tulipanes en la mano.

—Aquí tienes el zumo —me dice Teodora y cojo el vaso antes de sentarme a la mesa con ella.

—Gracias.

Comemos mientras nos ponemos al día. Ella me cuenta sobre su hija lesbiana y su hijo gay. La miro estupefacta cuando me dice que las pistas eran claras en el pasado, pero ella se negaba a creer en tal posibilidad.

—Mis hijos intercambiaban sus juguetes y ropas constantemente —dice abatida—, y yo creyendo que eran los mejores amigos del mundo.

No sé si reírme o poner cara de asombro para enfatizar lo que siento. Niego con la cabeza y le cuento lo que hizo mi madre el mes pasado.

—¿Se hizo pasar por ti en una página virtual de relacionamientos?

Mi madre y mi abuela hicieron un curso de informática en una escuela nocturna. Al inicio me alegré mucho, pero luego, cuando comprendí para qué

querían aprender, solté un grito titánico. Y es que las dos sinvergüenzas querían encontrarme marido a toda costa. Crearon perfiles falsos en varias cuentas virtuales. En cada una usaban un nick muy específico: Busco marido para amar y procrear antes de mis 40.

—¡Ma! —grito el día que lo descubro—, ¿me estás ofreciendo como si fuera una fruta?

Ella y mi abuela están sentadas en el sofá cabizbajas.

—Tenemos cinco candidatos muy buenos —me dice.

Suavizo la expresión de mi cara.

—¿Son interesantes? —digo con voz pausada hasta que recupero el control de mis emociones—, ¡ma! ¡Me siento denigrada!

Teodora se seca las lágrimas, presa de un ataque de risas mientras le muestro las fotos que esas dos montaron. En ellas yo aparezco vestida de novia en varias ciudades famosas del mundo entero. La más rara es con Luis Fonsi y el título: Despacito llegaré al altar. ¡Están locas! Pero las amo con locura, a pesar de todo.

—Me gustaría conocerlas —me dice Teodora—, parecen divertidas.

Empiezo a rascarme el cuello de un momento a otro.

—¿Te pasa algo, Paty?

Niego con la cabeza.

—No es nada.

Me levanto y lavo mi plato y mi vaso. Bebemos un cafecito y luego me dirijo a mi mesa. El teléfono suena, es mi delicioso jefe.

—Señorita Aguilera —me dice con su voz de Andrea Bocelli resfriado—, esta noche tengo una cena benéfica en el hotel Palace Real y quiero que usted me acompañe.

No veo la hora que me muerda los labios vaginales con esa misma exigencia. Me rasco el cuello cada vez con más insistencia. Creo que tengo alergia a algo.

—La buscaré a las ocho en punto, señorita Aguilera —me dice y cuelga tras despedirse.

Dos horas después, me rascó los brazos, el cuero cabelludo, el cuello, las nalgas y las piernas. Me rasco la espalda contra la pared cada tanto. Una de las limpiadoras me mira con expresión curiosa mientras me retuerzo. ¡Me pica hasta el alma!

—Dios, debo prepararme —me digo al ver la hora.

Llego a mi departamento y me meto en el cuarto de baño a toda prisa. Me ducho y tengo cinco orgasmos con la esponja vegetal. Cada vez que me la pasaba por el cuerpo, gemía de placer.

—¡Dios mío! —grito al mirarme en el espejo del lavabo—, ¡qué hago!

Tenía ronchas repartidas por varias partes de mi cuerpo, en especial en la cara y en el cuello. Me paso base y polvo para esconderlas lo mejor posible. Y, aunque hace mucho calor, elijo un vestido manga larga de algodón con un inquietante escote. Bebo un té contra las alergias mientras espero a mi jefe en la sala. Me arreglo mi rodete tras rascarme la cabeza por décima vez. El timbre suena, es él. Me levanto y antes de abrir, me rasco el trasero contra la pared. Un gemido de placer se me escapa sin querer. ¡La pared está liada con mi trasero!

—Buenas noches, señorita Aguilera —me saluda el señor Holmberg—, está muy elegante y guapa.

—Gracias.

Lo miro embobada. Él lleva puesto un traje negro, camisa igualmente negra y una corbata de rayas horizontales negras y grises. Sensual. Atrevido. Misterioso. Elegante. ¡Dios! ¡Necesito rascarme!

—¿Nos vamos, señorita Aguilera?

Asiento tras coger mi bolso de mano. Nos enfilamos hacia el ascensor. Su móvil timbra en ese lapso y aprovecho para rozar mi trasero contra la pared. Pongo los ojos en blanco al sentir un intenso gozo. ¡Es mejor que un trozo de chocolate!

—¿Señorita Aguilera?

Estaba detrás de una enorme plantera de piedras. Finjo que me pongo un poco de labial. Me mira curioso antes de cederme el paso. Entro y con mucha discreción me rasco la entrepierna. ¡Dios! Esto está cada vez peor. El señor Holmberg me mira de reojo y sonrío. Huele tan rico. Es una mezcla de su perfume caro y alguna loción corporal. Se toca la barbilla y me dice que no se rasuró, que no le dio tiempo. Asiento mientras me rasco una cacha. Cada vez que me rasco, siento que voy a tener un orgasmo. Salimos del edificio rumbo a su limusina. Nos sentamos lado a lado mientras una dulce melodía suena en los altavoces. De vez en cuando me mira de reojo, me estremecería como de costumbre, pero las comezones roban toda mi atención por completo.

—Está atrevidamente guapa, señorita Aguilera.

Pongo los ojos en blanco.

—Sííí... —gimo con exageración—, señorr...

Posa su mano en mi rodilla y gimo sin querer, una vez más.

—¿Se encuentra bien, señorita Aguilera?

Asiento con la cabeza.

—¿Tienes ronchas en el cuello?

Reclina la cabeza a la altura de mi cuello y lo sopla. Su aliento a menta recorre todo mi ser y despierta cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Alargo

los labios como si fuera un pez. Él, no satisfecho con su tortura, posa sus labios en mi cuello y deposita un beso.

—No se rasque, señorita Aguilera —me dice con voz insinuante y baja la cabeza—, eso solo empeora —sopla sobre mis senos y mi corazón choca contra mis costillas con violencia.

Arqueo la espalda de manera involuntaria y su cara termina sobre mis senos. En lugar de apartarlo, levanto los senos y empiezo a rozar contra su barba prominente.

—Así —le digo, extasiada—, señor.

Él, en lugar de sorprenderse, me baja un poco más el escote y respira con fuerza contra mis senos. ¡Voy a estallar!

—Señorita Aguilera —susurra—, ¿tiene alergia a algo?

En ese momento no sé ni cómo me llamo. El coche se detiene y antes de alejarse, me pasa la punta de la lengua por los montículos de los senos.

—Le llevaré al hospital —anuncia—, Raúl, llévanos al hospital más cercano —le dice al nuevo chófer.

Me rasco cada vez con más impaciencia. El señor Holmberg me mira con indulgencia antes de cogerme de la mano. Su dulce mirada hace que mi corazón bombee por las cuatro válvulas al mismo tiempo y jadee incluso por las orejas.

—Tranquila, señorita Aguilera.

En el hospital descubro que tengo alergia a la menta. Un aderezo que Teodora ha puesto en el zumo. Me pusieron un inyectable que me dio mucho sueño. Subo al coche bostezando. El señor Holmberg se disculpa con alguien por el teléfono y le dice que donará una cantidad bastante respetable.

—¿Se encuentra bien, señorita Aguilera?

Estoy recostada en su regazo, a punto de dormir. Asiento mientras él entierra sus dedos en mi pelo y me acaricia el cuero cabelludo con las yemas. Estoy a punto de ronronear.

—Descanse, señorita Aguilera.

Y es exactamente lo que hago, descanso en los brazos de mi Morfeo particular, rubio y muy sensual.

—Patricia —me dice y mi corazón late con fuerza.

Mi nombre suena tan bonito en sus labios.

—Gracias, Heinrich.

Acaricia mi mejilla y el resto del viaje sueño con él, con mi jefe.

Nahuel

Dieta 14

Cinco años antes...

Desayuno:

Una taza de té verde con una rebanada de pan integral con queso blanco y dulce light.

Una pera fresca.

Almuerzo:

Un vaso de agua con limón recién exprimido, 15 minutos antes del almuerzo.

Ensalada de arroz integral con atún, brócoli y zanahoria cocida.

Una pera fresca.

Merienda:

Un vaso de licuado de pera y ciruela, añade una cucharadita de semillas de linaza.

Cena:

Un vaso de agua con limón recién exprimido, 15 minutos antes de la cena.

Una porción de pescado a la parrilla con una ensalada de vegetales frescos.

Patricia y yo nos pintamos los cuerpos en verde para la noche. Seremos Shreck y Fiona. Lo mejor de todo, es que yo le pinto su delicioso cuerpo de pera. Tras perder casi veinte kilos, está aún más sabrosa. Aunque, a mí me da igual si tiene veinte o cincuenta kilos de más, si les soy sincero.

Miro embobado sus pechos, sus voluptuosos y turgentes pechos. Ella ríe cuando le pinto por debajo del sostén. Soy un abusivo o un tonto enamorado,

depende de quién me juzgue. Cuando termino de pintarla, empieza ella. Tengo vergüenza de que me vea en ropas íntimas. En especial, la entrepierna, que cuando la tiene cerca, reacciona de manera involuntaria. No puedo ni siquiera oler su pelo sin que mi cuerpo reaccione.

—¿Puedo? —me pregunta cuando llega a mis piernas.

No tiene sentido que pintemos todo el cuerpo, ya que al final, solo el rostro y las manos quedan al descubierto. Hago cara de póker. ¿Por qué no lo pensé antes?

«Porque querías ver sus senos» me respondo.

Ella se acuclilla y queda de frente con mi amiguito, que emocionado, está a punto de saltar en su regazo. Ella mira con ojos entornados mi paquete. No me siento orgulloso de su tamaño, al contrario, tengo miedo de que al verlo, salgan corriendo. Y es que no es solo muy largo, sino también muy grueso. Levanto las cejas al evocar a Lucy, mi vecina de cincuenta años que me enseñó a ser un buen amante en la cama. No era malo, según mi ex, pero con Lucy aprendí muchas cosas muy interesantes del cuerpo femenino.

Tenía treinta y tres cuando me mudé aquí. Estaba desilusionado. Roto por dentro. No salía con nadie. No quería salir con nadie. Pero tenía ciertas necesidades. Así que, un día, mi vecina me tira los tejos y yo le sigo el juego. Ella me seduce, a su edad, ¡tenía un cuerpazo que causaría envidia en cualquier jovencita! Era viuda, según me dijo y llevaba años sin tener sexo. No me resistí y terminé cayendo en la tentación. Al inicio, mal podía controlar y terminaba antes de que ella lo hiciera. Ella, paciente, me dijo que tenía un miembro envidiable y que me enseñaría a usarlo muy bien. Noches y noches me enseñó el arte del sexo y con el tiempo, la volví loca en la cama, palabras suyas, no mías. Infelizmente, años después, le detectaron un cáncer en los ovarios. Estuve con ella todo el tiempo, hasta que falleció. No tenía a nadie más en el mundo, así que me encargué de todo. Aún la echo de menos, no a la amante, sino a la amiga. Porque, ante todo, eso fuimos, amigos.

—¿Bollito?

La voz de Patricia me arranca de mi trance de golpe. Ella está de rodillas, frente a mi parte íntima.

«Oh oh».

—¿Por qué nos pintamos todo el cuerpo si solo nuestras cabezas y nuestras manos estarán a la vista?

Sin comentarios. Creo que mejor nos hubiéramos disfrazado de Bob Esponja y Patricio. Nos pusimos los trajes tras la cena, la miserable cena que toca hoy. A las ocho, Paloma llega disfrazada de vikinga zombi. Está hambrienta y necesita un vikingo para saciar su voracidad, nos dice.

—Me como el martillo del primer vikingo que vea.

Por fortuna, no me disfracé de uno.

—¡Estáis preciosos! —nos dice con su peculiar euforia—, Leo di Caprio está limpito.

Es el nombre de su coche, un Fiat 500 rojo más antiguo que el propio Titanic. Me toca conducir y es bastante incómodo para un hombre de casi dos metros de altura.

—Me gusta tu corsé —dice Patricia—, realza tus pechitos.

Paloma entierra su cara en los pechos rebosantes y apetitosos de Patricia. ¡Muero por hacer lo mismo!

—Los tuyos son unos airbags.

Cuando levanta la cara, tiene la nariz y parte de los pómulos de un verde grisáceo muy raro, que, según ella, realza su zombiedad. ¿Esa palabra existe?, me pregunto. En su mundo, sí. Paloma siempre inventa palabras, debe fundar su propio diccionario, dice Patricia y me río.

—¡Oh por Dios! —chilla Paloma al leer algo en su móvil—, ¡qué chiste más bueno! —se echa a reír.

Curiosos, le pedimos que nos cuente mientras llegamos a la fiesta. Asiento y nos cuenta...

—Estaban un león y un burro solos en la selva, sin burras y sin leonas. Lo peor es que estaban muy cachondos. El león propone al burro tener sexo entre ellos y el burro responde que no tiene problema. El león pide ser primero porque para eso es el rey de la selva. Entonces, el león saca un frasco y se empieza a untar algo en el miembro. El burro le pregunta qué es eso y el león le dice: vaselina, para que no te produzca ardor. El León le hace sexo fino.

Ese chiste no me gusta y aún no lo ha terminado.

—Ahora me toca a mí, dice el burro. Se pone detrás del león y como el burro tardaba, el león se da la vuelta y ve que además de vaselina, el burro se estaba poniendo otra pomada en el medio, una tercera en la punta y al final unas gotas. El león le pregunta qué es eso que se está poniendo y este responde: Mira, es vaselina para que no te arda el culo, Vicks vaporub para que no te arda el pecho, amoxicilina de 500 mg para que no se te irrite la garganta y una gota de colirio para que no te salten las lágrimas.

Mis amigas se echan a reír, pero yo no. Cuando envuelven a un burro, me siento aludido de manera inevitable. Patricia me mira con un brillo muy singular. Un gemido se me escapa al comprender por qué me mira de ese modo.

—¡Es aquí! —chilla Paloma.

Cuando llegamos a la fiesta, su primo, un mosquito muy molesto, me persigue con sus alas por todo el lugar. Y es que el infeliz se disfracó de hada.

Me siento con mis amigas en un sofá rosa y él se sienta a mi lado. Me mira a través de sus largas y rosadas pestañas.

—No me operé aún, pero ya tengo tetas —me dice y mira su escote—, ¿quieres verlas?

Niego con la cabeza con más energía de la que calculé. Me mira con un puchero la mar de teatral.

—No, gracias —le digo para enfatizar mi gesto anterior.

Cruza las piernas con sensualidad y me mira, me asusta, me aterroriza.

—Hmmm —gime al mirar mi entrepierna—, mi prima me dijo que tienes un salame de dos kilos.

Escupo la cerveza al escucharlo. Lo miro como si acabara de meterme un dedo en el traste.

—¡¿Qué?!

Miro a Paloma y a Patricia con severidad. Ambas me miran con asombro. No soy Shreck, hasta que mi ogro aflora y me convierto en él de cuerpo y alma.

—¡Josefina Pérez! —grita Paloma—, ¡te dije que era un secreto!

El primo mira mi entrepierna y se relame los labios con deseo. Me mareo solo en pensar lo que este hombre con alma de mujer está imaginando en estos momentos.

—¿En mi casa o en la tuya?

Me doy la vuelta y salgo al jardín en busca de aire fresco. Patricia aparece y me pide disculpas, me dice que no debía haberlo comentado con Paloma sobre lo que vio en aquel entonces.

—No esperaba eso de ti —le digo, furioso.

Ella se acerca y me coge de la mano. Su carita verde, sus antenitas y su pelo rojo me derriten, no lo puedo negar. Ella me pasa el dedo índice por el cuello con mucha sensualidad. ¿Qué hace? ¿Me está seduciendo? ¿Estoy soñando? Ella me mira con ojos melosos, como el gato con botas cuando quiere algo.

—Si te digo lo que me causó verte desnudo, ¿te molestaría, Nahuel?

Estoy excitado y mal puedo esconderlo.

—No —digo en un tono muy sospechoso—, no —repito con voz de macho alfa.

Ella envuelve mi cuello con sus brazos verdes y me mira a los ojos. ¡Madre mía! Estoy a punto de estallar y ni siquiera necesito penetrarla.

—Desde aquella noche, no consigo olvidar lo que vi —mira hacia abajo—, de desear probarlo.

Abro la boca y la miro como Shreck a Fiona, con ojos de vaca enamorada. Ella roza sus labios con los míos y me roba un gemido de placer. Baja la mano

derecha y me toca en el centro de mi deseo.

«¿Eh?». Creo que ando leyendo demasiada novela erótica. Y todo para conquistarla a ella. Bueno, tampoco lo paso mal que digamos. Pero lo que Patricia despierta en mí, no se puede comparar con nada de lo que alguna vez experimenté. en la vida real o ficticia.

—¿Quedaría mal si hacemos la dieta del sexo sin romper nuestra amistad, Bollito?

¿Dieta del sexo? Me toca con más fervor y todo empieza a darme vueltas.

—¿Dieta del sexo? —le digo tras pasarme la lengua por los labios—, ¿y eso en qué consiste, Bollita?

Mi macho alfa me da una patada al escuchar el tono de cenicienta resfriada que uso. Me aclaro la garganta como un bruto de taberna. Ella me coge de la mano y me lleva hasta la parte más oscura del jardín mientras las amigas locas del primo de Paloma gritan eufóricas en la sala.

—Pues, en tener sexo como ejercicio, Bollito, pero sin compromiso y sin romper nuestra amistad.

Asiento, asiento y asiento. Ella mira sus senos y comprendo el mensaje al instante. Le pido que se siente en el banco de madera que está cerca de una estatua de Venus rosa con lentejuelas. Miro horrorizado la misma. ¡Todo en este lugar es rosa!

—Me gusta la idea, Bollita.

Le bajo el vestido y dejo al descubierto sus apetitosos senos.

Sus pezones rosados me gritan que los chupe y es lo que hago. Le lamo, le succiono y le mordisqueo hasta hacer que ella gima. Se aferra a mi pelo y jadea con fuerza a medida que le voy chupando. Ella abre las piernas para que me acomode entre ellas. La miro con mucho deseo antes de levantar la falda de su vestido verde. Sus panties de Betty Boop me roban un suspiro. No le quito, solo engancho la tela con un dedo y dejo al descubierto su rosada parte íntima. Esta muy empapada y ansiosa porque la devore. La miro con intensidad antes de agacharme y enterrar mi lengua, que por cierto, es tan grande como mi miembro.

—¡Nahuel!

Ella chilla mientras yo me deleito con su sexo de todas las maneras en que se pueda hacer con la lengua y con los dedos, que también son de tamaños considerables.

—¿Te gusta? —le pregunto mientras muevo un dedo en su interior.

Ella se agarra al vestido y se arquea a medida que voy moviendo el dedo en su interior. Juego con su clítoris, lo masajeo, lo fricciono y luego lo chupo con voracidad como mi amiga me lo enseñó en el pasado.

—¡Nahuel! —chilla mi nombre y me excito aún más—, eres... eres...

¡maravilloso!

Le paso la punta de la lengua por el clítoris hasta hacerla caer en el olvido. Ella convulsiona mientras yo sigo allí, devoto de su placer. Ella aprieta mi cabeza contra su parte íntima y da una última sacudida.

—Diosss... fue... el mejor... orgasmo... de... mi... vida...

Sigo lamiéndola, sigo succionando hasta la última gota de su placer.

—Mi turno —me dice y me empuja.

Pierdo el equilibrio de un modo muy patoso. Si fuera Matt Bomer, seguro caería con sensualidad. Ella se arregla el vestido y me pide que me sienta en el banco rosa con mariposas. Ahora me fijo en esos detalles.

—Muerdo por hacerlo, Bollito.

Aquello me postra a sus pies.

—Bollita, ¿tienes certeza?

Me mira con fastidio.

—Acabo de correrme en tu boca —me dice y mi miembro crece un poco más—, necesito hacerlo —me dice con cierta agonía.

Ella baja la cremallera de mis pantalones y saca de mi bóxer mi salame de dos kilos. Suelta una exclamación y se queda mirándolo casi con ojos bizcos. Dios mío, es enorme, pienso algo afligido. La última vez, cuando tenía quince años, medía veinticinco centímetros, pero creo que ha aumentado un poco.

—Uau —dice ella y lo toca desde la punta hasta la raíz—, ni mi pene de goma es tan grande.

No sé si sentirme halagado o asustado. Ella lo mira con la misma expresión con la que suele mirar zapatos o dulces. Luego, sin más, lo lame de arriba abajo y me roba un gemido. Llevo tanto tiempo sin tener sexo con una mujer, que me temo que no duraré mucho tiempo.

—Paty —gimo—, Paty...

Ella se deleita con mi miembro como si fuera un trozo de chocolate. Lo disfruta, lo mimas, lo chupa y lo succiona con tanta adoración, que me corro en muy pocos minutos.

—Así, Nahuel.

Ella disfruta de mi placer, le encanta ver cómo me corro en su mano.

—Dios, esto me pone a cien.

Se levanta y se limpia las manos con un trozo de servilleta que tenía en el bolsillo del vestido.

—Bollito, ¡vámonos a casa! ¡Esto apenas ha comenzado!

¡Y la dieta del sexo empieza hoy!

Patricia

Dieta 15

La dieta de la manzana

Día 1:

El primer día de la dieta de la manzana sólo podrás comer manzanas todo el día.
No olvides que diariamente debes tomar de uno a dos litros de agua.

Nota:

La dieta rigurosa dice
que solo puedes comer manzanas y agua,
pero si mueres de hambre, puedes consumir ensalada, queso panela o cottage, o
jamón de pavo.

Entro en la sala de mi jefe y escucho que está vomitando en el cuarto de baño. Llevo mi mano a mi pecho en un gesto de preocupación. Coloco los documentos sobre su mesa y decido prepararle una infusión de manzanilla, santo remedio, según mi madre. Salgo de la sala y me encuentro de cara con Andrew, que me saluda con mucha amabilidad. ¿Por qué lo hace?, me pregunto antes de dirigirme a la cocina. Me vuelvo en un acto reflejo y nuestras miradas se entrelazan en una sola.

—Ya no siento nada por él —digo tras volverme—, absolutamente nada.

Teodora me prepara el té mientras me cuenta que Andrew y Jenny, al parecer, han terminado una vez más, pero, esta vez, es definitivo. Enarco ambas cejas y suspiro. Ya no me importa lo que haga o deje de hacer él. Me pongo triste cuando un viejo y oscuro recuerdo irrumpe mi mente. Por culpa de él, mi vida tomó otro rumbo.

—Ah... —mascullo más para mí misma que para ella.

La canción de Meghan Trainor: *All about that bass* suena en los altavoces y no logro evitar menear la cabeza y las caderas. ¡Me encanta esa canción!

—Seguro volverán —le digo a Teodora.

Ella hace una mueca de duda.

—Tal vez.

Mi móvil timbra. Es mi madre. Esbozo una sonrisa y luego hago una mueca de estupefacción.

Mamá: Hoy es luna llena.

Miro con atención la pantalla de mi móvil e intento descifrar lo que se esconde detrás de su mensaje.

Yo: ¿Te transformarás en una loba, mamá?

Emotición de risa y lobo.

Mamá: ¡No! Tienes que hacerte el baño de las rosas y la miel para encontrar a tu amor verdadero. ¡Te mandé ayer la receta!

Puse cara de póker resentido. Mi madre no solo me manda recetas mágicas, sino también novenas religiosas y simpatías raras como usar ropas íntimas masculinas en mis días fértiles. Lo peor de todo, es que lo hago al pie de la letra.

Mamá: Falta menos para tus cuarenta años, hija. 40. 40. 40. 40. ¡Cuarenta años! ¡Cuatro décadas!

Me envía Gif de Fast and furious. De una mujer llorando y un bebé guiñándome el ojo. Traducción: Mi madre quiere que encuentre lo más rápido

posible un marido o llorará por el nieto que nunca tendrá.

Yo: Ma, lo sé, soy consciente de ello. Te daré un nieto y prometo que esta vez no será de goma.

Cierta vez, llegué a la casa de mis padres con un bebé de goma entre manos tras decirles que había parido uno. Mi madre organizó una gran fiesta. Invitó a todo el vecindario y a todos los parientes vivos. Me quedé petrificada ante la sorpresa. Le dije que mi consolador me había preñado, pero el chiste no tuvo el efecto que deseé. Ella no me habló por un día entero y eso era mucho tiempo. Pensé morir de tristeza. Y juré no hacer ese tipo de bromas nunca más, bueno, lo hice un par de veces más. No me resistí. Lo confieso.

—Aquí tienes, Paty —me dice Teodora y me devuelve al presente de golpe—. Hoy es un día muy triste para los Holmberg —suelta.

Me quedo mirándola, expectante y algo desorientada. Busco en mi memoria la respuesta que anhelo, pero no encuentro nada. Bob Esponja y Patricio empiezan a bailar la Macarena en mi cabeza y me río. La miro con ojos inquisitivos cuando mi cerebro se vuelve a conectar a su wifi.

—Ah, ¿sí?

No tengo la menor idea a qué se refiere y mi expresión lo acentúa. Ella carraspea tras alargarme una taza de café recién hecho. Lo cojo y bebo un sorbo sin abandonar mi deje.

—Hoy hace veintisiete años que encontraron el cadáver de Sandra Holmberg, la hermana menor de nuestro jefe.

Una corriente eléctrica me recorre toda la espina dorsal al oír su macabra afirmación. Toda la piel se me pone de punta. El corazón me late fuerte y la sangre se me congela en las venas. No conozco aquella historia, así que ella decide ponerme al tanto.

—Sandra fue secuestrada mientras caminaba en el bosque que estaba cerca de su casa —empieza—, tenía solo trece años, cinco menos que su hermano —el corazón se me encoge—, durante meses la buscaron sin éxito alguno.

La respiración se me acelera y los ojos se me llenan de lágrimas. Ese tipo de historia siempre me deja a la deriva de las fuertes emociones.

—Dios mío —musito.

Teodora bebe un poco de café antes de proseguir.

—Los secuestradores pidieron más de cinco millones de dólares americanos por el rescate.

Coge aire antes de continuar. Se nota que le duele tanto como a mí.

—Pero un día, de la nada, dejaron de llamar y los Holmberg empezaron una búsqueda que terminó el día que la encontraron enterrada en el mismo bosque donde solía correr todos los días con su hermano, su adorado hermano.

Llevo mi mano derecha a mi boca y ahogo un jadeo de dolor.

—La familia nunca se recuperó de aquella tragedia.

Quizá por eso mi jefe es como es. Cerrado, callado y triste. Tragedias de esta estirpe suelen cambiar para siempre a las personas. Siento una enorme pena por él y su familia.

—Es muy triste, Teodora.

Ella asiente y agrega:

—Cuando descubrieron quién fue el autor moral del secuestro, sus mundos se desmoronaron aún más, Paty.

Curiosa, le pregunto quién fue y cuando ella me lo dice, casi derrumbo la taza de mi café al suelo. ¡No puede ser!

—¿Su propio padre?

Ella me mira con profundo dolor.

—Sí, Paty.

El padre se quitó la vida dos meses después de que encontraron a su hija. Se dio un tiro en la cabeza frente al cuadro de Sandra en la mansión.

—Dijeron que el rostro de la misma quedó manchado de sangre, de la sangre de su asesino, de su verdadero asesino.

Los hombres que la secuestraron fueron asesinados brutalmente por órdenes del padre, que antes de darse un tiro, dejó una carta a su hijo. Él, hundido en el dolor, desapareció del mapa. Nadie supo dónde se había metido. Hasta que cumplió sus treinta años y retornó del abismo. Nadie nunca vio a Heinrich Holmberg, hasta ahora, que decidió aparecer en la empresa. Ninguna foto. Ninguna noticia. Nada.

—¿Nadie lo conocía?

Teodora negó con la cabeza.

—Tampoco a Sandra. La familia siempre preservó muy bien sus rostros para evitar este tipo de sucesos. Pero ya ves, a veces el lobo está detrás de uno mismo.

Mi corazón late sin fuerzas tras conocer la historia detrás de mi jefe.

—Qué historia más triste —musito, abatida—. Pobre señor Holmberg.

La madre murió meses después, pero nunca se supo de qué, según Teodora. La familia Holmberg era todo un misterio.

—Pensé que conocías esa historia, Paty.

Ni yo, ni Paloma, ni Nahuel la conocíamos. Mi móvil timbra, es mi madre.

Mamá: ¿Hija? ¿Dónde estás? ¿Dónde te metiste? ¿Ya no me quieres? ¿Es eso verdad? Ya no te molesto. Adiós.

Mi madre es muy dramática. La sangre italiana que corre por sus venas suele comandar sus acciones en ciertas ocasiones de la vida.

Yo: Te amo con toda el alma, ma, pero debo trabajar para poder mantener a mi futuro hijo.

Me despido de mi madre alegándole que realizaré el baño ese, pero no lo haré. No tengo el ingrediente principal: fe.

Mamá: Eres mi mundo.

Emotición de corazón.

Yo: Y tú el mío.

Cojo la bandeja con la taza de té y me enfilo hacia la sala de mi jefe. Tras golpear, entro y lo encuentro revisando unos documentos con mucha atención. Lo miro por unos instantes con un enorme nudo en el pecho. Su historia de vida me dejó profundamente afectada.

—Señorita Aguilera —me dice.

Me mira por encima de los documentos con su peculiar seriedad. Suelto un suspiro de tristeza antes de aproximarme.

—Le traje este té, señor.

Me mira con ojos interrogantes y le aclaro para qué es la infusión. Asiente tras coger la taza y beber un sorbo de ella sin apartar la vista de mis ojos. ¿Por qué me mira así? Cohibida, me retiro de su sala tras pedirle permiso. Cuando estoy cerca de la puerta, me dice con su ronca y grave voz:

—Hoy es la cena con los inversionistas argentinos, señorita Aguilera —me recuerda.

Mis ojos se llenan de lágrimas al notar la enorme tristeza que se filtra en su voz. Hay algo en su entonación, en la manera en cómo pronuncia las palabras que me advierte que está triste, muy triste.

—Sí, señor —balbuceo sin mirarlo.

Salgo de su sala con el corazón en un puño y me apoyo contra la puerta con los ojos nublados. Mi tía, la hermana de mi madre, siempre me decía que Dios me había dado un don, el de percibir más allá de lo visible.

—Lo siento —murmuro y me aparto de la puerta.

La triste canción de Svrkina: «The difference» empieza a sonar en los altavoces de mi ordenador. Me encanta esta cantante y la pasión con la que canta cada canción.

—Ahora entiendo mejor por qué eres como eres, señor.

Me acerco al balcón y observo el cielo gris a través del cristal, está tan gris como el alma de mi jefe. Mi móvil timbra y la voz de Bugs Bunny dice: ¿Qué hay de nuevo viejo? Es Nahuel.

Nahuel: Mataría por un abrazo tuyo. Te necesito más que nunca hoy.

Emotición triste. Leo el mensaje con el Jesús en la boca. ¿Le pasó algo a la abuela?, pienso, aturdida.

Yo: ¿Te pasa algo, mi amor?

Emotición triste.

Nahuel: Falleció Cobarde, mi caballo. Y no consigo resignarme.

¿Cobarde murió? Es su amigo de toda la vida, el viejo caballo de su madre. ¡Dios mío! Era lo último que le restaba de ella, según me dijo meses atrás. Una lágrima se me escapa, estoy saturada y necesito desahogarme.

Yo: Lo siento, Bollito. Lo siento mucho.

Me hace una videollamada, pero cuelga antes de que la acepte. Muero por verlo tras tantos años, así que le devuelvo la videollamada, lapso en que mi jefe sale de su sala y me mira con ojos entristecidos. Cuelgo la llamada y me quedo allí, mirándolo por unos segundos. Sus ojos están tristes, muy tristes.

—Hasta luego, señorita Aguilera.

Me sonrío antes de dirigirse hacia el ascensor. Antes de entrar, me mira con una expresión indescifrable. Parecía perdido.

—Hasta luego —consigo articular con mucha dificultad.

Cuando desaparece de mi vista, miro mi móvil, Nahuel se ha desconectado.

«Mierda».

—Nahuel —digo entristecida—, lo siento.



Por la noche, intento hablar con él, pero no coge mis llamadas y no responde mis mensajes. Creo que necesita estar a solas con sus pensamientos y sus sentimientos.

Yo: Te quiero.

Emotición enamorado.

—Mucho más de lo que supones o te imaginas.

Me ducho y luego me preparo para la cena. ¿Recordáis el modelo del vestido que usó Julia Roberts en «Pretty Woman» para ir a la ópera? Pues mi vestido de noche es algo similar, pero en morado. Me recojo el pelo en un rodete romano y dejo algunos mechones sobre mis hombros desnudos. Me maquillo lo más natural posible y me rocío un poco de mi perfume, el que le gusta a mi jefe.

—Muy bien —me digo con mucha tristeza—, trata de no llorar —me aconsejo.

Alguien toca mi puerta, es él, mi jefe. Reconozco al instante su manera de

tocar. Me acerco a la puerta tras coger mi bolso de mano. Abro la puerta después de soltar el aire que retuve en mis pulmones desde que conocí la historia de los Holmberg.

—Buenas noches, señor.

El señor Holmberg me mira de pies a cabeza con embeleso y yo lo miro a él del mismo modo. Hoy lleva ropas negras de pies a cabeza. Negras como su estado anímico, supongo.

—Está usted muy hermosa, señorita Aguilera.

Le regalo una sonrisa.

—Gracias, señor.

Nos dirigimos al ascensor sin hablar. Nos metemos en él sin emitir una sola palabra. Bajo la cabeza y me concentro en las uñas de mis pies. Él se mantiene en silencio, quieto y pensativo. No sé qué hace, no quiero averiguarlo. Tengo miedo de encontrarme con el abismo oscuro de su dolor. Mi móvil timbra, es Nahuel.

Nahuel: Yo también te quiero, Bollita.

Sonrío emocionada y mal puedo evitar que los ojos se me llenen de estúpidas lágrimas. Me sorbo por la nariz en el preciso instante que las puertas del ascensor se abren. El señor Holmberg me cede el paso en silencio. Salgo sin dirigirle la mirada. Durante el corto viaje, el silencio ensordecedor lastima mi alma. Quiero decirle algo, pero me temo que no sea lo mejor para él y su corazón. Los ricos también lloran, diría mi abuela. Ellos también sufren. También sueñan. También aman.

—Señorita Aguilera, llegamos —me dice antes de abrir la puerta.

Bajamos del coche y nos dirigimos a la mansión. Miro la misma con asombro. Nunca había estado en ningún sitio remotamente similar.

«Somos de mundos tan distintos» pienso.

—Buenas noches —nos saluda el mayordomo.

Durante la ostentosa fiesta, me concentro en mi jefe y en sus gestos. A veces sonrío y otras veces, me mira, me mira con magnitud. Siempre que lo hace, desvío la mía y me concentro en la mesa de dulces, que me grita que me acerque.

—Está bien —le digo tras unos largos e interminables segundos—. Soy débil.

Cojo unos bombones y me enfilo hacia la preciosa terraza de la mansión.

—Wow —digo ante la bucólica belleza del lugar—. Qué precioso.

Miro el jardín con ojos soñadores.

—Hoy toca la dieta del bombón —me mofo.

Me los como casi llorando, no por haber roto la dieta, sino por la enorme

tristeza que siento. No puedo imaginar lo que Sandra, la hermana de mi jefe, pasó durante su cautiverio. Antes de salir del trabajo, me dediqué a investigar sobre su caso. Según la autopsia, ella sufrió abusos por parte de sus secuestradores antes de morir. Además, padecía de una enfermedad grave que no mencionaron. Era una chica tímida, retraída y solitaria. Nunca hablaba con nadie que no fuera su nana o su hermano. Sus padres nunca le dieron lo que los míos me dieron en abundancia: amor.

El único que se preocupaba por ella era mi jefe, su hermano y su mejor amigo, quien casi enloqueció el día que la encontraron en el bosque, donde jamás retornó.

—El dinero no compra la felicidad —digo con lágrimas en los ojos—, como siempre me lo dice Nahuel.

Mi amigo tampoco está bien. Su amigo de cuatro patas murió y yo no estoy a su lado, no por decisión mía, sino suya. Lo echo de menos. Quiero verlo. Necesito verlo.

—Bollito —digo con profundo dolor.

No me gustan las canciones que tocan en la fiesta. Cojo mi móvil y busco la carpeta de mi actual cantante favorita. La canción: *Meet me on the battlefield* de Svrčina empieza a sonar y me eriza toda la piel. Miro el cielo con ojos empañados mientras me froto los brazos con ambas manos en busca de un poco de calor. Alguien me coloca una chaqueta y su perfume me revela quién es. Me vuelvo y me encuentro con él, con mi jefe.

—Señor Holmberg —susurro—, buscaba un poco de aire fresco.

Él no me dice nada, solo me mira bajo la tenue luz de la farola que apenas ilumina nuestras caras. La canción acentúa el momento, acelera nuestros latidos y nuestras respiraciones.

—Yo busco paz, señorita Aguilera.

Una lágrima roda por mi mejilla derecha y él la detiene a medio camino con su pulgar sin apartar aquellos insondables ojos azules casi transparentes de los míos. Tengo calor. Tengo frío. Tengo miedo.

—Lo siento —le digo.

Él sabe muy bien a qué me refiero, o, a quién, en este caso. Aparta su mano y la mete en el bolsillo de sus pantalones sin desviar la mirada de mi cara un solo segundo.

—Yo también —me dice con la voz apagada—, siempre lo lamentaré, señorita Aguilera.

Mil cosas se esconden detrás de aquellas pocas palabras. Mil secretos. Mil lágrimas. Mil suspiros.

—Por el resto de mi vida.

Alarga la mano y roza mi mejilla con ternura. Todo mi cuerpo reacciona con aquella simple caricia. Acorta la distancia. Acelera mi pulso y agita cada uno de mis órganos. Ninguno está en su debido lugar.

—Patricia.

Mi nombre suena distinto en sus labios.

—Señor...

Reclina la cabeza a cámara lenta, como si me estuviera dando tiempo para huir de sus pretensiones. No huyo. Sigo aquí. Sigo respirando.

—¿Me darías un poco de paz?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

Sus labios posan sobre los míos. Los succiona, los lame y los mordisquea con delicadeza. Luego se torna más exigente, más apasionado, más desesperado.

Su alma se conecta con la mía a través de aquel apasionado beso, de aquel intenso e inesperado beso. La chaqueta se cae al suelo cuando le envuelvo el cuello con los brazos para profundizar la caricia. Me aprieta a su cuerpo con tal brío que me roba un gemido. Un suspiro. Un jadeo.

Sus labios saben a wiski y a dolor. Puedo sentirlo. Puedo saborearlo. Todo se ralentiza a nuestro alrededor. Y nada más nos importa que este momento. Que este beso.

Nahuel

Dieta 16

Cinco años antes...

Dieta de la manzana

Segundo día

Desayuno:

Manzanas.

Comida:

Ensalada verde sin aderezo (sólo vinagre, limón y sal)
y una manzana.

Cena:

Manzanas.

Entramos en mi piso besándonos como locos, entrechocando con muebles y emitiendo excitantes jadeos. La llevo a la habitación a tientas y la tumbo en la cama con suma delicadeza. Ella me mira con anhelo, con deseo y mucho ardor. Me hace sentir deseado y aquello enciende aún más mi cuerpo. Y, ante todo, mi corazón. La quiero. Con toda el alma. Tal cual es. No cambiaría nada en ella. Nada.

—Eres perfecta.

Ella se ruboriza e intenta apagar la luz de la mesilla. La detengo y le digo que quiero verla. Como también quiero que me vea. No quiero que me veas, me dice con voz implorante. Le digo que para mí no existe mujer más hermosa que ella en todo el mundo. Y es cierto. Totalmente cierto. Me mira con el ceño fruncido. Creo que mi declaración sonó muy fervorosa. Somos amigos, me recuerdo. Pero no descansaré hasta conquistar su corazón.

—Quiero hacerte el amor, Patricia —le digo con voz melosa.

Ella me mira con extrañeza.

—Déjame demostrarte cuánto te deseo —le digo con timidez.

Me quito las ropas con cierta vacilación. No soy el hombre de sus libros, de sus relatos. No soy el chico de sus sueños, pero soy el hombre que daría todo por verla feliz en este mundo.

—Wow —suelta al mirar mi entrepierna—, wow —repite y me echo a reír.

Me acerco a ella y le coloco las manos en las caderas. Tiro de la tela de su vestido verde. Poco a poco va bajando por sus muslos y sus pantorrillas. Le quito los zapatos de tacón y arrojo el vestido al suelo al lado de ellos.

—Wow —le digo, embelesado—, wow —repito y se echa a reír—, eres tan apetitosa.

Sus pechos son el sueño de cualquier hombre. Voluptuosos, turgentes y exquisitos. Los dos jadeamos a un ritmo frenético y entrecortado.

—Te deseo, Nahuel —me dice con voz ahogada—, mucho.

Mi corazón da piruetas sobre sí mismo al escucharla pronunciar mi nombre con tanta sensualidad. Le sonrío. Me sonrío. Intercambiamos una mirada teñida de pasión.

—Y yo a ti, Patricia.

Ella me dice que no lleva bragas súper sexis de Victoria's Secret. Me río. Ella ríe.

—¿Recuerdas lo que pasó el otro día?

—¿Cómo olvidarlo?

Días atrás, fuimos a una tienda de lencerías y la dependienta nos envió a una para tallas especiales. Patricia soltó un grito de indignación y luego se rompió a llorar, llamando la atención de todos los presentes, que, conmovidos con su dolor, crucificaron a la dependienta al saber por qué lloraba. El gerente le pidió disculpas y le regaló un bono para elegir lencerías en la tienda. Patricia me guiñó un ojo y me dijo que nadie nunca se resistía al llanto de una mujer. ¡Era única!

—¿Te gusta? —me pregunta y me devuelve al presente de golpe.

En ese momento, estoy concentrado en sus bragas.

—Betty Boop —digo sonriente.

Acaricio el elástico con el pulgar.

—Tengo una gran colección de bragas con dibujos animados famosos, Nahuel.

Beso el centro de sus bragas con mucha pasión. Se queda sin aliento, muy quieta, a la espera.

—Me encantaría verlas —le digo—, a todas.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, comienzo a comprobar la elasticidad de la prenda. Le acaricio las ingles y después trazo una línea invisible en el centro de su cuerpo, observando todas sus reacciones en silencio.

—¿Te vas a quedar toda la noche mirando mis bragas o vas a hacer algo de verdad?

Suelto una risita.

—Me gusta jugar, Patricia.

Le coloco una pierna sobre las suyas y me pego a ella con gran agilidad. Le quito la peluca y le desenredo los mechones de su larga melena con los dedos, haciendo que caiga sobre sus hombros.

—Quiero hacerte a ti el amor y no a Fiona —bromeo.

A continuación, me inclino sobre ella y le doy un mordisco en el lóbulo de una oreja antes de recorrerlo con la punta de la lengua.

—Oh, Nahuel —gime—. Sí que sabes cómo seducir a una mujer... —jadea.

La beso en los labios y le introduzco la lengua en la boca. Ella se arquea con fuerza y me clava los dedos en los brazos mientras se aferra a mí y me devuelve el beso.

—Eres deliciosa... —gimo sobre sus labios.

Comienzo a lamerle los pechos, a succionarle los pezones y a mordisqueárselos. Le acaricio el abdomen y las caderas con los dedos antes de introducir el índice bajo las braguitas y comprobar su excitación. Está al borde del precipicio.

—Diosss —gime.

Le quito las bragas y la penetro con un dedo, tras lo cual añado un segundo.

—¿Te gusta?

Ella arquea la espalda y se aferra a mis hombros.

—Muuuchooo...

Comienzo a frotar con delicadeza para darle placer. Aumento el ritmo al ver su entrega. Gime. Respira. Mueve la cabeza y agita las piernas.

—Nooo... paaareees...

Grita y mueve las caderas al llegar al clímax. El placer hace que se estremezca por entero mientras yo me quito los calzoncillos y me pongo un condón. Miro mi tripa abultada y maldigo por lo bajo. Me hubiera gustado ser más delgado y con músculos definidos. Pero, esto es lo que puedo ofrecerle hoy, una tripa graciosa, como diría mi abuelita.

—Es mi segundo orgasmo esta noche —resuella—, sí que eres bueno, Bollito —jadea.

Me coloco de nuevo sobre ella, entrelazo mis manos con las suyas y las situó sobre la almohada. Ella parpadea, nerviosa. Me pego algo vacilante. Mi miembro roza su parte íntima y Patricia levanta las caderas. La penetro un centímetro, luego otro.

—¿Te duele?

Se tensa a mi alrededor y veo como le entra el pánico. La miro apenado.

—No soy ella —me dice con voz llorosa—, no soy Jenny.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y en su cara se reflejaron todas sus emociones.

Miedo.

Confusión.

Tristeza.

—Quería ser ella.

Casi me rompo a llorar de la emoción. ¡Patricia siente algo por mí! ¡Por mí! Cierro los ojos.

«No construyas castillos en el aire» me digo.

Ya en el pasado lo hice y sufrí mucho. Cuando abro los ojos para mirarla, me encuentro con los suyos, anegados en lágrimas. Suspiro. Respiro. Y vuelvo a suspirar.

—No deseo a nadie más. No sueño con nadie más. Solo contigo, Patricia.

Emocionada, me rodea la cintura con las piernas.

—Panza con panza —bromea y me echo a reír—. Pero este pene sí que alcanza —acota y nos reímos aún más.

Metó solo un poco. Salgo. Entro. Salgo. Ella se agita y aprieta las piernas a mi alrededor.

—Quiero sentirte, ¡ya!

La penetro hasta el fondo y la hago gritar. Al inicio de dolor, luego de placer. Su cuerpo se relaja para recibirme en su interior. Le aprieto las manos y se las pego con más fuerza a la almohada mientras comienzo a moverme sobre ella; despacio al principio, dejando que ella se adapte al ritmo y a mi tamaño.

—Madre mía —dice agitada—, eres enorme.

Ella es bastante estrecha y no creo que dure mucho tiempo. Estoy muy excitado como para soportar más de dos minutos. Me detengo y la miro.

—¿Quieres que pare?

Ella niega con la cabeza con mucha energía.

—¡Nooo!

Me muevo con impaciencia. Sin parar. Como un torbellino. La cama se agita a nuestro ritmo. Todo se agita a nuestro ritmo. Grita. Jadea. Exige. El tortuoso camino hasta un nuevo orgasmo hace que se le tense el cuerpo.

—¡Naaahueeel!

El sudor cae por mi frente y ella me clava las uñas en la espalda al llegar al orgasmo. Me muevo con más fuerza. Con más dureza. El placer se apodera de ella en oleadas, al tiempo que yo grito. El clímax es devastador. Mágico. Único. Interminable.

—Te quiero, Bollito.

Ebria de placer, me mira a los ojos, esperando mi respuesta.

—Y yo a ti, Bollita.

Pero no del mismo modo. Veo en sus ojos picardía, no amor. Aquello que hicimos fue sexo, no amor. Complicidad íntima. No unión de almas. ¡Qué cursi soy! Pero ¿qué hombre enamorado no lo es?

—Espero que nuestra amistad no se rompa nunca, Bollito.

La beso, prefiero besarla y anular este sentimiento oscuro en mi corazón. Patricia me quiere, pero no me ama. Me aparto para mirarla y perderme en sus ojos.

—Eres un dios en la cama —me dice y me echo a reír.

Levanto ambas cejas.

—No has visto nada aún, Bollita.

Minutos después, repetimos el mismo ritual, con el mismo entusiasmo y frenesí.

Patricia

Dieta 17

Tercer día de la dieta de la manzana:

Desayuno:

Un pan integral, una manzana
y una rebanada de jamón de pavo.

Comida:

Ensalada verde con zanahoria y apio.

Cena:

Manzanas.

C ojo la manzana que he traído y la muerdo con aire pensativo mientras miro la puerta de la sala de mi jefe con atención. Mi jefe, mi delicioso jefe, que estos días apenas me ha dirigido la palabra tras la maravillosa noche en que nuestros labios se conectaron en un apasionado beso en la fiesta que asistimos el fin de semana pasado. Aquella noche, tras varios minutos, se apartó y me dejó allí con los labios hinchados y la respiración entrecortada. Una reacción inesperada. Una actitud rara.

Mi móvil timbra, es Nahuel.

Nahuel: ¿Qué tal va la dieta de la manzana?

Emotición de manzana.

Yo: Bien, creo.

Emotición de duda.

Nahuel: Estoy devorando la segunda manzana y sigo con hambre.

Emotición triste.

Yo: Necesito pan con mantequilla y Nutella.

Mi amigo conoce mis estados anímicos a través de mis antojos, pero esta vez, no dice nada. Está raro. Está distante. Creo que Paloma tiene razón, Nahuel está enamorado. De Sarah.

Nahuel: Pues yo comeré pan con mantequilla y mermelada de fresa.

La puerta se abre y mi jefe sale con su peculiar elegancia felina. Me mira con atención y tras ello me dice que no volverá a la empresa. Asiento tras bajar la mirada para evitar que me mire.

—Hasta mañana, señorita Aguilera.

Levanto la vista y lo miro con atención.

—Hasta mañana, señor Holmberg.

Se queda mirándome por unos segundos mientras la canción de Svrčina suena en el ordenador como una banda sonora de fondo para nuestras almas. Se vuelve y se dirige al ascensor. Alana sale de su sala y se acerca a él. Le da un beso y él le arregla el pelo con delicadeza. Me levanto de mi silla y me enfilo al tocador. Paso al lado de ambos sin dirigirles la mirada. ¿Por qué me duele tanto la actitud de mi jefe tras el beso que nos dimos? Fue solo un arrebato, me digo tras lavarme las manos.

—Solo eso.

Por la noche, tras un día ajetreado en la empresa, me ducho y como algo antes de prepararme para ir a una fiesta con Paloma. Enciendo el reproductor de música de mi sala de estar y la canción «Stop» de las inolvidables Spice Girls

asalta todo el apartamento. Empiezo a bailar llevando únicamente una camiseta grande de color negro con la foto de Jack y Rose. ¡La mejor pareja de todos los tiempos! Bailo como Tom Cruise en aquella vieja película que no recuerdo ahora mismo cómo se llama. Luego le meto un poco de Michael Jackson y me tropiezo con el sofá. Me caigo de un modo muy patoso en el piso, lapso en que mis ojos se encuentran con unos zapatos negros muy bien lustrados. Levanto la vista hasta la entrepierna de la persona que está mirándome fijo, supongo. Suelto un jadeo ante el paquete Premium de Amazon que tiene entre las piernas y luego subo hasta el rostro de mi jefe, de mi seductor jefe.

«Mierda».

Una sonrisa casi imperceptible impera en sus labios carnosos.

—Es usted muy buena bailarina, señorita Aguilera.

¿Me toma el pelo? Estoy de bruces en la moqueta color pink que Paloma eligió, con un pantie con el rostro de Betty Boop en el trasero y la dignidad en alguna parte cercana a mis pies.

—Señor —digo y me levanto de un salto—, buenas noches.

Me mira de pies a cabeza con un brillo muy peculiar en los ojos. Me ruborizo más que mi parte íntima tras la depilación a cera a que me sometí con mi mejor amiga días atrás. Es nuestra manera de hacerlas sentir algo, quizás no placer, pero al menos son manoseadas por unas chinas salvajes.

—Necesito que lleve estos documentos a la escribana mañana a primera hora, señorita Aguilera.

Asiento tras pasarme la lengua por los labios. Él me mira con atención, demasiada atención, tanta que, el Titanic de mi camiseta se hunde, una vez más. Alarga la mano y me arregla un mechón de mi pelo con suma delicadeza. Mis labios vaginales se retuercen ante el simple contacto. Y mi clítoris empieza a canturrear la canción de las Spice Girls que suena en el reproductor de música ahora mismo. Necesita un micrófono, pienso y oteó de reajo el bulto de mi jefe.

—Buenas noches, señorita Aguilera.

Me mira entristecido. Está triste. Supongo que sé el motivo: me ama y no sabe cómo decírmelo. La Betty Boop de mi ropa interior se echa a reír a carcajadas. Jack empuja a Rose muerto de la risa en mi camiseta.

«Ves mucha televisión» me digo tras tragar mi saliva con cierta dificultad. Estoy algo resfriada y lo primero que se manifiesta es mi garganta.

—Hasta mañana, señorita Aguilera.

Se vuelve y un suspiro se me escapa al clavar mis ojos en su prieto culo. Me siento en el apoyabrazos del sofá, bueno, lo intento, ya que, sin querer, me caigo de nuevo al piso.

«Mierda».



Me pongo un vestido amarillo brillante con un escote bastante pronunciado. Me maquillo y me perfumo antes de calzar mis zapatos de tacón negro.

—Perfecto. ¡Diosa!

Salgo del departamento dispuesta a disfrutar de la noche. En el pasillo, me encuentro con mi jefe y Alana. Ahora andan juntos todo el tiempo. Les saludo antes de meterme en el ascensor.

—Buenas noches —me dicen.

Mi móvil timbra, es mi jefe. El tono que elegí: I'm to sexy de Right Said Fred me lo advierte.

Señor Holmberg: ¿A quién pretende matar, señorita Aguilera? Ese vestido puede causar infartos, ¿es usted consciente de ello?

Esbozo una sonrisa ladina. Tecleo una respuesta, pero luego me arrepiento y la borro. Él está con Alana y yo estaré rodeada de hombres súper sexys.

—Y gays —digo al llegar a la fiesta—. Muy gays.

Paloma me saluda desde la barra.

—¡Hola!

Me ofrece un trago.

—¿Cuántos has bebido, abejita?

Su ropa de rayas amarillas y negras me recuerdan a una abeja.

—Solo cinco.

Es una fiesta de homosexuales muy divertida. Bebemos y cantamos canciones como: «*Gotta feeling*» del grupo The black eyed Peas. Manoseamos a los chicos a nuestro antojo mientras intercambiamos recetas y tonos de sombras.

—¡Nuestra canción! —gritamos—, ¡*Its my life!*

Bon Jovi puede con nosotras y aquella generación. Nos volvemos locas. Saltamos y la canturreamos a coro con toda el alma. Espumas caen de alguna parte del techo y luego unas serpentinas.

—¡Oh por todos los santos musicales! —chilla Paloma—, ¡*Living on a prayer!*

Me dejo llevar por aquella canción y pierdo la noción de todo. El primo de Paloma aparece y hacemos el trencito por el lugar. Nunca tuve tantos hombres detrás de mí como en aquella noche. Paloma se baja la parte de arriba de su vestido y sus senos son venerados por todos. Todos quieren senos iguales. Me

tienta hacer lo mismo, pero no soy tan loca como ella.

—¡Uh! —grito, enloquecida.

Paloma me guiña un ojo en señal de complicidad.

—Eres consciente de que son homosexuales, ¿no?

Ella se pone pensativa.

—Pero tienen penes.

Puse cara de circunstancia.

—Muy buen punto, Paloma.

Bebí hasta perder la consciencia y llegué a mi casa cantando unas rancheras que aprendí con mis amigos gays. Meto la llave en la puerta y la abro. Intento quitarlas del cerrojo y me caigo en el piso tras una riña con la puerta.

—Mierrrdaaa...

Me levanto y cojo la llave. Tras cerrar la puerta, me dirijo a mi habitación en la segunda planta cantando: *Like a virgin* de Madonna a todo pulmón mientras voy dejando mis zapatos por el camino. Me meto en el cuarto sin dejar de cantar. Me quito el vestido y me tumbo en la cama de un salto.

—¡Dios! —digo y me siento de golpe—, no, mañana me quito el maquillaje.

Cierro los ojos y sueño con él, con mi delicioso jefe. Incluso puedo sentir su perfume. Sus manos. Su lengua en mi boca.

—¿Señorita Aguilera? —me dice a pocos centímetros de mi cara—, ¿qué hace aquí?

Su aliento sabe a caramelo de menta contra la tos. A pasión. A pecado. Abro los ojos con cierta pereza y sonrío con expresión picarona. Él me mira algo desconcertado y sin camiseta como me gusta soñar. Enarco mis cejas antes de alargar la mano y tocarle la cara. ¡Dios mío!

—¡No es un sueño!

Me levanto de la cama de un salto.

—¿Qué hace? —Hago una pausa y observo la habitación con atención—. ¿En su cuarto?

Él me mira con desconcierto y con deseo al tiempo. Me sonrojo. Bajo la mirada por instinto y grito. ¡Estoy solo con mis ropas íntimas!

—¡Oh, por Dios! —grito y cojo la sábana para cubrirme—, señor Holmberg —digo azorada—, ¿por qué no me ha dicho que estaba semidesnuda?

Abro mucho los ojos y la boca ante lo que veo ahora mismo.

—Usted duerme desnudo —repongo.

Mis ojos se clavan en su entrepierna hasta que él coloca una almohada sobre ella. ¡Madre del amor hermoso! ¡Aquello es Anaconda tercera parte!

—Señorita Aguilera, ¿qué hace aquí? —repito algo enfadado.

Estoy hipnotizada. No consigo hablar, solo babear. Su cuerpo dorado bien definido y repleto de vellos dorados me hace suspirar hondamente.

—Eh... —suelto.

Él me mira.

—¿Me creería si le digo que anoche bebí más de la cuenta y que me confundí de departamento?

Coge unos pantalones de seda y los pone sin desviar la mirada de mi cara. Se levanta y su torso musculoso me roba un largo y sospechoso suspiro.

—¿Es consciente de lo que ha hecho, señorita Aguilera?

Me pongo seria. Ladeo la cabeza. Suspiro hondo. Y lo miro con ojos interrogantes. ¿Qué me quiere decir? ¿Hice algo? Me pongo aún más seria. En mis sueños él me besaba con ardor y me tocaba los senos. Luego le toqué su entrepierna y minutos después, él dijo mi nombre. Pausa mental para ordenar mis ideas. O sea que... ¡Oh por Dios! ¡No fue un sueño!

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

—No tengo idea, señor —miento con descaro—. Permiso...

Salgo de la habitación como alma que lleva el diablo y bajo las escaleras a toda prisa. Me tropiezo y bajo los últimos peldaños de culo. Me levanto y cruzo la puerta.

—Buen día —me saluda Andrew en el pasillo—, Patricia.

Mi jefe sale detrás de mí y se detiene en el pasillo al ver a Andrew, con quien, si mal lo recuerdo, tiene una reunión laboral. Es domingo, pero la empresa está al borde del colapso con la nueva colección de maquillajes que lanzará en el mercado.

—Buen día, señor Holmberg.

Él saluda a Andrew y le pide que pase a su departamento. Luego, se acerca a mí y me susurra:

—La necesito, señorita Aguilera.

Lo miro con cara de Chita en Stars Wars.

—Para la reunión —me aclara.

Chita sube a los brazos de Darth Vader y le da un beso.

—Ah...

Asiento con la cabeza, lapso en que él acorta la distancia y sin darme tiempo para reaccionar, me besa, me besa con mucha pasión. ¿Y qué hago yo? ¡Lo beso! ¡Lo beso con mucho ardor! Le envuelvo el cuello con los brazos y dejo caer la sábana a mis pies sin querer.

—La esperaré, señorita Aguilera.

Me abrazo a él con fuerza.

—La sábana se cayó, señor.

Mira hacia abajo.

—Oh...

Sin separarnos, nos bajamos a la cuenta de tres y cogemos la sábana. Me aparto y me cubro con ella a toda prisa.

—¿Por qué me besa, señor Holmberg?

En realidad, quiero preguntarle por qué no lo hace siempre, pero soy una chica muy decente y reservada. Mentalmente me río a carcajadas, ¡esa ni yo me la creo!

—Por la misma razón que usted me corresponde, señorita Aguilera.

Me sonrío antes de girar sobre sus talones y meterse en su piso. Me quedo allí, mirando la puerta. Giro en redondo y me encuentro con la mía.

—Mierda —digo algo mareada.

¡Soy la reina de las torpes!

Nahuel

Dieta 18

Cuarto día de la dieta de manzana

Desayuno:

Un pan integral, una manzana
y una rebanada de jamón de pavo.

Comida:

Ensalada de verduras al vapor (sin papa)
y con atún natural.
Una manzana.

Cena:

Cereal de arroz con leche light.

Patricia se acerca a mi mesa y me mira con expresión ladina antes de alargarme una cajita rosa con una mariposa en la tapa. La cojo y ella se aleja tras guiñarme un ojo en señal de complicidad. Miro la caja por varios segundos hasta que mi móvil suena y me saca de mi concentración.

Patricia: Revísala.

Emotición de fastidio.

Nahuel: ¿No será un chocolate?

Hoy solo podemos comer manzanas.

Patricia: ¡Ábrela!

La abro justo cuando Jenny se acerca a mi mesa y me pide unos papeles. Miro la caja y sonrío al ver las braguitas rojas que Patricia me ha regalado.

—Lo siento —le digo a Jenny—, aquí tienes.

Ella me dice algo, pero soy incapaz de prestarle atención. ¡Tengo las braguitas de Patricia en las manos! No existe nada más importante que aquello en este momento.

—Permiso —me dice Jenny.

Asiento y luego reclino la cabeza para olisquear la ropa íntima sin sacarla de la caja. Suelto un gemido de placer y creo que todos me escucharon. Me ruborizo como una grana antes de tapar la caja.

Patricia: ¿Te gusta?

Por la mañana, antes de venir al trabajo, la llevé hasta la habitación y la hice sentarse en el sofá. Le quité las mallas y las bragas con mucha sensualidad. Me gustaba seducirla. Conquistarla. Hacerla sentir especial y muy deseada. Me fascina cuando la veo gemir, cuando la veo gritar de placer, convulsionar contra mi boca cuando el clímax la baña entera.

Yo: Mucho. Mucho. Mucho.

Emotición enamorado.

Patricia: ¿Nos vamos al servicio?

La miro con asombro y cierta picardía. Ella me desea tanto como yo a ella. No podemos estar cerca el uno del otro sin sentirnos. Sin tocarnos.

Yo: Ahora.

Patricia y yo no podemos dejar de besarnos un solo segundo. Ella me dice que mis labios son mucho más embriagadores que el mismísimo chocolate. Eso me enloquece y la llevo hasta el servicio masculino de la empresa. La meto conmigo en uno de los cuartos de baño y me siento sobre la tapa del váter tras bajarla. Ella se acomoda a horcajadas sobre mí y empieza a menear las caderas

con mucha sensualidad. Estoy a punto de estallar y le digo con voz implorante sobre sus labios que deje de moverse. Ella hace exactamente lo contrario.

—Eres cruel, Bollita.

Le levanto la blusa y saco sus pechos por encima de su sujetador rojo púrpura. Dios, ¡son preciosos! Los lamo, los chupo y los mordisqueo a mi antojo. Ella chilla, se remueve, jadea y se aferra a mi pelo con fuerza. Nunca estuve más excitado en toda mi vida que en este momento.

—Necesito hacerte mía —le digo con voz implorante—, salgamos.

Ella suelta una exclamación de protesta y me roba una risita.

—¿Aquí?

Me produce un cosquilleo de emoción nada razonable saber que ella anhela que la posea allí mismo, en el servicio masculino de la planta.

—Sí —le digo—, no tengo tanto tiempo —miro hacia abajo.

Ella toca mi parte íntima con mucho ardor y me roba un gemido.

—Dios, lo quiero dentro de mí, ¡ya!

La miro desde mi altura con una sonrisa que es decididamente animal.

—¿Crees que me puedes dar las bragas y marcharte tan contenta?

La arrincono hasta que la tengo sentada en el mostrador que hay junto a los lavabos.

—Tienes que aprender a no jugar con fuego, Patricia.

Ella me mira con cierto resquemor. ¿Sorprendida? ¿Estupefacta? Tal vez. Pero tengo ventajas sobre ella: leí sus novelas y sé lo que quiere exactamente.

—¿Y si entra alguien? —tartamudeo—. Nunca hice en un servicio...

No puedo decir lo mismo. Con mi vecina hice muchas locuras a lo largo de los años.

—Tienes razón, será mejor que bloqueemos la puerta.

Con un movimiento tan rápido que a ella le dio vueltas la cabeza, la bajo del mostrador y la apoyo en la puerta. Después le levanto la falda hasta la cintura mientras ella me desabrocha a toda prisa los pantalones y me los baja por las caderas.

—Me vuelves loco —gimo contra su cuello, después me estremezco cuando me rodea la erección con los dedos—. Pienso en ti, desnuda y mojada —deslizo dos dedos por su hendidura como si quisiera demostrar mi argumento—, y se me olvida todo.

La suelto de repente y cojo un condón de mi cartera. A los pocos segundos me lo pongo. Doblo las rodillas, levanto a Patricia todavía apoyada en la puerta del baño, y la penetro con fuerza.

—Eres una niña muy mala, mira que darme las bragas así.

Le muerdo el hombro desnudo. Ella ahoga sus gemidos en mi hombro y

me rodea la cintura con las piernas. Una gota de sudor rueda por mis mejillas encendidas.

—En lo único que puedo pensar es en ti, en hacer que te corras —gruño—. ¿Me has embrujado?

Ella me dice que tengo mucha fuerza para sostenerla. La ignoro, algunos comentarios me duelen más a mí que a ella. Estoy caliente, enamorado y la fuerza viene de esos dos componentes. El resto sobra.

—Me vuelves loca, Nahuel.

Mis manos le aprietan el culo mientras la martilleo con las caderas sin parar.

—Nunca estuve más excitada en mi vida —gime—, me corro... me corro... —chilla y luego convulsiona contra mí—, eres... eres... maravilloso...

Me apodero de su lengua y ahogo mi propio gemido cuando me corro con tal intensidad que se me doblan las rodillas.

—Creo que, si no tenemos cuidado, nos vamos a matar —murmuro mientras hago lo que puedo por recuperar la compostura.

—De placer, Bollito —jadea—, solo de placer...

Justo entonces, oímos unas voces junto a la puerta. Patricia gruñe cuando la misma se abre un par de centímetros, solo para que la bloqueara su nuca.

—Solo un segundo —rezongo.

Ella tiene la falda por las axilas y yo los pantalones por los tobillos.

—Me encanta el hoyuelo de tu barbilla, Nahuel —susurra antes de darme un beso—, tu piel sedosa y sonrojada —vuelve a besarme—, tus ojos claros... ¡Pareces un ángel!

La miro con adoración.

—Un ángel gordito.

Ella me muerde la barbilla con afecto.

—Un ángel hermoso.

La cara de Patricia está ruborizada con un intenso color rosado y lleva el pelo pegado a las mejillas en mechones sudorosos. Además, tiene la piel alrededor de la boca irritada por el rastro de mi barba de tres días, como a ella le gusta.

—Creo que hemos perdido más gramos estos días que en los demás —acota—, la dieta del sexo es todo un éxito.

Levanta la cabeza y me mira. Estoy apoyado con las dos manos en la pared. El sudor me corre por la cara y estoy jadeando como si acabara de correr los cien metros lisos.

—No me mires así —murmuro con una risita reticente—. Puedo enamorarme de ti.

«Aún más» pienso con un extraño nudo en la garganta.

Ella me rodea el cuello con los brazos y me da un rápido beso en la barbilla.

—Mejor salimos o nos descubrirán haciendo guarradas —me dice y el nudo aumenta considerablemente.

Patricia no me quiere, no como yo a ella. Me aparto un poco para poder subirme los pantalones. Ella se arregla la falda negra y luego se vuelve para lavarse las manos y secarse el sudor de la frente con un papel. Nos miramos a través del espejo por unos segundos.

—¿Has oído hablar del nieto de la dueña de la empresa?

Bajo la mirada de manera súbita. Todos hablan del famoso nieto de la dueña de la empresa. Fascinadas por el millonario sin rostro. Nadie nunca lo vio, según entendí. Paloma no habla de otra cosa desde que supo que estaría por la ciudad con su abuela.

—El fantasma —bromeo—, todas hablan de él, Patricia.

Me da un golpecito en el hombro.

—No te pongas celoso —me dice y me da un beso, —no te cambiaría por nadie —mira mi entrepierna—, eres único.

No sé si sentirme halagado o no con ese comentario. Pero al menos me aclara muy bien lo que siente por mí: deseo. No está mal, pero me gustaría poder transformar ese deseo en algo más fuerte e irrompible.

—¿Iremos mañana a la fiesta de cumpleaños de mi madre? —me pregunta tras rodearme el cuello con sus brazos—, mueren por volver a verte.

Asiento antes de darle un beso en los labios.

—Me encanta la idea.

Salimos del servicio y nos separamos en el pasillo. Nuestras manos se deslizan lentamente como suele ocurrir en las películas que a ella tanto le gusta.

—Te quiero —me dice antes de cruzar la puerta rumbo a su mesa.

Me quedo allí, mirando el pasillo por unos segundos.

—Te amo, Patricia.

Patricia

Dieta 19

Quinto día de la dieta de manzana

Desayuno:

Un pan integral, una manzana y un huevo duro.

Comida:

Carne asada y ensalada verde.
Manzana.

Cena:

Manzanas.

La canción «*Tomorrow*» de Avril Lavigne asalta la sala cuando enciendo el reproductor de música. Me gusta escuchar canciones antiguas que nunca suenan antiguas a pesar del tiempo. Me encamino hacia la cocina algo pensativa. Preparo un tazón de cereales de chocolate con leche tibia tras despertarme de mi siesta. Fuera llueve de manera desapacible. Me pongo una camiseta grande y unas mallas negras cómodas. Me recojo la melena en un rodete improvisado y me dirijo a la sala con mi tazón de Betty Boop, regalo de Nahuel.

—Nahuel —digo con un enorme nudo en el pecho—, cada día te echo más y más de menos, Bollito.

Enciendo la televisión tras sentarme en el sofá, en el maravilloso sofá de la sala. Tras un zapping encuentro la película «Alguien tiene que ceder» y la miro hasta que termina. Amo las comedias románticas con finales felices. Me gustan los finales felices. Me levanto y llevo el tazón al fregadero. Lo lavo y lo enjuago mientras evoco lo que pasó hoy por la mañana en el piso de mi jefe. ¡Madre mía! ¡A punto estuve de violarlo!

—Estás loca —me digo y me rio.

Mi móvil timbra en alguna parte de mi departamento. Por el tono, sé que es Nahuel. Después mi madre, y por último, Paloma. Busco mi móvil por toda la casa y lo encuentro en el recibidor, cerca de mis llaves. Lo cojo y leo los mensajes por orden.

Nahuel: Acaba de terminar la película *Alguien tiene que ceder*.

Envía el gif de Érika, la protagonista de la película, donde llora a lágrima viva mientras escribe su libro.

Yo: La vi y me emocioné tanto como la primera vez que la vi, contigo.

Nahuel siempre elegía romances complicados. Hecho que me hizo entender que sentía algo por mí, pero, en fin.

Nahuel: ¿Cómo estás?

¿Cómo estoy?, me pregunto a mí misma. Tras meditarlo bastante, le digo con toda la sinceridad que fui capaz:

Yo: Melancólica. La lluvia me deja un poco depre.

Dicho en otras palabras, te echo de menos y cada día me duele más y más tenerte lejos. Tengo un problema grave con respecto a demostrar o decir lo que siento, claro está.

Nahuel: Me gustaría achucharte.

Miro la pantalla con ojos soñadores.

Yo: Lo necesito tanto.

Emotición sonrojado.

Nahuel: ¿Qué haces?

Emotición de duda. Pienso en ti, quiero escribirle, pero en lugar de ello, le escribo:

Yo: Escucho canciones mientras observo la lluvia a través de la enorme ventana de la sala.

Emotición enamorado.

Nahuel: Yo también estoy mirando la lluvia desde el balcón de mi cuarto con Sarah.

Frunzo el ceño. ¡Siempre está con él! ¡Qué pesada! Pero no la culpo, cuando conoces los brazos de Nahuel, no quieres alejarte nunca de ellos. Es tan reconfortante. Tan sanador. Me encantaba estar entre sus brazos tras hacer el amor o tras ver alguna película. Olía tan rico. Tan suave.

Nahuel: Prepararé la cena. Hasta luego.

Emotición de besos. Una lágrima recorre mi mejilla derecha y me odio por ello. Odio llorar. Odio sentir esto. Odio sentirme débil ante ciertos sentimientos.

Yo: Hasta luego.

Nahuel: Te quiero.

Emotición de corazón.

No le replico. No consigo. Me envía un Gif de abrazo de oso, debo conformarme con ello. Le envío otro con lágrimas en los ojos. Para acentuar mi estado anímico, la canción: All I need del grupo favorito de Nahuel: *Within Temptation* empieza a sonar en el reproductor de música. Me acerco y cojo el mando a distancia. Aumento el volumen y me pierdo en mis últimos recuerdos con él, con Nahuel...

—¡Nahuel! ¡Debes escucharme!

La lluvia caía a raudales sobre ambos.

—No necesitas darme ninguna explicación, Patricia —me dice, herido—, lo que vi vale más que mil palabras.

Lloro a lágrima viva al ver la expresión dura que me lanza. No me cree. Nunca me creerá. Le digo lo que pasó, le cuento detalle a detalle, pero él no cambia su manera de mirarme, de acusarme. De condenarme.

—Él siempre fue el chico de tus sueños, Patricia.

Ya no lo es, quiero decirle, quiero gritarle, pero las palabras se me atorán en la garganta. Me mira por unos segundos mientras sus ojos se nublan. Traga con fuerza antes de asentir. No consigo hablar, no consigo defenderme. Todo me acusa, todo me condena ante sus ojos.

—Debo irme, Patricia —suelta tras suspirar—. Necesito estar a solas.

Vuelvo al presente cuando mi móvil timbra y el tono me advierte que es mi jefe. Me seco las lágrimas con el dorso antes de coger la llamada.

—Señorita Aguilera, olvidé firmar los documentos que le di ayer.

Le digo que los llevaré para que firme. Antes me lavo la cara y me pongo un poco de maquillaje para ocultar mi verdadero estado ante sus ojos. Me cambio de ropas y opto por una blusa de tirantes de color negro y unas mallas del mismo tono. Me perfumo y luego cojo la carpeta que me entregó ayer. Salgo de mi departamento y me enfilo hacia el suyo. Abro la puerta con cautela.

—¿Señor Holmberg?

Escucho un ruido que procede de arriba, de su habitación, supongo.

—Aquí —me dice y confirma mis sospechas.

Abro mucho los ojos al ver mis zapatos cerca de una mesita rinconera al lado de la escalera.

—Prueba de mi crimen —me digo con los ojos bien abiertos.

Mi jefe aparece usando únicamente unos pantalones chándal de color gris. Me muerdo la piel interna de las mejillas con cierto nerviosismo. Nos miramos por unos minutos intensos mientras la canción: *Anymore of this* de Matthew Perryman y Mindy Smith suena de fondo. La reconozco al instante, es una de mis tantas canciones favoritas. Nos miramos con intensidad bajo la tenue luz del velador principal de la sala. Todo el resto estaba oscuro.

—Señorita Aguilera —me dice con su voz grave y potente—, ¿le apetece un poco de vino?

Me apetece beberlo de sus labios, pero ese secreto muere conmigo. Asiento y él me regala una sonrisa de lado, una sonrisa que me roba un suspiro muy hondo. Baja las escaleras y coge la carpeta tras echarme una mirada.

—Lamento molestarla, señorita Aguilera.

Miro sus pectorales bien definidos y bronceados como un recién nacido miraría las tetas de su madre.

—No se preocupe, señor.

Mis fosas nasales detectan su aroma y el olor despierta todas las terminaciones de mi cuerpo. Es una fragancia muy masculina, pero suave, no muy fuerte.

—Cogeré una copa para usted.

Se aparta y mis ojos se clavan en su espalda perfecta. Es ancha, definida, fuerte y dorada. Eso sin mencionar el resto de su cuerpo. Se acerca y poso mis ojos en sus pies descalzos.

—¿Subimos, señorita Aguilera? La vista es mejor en mi dormitorio.

Directo al grano. ¡Es un gallo de primera!, diría mi madre. Asiento y me cede el paso con caballerosidad. Subimos en silencio hasta su cuarto. Paso con

cierta timidez, no como la noche anterior. Reinicia la canción mientras yo tomo asiento en el sofá. Sirve el vino en la copa que trajo y me la ofrece. Nuestras miradas se encuentran.

—Está usted muy guapa, señorita Aguilera.

Presto más atención en él. Creo que ha bebido más de la cuenta. Sonrío antes de llevar la copa a mi boca. Él se sienta en la cama y revisa los documentos. Mis ojos recorren su torso desnudo con cautela. Unos vellos dorados cubren sus brazos y realzan su piel curtida con mucha sensualidad. Levanta la vista y me echa una mirada teñida de picardía. Me sonrojo, inevitablemente, al imaginarme por qué me mira de aquel modo. Bebo un buen sorbo para tragar el nudo que se me formó en la garganta. Un trueno furioso en el cielo me hace respingar en mi sitio.

—Me gusta mucho la lluvia —me dice sin mirarme—, despierta un lado mío que desconozco —clava sus ojos en mí—, ¿le gusta la lluvia, señorita Aguilera?

Asiento con una sonrisa.

—Mucho.

Pero desde que Nahuel se marchó de mi vida, dejé de apreciarla. Mi jefe se levanta tras colocar la pluma de oro sobre la carpeta. Coge la copa que se encuentra en la mesilla de luz y se acerca.

—Ven, señorita Aguilera —me dice y me alarga la mano—, desde el alféizar se aprecia mejor el cielo embravecido de esta noche.

Cuando mi mano se conecta con la suya, un escalofrío me recorre de pies a cabeza y me eriza toda la piel. Nos acercamos al alféizar de la enorme ventana de su habitación. Me acomodo a un lado y él al otro lado. Dobla sus largas piernas mientras observa el cielo con atención. Con un mando a distancia apaga todas las luces, menos la de un velador que se encuentra cerca de la ventana. Los relámpagos son tan feroces que cada tanto ilumina Nuestros rostros y revela los secretos ocultos en nuestras almas.

—Ella cumpliría cuarenta años hoy —me dice sin mirarme—, mi hermana.

Entrecierro los ojos con fuerza al oírlo. Hay dolor en su voz. Hay culpa. Hay añoranza. Hay amor.

—Era tan hermosa, tan alegre, tan inocente y tan divertida —continúa—, a pesar de su discapacidad intelectual, era la persona más lista del mundo.

Abro mis ojos de golpe al escuchar su última afirmación. Se vuelve y me mira con ojos de cordero degollado. Una sonrisa nace en sus labios, una sonrisa con matices lúgubres.

—Nadie lo sabía, señorita Aguilera. Nadie sabía que mi hermana tenía esa

discapacidad. A veces, creo que ni siquiera mis padres.

Una lágrima atraviesa mi rostro y posa en mi copa donde muere ahogada. Trago con fuerza, sin lograr articular una sola palabra. ¿Qué podría decirle? Nada podría consolarlo. Ni siquiera el tiempo lo consiguió.

—Ella me llamó aquel día —me mira fijo—, una hora antes de su secuestro y yo no pude llegar a tiempo para nuestra caminata diaria, ya que mi padre, su secuestrador, me había enviado a por unos documentos al otro lado de la ciudad.

Se muerde el labio inferior con cierta rabia. Su padre lo quería lejos para poder llevar a cabo sus macabros planes. Suspira hondo mientras observa el cielo con ojos vacíos. Esta triste. Muy triste. Yo lo miro embobada. Es tan guapo. Incluso con el matiz más sombrío. Fijo mis ojos en su barbilla, él no tiene hoyuelo como Nahuel, sería aún más hermoso si lo tuviera.

—Lo último que le dije fue: Te quiero, Sandy, y ella me dijo: y yo a ti.

Me seco las lágrimas que salen de mis ojos a raudales con el dorso de la mano. Poso la copa sobre la mesilla a mi lado. Él me alarga la suya y la coloco al lado de la mía. Nos quedamos en silencio unos segundos. Nos miramos fijo. El momento es tan perfecto. Como los de alguna película romántica/dramática. Las que más me gustan.

—Yo... —las palabras se me atorán en la garganta—, nunca pude decirle eso a mi hermana —confieso y lo dejo sin aliento—, solo tenía doce años cuando una rara enfermedad la tomó de rehén —sus ojos se dilatan—, no volvió a levantarse de la cama nunca más —me rompí a llorar—, un día, tras llegar de la escuela, subí al cuarto decidida a decirle que la amaba, pero me encontré con mis padres y mis abuelos llorando con todas sus fuerzas —mi corazón late despacito—, mi madre la sostenía entre sus brazos y lloraba con tal amargura que pensé que se moriría con Leticia —hice una pausa—, era solo una niña cuando dejé de decir lo que sentía por las personas —él me mira con profundo dolor—, por temor a perderlas.

Nahuel irrumpe mi mente y agita mi corazón.

—Así perdí a muchas personas, señor.

Esta historia pocos conocen. Nunca hablo de mis sentimientos, nunca hablo de mi vida, nunca hablo de lo que me duele. Mi jefe se acerca y coge mi cara con la mano. No me dice nada, solo me mira con profundo dolor. Sabe mejor que nadie lo que yo siento. Conoce mi dolor. Lo sintió. Lo vivió. Lo sigue viviendo. La canción: *Save you* de Matthew Perryman suena de fondo, aumentando deliberadamente el ritmo de nuestros corazones.

—Lo siento —me dice con lágrimas en los ojos—, yo, mejor que nadie, sé lo que siente.

Y sin más, me da un apasionado beso, un beso que hace latir con fuerza mi corazón, un beso que lo resucita, un beso que responde a muchas conjeturas.

—Patricia —susurra mi nombre sobre mis labios—, no logro arrancarte de mi cabeza, aunque lo intente, allí estás siempre.

Mi nombre suena distinto en su boca.

—Heinrich —mascullo con timidez—, me pasa lo mismo contigo.

Le devuelvo el beso con el mismo frenesí. Un beso posesivo, duro, doloroso y sanador a la vez. Me recuesta por completo sobre el alféizar y se acomoda entre mis piernas sin dejar de besarme un solo segundo. Nuestras lenguas se entrelazan en una sola, al igual que nuestros latidos.

Nahuel

Dieta 20

Cinco años antes...

Dieta de la ortiga:

En ayunas tomaremos una infusión de ortiga, caliente o tibia, con el jugo de medio limón. Si necesitamos endulzarla lo haremos siempre con estevia.

Media hora después desayunaremos y elegiremos alimentos frescos e integrales: fruta, yogur, pan integral, avena, frutos secos, etc.

A media mañana nos tomaremos la segunda infusión de ortiga (sin el jugo de limón).

A la hora de comer optaremos mayoritariamente por vegetales, arroz integral, legumbres, queso fresco, huevo y pescado. Algún día podemos comer carne, de preferencia, blanca.

A media tarde comeremos algo ligero si tenemos hambre: fruta, frutos secos, etc.

Para cenar elaboraremos un caldo de ortiga. De segundo plato podemos elegir entre huevo, pescado, queso fresco, compota de manzana con nueces o algo similar.

Intentaremos cenar temprano y una cantidad moderada para potenciar los beneficios de esta depuración, los cuales se multiplican durante las horas de la noche.

He bajado más de treinta kilos estos últimos meses con las dietas locas que hemos hecho con Patricia. Pero, sin lugar a dudas, la mejor dieta es la del sexo. Con ella hemos bajado bastante y es deliciosa, ¡adictiva!

Tres a cuatro veces al día. En cualquier momento y en cualquier lugar. Con o sin condón. Bajo lluvia o sol. Antes o después de comer. Sobre la mesa o en el piso. En el coche o en el sofá.

La miro embobado mientras duerme, no puedo dejar de mirarla un solo segundo. Le arreglo el pelo y le doy un beso en la mejilla antes de levantarme de la cama para prepararle el desayuno. Me gusta darle sorpresas por las mañanas. Me gusta cuando sonrío. Me gusta cómo sus ojos brillan ante tan simple gesto. Despierta cosas en mí, cosas que dejé en el pasado, cosas que nunca pensé volver a sentir en mi vida.

—Te amo —le susurro y me aparto.

Me dirijo a la cocina y preparo unas tostadas mientras enciendo la radio. La canción «*Fallen*» de Sarah McLachlan asalta el lugar con su potente voz. Me sirvo un poco de café recién hecho y bebo un buen sorbo tras endulzarlo. Me apoyo contra el armario y pienso en mil maneras de confesarle a Patricia lo que en verdad siento por ella. Pero tengo miedo, mucho miedo de estropearlo todo.

—Debes hacerlo —me animo—, no debes hacerlo —me convenzo.

Poso la taza sobre la encimera y cojo la bandeja de madera con la carita de dos gatitos pequeños. Patricia ama a los gatos, pero desde que su gata murió, no volvió a tener otro. Cojo un tulipán del jarrón y lo pongo al lado de la taza. Me enfilo con la bandeja al dormitorio.

—Buen día, dormilona —le digo al entrar—, hora de levantarse.

Gruñe y patalea como una cría mientras coloco la bandeja sobre la mesa de su escritorio. La sábana cede y deja al descubierto su hermoso dorso. Me acerco y me pongo a cuatro patas sobre ella. Le beso el cuello y luego los omóplatos.

—Mmm —ronronea algo excitada—, esta es la mejor manera de despertarme, Nahuel.

Dibujo un largo camino de besos por toda su espalda hasta llegar a sus nalgas. Ella jadea cuando le paso la lengua por las cachas. Me quito los pantalones de dormir y el bóxer. Mi miembro roza sus nalgas y ella ríe por lo bajo.

—Sabes que es mi debilidad —se mofa y me rio mientras la voy

penetrando—, Dios...

Entro. Salgo. Entro. Salgo. Ella se arquea en un acto reflejo y aprovecho para embestirla hasta el fondo. Suelta un grito y es todo el incentivo que necesito para empezar a acometerla sin parar. Patricia se pone a cuatro patas y la sujeto por la cintura para aumentar el ritmo de mis embestidas. No paramos hasta tocar el cielo, hasta gritar de placer, hasta perder el aliento.

—¡Eres increíble! —chilla.

Nos derrumbamos en la cama y la muy desgraciada decide derrumbarse con nosotros. ¡La segunda cama que desmantelamos! Soltamos un grito ante el susto y, tras ello, nos echamos a reír a carcajadas. ¡Somos tan patosos!

—Debemos prepararnos para irnos a la casa de tu madre, cariño —le digo. Me levanto y ella mira mi entrepierna con embeleso.

—Patricia...

La levanto del suelo y la llevo al cuarto de baño, donde, una vez más, nos entregamos a la pasión.

—Eres insaciable —me burlo en la parada de autobús.

Una joven nos mira con atención y luego hace una mueca de asco. Me quedo mirándola con cara de asombro. ¿Por qué hizo ese gesto?

—Maldita anoréxica —suelta Patricia con rabia—, ¿tienes algún problema? —la enfrenta.

La chica pone los ojos en blanco, lapso en que Patricia me toca la entrepierna con sensualidad. Pero ¿qué está haciendo? Dios, ¡y qué bien lo hace! Mi miembro se despierta al instante y me sonrojo como un tomate.

—Mira —dice Patricia—, si tuvieras algo remotamente parecido, serías más feliz y menos desdeñosa.

La miro con expresión de cordero degollado.

—Idiotas —nos dice, pero, tras echarme una mirada.

Patricia saca su chicle de la boca y lo lanza hacia ella. Luego aplasta la goma en su cabeza. La chica grita a todo pulmón y decido que es momento de coger a Patricia de la mano. La arrastro hasta la siguiente parada.

—¡A ver cómo te la apañas para solucionar ese drama, zorra! —grita ella.

Luego, para enfatizar su gran alegría coge su móvil y busca algo. La canción: Back in time de Pitbull, su canción favorita de todos los tiempos, empieza a sonar a todo volumen y ella la baila de un modo que me hace reír.

—¿Has visto cómo miró tu entrepierna? —me dice, entusiasmada.

Una anciana nos mira con perplejidad.

—El pene de mi chico es enorme —le dice Patricia y mis mofletes se sonrojan aún más—, solo la puntita y ya siento que voy a acabar.

La mujer abre tanto la boca y los párpados que me temo que su dentadura

saldrá volando con sus ojos. Le pido disculpas mientras Patricia se parte de la risa. ¡Está poseída!

—¿Sabes dónde vive tu pretendiente cura? ¡Necesitas un exorcista! —me mofo y ella ríe aún más.

Me quedo mirándola con expresión bobalicona y ni siquiera lo consigo disimular.

—Es tu culpa —me dice—, me tienes loquita, Bollito.

Me da un beso apasionado y me roba la paz por completo.

«Debes decirle lo que sientes» me digo con firmeza.

—Sí —musito tras estrecharla con fuerza entre mis brazos.



Su madre me recibe con mucha alegría al igual que la abuela mientras el padre resalta lo mucho que he bajado de peso. Patricia le da un beso muy cariñoso y él se ríe. Ella es tan amorosa y tan dulce con sus padres. Su abuela le toca la clavícula y le dice que está muy delgada. Después le dice que Rodolfo fue el mejor regalo que jamás le hizo antes. Patricia mueve las cejas de un modo muy chistoso y una alarma se enciende en alguna parte de mi cabeza.

—Le regalé un consolador de cinco potencias —me susurra.

La miro y luego a su abuela de ochenta años con una expresión que raya la sorpresa y el desconcierto. Patricia se echa a reír al ver mi deje.

—Hemos comprado una cama para ti —dice su madre—, para vosotros —acota y nos mira.

¿Ella sabe que tenemos algo? Miro a Patricia y por su deje, deduzco que sí y con lujos de detalles. Me sonrojo. No consigo evitarlo. Esta familia es muy especial.

—La usaremos, mamá —dice Patricia y me guiña un ojo—, ¿la habéis estrenado con papá?

Abro mucho los ojos y la boca. El padre de Patricia se ríe de buena gana y niega con la cabeza al tiempo. Meto una uva en la boca y luego otra, tratando de ahogar mi estupefacción.

—¿Qué crees, hija? Jamás dejaría que os pasara algo por negligencia mía.

Patricia le da un beso.

—Esta es mi madre.

Sin lugar a dudas, pienso y sonrío. Su abuela trae su consolador y le dice que algo no funciona bien. Patricia coge el pene y toca los botones. El pene

cambia de color y se mueve en varias velocidades.

—Así de noche no se le pierde —me aclara—, es como una luciérnaga sexual —se ríe—, abuela, te compré el Kama-sutra en letras grandes —su abuela aplaude—, te señalé las mejores posiciones.

Patricia le explica cómo debe usar el consolador y me sonrojo, me sonrojo como una grana. La abuela le dice que lo estrenará esta noche y que le contará cómo le fue la experiencia. Patricia le da un beso.

—¡Hora de comer! —chilla la madre desde la cocina—. He preparado tu plato favorito, Patricia —le guiña un ojo—, Penne con salsa blanca —una exclamación se me escapa—, hablo de la pasta que se llama pene, Nahuel —me aclara.

Patricia me coge de la mano tras lanzar a Rodolfo en el sofá. Miro hacia atrás con cierto estupor. Bueno, algún día, cuando nos casemos, seguro me acostumbraré a esto.

«Nos casemos» repito mentalmente y siento un sinfín de maripositas en el estómago. Por primera vez no era hambre, sino emoción.

—¡Me encanta pene con salsa blanca! —exclama Patricia y me mira con expresión ladina—, mucho...

Me sonrojo, un poco más.

—¡A lavar las manos!

Nos lavamos las manos en el cuarto de baño de la planta baja, cerca de la cocina y luego nos acercamos a la mesa.

—Preparé comidas afrodisiacas —nos dice la abuela—, el sexo gasta mucha energía.

Todos posan sus ojos en mí. Patricia me toca la entrepierna con descaro y escupo un poco de mi zumo ante el susto. Ella se da la vuelta y me mira con expresión ladina. Me guiña un ojo y luego se pasa la lengua con mucha sensualidad sobre los labios. Mi pene reacciona, inevitablemente. La abuela deja caer un trozo de pan baguete en la mesa y Patricia lo coge. Lo mordisquea con mucho erotismo. ¿Por qué todo en aquel lugar me hace pensar en sexo?

—¡Mira lo que encontré! —dice su madre de repente—, ¡la vieja obra teatral del colegio!

Ella nos enseña el DVD con una expresión muy ladina y Patricia suelta un gemido de indignación.

—¡Nooo! —chilla—, ¡mi pasado me condena!

Su padre coge la caja y saca el CD del estuche.

—¡Ahora en DVD!

En la pantalla aparece Patricia disfrazada de Cenicienta. Enfurruñada, dice con los labios apretados:

—¡La cenicienta XL! —chilla—, ¡se reirán de mí, ma!
Su madre aparece en la pantalla y mira la cámara con atención.

—¿Y qué harás si lo hacen?

Patricia pone cara de mala.

—¡Darles las palizas de sus vidas!

Todos gritan de alegría.

—¡Esa es nuestra Cenicienta XL!

Patricia me mira con expresión taimada.

—Era mi apodo en la adolescencia —me aclara, pero ya lo sabía—. Y por mi obsesión por los zapatos —apostilla tras resoplar—, a los dieciséis tenía más de cien pares de zapatos.

—Ahora más de trescientos —comento y ella me pellizca el brazo—, bueno, quinientos.

Todos se echan a reír.

—Algún día tendré mi zapatería —anuncia ella—, y tú serás mi socio, Nahuel.

Le doy un beso en la mejilla.

—Me encanta la idea, cielo.

Tras el almuerzo, bebemos un poco de vino en la galería mientras fuera las hojas amarillentas de los árboles caen con gracia. El otoño es tan romántico, pienso mientras Patricia acomoda su cabeza en mis piernas. Le toco la frente con afecto y ella cierra los ojos. Giro la cabeza en un acto reflejo y me encuentro con la madre y la abuela de Patricia, que nos están vigilando desde la ventana. Me sonrían y me guiñan el ojo en señal de complicidad. Luego desaparecen o, eso creo.

—¿Hacemos una siesta, Bollito?

Asiento y ella se levanta. Me alarga la mano y la cojo con una sonrisa en los labios. Subimos las escaleras y la canción: *Smooth operator* de Sade empieza a sonar en la sala a todo volumen.

—Me duele la panza —me dice Patricia y la miro—, creo que me vino la regla.

Hago una mueca de dolor. Sé que la pasa muy mal cuando está con su regla.

—Le preguntaré a tu madre si tiene una bolsa de agua caliente —le digo y ella asiente—, iré a la farmacia a por tu medicina, ¿no la has traído verdad?

Suelta un gemido de lamento.

—No.

Mientras su madre le prepara una bolsa caliente, voy a la farmacia de la esquina con unos tickets de descuentos que me dio la abuela de Patricia. Compro

su medicamento contra los cólicos y retorno. Al llegar, miro con embeleso la casa de cuento de hadas rodeada por varios árboles. Aquel sitio es de ensueño. Entro y cojo la bolsa caliente de agua y subo las escaleras. Entro en el cuarto y me encuentro con una habitación más bien infantil. ¿Me equivoqué de habitación?

—No entres allí —me dice Patricia en un tono bastante severo.

Me vuelvo para mirarla. Ella se acerca y cierra la puerta con cierta impaciencia.

—¿Era tu habitación de niña? —le pregunto.

Ella me mira con una expresión que no consigo definir con palabras.

—Sí —me contesta y sé que miente—, ¿me has traído mis pastillitas mágicas?

Asiento y le alargó la caja de las pastillas.

—Ven, Bollito.

Nos metemos en su habitación, donde ella bebe un vaso de agua con su pastilla. Luego se acuesta en la cama con la bolsa caliente. Me acomodo detrás de ella y apretujó la bolsa contra su vientre mientras le canturreo una dulce melodía, la melodía favorita de mi madre.

—Es preciosa, Bollito.

Le doy un beso en la oreja.

—Descansa, cielo.

Ella se queda dormida minutos después y yo me levanto de la cama para ir al tocador. Me miro al espejo y me pregunto quién es Leticia, el nombre que vi en el cuarto de al lado. ¿Sería la hermana de Patricia? ¿Qué pasó de ella? ¿Murió? Bajo las escaleras y me detengo para mirar las fotos que cuelgan de la pared. Todas son de Patricia. Me acerco a la sala y miro las fotografías de los portarretratos. Todas son de Patricia y sus padres, pero ninguna es de Leticia.

«Aprendí a huir del dolor cuando era pequeña, Nahuel» me dijo cierta vez.

—Cada quién tenía su manera de afrontar las penas —digo con un enorme nudo en el pecho—, lo siento, Patricia.

Esta alegre familia esconde detrás de sus sonrisas una gran pena, una gran tristeza.

—Por eso te cuesta amar —musito—, por temor a perder, a sufrir.

Ahora comprendo mejor a Patricia. Comprendo por qué siempre huye del amor. Porque huye del dolor.

—Es mejor no envolver al corazón, Nahuel —me dijo días atrás—, cuando lo haces, siempre terminas sufriendo.

Yo pensé que hablaba de algún amor perdido, pero no, ella hablaba de su hermana.

—¿Nahuel? —me dice Patricia desde la escalera.

La miro con un enorme nudo en el alma.

—Te necesito —me dice y mis ojos se nublan—, no me dejes.

Me levanto del sofá y me acerco a ella con el corazón latiéndome a mil por hora. Ella me abraza con fuerza. Sé que le duele algo, sé que el hecho de haber entrado en aquella habitación, en aquel panteón, abrió viejas heridas en ella. En su corazón.

—Siempre estaré contigo, Patricia.

Patricia

Dieta 21

Dieta de la pera:

Desayuno:

Batido de manzana y pera.

Media mañana:

2 peras y té negro.

Almuerzo:

Crema de peras.
1 yogur desnatado.

Merienda:

1 pera.

Cena:

Ensalada de lechuga, manzana y maíz. Té de manzanilla.

Mi jefe y yo no podemos dejar de besarnos y tocarnos un solo segundo. Estamos en su enorme y suntuosa cama delineando

nuestros cuerpos con nuestras manos.

Fuera llueve de manera desapacible mientras la canción de María Mena: «Just hold me» asalta la habitación y agita todo mi cuerpo. ¡Es perfecta para la ocasión! Heinrich, mi delicioso jefe, baja los tirantes de mi blusa mientras nuestras partes íntimas se rozan de manera continua. Estoy a punto de tocar el cielo y sin la menor necesidad de que me penetre.

«Vaya».

Me pongo tensa cuando toco su erección. Su enorme y palpitante erección.

—Me encanta su aroma, señorita Aguilera —gime cerca de mi oreja—, huele a pecado —me succiona el cuello y pierdo el control de mi respiración.

Su mano derecha baja mi blusa y deja al descubierto mi seno izquierdo. No llevo sujetador. Mi jefe, ansioso, se desliza hasta él y lo lame con delicadeza. Succiona mi pezón y luego lo chupa con fuerza. El deseo aumenta en mí de manera deliberada, un chupetón más y mi clítoris gritará. Juro que gritará o cantará una buena ranchera.

—Señor Holmberg —digo, arqueándome con fuerza contra su boca—, no pare —le ruego.

Él baja mi blusa por completo y se deleita con mis senos. Los junta y los adora con la boca. Me aferro a su cabeza con tal fuerza que le robo un chillido. Me mira con magnitud mientras lame mis pezones con voracidad. ¡Dios mío! ¿Dónde está mi móvil? ¡Necesito registrar este momento! Su mirada es caliente, es desafiante y muy, pero que muy ardiente. Se aparta y me sonrío con picardía. Se arrodilla entre mis piernas y me quita las mallas con suma delicadeza. Tras ello, posa su boca en mi entrepierna y aspira mi aroma a través de la tela de mi tanguita de Peppa Pig. Me sonrojo. Suelo usar ropas íntimas con dibujos infantiles. Soy medio Michael Jackson a veces.

—Interesante —me dice sin abandonar su hermosa sonrisa—, le regalaré otra —anuncia y rasga con violencia mi tanga en ambos lados.

Suelto un grito ante el susto. Lanza el resto de mi ropa interior a un lado. Antes de que me recompusiera, agacha la cabeza y olisquea mi sexo. Acto seguido, lame los pliegues, los succiona y los mordisquea por varios segundos. Juguetea con ellos. Los seduce. Los conquista. Los enloquece. ¡Este hombre sí que sabe lo que hace!

—Me fascina su aroma, señorita Aguilera.

No le digo que me tutee, porque me encanta cuando me llama por mi apellido. Llámelo fetiche nominal, pero ¡es muy sexi!

Se levanta y coge su copa de la mesilla. La llena de vino y se acerca tras beber un poco. Me ofrece y me da un poco con mucho cuidado. Unas gotas se fugan de mi boca y se deslizan por la barbilla. Posa la copa sobre la mesilla y luego se agacha. Saca la lengua y lame las gotas moradas del vino. No satisfecho, coge la copa y derrama un poco sobre mis senos.

—¿Quiere más, señorita Aguilera?

Quiero todo, pienso con osadía. ¿Qué estoy haciendo? Disfrutando, viviendo un poco. No siempre aparecen adonis como éste en mi vida, me digo.

—Sí, señor —le contesto y él sonrío satisfecho.

Derrama el vino por mi vientre y por mi parte íntima. Doblo las piernas y me arqueo al sentir el líquido por mi cuerpo. Él bebe el resto de un sorbo y luego se acomoda sobre mi cuerpo a cuatro patas. Me mira con ojos voraces, lascivos y desafiantes.

—Es usted preciosa, señorita Aguilera.

No puedo ni siquiera sonreír. Mi boca está paralizada como el resto de mi cuerpo. La canción de Snow Patrol: *Chasing cars* suena y agita mi corazón. ¡Amo esa canción!

—¿Le gusta las canciones que le seleccioné, señor?

Ahora me acuerdo de ese detalle. Por un momento, pensé que éramos almas gemelas musicales. Él se agacha y lame el rastro que dejó el vino por mi cuerpo sin dejar de mirarme con aquellos ojos claros y flameantes. Hay lujuria en ellos y también ternura. Una mezcla letal para cualquier mujer y más para una como yo, al borde de la desesperación sexual y emocional.

—Disfruta —solfea.

Mi madre aparece con mi abuela y levantan el dedo pulgar. Cierro los ojos y ruego porque ya no estén allí. Abro un ojo con cuidado y suspiro aliviada. ¡Ya no estaban! En lugar de ellas, aparece Paloma y su primo. ¡Nooo! Cierro los ojos y los envío a Plutón. ¡Sí! Me concentro en él, en mi jefe, en mi delicioso jefe.

—Oh, Dios...

La canción de Sade: *Smooth operator* suena en mi cabeza, para variar. ¡Es la canción de la copulación en mi casa! Cada familia tiene sus costumbres, claro está.

—Me gusta todo de usted, señorita Aguilera.

Esto me desarma por completo. De pronto, soy consciente de que estoy en la cama de mi jefe, desnuda y dispuesta a todo con él.

«Dios mío» musito. Tras Nahuel, no había estado con otro hombre. Por falta de interés, más que nada. Ninguno llenaba mis expectativas. Ninguno logró

romper el muro de hielo que construí alrededor de mi corazón para protegerme del dolor.

«Hasta ahora».

—¿En qué piensa? —me pregunta con ojos interrogantes—, ¿o en quién?

Acuno su rostro entre mis manos y lo miro fijo por unos segundos. No es Nahuel, pero hace que mi mundo entero gire del revés cada vez que aparece en mi camino. Por algo así, vale la pena arriesgarse, me digo para mis adentros.

—En usted —le digo y le bajo la cara para besarlo.

Heinrich me besa con posesión, con dureza y mucha pasión. Parece que se está muriendo de hambre.

—La deseo mucho —me dice tras apartar sus labios de los míos—, despierta cosas en mí, señorita Aguilera —se desliza hasta mi entrepierna—, cosas que pensé que ya habían muerto.

Abro la boca como para decirle algo, pero en lugar de ello, gimo con fuerza cuando su boca saborea con voracidad mi sexo. Pasa la lengua por los pliegues y luego los separa. La mueve de arriba abajo hasta hacerme chillar.

—Así, entréguese, señorita Aguilera.

Mete un dedo sin dejar de succionar mi clítoris. Mueve el dedo y luego mete otro. Mis ojos se encuentran con los suyos, que me miran desde su sitio con mucha atención. Me toco los pechos para aumentar su excitación y él chupa con fuerza mi sexo.

—Córrase —me dice en un murmullo—. Córrase para mí y por mí.

Y es exactamente lo que hago. Me corro en su boca, me dejo llevar por el placer y grito, grito al alcanzar el orgasmo, aquel pecaminoso orgasmo. Él no deja de lamerme, al contrario, empieza todo de nuevo y, en pocos segundos, estoy ardiendo de nuevo, preparada para un segundo round. Pero, entonces, su móvil timbra. Mira hacia la mesilla y sin titubear se levanta. Me siento en la cama y me cubro con una almohada mientras miro su entrepierna. Está a punto de estallar. Está enorme. Duro. Deseoso.

«Madre mía» musito. Habla en alemán y con una seriedad inquietante.

—Geht es dir gut?

Hace una mueca y lleva su mano a su cabeza con un deje que me deja en claro lo preocupado que está.

—Bis bald.

Sé que significa hasta luego. Cuelga y me mira con profundo dolor.

—Lo siento, debo irme a la casa de mi abuela —me dice.

Asiento de manera mecánica y me levanto dispuesta a coger mis ropas. Él, se pone sobre mí a cuatro patas y me tumba en la cama de nuevo.

—Esto apenas ha comenzado, señorita Aguilera —me dice y me da un

beso muy fogoso.

Le devuelvo la caricia con la misma urgencia. Nuestras lenguas se enredan, se miman, se saborean con ímpetu, con ansia feroz. Se aparta y me mira con intensidad. Tiene los labios muy hinchados y la mirada muy fulgurosa.

—Quédese aquí —me pide con su voz ronca—. Desnuda.

Arrugo el entrecejo en un acto reflejo.

—Quiero imaginármela así mientras viajo.

Besa mis pechos con mucha adoración y me roba un gemido de placer mientras roza su miembro contra mi sexo.

—Debo darme una ducha —me dice con picardía.

Si nos duchamos juntos, tardaremos más de la cuenta, así que, me guardo ese deseo en la gavetita de mi corazón. Me da un beso tierno y se levanta de la cama. Entra en el cuarto de baño y se ducha. Muero por figonearlo, pero no consigo moverme. Tras unos minutos, sale envuelto en una toalla. Coge unas ropas de su suntuoso armario y una ropa íntima de una gaveta. Miro maravillada la mini tienda que tiene como armario. ¡Es de película!

—Descanse, señorita Aguilera.

Se quita la toalla y exhibe orgulloso su parte íntima.

«Vaya» murmuro. ¡Es enorme! Alguien irrumpe mi mente y agita mi corazón.

—Nahuel —digo bajito.

Mi jefe me mira con picardía mientras se pone el bóxer negro con una parsimonia martirizante. Tras ello viste un suéter negro de algodón cuello V y unos vaqueros también negros. Calza sus zapatos tras ponerse los calcetines y coge su reloj de cuero.

—Espero que su abuela esté bien, señor.

Estuvimos a punto de hacer el amor, bueno, incluso me corrí en su boca, pero no consigo tutearlo. Hay algo mágico en el trato que nos damos. Se acerca tras rociarse un poco de perfume y se reclina con las manos apoyadas en el colchón. Todo el cuarto huele a él, a gloria y a poder. Ese es el aroma de su perfume. Estoy sentada con una almohada cubriéndome la mitad de mi cuerpo. Dobló ligeramente las piernas y sonríó. O eso creo. No estoy segura. Ni siquiera si esto es real o producto de mi imaginación.

—Nos vemos, señorita Aguilera.

Me da un beso muy apasionado. Su lengua invade mi boca y la explora con mucho ardor. ¡Este hombre no sabe hacer nada sin pasión extrema!

—Le debo un orgasmo, señor —le digo cuando se aparta de mi boca—, dos, en realidad.

Reclina su frente contra la mía y me mira con ternura. Esto me deja sin

aire en los pulmones.

—Son los primeros que le daré, señorita Aguilera.

Me besa con dulzura antes de enderezarse.

—Lamento lo de su hermana —me dice y mis ojos se llenan de lágrimas—, yo, mejor que nadie, sé lo que siente.

Coge su móvil y abre la puerta. Antes de cruzarla, me mira por encima del hombro.

—Buenas noches, Patricia.

Apretujo la almohada contra mi cuerpo con todas mis fuerzas.

—Buenas noches, Heinrich.

Esboza una sonrisa arrebatadora.

—Debemos tutearnos tras esta noche.

Asiento.

—Sí.

Me mira con intensidad antes de salir de la habitación con mi corazón entre las manos. Me tumbo en la cama de golpe y pataleo entre grititos.

—¡Dios! —digo, emocionada—, mi jefe me desea —murmuro con incredulidad—, como yo a él.

Nahuel asalta mi mente y mi corazón vuelve a mi pecho tras subir las escaleras. Abrazo la almohada con fuerza, la abrazo pensando que es él.

—Creo que es momento de decir adiós, Bollito.

Tal vez lo mío con mi jefe no dure más que un verano, pero el hecho de dejarlo entrar en mi vida significa que dejo ir a otro, que dejo ir a Nahuel. Eso me provoca una profunda tristeza, tanta que, empiezo a llorar con toda el alma. Siempre me costó dejar ir a las personas de mi lado, pero en este caso, él decidió irse, él decidió por los dos.

—Es lo mejor —me digo y cierro los ojos.



Mi móvil timbra en alguna parte de la habitación en plena madrugada. Me levanto con la almohada pegada a mí y lo cojo. Bostezó unas tres veces consecutivas antes de mirar el display. Es mi jefe. Dios mío, ¿habrá pasado algo grave con su abuela? Las llamadas por aquellas horas nunca eran buena señal.

—Señorita Aguilera —me dice con su voz muy ronca—, no consigo arrancarla de mi cabeza un solo segundo.

Me muerdo el labio inferior con lascivia.

—Señor Holmberg —digo con una voz un pelín soñolienta—, ¿cómo está su abuela?

Seguimos sin tutearnos. Ciertas cosas llevarán su tiempo. Me dice que su abuela está bien, que fue solo un susto. Luego me comenta que está acostado en la cama, desnudo y con pensamientos muy pecaminosos. Aquello enciende mi cuerpo. Él no utiliza palabras vulgares para seducirme, sino su profunda y sensual voz.

—Tengo su ropa interior —me dice y me roba un gemido de sorpresa—, me enloquece su aroma.

¿Se llevó mis bragas? ¡Ni me había dado cuenta! Llevo mi puño a mi boca y suelto algo muy similar a un jadeo. Él olisquea mi ropa íntima con fuerza y suelta un gemido de placer. Me tumbo en su cama con la almohada entre brazos y suspiro hondo.

—Señorita Aguilera, ¿sigue en mi cama tal cual la dejé?

Trago con fuerza.

—Sí, señor.

Me pide que abra las piernas y que lleve mi mano hasta mi parte íntima. Pulso el altavoz y coloco el móvil cerca de mi cabeza. Obediente, llevo mi mano a mi sexo palpitante y húmedo.

—¿Está mojadita?

Suelto un gemido de placer para hacerlo saber que me estoy tocando. Su respiración se acelera y la mía también.

—Quiero que imagine que ese dedo es mi lengua —me dice con voz ronca—, ahora muévelo de arriba abajo muy lentamente —lo hago y siento que voy a estallar en cualquier momento—. Así, ahora más de prisa.

Lo hago tal cual me lo pide. La excitación despierta cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, terminaciones que ni siquiera sabía que existían.

—Retire el dedo de su interior y acaricie su clítoris con la punta del mismo —me pide—, lento al inicio y luego aumente el ritmo mientras yo hago lo mismo.

Me pongo tensa. ¿Se está tocando? Aquello me deja sin aire en los pulmones. Deseosa, me toco cada vez con más desesperación. Me arqueo y gimo, gimo alto. Él, a su vez, jadea mientras me susurra palabras ardientes que aumenta mi deseo a niveles insospechados mientras acaricia su miembro.

—Me encantaría poder meterlo en la boca, señor —susurro y le robo un gemido—. Poder lamerlo, succionarlo y devorarlo entero.

¡Toma ya! ¡El próximo trabajo de Patricia Aguilera será en alguna línea

caliente! No duraré mucho, no duraré ni cinco segundos. Su voz, la manera en cómo me pide que me toque, su respiración entrecortada, las palabras subidas de tono y el ruidito peculiar que escucho mientras se toca me hacen perder por completo el control de mi ser. Pongo los ojos en blanco y me muerdo los labios cuando el clímax se adueña de mí.

—Heinrich —chillo cuando llego al más delicioso de los orgasmos telefónicos de mi vida—, ¡Dios! —di una última sacudida, lapso en que él soltó un gruñido de satisfacción al otro lado de la línea.

—Es usted maravillosa, señorita Aguilera —me dice con la voz muy entrecortada—, maravillosa —repite.

Cuelgo la llamada sin previo aviso y le hago una videollamada. Quiero verlo, necesito verlo. Él coge la llamada sin rechistar y me sonrío con expresión ladina. La luz de su mesilla ilumina muy bien sus ojos, el portal de su alma.

—¿Le ha gustado, señor?

Mira hacia abajo con sutileza y mucha sensualidad.

—Más de lo que se imagina, señorita Aguilera.

Me pongo en plan mujer fatal y le pido que repita lo que hizo minutos atrás. Uno de mis fetiches era ver cómo un hombre se daba placer. Nahuel se masturbaba cada vez que se lo pedía. ¡Me volvía loca ver cómo llegaba al orgasmo!

—Será un placer, señorita Aguilera.

Él aparta el móvil de su cara y me enseña su miembro aún duro como una roca. No dice nada, solo se toca y gime, gime con fuerza. Su hermosa mano sube y baja por su enorme parte íntima bañada por el resto de su clímax de minutos atrás. Era muy grueso y bastante largo. ¡Era enorme! Pienso en Nahuel, de manera irremediable y me pongo triste por unos segundos, hasta que, mi jefe estalla y me roba la atención por completo. Miro el resultado con una sonrisa taimada en los labios. Él sigue tocándose hasta las últimas pulsaciones de su clímax.

—Usted tiene el control de mi cuerpo —me dice con una voz muy aterciopelada—, totalmente, señorita Aguilera.

Me muerdo el labio inferior ante su confesión.

—Incluso de partes que pensé que habían muerto.

Entrecierro los ojos y suspiro hondo ante su fehaciente declaración. Aquello resucita en mí un sentimiento que pensé que se había ido con él, con Nahuel.

Nahuel

Dieta 22

Cinco años antes...

Dieta de la zanahoria

Día 1

Desayuno:

Infusión a elección y 1 zanahoria cruda.

Almuerzo:

½ kilo de zanahoria (hervida o cruda),
100g. de atún al natural
o filete de merluza a la plancha
y 1 manzana.

Merienda:

1 yogurt descremado y 1 zanahoria cruda.

Cena:

Ensalada de zanahoria rallada y arvejas y 1 kiwi.
Podrás comer la cantidad de ensalada que desees.

Mi amigo Erik llega a la ciudad y me llama para encontrarnos en un conocido bar de la ciudad. Me abraza con afecto tras resaltar lo delgado que estoy. Le palmeo la espalda tras apartarme de él. Le digo que las dietas locas que Patricia y yo hacemos empiezan a tener buenos resultados, aunque, debo reconocer que, la dieta del sexo es mil veces más efectiva. Él me mira con picardía.

—Estás enamorado —me dice tras sorber un poco de su copa—, muy enamorado.

Se me nota a simple vista. No consigo esconderlo. Cada vez que menciono a Patricia mi cara se ilumina. Mi corazón late con fuerza y mi alma salta.

—Lo estoy.

Erik sonrío de lado.

—Al fin alguien ocupó el lugar de Ángela.

Desvío la mirada y miro la bebida amarillenta de mi copa con atención. Ángela irrumpe mi mente y agita mi corazón con violencia. Fue mi primera novia, la primera mujer de mi vida.

—Nadie ocupará su lugar —digo con tristeza—, nadie nunca ocupa el lugar de nadie, Erik.

Él asiente sin desviar la mirada de mi rostro un solo segundo.

—Aún no puedo creer que te hayas casado a los dieciocho años con ella —me dice, sonriente—, a escondidas de todos.

Ángela estaba muy enferma cuando decidí casarme con ella. Los médicos le dieron apenas tres meses de vida, pero vivió dos años más tras la boda. Fue muy feliz como yo ese lapso que estuvimos juntos.

—¿La echas de menos?

Asiento con la cabeza tras suspirar. Siempre la echaré de menos, pero la vida continúa, diría ella. Patricia es la segunda oportunidad para ser feliz. Para amar. Para soñar. Patricia es vida. Es luz. Es amor.

—Mañana la conocerás —le digo y él sonrío—, es la mujer de mi vida, Erik.

El amor que sentí por Ángela era muy distinto al que hoy siento por Patricia. Es un sentimiento más maduro, más fuerte y explosivo. Ella despierta lo mejor y lo peor de mí. La quiero con locura, con posesión y cierta vehemencia. Nunca sentí esto antes, ni siquiera por mi esposa.

—¿Ella sabe que eres viudo?

Niego con la cabeza.

—Ni siquiera sabe que la amo.

«La amo» resuena en mi cabeza. Erik levanta ambas cejas y sonrío.

—Este es mi amigo. ¡El eterno Romeo!

Solo espero que esta vez mi Julieta no muera.

Al día siguiente, Erik aparece en mi casa con un vino de treinta años y una tarta de chocolate entre manos. Patricia lo recibe como si fueran amigos de toda la vida y eso lo impresiona mucho. Me guiña un ojo en señal de aprobación. Luego me escribe al móvil.

Erik: Ahora comprendo mejor por qué te tiene loquito.

Emotición enamorado.

Nahuel: Es única en su especie.

Paloma aparece media hora después y flirtea con mi amigo, que parecía interesado en ella. La noche es amena y divertida, en especial cuando jugamos al Twister. Pero en medio del juego, una punzada en mi abdomen me hace soltar un gemido de dolor. Pierdo el equilibrio y llevo mis manos a la zona afectada. Patricia se desespera mientras mi amigo llama a una ambulancia a toda prisa. Llevo días sintiendo aquellas molestias, pero las calmaba con algunos analgésicos.

—Mi amor, ¿te duele mucho?

El hecho de que me llamara «mi amor» me hace olvidar por unos segundos el dolor. Me besa en los labios con lágrimas en los ojos.

—Estoy bien.

Miento. El dolor que siento es agudo e insoportable. La ambulancia llega minutos después. Me llevan al hospital donde me comunican que me operarán. Tengo apendicitis.

—Todo saldrá bien —me dice Patricia mientras coge mi mano y camina al lado de la camilla—, te quiero —me dice con tanto fervor que los ojos se me llenan de lágrimas.

—Te amo —le digo al cruzar las puertas rumbo a la sala de operación—, con toda el alma.

Pero ella ya no me escucha. Lo último que veo es su rostro encharcado en lágrimas. Aquello agita mi corazón con violencia. Aquello alimenta mi ilusión. Mi alma enamorada.

—¿Nahuel? —me dice alguien.

Abro los ojos lentamente y miro a Patricia con embeleso.

—Patricia —le digo y gimo de dolor—, necesito calmantes.

Una enfermera se acerca y me aplica algo. En pocos segundos, el dolor se marcha de mi cuerpo. Miro a Patricia con sed desmedida hasta que...

—¡Nahuel! —chillan toda su familia—, ¿cómo estás?

Su madre, su abuela y su padre tienen globos en las manos y unos peluches raros. Uno era de color lila, otro verde agua y el tercero de un rosa muy fuerte. Tenían ojos grandes y corazones rojos en sus pancitas.

—Son los peluches de mi hija —me dice la abuela—, creaciones tuyas.

No me sorprende en lo más mínimo.

—Gracias, —les digo con el corazón en la mirada, —por tanto amor.

Se ponen una a cada lado de mi cama. Patricia les toma una foto con una cámara antigua de la marca Polaroid.

—Para la posteridad —dice el padre.

Patricia me da un beso en la boca y me dice que pronto estaré bien. Le digo que necesito estar bien y ella ríe de buena gana al comprender adónde

apuntaba mi flecha.

—Te cuidaré, Bollito.

Sus ojos tienen un brillo distinto. Sus palabras suenan distintas. No quiero ilusionarme, pero creo que ella siente algo por mí, algo más que mera atracción. Una sonrisa bobalicona impera en mis labios ante tal posibilidad.

Patricia

Dieta 23

Dieta de la zanahoria

Día 2

Desayuno:

Infusión a elección
y 1 zanahoria cruda.

Almuerzo:

½ kilo de zanahoria (hervida o cruda),
100g. de pollo a la plancha
y 1 durazno.

Merienda:

1 vaso de leche descremada
y 1 zanahoria cruda.

Cena:

Ensalada de zanahoria rallada e hinojos y 1 ciruela.
Podrás comer la cantidad de ensalada que desees.

Después de llegar a la oficina, me dirijo a la cocina y preparo café mientras leo los mensajes de Nahuel, el primero en felicitarme por mi cumpleaños número treinta. Por octava vez. Me río al leer sus mensajes cariñosos y dietéticos.

Nahuel: Me gusta la zanahoria, voy por la quinta.

Emotición sonrojado.

Yo: Yo comí una, como manda la dieta. ¡Tengo hambre!

Gif de un zombi hambriento.

Nahuel: jajajaja

Emotición de guiño.

Yo: Es mi cumpleaños, comeré un trozo de tarta de chocolate. ¡Necesito morfina! ¡Y un buen orgasmo!

Emotición endiablado.

Nahuel: Es tu día y mereces lo mejor.

Su respuesta me hace suspirar. A veces suelto a la Patricia de antes de su celda y la muy loca dice lo que se le viene en gana. Deslizo mi dedo índice por la pantalla. Quiero atravesarla para poder verlo y abrazarlo. Desde que se marchó de mi vida, jamás tocamos sobre el pasado que tuvimos. Nunca. Como si ambos hubiéramos hecho un pacto.

Yo: Para la noche contrataré un prostituto.

Emotición endiablado.

Nahuel: ¡Contrátame a mí! Aún tengo el tanga con nariz de elefante que me regalaste.

Emotición sonriente. Me sorprende su respuesta. Esbozo una sonrisa ladina antes de contestarle. Me sirvo un poco de café y cojo una galleta de chocolate del frasco. Miro hacia la puerta y al no ver a nadie, la meto en la boca con avaricia.

Yo: Sabes dónde vivo.

Emotición de fuego.

Nahuel: Pronto volveremos a vernos.

Mis ojos se llenan de lágrimas ante tal posibilidad. Los cierro y suspiro hondo, muy hondo. Una lágrima rueda por mi mejilla derecha. Abro los párpados y llevo el móvil a mi corazón. Miro el techo y sonrío con expresión bobalicona.

Yo: Cuento los días.

Emotición de corazón. Tengo un calendario donde marco con una cruz los

días que faltan para volver a vernos. Cada vez falta menos para nuestro encuentro.

Suspiro.

Aspiro.

Suspiro.

Nahuel: ¡Feliz cumpleaños!

Emotición de copas brindando. Me sorbo por la nariz y cierro los ojos para recuperar el control de mis emociones. Mi corazón late tan fuerte que temo que me romperá el esternón.

—Te echo de menos, Bollito.

Nahuel: Llevaré a Sarah para que la conozcas.

Emotición enamorado.

—¿Eh?

Miro el mensaje con ojos muy entornados, casi fuera de sus órbitas. ¿Vendrá con Sarah? ¿En serio? Aquello fue como recibir una bofetada del cura en plena misa. Llevo mi mano a mi cara y luego a mi pecho. Trago mi estupor y le contesto con el alma a mis pies.

Yo: ¡Vale!

—Creo que Nahuel decidió seguir adelante con Sarah —me digo con un enorme nudo en la garganta—, y es lo que debo hacer también yo.

Evoco lo sucedido días atrás con mi jefe. Todo mi cuerpo reacciona. Desde el viaje no volvimos a vernos, pero hemos intercambiado unos mensajes muy eróticos. Nadie lo sabe, quiero mantener esto en secreto. Ni Paloma, ni mi madre y, mucho menos, Nahuel sabrá en qué ando liada o, mejor dicho, con quién ando liada.

Por obra del destino, la canción de Malú: Te voy a olvidar suena en mi ordenador y las lágrimas se hacen presentes.

*Te lo juro que, aunque duela
y se desangren hoy mis venas...*

*Te voy a olvidar
te arrancaré de mi memoria
serán los labios de otras bocas
donde borraré tu historia.*

Nahuel: Te quiero mucho, no lo olvides.

Yo: Y yo a ti.

«Mi amor».

Alguien entra en la cocina, es Teodora. Me saluda con un beso tras desearme feliz cumpleaños. Le agradezco con un abrazo. Me mira con

curiosidad, pero no comenta nada. Es muy discreta en ese aspecto. Me enjugo las lágrimas con una servilleta.

—¡Felicidades! —chilla Paloma desde la puerta—, ¡que todos tus deseos se hagan realidad! —empieza a cantarme una alegre ranchera.

Lleva un gorro de cumpleaños y un claxon de plástico en la mano.

—¡Gracias!

Acuna mi rostro entre sus manos y me mira con expresión interrogante.

—¿Te pasa algo?

Me rompieron el corazón, quiero decirle, pero me callo.

—No. ¡Qué mujer no se pone sensible en su cumpleaños! —exclamo en un tono carente de humor.

Nos estrechamos y saltamos de un lado al otro como unas crías. Nos despedimos de Teodora y bajamos a la confitería que está en la esquina. Comemos un trozo de tarta de chocolate entre risas y bromas.

—Mañana iremos al club de strippers —me dice animada—, veremos unos culos preciosos y prietos —se relame los labios—, ñam ñam...

Me río de su exagerada cara de gata en celo a punto de llegar al orgasmo.

—Me encanta la idea —le digo—, mi mamá contrató a Julio para el fin de semana —agrego—, es el stripper del pueblo, pero está un poco mayorcito.

—¡Muero por volver a ver a tu madre y a tu abuela!

A veces pienso que Paloma es la hija perdida de mi madre.

—Y ellas a ti, Paloma.

Le comento que Julio tiene casi cincuenta años y una pancita nada sensual. Pero es el prostituto del pueblo, el más querido. Y el fin de semana hará su última presentación en la casa de mi madre.

—Aparte me envió una tarta y unos chocolates en forma de pene —acoto y le enseño la caja de chocolates que está en mi bolso—, eso sin mencionar el suéter que mi abuela me hizo.

Le enseño la foto.

—Busco marido de cualquier edad —dice el suéter en la parte frontal—. Para dar y recibir placer —en la parte de atrás.

Paloma se echa a reír.

—¡Me encanta tu familia! Es tan chistosa —me dice y se ríe aún más—, ojalá la mía fuera tan loca como la tuya.

Asiento con una sonrisa.

—Hmmm —le digo y se ríe aún más—, ¿quieres unos antidepresivos? —la ofrezco un chocolate—, santo remedio contra la tristeza.

Ella coge tres. ¡Es tan golosa!

—Gracias.

Es mi antidepresivo desde niña. Un bombón alimenta el alma y tiene el mismo efecto que el sexo en el cuerpo. Meto uno en la boca y lo saboreo con apetencia.

—Delicioso —digo tras el segundo chocolate—, estoy a punto de gozar —suelto y nos echamos a reír.

Me mira con picardía y tras beber un sorbo de su taza, suelta a bocajarro:

—¿Y qué pasa con el jefe?

Paloma levanta ambas cejas en un gesto de suspicacia. En la empresa se rumorea sobre el trato que recibo por parte de mi jefe, el hombre más serio y misterioso del mundo. Nadie sabe nada de él, según Paloma, excepto la tragedia que envuelve a su familia. En su página de Facebook solo hay unas cuantas fotos y cero informaciones, según Paloma, que cierta vez, sin querer queriendo, entró en la página de su jefa, que estaba abierta en su ordenador. Con un rápido movimiento, revisó lo que pudo de nuestro jefe, pero no encontró gran cosa. Excepto la foto donde aparecía con una chica rubia hermosa de largas piernas y abrazada a él. Quizá fue su novia, calculamos al ver la foto que ella había capturado con su móvil. La mujer en cuestión era una Barbie perfecta. Pero en la foto no había comentarios y tampoco me gustas. Podríamos encontrarla a través de un simple like. No éramos acosadoras, solo un poco curiosas.

—¿Patricia?

Su voz me devuelve al presente de golpe.

—Nada —miento con descaro y luego miro mi reloj de pulsera—, oops, debo irme. ¡Hoy llegan los socios europeos!

Volvemos a la empresa y nos enfilamos a nuestros puestos casi en silencio. Nos despedimos en el pasillo con un abrazo. Subo en el ascensor y pienso en lo que Nahuel me dijo. Mi corazón está partido en dos ahora mismo. Un pedazo pertenece a Nahuel, siempre será suyo. El otro es de mi jefe, no sé si recuperaré ese trozo para unirlo con el otro, las cosas que siento por él son difíciles de definir con palabras exactas. Es atracción, pasión, pero también ternura e ilusión. Heinrich es el sueño de cualquier mujer. Nahuel es el príncipe azul perfecto de cualquier cuento de hadas. Uno es posesivo. Decidido. Fuerte. Misterioso. Apasionado. Un enigma. El otro es dulce. Soñador. Tierno. Transparente. Único. Dos personas totalmente distintas que se adueñaron de mi corazón.

—¿Por qué la vida me pone a prueba de este modo?

Salgo del ascensor con ese pensamiento. Me detengo en seco al ver una preciosa caja roja de Victoria's Secret sobre mi mesa. Llevo mis manos a mi pecho y trato de respirar con normalidad.

—No puede ser —digo en un susurro.

Emocionada hasta el alma, cojo la caja y la abro. Dentro encuentro una

tarjeta con un mensaje corto y preciso:

«Felicidades, señorita Aguilera».

Miro la lencería y esbozó una amplia sonrisa.

—¿Es el conjunto que elegí semanas atrás? —me pregunto—, sí, ¡lo es! —sonrío de oreja a oreja—, me lo compró para mí y no para Rocky Balboa versión femenina.

No sé cómo reaccionar. Si gritar o desmayarme. No, lo último no puedo. Tengo cosas que hacer. Y necesito estar muy despierta para ello. Meneo la cabeza y meto la tarjeta en la caja con manos temblorosas. Todo me tiembla.

—Tranquila —me digo.

Un repartidor de Amazon sale del ascensor y se acerca a mí con una caja roja y un peluche de Betty Boop entre manos. Mis ojos se llenan de lágrimas al deducir quién me los enviaba.

—¿Señorita Aguilera?

Asiento tras secarme los ojos con un pañuelo desechable.

—Para usted.

Firmo en una máquina y luego cojo la caja y el peluche. Respiro hondo, lapso en que los socios y los inversionistas salen del ascensor. Alana les indica la puerta de la sala de reuniones tras echarme una mirada revestida de interrogantes. ¿Por qué me mira así? ¿Sabe algo? ¿Sospecha algo? Desvío la mirada y la poso en la caja que acaban de entregarme. La abro con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Son los zapatos que quería —digo, emocionada hasta las lágrimas—, Nahuel.

Cojo la tarjeta que se encuentra sobre los zapatos y leo el mensaje con lágrimas en los ojos.

«¡Muchas felicidades! Espero que estos zapatos te acerquen a tus sueños. Te quiero mucho. Nahuel».

—Mi amor —digo—, ¿por qué la vida fue tan injusta con nosotros?

Mi jefe me llama por el teléfono y me pide las carpetas para la reunión. No menciona mi cumpleaños. Ni sobre el regalo. Andrew sale de su sala y me mira con ojos flameantes. Es tan guapo, pero tan idiota, pienso. Según me comentó Paloma, días atrás, dejó a Jenny porque había engordado, supuestamente. Pero yo conozco el verdadero motivo. Quizá solo yo lo conocía.

—Buen día, Patricia —me saluda Andrew—, feliz cumple —agrega con una sonrisa antes de abrir la puerta de la sala de reuniones.

Levanto ambas cejas en un acto reflejo.

—Gracias.

Cojo las carpetas y mi laptop antes de entrar en la sala de reuniones que se encuentra al lado de la sala de mi jefe. Al cruzar la puerta, lo miro, pero él no me mira. Está concentrado en su portátil. Reparto las carpetas a los socios y luego tomo asiento al otro lado de la mesa mientras Teodora sirve café y agua.

—Buenos días, señores —dice mi jefe y me mira fijo por unos segundos—, hoy hablaremos sobre los nuevos productos que lanzaremos en el mercado.

Está muy serio y muy sexi con su traje negro. Hoy lleva corbata, una de rayas grises y negras. Me mira por encima de su portátil cada tanto o, al menos, eso me parece. Los socios empiezan a hablar sobre los maquillajes que la empresa lanzará al mercado. Es todo un éxito en Europa y en Latinoamérica. Soy fan de ellos, por cierto. Y, si lo soy, es porque son buenos.

—Es la línea más exitosa del momento —dice uno—, en especial en los países europeos.

Mi jefe asiente sin cambiar su expresión seria. Miro a los socios y a los nuevos inversionistas. Unos parecen muy jóvenes y otros muy viejos. Algunos son guapos y otros no. La mayoría son rubios y muy altos como mi jefe. Pero ninguno, en absoluto, es como él. Su belleza es incomparable.

—Los pedidos aumentaron un diez por ciento —comenta otro.

De pronto, entra un mensaje en mi correo, un mensaje de mi jefe. Miro la pantalla y luego a él, que está muy concentrado en el proyector mientras uno de los socios le explica algo. Bajo la mirada y abro el mensaje que me envió.

De: Heinrich Holmberg

Fecha: 20 de abril de 2018, 16.08 horas

Para: Patricia Aguilera

Asunto: Feliz cumpleaños

Querida Señorita Aguilera: En primer lugar, muchas felicidades por su cumpleaños y, en segundo lugar, quería decirle que está muy guapa hoy, demasiado guapa. Los socios la están mirando constantemente y eso me molesta mucho.

Miro hacia mi jefe con cierta perplejidad, pero él no me está mirando. Mira algo en su laptop con mucha atención. Emocionada, tecleo:

De: Patricia Aguilera Fecha: 20 de abril de 2018, 16:15 horas

Para: Heinrich Holmberg Asunto: Gracias.

Querido señor Holmberg: En primer lugar, muchas gracias por el regalo. ¡Me encantó! Y, en segundo lugar, al único que quiero impresionar, es a usted.

Envío el mensaje y lo sorprendo. Su sonrisa ladeada lo delata. ¡Toma ya! ¡Patricia Aguilera es una devoradora de hombres! La canción de la película: Mujer bonita suena en mi cabeza y empiezo a desfilarme por la sala, mentalmente, claro. Recibo otro mensaje suyo y sonrío ampliamente.

De: Heinrich Holmberg Fecha: 20 de abril de 2018, 16:16 horas
Para: Patricia Aguilera Asunto: Deseo secreto

Querida señorita Aguilera: Me gustaría que se levantara de la silla y fuera hasta su mesa a por la lencería que le regalé. Me gustaría verla con el conjunto. Mucho. Es su cumpleaños, lo sé, pero tengo ese deseo desde el día que lo compré para usted.

Levanto la vista y lo miro perpleja. Él mira a uno de sus socios y me ignora por completo. Me levanto de la mesa tras recomponerme. Él me mira, al igual que sus socios. Pido permiso y salgo de la sala con el corazón entre las piernas.

—Dios mío —digo en un susurro.

Respiro hondo y luego me acerco a mi mesa. Cojo la caja y la llevo hasta el servicio. Me cambio de ropa íntima pensando en mi jefe y en este absurdo pedido suyo.

—Está loco —digo, sonriendo— como tú, Patricia.

Entro en la sala tras exhalar hondamente. Me siento en mi sitio y clavo mis ojos en mi laptop. Sonrío al ver el nuevo mensaje de mi jefe, que no me mira.

De: Heinrich Holmberg Fecha: 20 de abril de 2018, 16:30 horas
Para: Patricia Aguilera. Asunto: Regalo sorpresa

Querida señorita Aguilera: ¿Qué le parece si le doy al fin su regalo de cumpleaños?

Miro el mensaje con ojos curiosos. No comprendo a qué se refiere exactamente. Me mira con ojos voraces y antes de que pueda teclear mi respuesta, se levanta y dice en tono serio:

—Tengo que hacer una llamada urgente, señores.

Me mira con intensidad. ¿Ha perdido el juicio?

—No tardaré más que media hora.

Todos se miran entre sí y luego se levantan sin rechistar. Al fin y al cabo, él es el jefe. Cuando todos se retiran, se quita la chaqueta y me mira con intensidad desde su sitio. Coge el mando a distancia y pulsa unos botones. Las persianas de las ventanas se cierran de manera automática y también la puerta principal. La canción: «*Ahora tú*» de Malú empieza a sonar en su laptop de un momento a otro.

—Señor, sus socios han venido de Europa solo para esta reunión —le recuerdo.

Se acerca a mí y me alarga la mano. La tomo sin abandonar mi deje de asombro.

—Felicidades, señorita Aguilera.

Antes de que pueda decirle algo, captura mis labios en un profundo beso, un beso que me deja sin aire en los pulmones. Me estrecha contra su cuerpo y profundiza el beso, a tal punto que, mal puedo respirar. Sus manos se deslizan por mi espalda hasta llegar a mi culo. Lo coge con posesión y me obliga a levantarme contra su cuerpo.

—Esto es mucho más importante, señorita Aguilera.

Aparta unas cosas de la mesa y me posa sobre ella acto seguido. Lo beso con desenfreno y cierta desesperación.

—Necesitaba besarla con urgencia desde que pise el país.

¿Canceló una reunión importante para besarme? ¿En serio? Mis pensamientos entrechocan entre ellos mientras él me desabrocha la camisa roja que llevo hasta el ombligo. No pongo resistencia alguna, al contrario, anhelo saber qué hará a continuación.

—El rojo le queda perfecto —me dice con la voz entrecortada—, excelente elección.

Reclina la cabeza y besa mis senos por encima del sujetador.

—Su aroma me vuelve loco.

Luego saca mis senos por encima de mi sujetador. Los lame con lentitud martirizante, los mima con la lengua, los succiona y los devora con impaciencia. Me aferro a su cabeza y jadeo, jadeo con fuerza.

—Gima para mí, señorita Aguilera.

Desliza mi falda negra hacia arriba y mira mi entrepierna con adoración. Me empuja hacia atrás y acomoda mis pies en la mesa de cerezo. Luego me mira con intensidad. Coge la silla y se sienta en ella.

—No quiero ser descortés con mis socios, así que trataré de ser breve, señorita Aguilera.

No comprendo su afirmación hasta que, su boca posa en mi sexo. Sin

quitarme la ropa interior empieza a lamerlo, succionarlo y chuparlo con mucha pasión. Estoy al borde del precipicio. Aparta a un lado la ropa interior y mete la lengua en mi interior. La mueve de arriba abajo con frenesí desmedido. Alarga la mano y coge uno de mis senos, lo apretuja con delicadeza. Aumenta el ritmo de sus lametazos y siento que voy a estallar en cualquier momento. Succiona mi clítoris con fuerza y luego con suavidad. Luego con más ímpetu y desenfreno. No puedo más, me dejo ir. Convulsiono contra su boca y suelto un gemido de placer apenas audible mientras él me mira con intensidad desde su sitio. Me devora con los ojos. Tras hacerme olvidar incluso de mi nombre, me besa con mucha pasión y comparte conmigo mi propio frenesí.

—¿Qué me ha hecho, señorita Aguilera?

No sé qué decirle.

—¿Me ha embrujado?

Lame mi labio superior y luego el inferior con ternura.

—No consigo apartarla de mi mente un solo segundo.

No consigo decir nada, absolutamente nada. Se aparta de mí y me quita las bragas sin que yo ponga ningún tipo de objeción.

—Necesito tenerla conmigo, señorita Aguilera —olisquea la ropa interior con los ojos entrecerrados—, por si viajo.

Mete la ropa interior en el bolsillo de su pantalón y luego me ayuda a incorporarme. Me arregla el sujetador y la camisa entretanto me aliso la falda, algo aturdida.

—¿Necesita ir al tocador?

A un terapeuta, pienso, pero no lo exteriorizo.

—No.

Ordeno la mesa y la dejo tal cual estaba minutos atrás. Él pulsa un botón y las persianas suben otra vez. Luego dice con voz ronca:

—Llama a los socios, Alana.

La puerta se abre y los socios entran. Mientras se acomodan en sus sillas, él me mira desde su sitio con unos ojos muy atrevidos. Nunca pensé vivir algo remotamente similar. Siempre pensé que estas cosas solo sucedían en los libros y en las películas. Pero no, hoy me toca vivir este cuento de hadas subidito de tono. Sonrío antes de sentarme.

—Continuemos, señores.

Miro mi portátil y me encuentro con un mensaje suyo. Me muerdo el labio inferior en un acto reflejo.

De: Heinrich Holmberg Fecha: 20 de abril de 2018, 17:02 horas

Para: Patricia Aguilera Asunto: Me vuelve loco.

Querida señorita Aguilera: tengo la mano en el bolsillo y acaricio su ropa interior pensando en lo que acabo de hacerle. Muero por repetirlo, pero en otro sitio. ¿Me acompañaría? ¿Adónde le gustaría ir?

Levanto la vista y lo miro con expresión de sorpresa. Decido gastarle una broma, solo para ver su reacción. Tecleo mi respuesta con ese pensamiento.

De: Patricia Aguilera Fecha: 20 de abril de 2018, 17:13 horas

Para: Heinrich Holmberg Asunto: Me encantaría

Querido señor Holmberg: Me encanta la idea. ¿Qué le parece Paris?

Mira atento el proyector y no me contesta de manera inmediata. Esbozo una sonrisa mientras anoto algunas cosas importantes de la reunión. Un mensaje de mi jefe entra en mi buzón de entrada y sonrío con picardía.

De: Heinrich Holmberg Fecha: 20 de abril de 2018, 17:30 horas

Para: Patricia Aguilera Asunto: Será un placer.

Querida señorita Aguilera: ¿Le parece bien si viajamos tras la reunión? No necesita preparar las maletas, es su cumpleaños y estaré encantado de poder comprarle todo aquello que necesite y se le antoje.

No sé cómo reaccionar. No sé qué decir. ¿Gritar y saltar estarían fuera de lugar? ¡Dios mío! ¡Iré a Paris con mi jefe!

Nahuel

Dieta 24

Cinco años antes...

Dieta de la zanahoria

Día 3

Desayuno:

Infusión a elección
y 1 zanahoria cruda.

Almuerzo:

½ kilo de zanahoria (hervida o cruda),
100g. de carne magra a la plancha
y 1 plátano.

Merienda:

1 yogurt descremado
y 1 zanahoria cruda.

Cena:

Ensalada de zanahorias ralladas y coles de Bruselas y 1 pomelo. Podrás comer la cantidad de ensalada que desees.

Patricia salta y grita a mi alrededor como si fuera una cría pequeña. Me da un beso en los labios y luego vuelve a saltar y chillar. Estamos en Disneylandia, tras mi recuperación, le propuse un viaje a algún sitio que anhelaba conocer. Ella me dijo sin titubear que soñaba con conocer a Mickey Mouse en persona.

Al día siguiente, retiré mis ahorros y compré los billetes de avión. Me hubiera gustado comprar de primera clase, pero entre hotel y coche alquilado, no me sobraba para eso.

—¡No puedo creer! —gritó Patricia—, quiero una foto con Mickey antes de darle una patada.

La miro boquiabierto. ¿Pretendía darle una patada a su ídolo infantil? No pretendía, lo hizo y en varias oportunidades. Cada vez que me descuidaba, ella iba a por el pobre hombre disfrazado de Mickey. Le metía helado en el culo, le bajaba los pantalones, y le empujaba para que perdiera el equilibrio.

—¡Patricia! —grito—, ¡deja al pobre hombre!

Ella asiente, pero tras unos minutos, vuelve al ataque.

—¡Patricia Aguilera!

La tomo del brazo y la aparto de él.

—¿A que es divertido, Bollito?

—Sin comentarios —le digo, riendo.

Dimos un paseo por el lugar de manos dadas. Comimos perritos calientes, sentados en la acera y bebimos Coca cola mientras esperábamos nuestros turnos en algún juego que elegíamos.

—Quiero hacer el amor, Bollito.

Unos cuantos se dieron la vuelta para mirarla. Supuse que hablaban español.

—¿Te apetece?

La gente sigue mirándola.

—Claro —le digo y la tomo de la mano—. Ahora...

Hicimos el amor en un servicio y también en el coche alquilado.

—Estamos locos —le digo tras levantar la cremallera de mis vaqueros—, completamente.

Ella toca mi parte íntima con mucha sensualidad. Gimo y siento que el muy desvergonzado vuelve a despertarse.

—¿Lo repetimos?

Y lo repetimos. Tras saciarnos, salimos del coche empapados en sudor y

nos dirigimos hacia el famoso parque de atracciones. Compramos algodón dulce.

—¿Jugamos a las princesas? —propone.

Encantado, la sigo y me convierto en Rapunzel. Cuando dijo que nos convertirían en princesas, era literal. Me siento raro con esta peluca larga y este vestido.

—¡Soy Cenicienta! —chilla ella—. Nombre de mi cuento favorito: La cenicienta XL.

Patricia adora ese cuento, porque ese cuento era el favorito de su hermana. No lo dice abiertamente, pero me deja pistas que voy entrelazando entre sí.

—Estás muy preciosa, Rapunzel —me dice—, nunca besé a una chica antes.

Alzo una ceja y sonrío con picardía. Patricia me besa con mucho ardor.

—Siempre desconfié de Rapunzel y su larga melena —se mofa y me toca el culo con descaro.

Tras jugar a las princesas, salimos del lugar y recorremos el resto del sitio mágico. Patricia corre y sube a una escalera.

—¡Gordimeo, Gordimeo! ¿Dónde está la tarta que no la veo?

Me acerco a ella y la miro con ambas manos cerca del pecho.

—¡La he devorado con vehemencia insana, Gordilieta!

Anoche, mientras todos dormían en el avión, nos pusimos a transformar las historias más famosas del mundo en nuestra versión, en la talla XL. Forrest Gordi, Pearl grasa, Stars Gordo, Lo que la dieta no se llevó, Orgullo y dietario, El exorcidieta y nuestra favorita, Gordimeo y Gordilieta.

—Gracias por este maravilloso viaje, Nahuel.

Patricia me rodea el cuello con sus brazos y yo le rodeo la cintura con los míos. Está a dos peldaños de mí, a mi altura y me mira con mucha intensidad.

—Gracias por haber aceptado mi invitación, cielo —le digo tras arreglarle un mechón—, por construir recuerdos conmigo.

Ella me besa los labios con ternura y luego con mucha pasión.

—¿Nos vamos al hotel? —gime sobre mis labios.

Me aparto y la miro con expresión ladina.

—¡Sí! —chillo.

Nos cogemos de las manos y nos dirigimos hacia la salida entre risitas. Ella comenta lo que me hizo ayer por la noche en el avión mientras todos dormían.

—Lo malo fue cuando la mujer que estaba a mi lado pensó que mi pene era el apoyabrazos —digo sonrojado como un tomate—. Trató de bajarlo, pero... —el recuerdo me hizo soltar un gemido.

Patricia ríe de buena gana, hasta que, ve a Mickey Mouse a lo lejos. Sus

cuernitos imaginarios aparecen en su cabeza y antes de que pudiera abrir la boca para decirle que no hiciera lo que pienso que hará, sale corriendo y ataca al pobre hombre.

—¡Patricia Aguilera! —grito.

Ella tira la cinturilla del pantalón del hombre.

—¡Presente! —me contesta.

Baja los pantalones del pobre hombre que, por cierto, no lleva ropa íntima. Patricia grita antes de que salgamos del lugar como alma que lleva el diablo.

—¡Corre, Gordilieta!

Todos nos miran con extrañeza.

—¡Sí, Gordimeo!

¡Estamos locos! ¡Pero felices, muy felices!



Patricia y yo salimos del cuarto de baño tras hacer el amor en el jacuzzi. Le seco el pelo con mimo y le doy un beso en los hombros. Le quito la toalla, a pesar de sus protestas. Le digo que me gusta verla desnuda y ella me dice que le encanta verme del mismo modo. Miro mi tripa y sonrío con picardía. No soy un hombre sexi, como suele decir ella, soy un hombre con kilos de más y la autoestima de menos. Pero ella me hace sentir exactamente lo contrario.

—¿Quieres un poco de vino? —le pregunto y ella asiente antes de acostarse en la cama.

La puerta acristalada del balcón está abierta de par en par y la lozana brisa acaricia nuestros cuerpos desnudos. Ella se pone de bruces y dobla las piernas mientras acomoda su cabeza sobre sus manos. Me mira con deseo y mi cuerpo reacciona al instante. Una O sale de su boca al clavar sus ojos en mi entrepierna. Suelto una carcajada al ver su mueca.

—Eres tremenda, Paty.

Suena tan bonito su diminutivo. Me acerco con las copas y alargo la suya. Ella la coge y bebe un buen sorbo. Trago con fuerza antes de apagar la luz principal. Solo el velador de la mesilla ilumina la habitación en este momento.

—Falta algo —dice ella.

Coge su móvil y lo conecta a la radio. La canción «Dreamer» del grupo Uh Huh Her empieza a sonar. Bebo un sorbo de vino y luego suelto:

—Hoy hace exactamente veintidós años que mi esposa murió, Patricia.

Podía haber creado un preámbulo antes de soltar aquello, pero siempre fui un hombre muy directo y sincero. Ella me mira con asombro y cierto resquemor. Lo puedo ver en sus lindos ojitos.

—¿Qué?

Cojo su copa y la coloco junto a la mía en la mesilla de luz. Me tumbo en la cama y ella, en silencio, se acomoda entre mis brazos. Nos cubre con el cubre cama gris de seda. Las cortinas de la puerta acristalada se mecen con gracia casi al mismo ritmo de nuestros corazones en este momento.

—Yo tenía dieciocho años y ella diecisiete —empiezo a decirle—, era mi vecina y estaba muy enferma.

Ella me mira con ojos soñadores.

—Un primo mío, le rompió el corazón —continuo—, hizo una apuesta con otros amigos —mi voz se enronqueció—, esos amigos le dijeron que no lograría acostarse con la moribunda.

Los ojos de Patricia se llenaron de lágrimas y los míos también.

—Él la sedujo y la llevó a la cama dos meses después —mi corazón late sin fuerzas—, los médicos dijeron que viviría solo dos meses —una lágrima atraviesa mi mejilla lentamente—, pero a mi primo no le importaba en lo más mínimo.

Patricia parpadea y con cada uno de sus movimientos una lágrima se le escapa. Me mira con ojos amedrentados.

—Un día, mientras ella caminaba en su jardín, me encontré con mi primo y le reventé la cara —Patricia sonrío, orgullosa—, le rompí dos dientes y la nariz, pero era poco. Ángela lo vio y me agradeció el gesto. Tras aquel día, nos tornamos amigos, muy amigos.

Ángela era un ser inocente, no conocía la maldad, ni la avaricia, ni el odio. Era pura como un recién nacido. Buena como un ángel. Sentía cariño por ella, pero no amor. Ese sentimiento siempre fue muy complejo para alguien como yo.

Un día, ella me dijo con la voz muy cansada: Me hubiera gustado conocer el amor, vivirlo y llevarlo conmigo. Aquello me conmovió profundamente y decidí realizarle su último deseo. Me sentía un canalla cada vez que le decía te amo. Sin embargo, con el tiempo y la convivencia, el amor nació en mi corazón.

Patricia suspira muy hondo.

—¿Te enamoraste de ella?

Sí, me enamoré de ella. Parecía imposible, pero pasó, Ángela conquistó mi alma con su dulzura, su paciencia y su fe.

—Yo no creía en nada, Patricia —le digo con un enorme nudo en la garganta—, era escéptico.

Ella frunce el entrecejo con exageración.

—¿Por qué?

Cierro los ojos y vuelvo al pasado, al duro pasado. Me veo caminando por un largo pasillo vacío, un pasillo frío y sombrío. Atravieso varias habitaciones antes de llegar a la de mi madre. Entro sin golpear la puerta y la busco. Ella no está en ninguna parte. Abro la puerta del cuarto de baño y suelto un gemido apenas audible al verla en la bañera bañada en sangre, en su sangre. Me acerco y cojo una toalla. Debía evitar que muriera desangrada, pero cuando miro sus muñecas me doy cuenta de que toda su sangre estaba en la bañera, que no había restado nada en su cuerpo.

—Dios mío —dice Patricia mientras las lágrimas caen de mis ojos—, lo siento mucho, Nahuel.

Siempre supe que mi madre estaba triste, pero no era consciente de cuánto hasta ese día.

—Ella simplemente desistió, Patricia. Ella no pensó en mí, en el dolor que me causaría su decisión. En el hombre que me transformaría tras ese día.

Patricia llora con desconsuelo entre mis brazos.

—Ángela, de cierta manera, me devolvió la fe en las personas. En el amor.

Tumbo a Patricia en la cama y me precipito sobre ella sin dejar de llorar. Tardé veinte años para hacerlo. Tardé dos décadas para llorar el adiós de mi esposa y de mi madre.

—Lo siento... Lo siento... —repite Patricia sin parar.

La penetro lentamente mientras ella me besa los ojos y llora conmigo.

—Yo también, Patricia.

Nos besamos con fervor, con pasión y con algo más que no quiero siquiera nombrar. Temo estar equivocado. Temo ilusionarme en vano. Temo sufrir. Uno nunca se acostumbra al dolor. Nunca.

Patricia

Dieta 25

Dieta de la zanahoria

Día 4

Desayuno:

Infusión a elección
y 1 zanahoria cruda.

Almuerzo:

½ kilo de zanahoria (hervida o cruda),
100g. de fideos integrales
y 1 racimo pequeño de uvas.

Merienda:

1 yogurt descremado
y 1 zanahoria cruda.

Cena:

Ensalada de zanahoria rallada y arroz integral y 1 naranja.
Podrás comer la cantidad de ensalada que desees.

Mi jefe y yo nos besamos con mucha pasión durante todo el viaje hasta el aeropuerto. Estoy sentada a horcajadas sobre su regazo, con la falda arremolinada alrededor de mi cintura y sin bragas. Él, ardoroso, me acaricia las nalgas, pero no trata de hacerme el amor, no, se contiene. Me dice que quiere saborearme entera, que anhela hacerme el amor en el cielo. Le succiono el labio inferior y luego el superior. Acuna mi cara entre sus grandes manos y me mira con intensidad. Sonríe y unas arruguitas se le forman cerca de los ojos. ¡Me encantan sus patitas de gallo! Recuesto mi cabeza contra la de él y suspiro hondo.

—¿Le preocupa algo, señorita Aguilera?

Me dio pena cancelar la cena que mis padres y mis amigos me prepararon por mi cumpleaños, aunque, ellos dijeron que festejarían el hecho de que decidiera viajar, decidiera vivir tras cinco años de duelo emocional. Desde que Nahuel se fue. Desde que lo perdí.

—No he traído ni siquiera mi ropa interior, señor.

Me aparto y me siento a su lado cuando me lo pide. Coge mis bragas del bolsillo de sus pantalones y me las alarga tras olisquearlas con verdadera adoración.

—Le compraré todas las que desee, señorita Aguilera.

Antes de que pudiera cogerlas de su mano, se arrodilla delante de mí y me pide con los ojos que levante los pies para ponerme la ropa íntima. Tiene sus ventajas estar en una limusina. Besa mis rodillas mientras desliza mis bragas por mis piernas casi a cámara lenta. Levanto el culo para que me la ponga. Acto seguido, deposita un beso en el centro de mi entrepierna y aspira con fuerza mientras clava sus ojazos azules en mí.

—Huele delicioso, señorita Aguilera.

Alargo la mano y le toco la mejilla. Él cierra los ojos y su gesto dibuja una sonrisa en mis labios. Su barba dorada de tres días me hace cosquillas en la palma.

—Perdóneme, no me he rasurado la barba estos días —me dice al abrir sus ojos—, lo haré en el avión.

—No —suelto en un acto reflejo—, me gusta así.

Él coge mi mano, aún de rodillas entre mis piernas, y deposita un beso en el dorso. Me estremezco y no sé muy bien por qué. Se incorpora y se sienta a mi lado con aire pensativo. Luego coge mi mano y no la suelta durante todo el viaje.

—Llegamos —me dice con una sonrisa—, ¿lista?

Evoco el mensaje de Nahuel, horas atrás, cuando le comenté sobre mi viaje a París con mi jefe.

«El destino te está regalando una segunda oportunidad».

Yo quería que en esa segunda oportunidad estuviera él, pero, al parecer, Sarah era su segunda oportunidad y, mi jefe, la mía. Miro a Heinrich mientras él habla con alguien por teléfono. Lo miro atenta y bastante circunspecta. Él es tan distinto a Nahuel, son como el día y la noche. El agua y el aceite. Lo dulce y lo amargo.

—Lista —le digo cuando cuelga.

Él me da un beso en los labios.

—Será un viaje inolvidable, Patricia.

Lo miro sorprendida, a pesar de la intimidad que tenemos, el trato es un pelín formal entre ambos, hasta ahora.

—Lo sé, Heinrich.

Bajamos del coche y nos dirigimos al portón de embarque. Tras pasar por los detectores de metales y coger nuestras cosas, nos enfilamos hacia el avión particular de mi jefe. Tanto lujo me escandaliza. Parece que acabo de salir del pueblo. Miro todo con tanta curiosidad, que creo que mi jefe hace esfuerzos por no reír.

—Es la segunda vez que subo a un avión —le aclaro—, no todos somos multimillonarios —me mofo y él sonrío.

La primera vez fue con Nahuel. Me llevó a Disneylandia, me regaló mi primer sello en mi pasaporte. Me regaló el mundo.

—Siéntate —me dice con amabilidad—, tras despegar el avión, quiero llevarte a un sitio especial.

Me siento y me abrocho el cinturón.

—¿Al cielo? —me burlo y él se ríe.

No me dice nada. Solo me mira con magnitud.

—¿Siempre eres tan serio? —cuestiono con timidez.

Se pasa la lengua por encima de los labios y su gesto me deja boquiabierto. ¡Es tan sensual!

—En general, sí —me dice con sinceridad—, ¿te molesta?

En absoluto. Me encandila, pero no le digo, no quiero que su ego sufra de obesidad mórbida. Sonrío ante mi ocurrencia.

—No, es que... —me detengo—, convivo con gente muy distinta.

Mis padres, mi abuela, amigos de mis padres, Paloma, su primo y los amigos de éste. ¡Un zoológico muy colorido! Al inicio, Nahuel, de cierta manera, me recordaba un poco a mi jefe. Aunque, tras conocerme, cambió.

—Quisiera decirte que cambiaré con el tiempo y la convivencia —me dice

sin abandonar su deje serio—, pero estaría mintiéndote y no quiero hacerlo.

Asiento con un leve movimiento de mi cabeza.

—Esas cosas suelen pasar en las películas o en las novelas —le digo, divertida—, pero Nahuel siempre me decía que eran ficción.

Él asiente, pero no me pregunta quién es Nahuel. No le interesa mi pasado. No le interesa saber qué color es mi favorito o qué libro leí más de tres veces en mi vida. No, a él le importa el ahora, no el ayer o el mañana.

—Me tienes aquí —murmura—, dispuesto a todo por verte feliz —me mira con magnitud—, a ninguna mujer le di tanto antes.

Me da un beso en los labios antes de desabrocharme el cinturón cuando este está ya en el aire.

—Ven conmigo.

Me levanto del asiento con cierta vacilación. Pasamos hasta la segunda parte del avión y miro curiosa una cabina de tamaño considerable. No es como los aviones normales, no subí a muchos, pero vi unos cuantos en alguna película.

—Este avión es distinto —le digo y él sonríe antes de abrir la cabina—, ¿es una habitación?

Heinrich se pone detrás de mí y me besa el cuello con ardor sin importarle en lo más mínimo las miradas curiosas de sus azafatas súper modelos. Me sonrojo y luego se me pone la carne de gallina cuando él me muerde el lóbulo de la oreja derecha.

—Te deseo y quiero hacer el amor contigo, ¿es tanto pedir?

En la cabina o cuarto particular de mi jefazo empiezan a sonar unas canciones que yo conozco muy bien. ¡Las seleccioné yo!

—Señorita —le dice a una de las azafatas tras apartarse de mi oreja—, tráenos champán y fresas —, me mira con intensidad—, y chocolates.

¡Uauu! Me siento como Julia Roberts en *Pretty woman*.

—Estás tan hermosa, Patricia.

La canción: *Wake me up when september ends* de uno de mis grupos favoritos, Green Day, suena y me transporta al cielo.

—Tú también, Heinrich.

Finalmente, acerca su boca a mi boca y me da un dulce beso lleno de cariño. La azafata se acerca con una bandeja de metal que supongo es de plata. No sé, me da esa sensación. ¡Todo en aquel lugar es puro lujo!

—Adelante, Patricia —me dice y me cede el paso—, ponte cómoda, preciosa.

Cierra la puerta tras nosotros. Estoy tan nerviosa y mal puedo esconderlo. Él se pone detrás de mí mientras oteo las ventanillas del avión con embeleso.

Estamos en el aire, en el cielo, cerca de las estrellas y los ángeles.

—Me gusta este recinto —le digo y él me besa el cuello con mucho ardor —, es especial.

La cama es grande y blanca. Era un somier con varios cojines y un edredón blanco finísimo. Todo allí, repito, es puro lujo. A un lado está el cuarto de baño y al otro lado un minibar repleto de dulces, supongo.

—Tu piel sedosa me vuelve loco.

Una vez allí, se desnuda mientras lo observo. Heinrich es grande, fuerte y sensual. Su porte es soberbio y varonil. Misterioso e hipnotizante. No puedo desviar la mirada de su cuerpo perfecto. Se detiene tras quitarse los pantalones y los calcetines. No se quita los bóxers.

—Si me sigues mirando así, me sonrojaré —se burla con una arrebatadora sonrisa.

Niego con la cabeza.

—¿Eso le pasa a alguien como tú?

Él se sienta en la cama y yo me acerco a él.

—Siempre hay una primera vez para todo, Patricia.

¡Toma ya! Y después dicen que estas cosas solo pasan en las películas y en las novelas. Bailo alrededor de él, mentalmente, claro.

—Mmm —musito, sonriente.

Lo miro con atención mientras llena las copas con champán. Soy mujer, soy curiosa. Soy ansiosa. ¡Necesito saber cosas de él! Su pasado, detalle a detalle. Qué color es su favorito, su equipo de fútbol, su comida favorita y cuántas novias tuvo a lo largo de sus cuarenta y cinco años. ¡Es un enigma! No tiene nada en sus páginas. No hay nada en Google. No es que lo haya investigado, no, pero, digamos que le eché una que otra miradita. Pero ¡nada hay sobre él! Apenas unos cuantos artículos que hablaban sobre el secuestro y la muerte de sus padres. Nada más. El resto era sobre la empresa y su vínculo con ella.

—¿En qué piensas? —me dice y me saca de mi trance—, ¿en mí?

Me tumba en la cama blanca y dejo que me desnude. Lo hace lentamente y con delicadeza, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Cómo lo has adivinado?

Cuando me tiene desnuda, me abraza. Me abraza y me aprieta con delicadeza contra él. Su gesto me desconcierta. Me emociona. Me enciende.

—Lo que quieras descubrir sobre mí, lo harás en este viaje, Patricia.

¿Tan evidente soy? ¿Tan transparente? Me sonrojo y me aprieto a él con fuerza.

—Como yo lo haré contigo.

Siento que, a pesar de todo lo grande y fuerte que es, se refugia en mí como un niño pequeño e indefenso. Eso me deja sin aire en los pulmones y me encoje el corazón al tiempo.

—Algunas preguntas quedarán sin respuestas —adelanta—, otras no.

Se aparta y se quita con destreza la ropa íntima. Estamos desnudos. Piel con piel. Latido con latido. Agacha la cabeza en busca de mi boca. Se la doy. Se la ofrezco. Soy suya sin que me lo pida. Sus labios se posan sobre los míos con una exquisitez y una ternura que me pone toda la carne de gallina. Me pasa su lengua por el labio superior y después por el inferior. Me coge con las dos manos la cabeza y me besa con sutileza. Luego con más pasión y más impaciencia.

—Te deseo con locura, Patricia —gime sobre mis labios—, no tienes idea de cuánto te deseo.

Se separa de mí y se sienta de nuevo en la cama. No deja de mirarme. Me siento a horcajadas sobre él.

—Patricia... —me dice con su voz ronca—. Te necesito.

Lo miro hipnotizada mientras noto como las yemas de sus dedos suben por mi columna y dibujan circulitos sobre mi piel.

—También yo.

Mi jefe es una contradicción. Me dice que no es como los personajes de las novelas o las películas que tanto me gustan, pero actúa igualito a ellos. Cierro los ojos y disfruto de sus caricias. Desconecto mi mente y dejo de crear historias que nunca podrán ser. Él quiere darme el ahora. El pasado es de otro. El futuro, de quién sabe quién.

«Nahuel» pienso y toda la piel se me eriza. Él decidió por los dos, me recuerdo y decido soterrarlo en mi pecho, donde construí su tumba. La tumba de nuestro amor.

—Patricia, cogeré un condón.

Cuando abro los ojos, su boca busca la mía y me besa con dulzura mientras me aprieta contra él.

—Uso la píldora.

En mi mente, aparecen mi madre y mi abuela, que se desmayan ante lo que acabo de decir. Me levanta sobre sus piernas y lentamente se mete en mi interior. Suelto un gemido de dolor.

—¿Te duele?

Llevo cinco años sin sexo. Y su pene es bastante grande, tanto como el de Nahuel. ¡Soy tan afortunada! Mi sexo se abre para recibirlo y jadeo al sentir su invasión. Cierra los ojos con fuerza y siento que se contrae para mantener su autocontrol.

—No sé si duraré mucho la primera vez —me dice y me sorprende—, llevo mucho tiempo deseando esto, deseando tenerte a ti.

Aquello me deja boquiabierto. ¿Un hombre como él no tiene un harén de mujeres? ¿No cambia de pareja como nosotros, meros mortales, cambiamos de ropa interior?

—Tampoco yo duraré mucho —le digo—, llevo tiempo sin estar con alguien.

Muevo mis caderas de adelante hacia atrás en busca de nuestro placer.

—Me gusta esta canción —me dice.

La canción: *Ahora tú* de Malú asalta el lugar.

—Es mi canción favorita.

Heinrich sólo me mira y se deja llevar como una ola en calma por mis movimientos.

—Así, cariño —gime al tiempo que me ciñe la cintura con cierta posesión—, me vuelves loco...

Su ronca voz al llamarme cariño, sus palabras y la suavidad de sus dedos al pasar por mi cuerpo me avivan. Hay algo especial en su mirada, algo que no vi hoy por la tarde mientras se deleitaba con mi sexo. Veo dulzura. Veo complicidad. Veo urgencia. Veo necesidad.

«Me hace el amor como alguna vez lo hizo Nahuel». ¡No! No quiero eso, me digo. Quiero que me folle. Me dé azotes y fuertes penetraciones.

«Lees mucha novela indecente, como diría Nahuel» me digo y dejo de moverme. Allí está, entre nosotros, él, Nahuel.

—¿Te ocurre algo? —me pregunta al ver mi cara.

Sonrío. Yo también quiero darle mi ahora. Y eso hago.

—Nada.

Acerco su boca a mis pechos. Heinrich los acepta y los lame con docilidad, con ternura. El calor se apodera de mí mientras siento que él ha dejado en mis manos el momento. Apoyo mis brazos en sus muslos y me muevo con brusquedad. Cuando el orgasmo me llega, grito y me arqueo sobre él y, entonces, sólo entonces, Heinrich me agarra de la cintura. Me aprieta una sola vez hacia él y luego se deja llevar en silencio.

—Dioss... —gimo ante el delicioso orgasmo.

Permanezco abrazada a él unos minutos. No entiendo por qué se ha comportado así. Esperaba más pasión, más lujuria y salvajismo. No esto. ¿Y por qué cojones me comporto yo así? ¿Acaso no era eso lo que siempre soñé encontrar? No quiero que ocupe el lugar de Nahuel. No quiero que borre mi historia con él. Pero, al mismo tiempo, lo deseo, lo quiero en mi vida. ¡Soy una

contradicción!

—Nahuel —digo en voz alta y clara.

Heinrich se aparta de mí y me mira consternado, pero no dice nada. No me pregunta quién es Nahuel.

—Lo siento, Heinrich.

Me levanto y me dirijo al cuarto de baño, donde me rompo a llorar.

—Déjame libre, Nahuel —ruego mientras trato de secarme las lágrimas con varios trozos de papel—, por favor —me miro al espejo y niego con la cabeza—, es hora de vivir, Patricia Aguilera —me digo resoluta—, basta de llorar por quién ya no llora por ti.

Me lavo la cara y luego salgo decidida a disfrutar de lo que hoy la vida me da. Heinrich está sentado en la cama, absorto en sus pensamientos cuando me pongo frente a él y lo empujo. Me precipito sobre su cuerpo y lo beso, lo beso con mucho ardor.

Esta vez hacemos el amor con un salvajismo que hizo tambalear el avión. Pero, tras el clímax, Nahuel retornó y mi corazón se encogió. Heinrich me abrazó antes de cubrirnos con el edredón. Me beso la cabeza mientras las lágrimas anegaban mi rostro a escondidas de él.

Nahuel

Dieta 26

Cinco años antes...

La dieta de la patata

Desayuno:

Una infusión sin azúcar
y una rebanada de pan integral con queso magro.

Merienda:

Lo mejor es consumir un yogur o una pieza de fruta.

En cada comida
se pueden consumir 200 gramos de patatas.

Durante el almuerzo se puede ingerir
una porción de proteínas, huevos o carne.

Y, para cenar, patatas acompañadas de vegetales.

Se recomienda realizar la dieta de la patata
durante un máximo de dos semanas.

Durante todo el viaje repaso las últimas locuras que Patricia y yo hicimos los últimos cinco meses desde que empezamos nuestra dieta del sexo. Los besos. Los abrazos. Las caricias a escondidas. Las escapadas al servicio para apagar el fuego de nuestros cuerpos. Un suspiro se me escapa ante la fuerte emoción que siento en mi corazón. Patricia es mi corazón.

—Lo es —digo con una sonrisa bobalicona en los labios—, nunca sentí esto antes.

Tras una semana de haber estado lejos, retorno a casa y muero por ver a Patricia. Cruzo la calle con el ramo de tulipanes morados que le compré y un peluche de medio metro de Snoopy, uno de sus personajes animados favoritos. Decidí confesarle mis sentimientos, decidí conquistarla. Erik tiene razón, es hora de ser feliz. Miro el cielo y sonrío con ternura al evocar a Ángela. Ella la envió, estoy seguro. El claxon de un coche me devuelve al presente de golpe. Asiento antes de girar sobre mis talones y marcharme a la casa de Patricia. Unas gotas caen sobre mi rostro y me advierten que pronto lloverá. Cojo mi móvil y le escribo un mensaje. Quiero darle una sorpresa y, por ende, no le dije que volvía hoy.

Yo: Hola, cielo.

Patricia no contesta. Esbozo una sonrisa de oreja a oreja antes de subir en el ascensor del edificio. Retiro la caja de joya de mi bolsillo y la abro. Miro el anillo que le compré con ojos soñadores.

—Hoy será un día inolvidable.

Tengo mucho miedo al rechazo, pero ya no puedo vivir con esta angustia lacerante. Necesito exponer mis sentimientos, necesito abrir mi corazón a la mujer que amo con todo mi ser.

Las puertas se abren y una canción alegre invade mis oídos.

—¿Dónde es la fiesta?

Salgo del cubículo metálico y me acerco al departamento de Patricia, de donde proviene la música. Cuando entro, me encuentro con varios compañeros de trabajo, que me saludan con mucha amabilidad, entre ellos, Paloma.

—¿Y Patricia?

Ella abre mucho los ojos y la boca. Dice algo, pero no la escucho, la música está muy alta y mal puedo escuchar mis pensamientos. Doy un paso hacia la habitación, pero ella se interpone en mi camino. Su gesto me hace fruncir el entrecejo con exageración.

—La llamaré —me dice y la sujeto del brazo con cierta brusquedad—,

Nahuel, ¿qué haces?

La miro con ojos interrogantes. ¿Qué está pasando?, pienso con el pulso acelerado.

—Patricia está en su cuarto con Andrew —me dice Mariana—, llevan tiempo allí.

Paloma la fulmina con la mirada y ella sonrío satisfecha. Me enfilo hacia el cuarto de Patricia con un enorme nudo en el pecho y con la mandíbula muy apretada. Paloma me sigue y me dice cosas que no entiendo. Abro la puerta de golpe y miro estupefacto a Andrew, que está acostado en la cama de Patricia con mi bata.

—Nahuel —me dice Paloma por detrás—, no es lo que estás pensando.

Y entonces, Patricia sale del cuarto de baño envuelta en una toalla y enjugándose el pelo con otra.

—Nahuel —masculla, sorprendida.

El ramo de tulipanes cae a mis pies junto con el peluche y mi corazón. Miro a Andrew y luego a ella con los ojos nublados de dolor.

—No es lo que estás pensando —me dice y se acerca tras dejar caer la toalla de sus manos—, no me juzgues, Bollito.

Todo empieza a darme vueltas.

—No te preocupes —suelto antes de girar sobre mis talones y salir del lugar.

Paloma trata de detenerme en el pasillo, pero la empujo con violencia a un lado y la derrumbo en el suelo. La ayudo a levantarse y luego le pido disculpas. Patricia grita mi nombre, me pide que la espere, pero no lo hago. Salgo de su piso como alma que lleva el diablo y subo en el ascensor con un dolor sordo en el pecho. Me cuesta respirar.

—¿Por qué, Patricia?

Soy consciente de que no tenemos nada serio, que lo nuestro es un juego, pero mi corazón se hizo ilusiones. Construyó castillos en el aire. Se enamoró.

—¡Mierdaaa! —bramé encolerizado tras dar un fuerte puñetazo a la puerta—, ¡mierdaaa! ¡¿No has aprendido nada?!

Llevo mis manos a mi cabeza y trato de controlar mi respiración. Pero no puedo, siento que voy a estallar. Las lágrimas ruedan una tras otra por mis mejillas encendidas por la gran rabia que siento. Salgo del ascensor y me dirijo al aparcamiento. Necesito irme lejos de Patricia, del dolor que siento en el pecho.

—¡Nahuel! —grita Patricia desde las escaleras—, por favor, debes oírme.

Cruzo la puerta principal como una exhalación. No me importa la lluvia que cae fuera a cántaros. Mi ropa negra se pega a mi cuerpo en pocos segundos.

Solo entonces, me fijo que ya no tengo tripa saliente. Que ya no soy el gordo de meses atrás.

—Por favor, Nahuel —grita Patricia detrás de mí.

Me detengo y me vuelvo para mirarla. Ella frena sus pasos y me mira anegada en lágrimas. Si nada hizo, ¿por qué llora? ¿Por qué actúa como si hubiera hecho algo malo?

—Hicieron el amor —digo con la voz algo enronquecida—, al fin tu sueño se hizo realidad, Patricia.

Mi voz es fría. Distante. Hiriente. Ella alarga las manos y trata de tocarme, pero las aparto de un empujón. Mi gesto la desconcierta por completo. Soy un buen tipo, hasta que me lastiman.

—No pasó nada, Nahuel —llora con amargura—. Nada —la miro con escepticismo—. ¡Te lo juro!

Andrew estaba desnudo en su cama. Ella salió del cuarto de baño envuelta en una toalla. ¿Qué parte se supone que no entiendo? Por muy poco llego y los encuentro a los dos haciendo el amor. Por muy poco, cálculo para mis adentros.

Ella llora con desconsuelo, pero no me dice nada. No hay nada qué decir. Nos quedamos allí, bajo la lluvia y en silencio. Mirándonos mientras nuestras lágrimas se entremezclan con las gotas cristalinas.

—No me juzgues, Bollito —suplica—, por favor... —llora aún más—, pooor... favoor...

Ella se acerca y me mira con ojos lastimeros. Alarga la mano y me baja la cara para darme un beso, un largo y doloroso beso. Le correspondo con la misma urgencia. Ella envuelve mi cuello con sus brazos y yo le ciño la cintura con los míos. La pego a mi cuerpo y profundizo el beso. La beso con posesión, con dureza y cierta rabia. Ella hunde su lengua en mi boca y entabla una gran batalla con la mía. Tras unos minutos intensos, me aparto de ella.

—Te amo, Patricia —le digo y la dejo boquiabierta—, con toda mi alma.

Sus labios tiemblan.

—Pero hoy, me di cuenta de que tú jamás podrías amarme del mismo modo.

Se rompe a llorar.

—Nahuel —dice con la voz rota—, no ha pasado nada...

La miro con escepticismo.

—¿Qué pensarías tú en mi lugar? ¿Si me vieras con Jenny?

Niega con la cabeza. La respuesta es obvia. Ella solloza y lleva su mano a su boca. La estrecho entre mis brazos, verla así me duele mucho. Ante todo, somos amigos. Ella se abraza a mí con todas sus fuerzas.

—Nahuel...

Tras unos minutos tortuosos, me aparto con brusquedad y me dirijo hacia mi coche.

—¡Nahueeeeee!!! —grita con todas sus fuerzas.

Pero no me detengo. No puedo hacerlo. El dolor que siento es mucho más fuerte. Mi orgullo es mucho más fuerte.

—¡Nahuel! —grita ella.

Me subo a mi coche y arranco. Patricia corre detrás del vehículo mientras yo lloro con toda mi alma. Paloma aparece y la sostiene entre sus brazos. Es lo último que veo antes de girar.

—Patricia —digo, anegado en lágrimas—, ¿por qué me hiciste esto?

Todo parecía tan claro. Paloma me dijo que ella sentía algo fuerte por mí, días atrás, antes del viaje. Pero no es tan fuerte como lo que yo siento por ella, deduzco, llorando.

Enciendo la radio. Siempre que estoy triste, necesito escuchar canciones a todo volumen para no escuchar mis pensamientos. La canción: *Mad world* de Gary Jules empieza a sonar.

—Vaya —digo tras frenar en el semáforo—, perfecto —musito.

Mi móvil timbra sin parar. Es Patricia. No lo cojo. Acelero el coche a toda pastilla y me encamino a la granja de mis abuelos. Un trueno en el cielo me advierte lo despacible que está el tiempo. No me importa, acelero aún más mientras unos fogonazos irrumpen mi mente y agitan todavía más mi corazón.

—¡Dios mío! —chillo cuando un coche aparece de la nada y colisiona contra el mío con mucha violencia—, ahhhh... —grito con desesperación al perder por completo el control de mi vehículo.

Mi cabeza choca contra el volante y trozos de cristal se incrustan en mi cara, robándome un profundo grito de dolor. Otro coche me choca por atrás con la misma violencia y siento como el asiento se desprende cuando se vuelca. Un grito agudo de se me escapa de lo más hondo de mi ser cuando un trozo de hierro me atraviesa el abdomen y mis piernas se doblan al revés. Nunca había sentido tanto dolor como ahora en toda mi vida. Miro hacia unas luces, preguntándome si sobreviviría a aquel accidente tan atroz. Escucho cláxones, gritos y frenos desesperados entremezclados con truenos enfurecidos.

—¡Auxilioooo! —gritan las personas.

Siento frío, mucho frío. Quiero gritar, pero no consigo moverme. Estoy calado hasta los huesos, pero no estoy seguro si es la lluvia o mi sangre. Trato de hablar, de pedir ayuda, pero no consigo mover mi mandíbula. Es como si se me hubiera roto. Quizá está rota como todo el resto de mi cuerpo. Mis ojos se llenan de lágrimas, porque soy consciente de que no saldré vivo de esto. Soy consciente de que nunca más podré hablar con Patricia. De que nunca más volveré a

besarla. A abrazarla. A Amarla.

Nunca más.

—Patricia —digo para mis adentros mientras el frío me recorre de pies a cabeza—, te amo...

Y entonces, todo se oscurece. Todo se apaga.

Quizá... para siempre.

Patricia

Dieta 27

Dieta mediterránea

Lunes

Desayuno:

Zumo de naranja. Tostadas integrales con miel. Manzana.

Almuerzo:

Yogurt desnatado con frutas del bosque frescas.
Galletas integrales.

Comida:

Judías verdes estofadas. Filete de pavo a la plancha con brócoli al vapor. Flan de leche bajo en azúcar.

Merienda:

Macedonia de frutas frescas.

Cena:

Berenjenas al horno. Dorada a la plancha.

Legamos a París al mediodía de aquel caluroso y romántico sábado. El cielo es de un azul indescriptible, como los ojos de mi jefe ahora mismo. Acaba de salir del cuarto de baño y huele muy rico. Lo miro de pies a cabeza con mucho deseo. ¡Su cuerpo es de ensueño! Coge algo del minibar, lapso en que aprovecho para meter un caramelo de menta en la boca y apretujarme un poco los mofletes. Me arreglo el pelo y dejo mis piernas al descubierto. Él gira con una lata de energizante entre las manos. Mis ojos y mi lengua salen de mi cara como suele suceder en los dibujos animados.

—Madre del amor hermoso —musito para mis adentros al ver cómo su parte íntima se va hinchando—, ay, Dios.

Él deposita la lata sobre la mesilla rinconera y se acerca. Se precipita sobre mi cuerpo y se acomoda entre mis piernas tras quitarme las sábanas con mucha sensualidad. No me dice nada, no, solo me besa, me devora la boca con ansia feroz. Yo le devuelvo el beso con la misma urgencia. Necesito aquel beso. Necesito sentirlo. Como si me hubiera leído la mente, me penetra de una sola estocada y me roba un grito al tiempo que coloca sus brazos por debajo de mis hombros y me sostiene para que no me mueva mientras me embiste con salvajismo y mucha fuerza. Toda la cama se mueve al compás de nuestros cuerpos. El orgasmo matutino es feroz, tanto que, ambos gritamos al mismo tiempo al alcanzarlo. No hubo dulzura, ni delicadeza en aquel primitivo acto. Había desesperación. Necesidad. Urgencia. Como si estuviéramos a punto de morirnos de hambre. Él era así. Extremista. Apasionado.

—Me vuelves loco —me susurra tras recuperar el control de su respiración—, ¿qué me has hecho?

Le doy un beso muy apasionado en lugar de replicarle con palabras. No sé qué le hice, no tengo la menor idea, pero de esa poción mágica, habré bebido un buen sorbo también.

—Hazme el amor —le pido—, hazme tuya como si no hubiera un mañana.

Antes de bajarnos del avión, hicimos el amor de un modo muy romántico. Heinrich parece otro, y eso que pensé que al nombrar a Nahuel, se enfadaría y me enviaría en una caja de madera a mi país.

—Muy buenos días —me dice tras el delicioso clímax—, me fascinan tus ojos, Patricia.

Sigue dentro de mí, muy dentro de mí.

—Buenos días, jefe.

Esboza una maravillosa sonrisa y deja al descubierto sus dientes perfectos.

—¿Qué le parece si disfrutamos del día en París?

De pronto, soy consciente de dónde estoy. ¡En París! Sonrío de oreja a oreja antes de darle un fogoso beso, un beso que lo vuelve a encender. ¡Tres orgasmos en una sola mañana! Nada mal. Aunque, mi récord sigue intacto: seis orgasmos en un día. ¡Nahuel es imbatible!

Heinrich se viste mientras yo me aseo en el baño. Opta por su camisa y sus pantalones. Menos formal, pero no menos sexi. Este espécimen sería guapo incluso vestido de mendigo. Me pongo mis ropas y me arreglo un poco antes de emprender esta maravillosa aventura. ¡La cenicienta XL está en París en busca de sus zapatitos de cristal!

—Estás preciosa.

Me atrae hacia sí y me da un beso bastante posesivo.

—Gracias, jefe.

Reclina su frente sobre la mía y sonrío.

—Heinrich —me corrige—, cariño.

¿Cariño? ¿Dónde está Iron man?

—Heinrich —le digo y le muerdo la barbilla con afecto.

Él no tiene un hoyuelo allí. Él no es Nahuel, me recuerdo con cierta tristeza. Miro sus rasgos faciales, su nariz perfecta, sus grandes ojos azules, sus cejas bien perfiladas, sus pómulos salientes y su barbilla un tanto puntiaguda. Muy distinto a Nahuel en muchos aspectos, no solo físicos. Dice algo en alemán y me devuelve al presente de golpe. Me coge de la mano y nos enfilamos hacia la puerta de desembarque.

—Buenos días —nos saluda una de las azafatas.

Le devolvemos el saludo. Antes de hacer un recorrido por la ciudad, nos encaminamos hacia unas tiendas para comprarnos ropas adecuadas para la ocasión.

—Buenos días, señor Holmberg —saluda la dependienta de una de las tiendas más caras del lugar.

Lo deduzco porque está en: Champs-Elisées.

—Buenos días —saluda mi jefe en francés.

Ella me mira de soslayo de un modo bastante discutible. Heinrich se da cuenta y le dice algo, algo que la hace cambiar de expresión al instante. Traga con fuerza y asiente con cierta incomodidad. Me siento tan poderosa que empiezo a desfilas por la tienda totalmente vacía. Me detengo y miro a mi jefe por encima del hombro.

—¿Es feriado en París?

Él sonrío mientras coge unos polos de marcas renombradas. Le digo que el granate y el negro le van muy bien, aunque el blanco también. Él asiente con una

sonrisa que es, definitivamente, ¡arrebataadora!

—La tienda se abrirá tras nuestra salida —me dice sin abandonar su deje encantador—, no me gustan las aglomeraciones y, por eso, ordené que cerraran las puertas para nosotros.

Ordenó, me digo para mis adentros. ¡Es tan poderoso! Asiento sin parar y él me da un beso en los labios que logra que me paralice.

—Coge lo que quieras —me susurra sobre los labios.

Me abrazo a él.

—A ti —le digo y él ríe a mandíbula batiente.

Me quedo mirándolo por unos segundos antes de volver en mí. Me aparto de él y me dirijo a la sección de ropas íntimas. Miro los precios con los ojos entornados. ¡Son carísimas! En el mercadillo de doña Anacleta, donde solíamos ir con Paloma, las ropas íntimas costaban menos que una manzana. Por el precio de un conjunto de esta tienda me compraría cien en el mercadillo.

—No mires los precios —me dice Heinrich cerca de la oreja—, quiero verte con este conjunto —señala un conjunto negro de encaje—, y luego rasgarlo antes de poseerte.

Un gemido se me escapa cuando la punta de su lengua recorre toda mi oreja hasta llegar a mi lóbulo. Lo mordisquea con mucho erotismo mientras sus manos posan sobre mis pechos.

—Sí, señor —digo en un acto reflejo.

Sin rechistar, entro en el probador con el conjunto carísimo y me desvisto. Me pruebo la ropa íntima, que, evidentemente, debemos pagar tras ello. Me miro al espejo con curiosidad. No tengo el cuerpo perfecto de una Barbie. Tengo imperfecciones. Estrías, celulitis, lunares y algunas cicatrices de mi divertida infancia con mi hermana gemela. Un dato que decidí anular de mi mente tras su repentina muerte. A todos, o, mejor dicho, a los pocos con quienes hablé de ella, decidí decirles que era mayor que yo. Dos años mayor que yo, cuando en realidad, era cinco minutos mayor que yo. Mis ojos se llenan de lágrimas al evocarla.

—Wow —suelta Heinrich al entrar en el vestidor—, te queda como me lo imaginé.

Sus ojos y los míos se conectan a través del espejo.

—Mi cuerpo es un mosaico —le digo y le indico mis imperfecciones—, marcas de mi pasado.

Se pega a mi cuerpo y posa sus manos en mi cintura sin dejar de mirarme un solo segundo.

—Eres perfecta para mí, Patricia.

Su tono me eriza toda la piel e incluso hace suspirar a mi alma. No sabía

que eso era posible, hasta ahora.

—Nunca me sentí tan atraído por una mujer —confiesa—, me siento como un adolescente ante su primer amor.

Parpadeo a cámara lenta y con cierta perplejidad. Nunca pensé que me diría algo así. Alguien como él puede tener a las mujeres más guapas del planeta.

—Ninguna puede compararse contigo, Patricia —me besa el cuello con mucho ardor—, ninguna.

La temperatura de nuestros cuerpos sube por momentos. Cuando mete la mano dentro de mis bragas, vibro y él murmura extasiado:

—Estás tan húmeda.

Jadeo con fuerza y le permito introducir más la mano y, con ello, el dedo en mi interior. Siento que pierdo la cabeza en pocos segundos.

—Eres tan suave, tibia y apetitosa.

Con la rodilla, hace que separe las piernas y me introduce dos dedos, ahondando en mi interior. Me retuerzo de placer.

—¿Te gusta?

Sus dedos son largos y gruesos. Sus movimientos firmes y excitantes. Sus besos abrasadores y sus palabras muy inspiradoras. Suelto un gemido. Y luego un jadeo mientras veo lo que me está haciendo. Es muy excitante ver cómo me posee con sus dedos. Mira hacia el espejo y me mira con magnitud.

—Sí... —musito con la respiración muy entrecortada—, mucho...

Mis caderas se balancean en busca de un placer que él está dispuesto a darme allí mismo, en el vestidor de una tienda lujosa. Desliza la mano libre hacia mi pecho y tira el sostén hacia abajo, dejando mi seno al descubierto. Lo apretuja, lo mima y lo despierta. Mi pezón se aviva y él empieza a rozarlo con los dedos. Estoy al borde del éxtasis. A punto de gritar.

—Así, cielo —murmulla cerca de mi oreja—, entrégate al placer que te estoy dando...

Su voz es cálida. Ronca. Grave. ¡Y tan sexi! Me agarro a su brazo y arqueo la espalda contra él. Estoy empapada. Excitada. Enfebrecida.

—Córrete para mí.

Nuestros ojos están conectados y siento un ardor inmenso, infinito. Deseo desnudarlo, desnudarme y hacer el amor con él allí mismo. Él acelera los movimientos de sus dedos. Roza sin parar mi clítoris. La sensación es simplemente... ¡deliciosa!

—Vamos, Patricia, déjate llevar.

Y lo hago. Un profundo gemido de satisfacción rompe el silencio y tiemblo al llegar al brutal orgasmo. Él sonríe con chulería al cumplir su propósito y, cuando saca la mano de mis bragas, me mira desafiante.

—Me debes un orgasmo, encanto.

Y, sin más, me da la vuelta y me besa con mucha pasión. A continuación, me suelta, debemos recuperar la compostura y, mirándome con aquellos ojos tan fascinantes, me dice con su voz ronca:

—A disfrutar del día, Patricia.

Desliza los dedos que usó en su boca y los succiona con apetencia.

—Eres exquisita.

Lo miro boquiabierta y con el clítoris latiéndome a mil por hora. Quiero decir, con el corazón a mil por hora. Se agacha y pasa la lengua por mi pezón enhiesto mientras saca mi otro pecho. Luego hace lo mismo con el otro. Se aparta tras unos segundos y me mira con intensidad antes de darme un profundo beso, un beso lleno de claves, un beso lleno de ternura, un beso lleno de amor.

«¿Amor?». Profundizo el beso con tal ardor que le robo un gemido y compruebo mis sospechas. ¿Me estoy enamorando de mi jefe? Y, tras muchos años, Nahuel no forma parte de aquel instante.



Acabo de ganar una apuesta a mi jefe y estoy la mar de contenta. Me levanto y salto sin importarme las miradas curiosas. Él se levanta de la mesa y sonrío algo desencajado. No le gusta perder. Claro está.

—Alquilaremos unas bicicletas y recorreremos París en ellas —digo, sonriendo—, con este vestido estampado sin tirantes me sentiré como la protagonista de alguna película romántica —acoto y él me atrae contra sí.

Posa su frente sobre la mía y suspira hondo sin desviar la mirada de mis ojos.

—Esta es tu película, Patricia.

Busco sus labios con cierta desesperación. Lo beso como si aquel fuera el último día de nuestras vidas. Cuando me aparto, lo miro embobada por unos segundos. Él abre los ojos lentamente y se encuentra con mi mirada.

—¿Qué me has hecho?

Y, con esta pregunta, salimos del hotel rumbo a alguna tienda de bicicletas. Él compra dos modelos que elegí.

—Son algo antiguas —me dice.

El precio no, pienso con sorna. Las bicicletas eran de los años setenta. La mía incluso tiene una canastita en el manillar.

—Me cambiaré de ropa —me dice—, unos vaqueros serán más

apropiados.

Tras cambiarse, bajamos y cogemos las bicicletas. Yo busco algo en mi móvil. Él alarga el cuello y mira la pantalla con curiosidad. Abro la carpeta de «One day».

—¿One day?

La dulce melodía de esa película empieza a sonar a todo volumen. Me gusta tener un fondo musical mientras camino, corro o ando en bicicleta.

—Es la banda sonora de una película —le aclaro—, amo todas las películas de Anne Hathaway —apostillo tras arreglarme mis dos coletas—. Soy una dulce campesina virgen —bromeo—, lo de virgen... bueno... finjamos que es así.

Él sonrío de lado y me guiña un ojo en señal de complicidad.

—Me encantará ser el primero —se mofa y no puedo evitar reírme a carcajadas.

No digo nada, solo monto la bicicleta y me pierdo en mi película. Él me sigue. Toco el claxon con gracia y saludo a las personas de paso, que divertidos, me devuelven el saludo.

—¡Qué belleza! —chillo al detenerme cerca del río Sena—, un selfie aquí es una obligación moral.

Él se pone a mi lado y posa para mí con una amplia sonrisa. La camisa blanca realza mucho su piel dorada y sus grandes ojos azules.

—El que llega último pagará una cena en la torre Eiffel —indico y salgo disparatada por el lugar.

Él me sigue muerto de la risa.

—¡Eres muy tramposa!

Niego con la cabeza.

—Habilidosa —le corrijo.

Nos detenemos cerca de la torre y nos tomamos unas fotos antes de cambiar de rumbo. Recorremos varios sitios entre risas y bromas. ¡Mi jefe es muy divertido!

Paramos cerca de un puesto de bocadillos para comer algo. Heinrich Holmberg, el multimillonario sin alma, está sentado conmigo sobre el borde de una antigua fuente comiendo un bocadillo caliente en una enorme baguette y bebiendo vino en un vaso de plástico. Me mira con expresión ladina.

—¿Nunca has hecho algo así?

Él asiente.

—Alguna vez —me dice tras limpiarse los labios con una servilleta, pero no me da más detalles—. Prost!

Entrechocamos los vasos.

—¡Me encantan estos bocadillos!

Sonrío satisfecha. Aunque, debo resaltar que, esperaba más detalles de su vida alocada. Pero él era así, todo un misterio.

—Tienes los hombros muy sonrojados —me dice tras arrojar las servilletas en el cubo de basura—, espero que no te duelan.

Me toca los hombros con delicadeza y luego deposita unos besos interminables en ellos. Me enciende, el muy condenado sabe muy bien que aquel es mi punto más erógeno.

—Ya no dolerá —le digo.

Coge mi móvil y me pide que lo desbloquee. Escribo el nombre de Nahuel, mi actual contraseña. Mi jefe busca la canción de la película: One day y cuando la encuentra, pulsa sobre ella. No sé qué piensa hacer, pero cuando se reclina, tengo una fugaz idea.

—¿Me concederías esta pieza?

Hay mucha gente y me da algo de vergüenza. Pero, ¡es París! Y quiero vivir lo que alguna vez vivieron mis personajes favoritos. Cojo su mano con una amplia sonrisa y bailamos con mucha aquella dulce melodía, que algún día usaré en mi boda. Eso le dije a Nahuel un día antes de su viaje, la última vez que estuvimos juntos. Mis ojos se llenan de lágrimas de manera inevitable.

—¿Te ocurre algo?

Nos detenemos y nos miramos con un brillo peculiar en los ojos. No sabría definirlo con palabras exactas. Sin decirle nada, le bajo la cara y le doy un largo y apasionado beso con sabor a vino. No quiero estropear este idílico momento. Quiero que sea eterno mientras dure.

Nahuel

Dieta 28

Años antes...

Dieta mediterránea

Martes

Desayuno:

Leche de avena. Tostadas integrales con queso. Naranja.

Almuerzo:

Bocadillo de pan integral con jamón de pavo, tomate y lechuga. Batido natural de plátano.

Comida:

Sopa de tomate. Albóndigas de merluza guisadas con patata. Tarta de zanahoria baja en azúcar.

Merienda:

Yogurt desnatado con frutos secos.

Cena:

Pollo al horno con champiñones y setas varias.
Ensalada de verduras al vapor.

No consigo moverme, ni respirar con normalidad. Tengo sed y mucho dolor de cabeza. Es palpitante y persistente. Me dificulta pensar. Es como un zumbido, como si tuviera un abejerro dentro de la cabeza. Abro los ojos lentamente y una enfermera me pide que la mire, que enfoque mi mirada en ella. Veo todo borroso y siento que el aire no me llega a los pulmones. Estoy inmóvil y creo que para siempre. ¿Dónde estoy? ¿Qué día es hoy? ¿Me he salvado del accidente? ¿O estoy muerto? Muevo levemente la cabeza, y de repente veo lucecitas blancas en los ángulos de los ojos, una renglera de puntitos junto a las sienes. Cierro los ojos, a la espera de que pase la desagradable sensación de mareo, pero el proceso parece eternizarse. Me concentro, procurando respirar despacio, y al cabo de un rato empieza a atenuarse.

—Dios —gimo.

El dolor de cabeza que tengo me hace soltar un gemido. Intento moverme por segunda vez, pero no consigo. Es como si mi cuerpo fuera de cemento. El dolor me ataca cíclicamente, y noto las piernas y los pies entumecidos a causa del frío que siento. ¿Estoy en una nevera? ¿Desnudo? Me empieza a doler la cara, pero, mi mayor tormento, sin embargo, es la creciente y acuciante sensación de sed. Me muero de ganas de beber agua. Cada vez que inhalo aire, siento unas terribles punzadas en la garganta, y tengo los labios tan resecos y agrietados como un secarral.

«Agua», pienso otra vez. Si no bebo agua, me moriré.

—¿Nahuel? —me dice mi abuela.

La reconozco al instante.

—Mi vida, has vuelto.

No consigo verla, todo se ve muy borroso. Abro y cierro los ojos para lubricarlos. Pero sigo sin poder ver con nitidez. Un médico se acerca y me revisa con una linterna que ofusca aún más mi visión.

—¿Cuántos dedos ves, Nahuel?

No consigo abrir la boca. No consigo moverme. No consigo siquiera parpadear. Dios mío, creo que estoy tetrapléjico. La respiración se me agita ante tal posibilidad. Prefiero la muerte a esto, pienso agitado y trato de moverme. No consigo. Vuelvo a intentarlo y logro mover las piernas.

—¡Se mueve! —grita mi abuela—, ¿sientes mi mano, mi amor?

Mis ojos se llenan de lágrimas. Cambio levemente de posición, y al hacerlo noto una desgarradora descarga de dolor desde el brazo hasta la clavícula. El mundo se torna negro. Agonía al rojo vivo. Inhalo y exhalo,

esperando que el dolor pase. Hago todo lo posible por no gritar.

—Sí —digo con mucha dificultad.

¿Qué le pasó a mi voz? Parece la voz de un robot oxidado. Trago con fuerza y luego vuelvo a moverme. No me quedaré aquí. No quedaré postrado a una cama, me digo con determinación.

—¡Sí! —chilla alguien más.

Es mi mejor amigo, Erik.

—¡Sabía que volverías, buñuelito!

Quiero decirle que mi apodo es Bollito, no buñuelito. De pronto, ella invade mi mente. Ella vuelve a mí. Patricia. Mi Bollita. Quiero llorar. Pero no puedo.

—Patricia —digo y cierro los ojos.

Días después, empieza mi martirio existencial. Cirugías tras cirugías hasta que mi rostro parezca el de un humano y no el de un monstruo. En la rehabilitación, realizaba ejercicios básicos para fortalecer la parte inferior de la espalda y, en especial las piernas. Según me dijeron, me había roto varias costillas y sufrí un colapso pulmonar. Se cortó tanto el ligamento cruzado anterior como el colateral medial, uno en cada rodilla. Destrozado la muñeca izquierda y dislocado los dos hombros. Me rompí la nariz en tres partes y la mandíbula tuvieron que reconstruirla. Eso sin mencionar el implante de dientes, los tornillos, el platino en gran parte de mis piernas y la conmoción cerebral que sufrí ante el fuerte impacto.

—Adelgazaste mucho —me dice mi abuela—, pesas solamente setenta kilos.

Estoy delgado, pero no estoy feliz por ello. La peor dieta del mundo fue haber estado un año y tres meses en coma. Quince meses sin saber nada de Patricia.

—Necesito un portátil —le digo a mi amigo—, necesito comunicarme con Patricia.

Me costó mucho recordar mi antigua contraseña. Me costó mucho teclearla. Cuando entré en la página de Patricia, me llevé una gran sorpresa.

—¿Pasa algo? —me pregunta Erik—. No me asustes...

La última publicación de Patricia fue un día antes de mi accidente. Mis ojos se llenan de lágrimas al ver la foto que posteó en aquel entonces. Nosotros dos abrazados cerca del lago donde solíamos ir a caminar o a jugar como dos adolescentes. Revisé los mensajes, habían más de quinientos, todos de ella.

Patricia: ¿Nahuel? ¿Dónde estás? ¿Qué pasó de ti? ¿Estás bien? ¡Llámame! ¡Por favor!

Todos sus mensajes me hicieron suspirar de tristeza e impotencia. Ella me

rogaba que le respondiera, pero yo estaba en otro plano, muy lejano a este en aquel momento.

—¿Pasa algo, Nahuel?

Mis lágrimas atraviesan mi rostro y empapan las vendas que cubren por completo mi cabeza tras la última cirugía reconstructiva que me practicaron. La emoción que siento es indescriptible. Es vida. Es fe. Es esperanza. Nunca en mi vida pensé querer a alguien de este modo.

—Solo estoy emocionado —le digo a mi amigo.

Le escribo a Patricia un mensaje con el corazón en un puño.

Yo: Hola, Patricia. ¿Cómo estás?

Mi alma abandona mi cuerpo cuando veo su respuesta.

Patricia: Hola, Bollito.

Emotición triste.

Patricia: Al fin vuelvo a respirar.

Lloro con toda el alma. Patricia acaba de escribirme y siento que al fin vuelvo a la vida. Cierro los ojos y su imagen asalta mi mente.

«Te amo» musito, llorando.

Patricia

Dieta 29

Miércoles

Desayuno:

Zumo de melocotón. Galletas integrales. Kiwi.

Almuerzo:

Tostada integral con aceite de oliva y pavo.
Macedonia de frutas.

Comida:

Lentejas con verduras. Macarrones con tomate y queso. Natilla de chocolate baja en azúcar.

Merienda:

Bocadillo de mantequilla de cacahuets sin azúcar.

Cena:

Lubina a la plancha. Calabacín a la plancha.

Por la noche, me pongo el vestido morado que Heinrich me compró por la tarde tras nuestro paseo por la ciudad como dos locos enamorados. Me gusta pensar así. ¡Soy una romántica incorregible! Abro mis ojos de par en par al ver las muestras gratis de maquillajes de marca y los perfumes. ¿Existe mejor cosa que las gratis? ¡No!

Él se acerca y me coloca una gargantilla de piedras moradas. No quiero preguntarle si son piedras preciosas, porque este hombre no sabe comprar baratijas, las que me suelen gustar.

—Estás preciosa —me dice con una voz muy ronca mientras nuestras miradas se entrelazan a través del espejo—, quiero que esta noche sea inolvidable, Patricia.

Lo será, lo intuyo. Me besa el cuello con mucha pasión y me roba un gemido. ¿No le bastó con lo que hicimos en el jacuzzi horas atrás? ¡Tres orgasmos consecutivos! Si seguimos así, pronto romperé mi récord. Se aparta y se arregla la corbata negra de rayas. Lo miro embelesada. ¡Está guapísimo!

—¿Nos vamos?

No sabía adónde me llevaría, pero con él iría incluso al infierno. Bajamos de manos dadas y subimos al lujoso coche que nos espera delante del hotel, igualmente lujoso. Creo que es el más caro de París. Su mundo es tan distinto al mío. Su estilo de vida es tan ostentoso al lado del mío. Es raro, pero extraño mi mundo. Lo extraño a él. A mi Bollito.

«Dios mío» pienso con el alma a mis pies. Y ahí está él, escondido detrás de mi corazón, de mis recuerdos y de mis pensamientos. Siempre estará allí y eso no es nada bueno.

—¿Te sientes bien?

El coche se detiene a la vez que asiento con la cabeza. Heinrich sale cuando el chófer abre la puerta. Se abrocha los botones de su chaqueta carísima y me alarga la mano. Cuando salgo, estamos a pocos metros de la torre Eiffel. Un trueno cruza el cielo e ilumina la punta de la torre con cierta altivez. Pronto lloverá, pienso algo aturdida. Tras un hermoso día, la noche se entristeció.

—Dios mío —digo al ver a un pianista rodeado por velas a unos metros de nosotros—, es la melodía de mi película favorita —comento al oírla.

Heinrich me ofrece su brazo y yo lo entrelazo con el mío. Nos dirigimos hacia la torre Eiffel atravesando un largo camino de velas mientras el pianista nos toca aquella dulce canción. Una lágrima se me escapa del ojo derecho ante la fuerte emoción que siento.

—Buenas noches, señor Holmberg —nos saluda un hombre trajeado.
Subimos en el ascensor de la torre tras darnos un dulce beso.

—Espero haber acertado en todo, Patricia.

Asiento con un leve cabeceo. Es perfecto. Todo. El sitio, la canción, el clima, el vestido y él.

—En todo, Heinrich —le replico con la voz enronquecida.

Cuando llegamos a la cima de la torre, un camarero nos saluda y nos indica nuestra mesa. Estamos solos, por cierto. Heinrich retira la silla y me siento en ella con su ayuda. Tras ello, se desabrocha los botones de su chaqueta y se acerca al camarero. Le dice algo que no comprendo desde mi sitio. Desvió la mirada hacia la maravillosa vista del lugar. El río Sena se ve precioso desde aquí. Todo se ve precioso desde aquí, me corrijo.

Mi móvil timbra y me pongo nerviosa. Es Nahuel. Lo sé por el tono. Lo cojo y lo pongo en silencio. No leo el mensaje. No quiero hacerlo. No quiero estropear este momento. Él le tiene a Sarah y yo quiero tener a alguien también. Cinco años se pasaron desde su partida. Cinco largos años en que dejé de vivir. No es justo que ahora me busque.

—Tráenos el mejor champán —ordena Heinrich antes de sentarse en su silla.

Miro con curiosidad el lugar, el lujoso lugar donde solo en sueños pensé visitar. Heinrich me coge de la mano y me mira con mucha intensidad por encima de la lumbre de la vela.

—Gracias por estar aquí —me dice con melosidad.

Esbozo una sonrisa que apenas curva mis labios.

—A ti por hacerlo tan especial.

Cenamos entre bromas y risas. Evocando nuestro paseo por la ciudad parisina y las locuras que hicimos.

—Eres increíble, Bollito —suelto sin pensarlo—, Heinrich —me corrijo, pero tarde, muy tarde.

Él me mira con expresión seria. Bebí de más y la lengua soltó de más. Siempre suele pasarme tras el tercer trago. Él me mira con atención mientras bebe un sorbo de su copa.

—¿Bollito? —repite con cierta tristeza.

Mis ojos huyen de los suyos.

—Algún día te contaré quién es, hoy no.

No dice nada. Solo asiento antes de levantarse de la mesa y alargarme la mano. Bebemos champán y nos besamos mientras bailamos al son de mi canción favorita. Nos abrazamos y decidimos marcharnos antes de la medianoche. Una tímida lluvia cae sobre nosotros y en lugar de salir corriendo, nos quedamos allí

y la disfrutamos.

—Patricia —me dice él con voz ronca antes de atraparme entre sus brazos —, tengo que...

Su móvil timbra y su expresión se contrae. Coge la llamada sin rechistar y dice algo en alemán. Tras colgar, me mira apenado.

—Necesitamos volver al hotel —anuncia—, debo hacer una llamada urgente.

Con él siempre será así. Siempre habrá una llamada urgente. Un viaje inesperado. Poco tiempo para la familia. Poco tiempo para mí.

—Está bien.

En el hotel, mientras me quito el carísimo vestido y la gargantilla, lo veo salir de la habitación. Retorna y me dice que volverá enseguida.

—Es mi abuela.

Sé que su abuela no está bien. Todos en la empresa lo saben. Me hubiera gustado saberlo de su boca. Pero él aún no confía en mí hasta ese punto. Y menos tras mi metedura de pata. Está raro. Desde que mencioné el apodo de Nahuel, cambió.

—¿Por qué no consigo olvidarte?

Mi móvil timbra, es Nahuel. Cojo mi aparato casi con desesperación. Es una llamada. No la cojo. Vuelve a llamar y tras respirar hondo, pulso el botón verde y detono de una buena vez mi corazón.

—Hola, Patricia.

Todo me da vueltas, todo vuelve a tener sentido para mí.

«Dios mío». Su voz es nasal, parece estar resfriado.

—Hola —susurro con un enorme nudo en el pecho—, Nahuel.

Las lágrimas anegan mi rostro en pocos segundos. Llevo cinco largos años esperando por esta llamada y él decide hacerlo justo cuando decido seguir mi vida.

—Falta cada vez menos para nuestro encuentro —me dice con la voz entrecortada—, y quiero confesarte algo antes de que llegue ese día.

Me rompo a llorar con toda el alma al deducir lo que en verdad se oculta detrás de aquella llamada. Nahuel se despedirá de mí para siempre tras nuestro encuentro.

—Hace cinco años atrás sufrí un grave accidente de tráfico —me dice y me paraliza por completo—, estuve un año y tres meses en coma profundo.

Un sollozo se me escapa y siento que todo se me despedaza por dentro ante aquella inesperada declaración suya.

—¿Qué?

El pulso se me acelera.

—Tras abrir los ojos, tardé mucho tiempo en volver a caminar —continúa, llorando—, me practicaron más de cien cirugías a lo largo de mi recuperación. Hice varias sesiones de fisioterapia —no puedo controlar el llanto—, no soy el mismo, Patricia, no soy ni la sombra del hombre que conociste...

Me duele respirar. Me duele la cabeza. Me duele el corazón. Me duele el alma. Y ese dolor se convierte en ira segundos después.

—¿Por qué no me lo contaste antes?! —chillo, encolerizada—, ¿hubiera estado contigo!

Llevo mi mano a mi cabeza.

—No quería que estuvieras conmigo por lástima, Patricia.

Llora como un crío y me parte el alma sentirlo así. No puedo imaginarme por todo lo que tuvo que pasar estos últimos años. Quizá está totalmente deformado y usa muletas. Por eso me ha llamado. Para avisarme y no sorprenderme. ¡Dios mío! ¡Qué angustia!

—¿Lástima? ¡Hubiera estado contigo por amor! —le confieso a bocajarro—. ¡Porque te amo con locura, Nahuel! —exclamo y él llora aún más—. ¡Desde el primer beso que te di, no pude arrancarte de mi corazón un solo día! —mi alma respira aliviada tras muchos años—. ¡Te amo! ¿Lo entiendes? ¡Te amo!

«Te amo». ¡Al fin pude decirlo! ¡Al fin lo escupí! Él suelta un gemido de lamento, un profundo gemido de dolor.

—Y yo a ti, Patricia...

Cuelgo tras soltar un grito titánico. Arrojo mi móvil sobre la cama con rabia y salgo de la habitación como alma que lleva el diablo. Bajo las escaleras en lugar de coger el ascensor. No quiero que Heinrich me vea. Cruzo la puerta principal del hotel sin importarme la tormenta que cae fuera. Corro como una loca hasta perder las fuerzas cerca del río Sena, donde suelto un sollozo profundo que remueve todo mi cuerpo.

—¿Por qué no le cuidaste, Leticia?! —grito—, ¿por quééé? ¡Me lo prometiste antes de morir! ¡Prometiste cuidar a todos los que amo desde el cielo!

Caigo de rodillas en el suelo y lloro, lloro con todas mis fuerzas.

—¡Nahueeelll! ¡Nahueeelll!

Mi jefe aparece minutos después y me mira con profundo dolor. No puedo, ni quiero contener las lágrimas. Llevo cinco años haciéndolo. Él, en silencio, se arrodilla a mi lado y me mira con compasión. No sabe por qué lloro, pero sabe que me duele mucho. Sin decirme una sola palabra, me coge en brazos y me lleva al hotel bajo la tormenta que caía del cielo y de mis ojos sin emitir una sola palabra. Me aferro a él y al dolor que siento. Me aferro al amor que siento por él, por Nahuel.



Volvemos al país en un ensordecedor silencio. No consigo hablar, no puedo hacerlo. Heinrich me cuidó toda la noche. Me dijo palabras dóciles de consuelo todo el viaje. No hablé. No comí. Era como si hubiera retrocedido en el tiempo y retornado a mi anterior abismo. Al abismo donde me instalé cuando Nahuel se marchó. Durante meses, tuve pesadillas, soñaba que él había muerto y algo dentro de mí me decía que era cierto. Me pasó lo mismo con mi gemela y con mi abuelo. ¿Por qué sería distinto con Nahuel? Pero, un día, de la nada, volvió a escribirme y supe que su cuerpo vivía, pero su alma no.

—¿Te sientes mejor, cielo?

La voz de Heinrich es dulce y paciente.

—No.

Él me mira con infinita tristeza mientras el coche nos acerca a nuestras casas. Tras llegar, le pido que me deje a solas conmigo misma. Él asiente tras darme un beso en la frente. Un beso cariñoso. Un beso amistoso.

—Descansa.

Asiento antes de meterme en mi piso y romperme en mil pedazos. Deslizo mi cuerpo por la puerta y lloro, lloro con todo mi ser. Lloro como si Nahuel hubiera muerto. Lloro como si Leticia hubiera vuelto a morir.

—Bollito —digo llorando—, ¿por qué no me buscaste?

No comprendo su decisión, aunque, si lo analizo mejor, yo creo que haría exactamente lo mismo. Abrazo mis piernas y me quedo allí, cerca de la puerta en posición ovillo. No soy consciente de cuánto tiempo he estado allí. Solo sé que el sol salió e iluminó todo el recinto. Abrí mis ojos de par en par tras bostezar. Me levanto del suelo algo dolorida y me desperezó. Me encamino a mi habitación y me ducho por horas. Al salir, mi móvil timbra, es un mensaje de mi jefe.

Señor Holmberg: Tienes el día libre, cariño. Descansa.

Mientras leo su mensaje, entra otro en el buzón. Es de Paloma.

Paloma: ¡Hola! ¿No pensabas decirme que ya volviste?

Emotición de furia. No tengo ganas de hablar con nadie. Volvimos el domingo y hoy toca trabajar, pero el jefe me dio permiso y pretendo aprovecharlo.

Paloma: ¿Tú y el jefe se pelearon?

Su mensaje me hace fruncir el ceño y decido responderle.

Yo: ¡Hola! No, ¿por qué?

Heinrich se portó tan bien conmigo. Fue tan dulce, paciente, cariñoso y muy atento. No merece que lo trate mal o con indiferencia. Asiento y decido ir a la empresa, pero en plan amiga del jefe.

Paloma: ¿Recuerdas a la rubia despampanante que salía con él en una foto en su página de Facebook?

¡Es imposible olvidarla! Era la personificación perfecta de la muñeca Barbie.

Yo: Sí, ¿qué pasa con ella?

Emotición de duda.

Paloma: Está aquí, en la empresa.

Aquello me hace levantar ambas cejas en un acto involuntario.

Paloma: ¡Ven!

Emotición de correccaminos.

Yo: ¡Voy!

¿Qué hace en la empresa? ¿Vino a ver a Heinrich? La canción: Blanco y negro de Malú suena en mi móvil. Mis ojos se llenan de lágrimas. Es perfecta para mí y Nahuel.

*Sé que faltaron razones
Sé que sobraron motivos
Contigo porque me matas
Y ahora sin ti ya no vivo
Tú dices blanco, yo digo negro
Tú dices voy y yo digo vengo
Miro la vida en color y tú en blanco y negro
Dicen que el amor es suficiente
Pero no tengo el valor de hacerle frente
Tú eres quien me hace llorar
Pero solo tú me puedes consolar
Te regalo mi amor, te regalo mi vida
A pesar del dolor, eres tú quien me inspira
No somos perfectos, solo polos opuestos
Te amo con fuerza, te odio a momentos
Te regalo mi amor, te regalo mi vida
Te regalaré el sol siempre que me lo pidas
No somos perfectos, solo polos opuestos
Mientras sea junto a ti, siempre lo intentaría
¿Y qué no daría?
Me odias, me quieres, siempre contracorriente
Te llevo en mi mente desesperadamente...*

Me meto en el baño para maquillarme y arreglarme un poco. Tengo los ojos enrojecidos de tanto llorar y la nariz de color carmesí. Me miro al espejo y mi gesto se contrae. Los ojos se me achican, la boca me tiembla y rompo a llorar.

—Basta de auto compadecerte —me digo y me pongo tres capas de base —, hora de superar esta fase.

Me maquillo como me gusta y salgo del cuarto de baño caminando como una top model. Me pongo unos vaqueros ajustados y una blusa negra sin hombros. recojo mi melena en un rodete y luego cojo mi bolso de Betty Boop rojo pasión. Que combina con mis zapatos de tacones del mismo tono, los que Nahuel me regaló.

—Pretty woman segunda parte —digo y salgo de mi piso caminando como las modelos de Victoria`s Secret.

Cojo mi móvil y leo el mensaje de Nahuel con un enorme nudo en la garganta.

Nahuel: ¿Cómo estás?

Rota por dentro, quiero decirle, pero, por alguna razón muy ilógica, le digo:

Yo: Muy bien y ¿tú?

Emotición de besos. Hasta puedo imaginarme su expresión de asombro al leer mi mensaje. Estoy cansada de sufrir y para ello, debo afrontar las cosas. Me encontraré con él para dar un punto final a esta caótica situación. Luego, viviré una historia de amor y lujuria con mi delicioso jefe. El resto dejo en las manos de Dios y el destino.

Nahuel: Lamento todo lo ocurrido. Siempre lo lamentaré.

Emotición triste.

Yo: También yo.

Me despido de él cuando cojo a Fusty para dirigirme a la empresa. Nahuel no insiste mucho. Es tan típico de él. ¡Maldito orgulloso! Por esa razón me mantuvo cinco años alejada de él. Un polvete de despedida y todo quedará en paz entre nosotros dos. Dos o tres polvetes y quedaremos en paz. ¡Dios! Todo mi cuerpo reacciona con tan solo pensar en esa posibilidad. La canción: *How deep is your love* de los Bee Gees suena en la radio y mi corazón se encoje. La letra es tan yo y Nahuel. Freno en el semáforo y en ese lapso, me imagino bailando bajo la lluvia con él, sumidos en un calórico y dulce amor. Una maldita lágrima se me escapa del ojo y la enjugo a toda prisa con el dorso de la mano.

—No —me digo con firmeza—, ahora le toca a él llorar.

Pienso en todo lo que pudo haber pasado y me arrepiento de lo que digo al instante. Arranco y me encamino hacia la empresa. ¡Ni Toretto podría contra mi Fusty! Llego a mi lugar de trabajo con el alma a mis pies.

—Hola —me saluda Teodora con un fuerte abrazo—, pensé que hoy no vendrías a trabajar.

Me aparto y le digo que necesito hablar con el jefe. Teodora se pone muy tensa y aquello me llama mucho la atención. Miro la bandeja a un lado con dos tazas de café humeantes. La miro de vuelta.

—¿Es para el jefe?

Ella asiente con cierta vacilación.

—Lo llevo yo.

Ella asiente. Cojo la bandeja con firmeza de la encimera y me dirijo a la sala de Heinrich tras posar mi bolso en mi mesa. Golpeo la puerta y tras ello entro.

—Oh —digo, impresionada ante lo que veo—, señor.

Heinrich y la rubia de piernas largas están abrazados. Se apartan y me miran con atención. No sé qué hacer. Me quedo allí con la bandeja y la cara de estúpida del año. ¡Es evidente que yo era una más de su colección de Barbies! Claro, la Barbie talla XL. Lo fulmino con la mirada. Ella, sonrío, ¡se ríe de mi cara! ¡Desgraciada!

—Patricia —me dice algo cohibido—, esta es Charlotte, mi hija.

Abro tanto los ojos que temo que saldrán volando de sus órbitas. ¿Su hija? ¿Escuché bien? Él se acerca y coge la bandeja de mis manos al ver que tambaleo.

—Anoche quería contarte muchas cosas, pero, ante lo ocurrido, no pude —mira a su hija—, ella y yo nos conocimos hace solo tres años —sonríe con ternura—, tiene veintisiete años.

¡Tiene una hija de veintisiete años! Ella se acerca y me besa en las mejillas con amabilidad.

«Amor de mamá» digo para mis adentros.

—Hola, Patricia.

Es dulce y amorosa como el padre. Él me cuenta que ella fue el resultado de un amorío de su adolescencia. Que su madre nunca se lo dijo, hasta que murió años atrás y ella lo buscó. No digo nada. Porque nada puedo decir. Me limito a mirarlos con ojos soñadores. A mí también me hubiera gustado tener un hijo ya grande, pero, el destino tenía otros planes para mí. ¡Desgraciado!

—Wow —digo, sorprendida—, ¿tendrás más hijos? —me miran con curiosidad—, mis padres estarían la mar de contentos con sus nietos.

Mi comentario hace que los ojos de Heinrich brillen intensamente. Sabe que detrás de ella se esconde mi gran decisión. La de ser feliz con él.

—Entonces, ¿aceptarás mi propuesta, Patricia?

Asiento.

—Sí, pero antes debo contarte todo.

Su sonrisa desaparece de un plumazo.

—Me parece bien.

Charlotte se despide de ambos y nos dice que volverá al día siguiente para cenar con ambos. Heinrich la acompaña hasta el ascensor. Lapso en que envié un mensaje a Nahuel.

Yo: Quiero verte mañana cerca de nuestro lago.

No quiero esperar más tiempo. Necesito poner fin a todo para seguir con mi vida, sin él.

Nahuel: Estaré allí a las tres en punto, como habíamos acordado meses atrás, mi amor.

«Mi amor» repito con lágrimas en los ojos. Mañana volveré a verlo.

Mañana será el último día de nuestras vidas.
—Mi amor.

Nahuel

Dieta 30

Años antes...

Jueves

Desayuno:

Leche desnatada con cereales integrales. Naranja.

Almuerzo:

Yogurt desnatado con frutos secos.
Bocadillo de pan integral con queso fresco y pepino.

Comida:

Crema de calabacín con orégano y pimienta.
Magro de cerdo con champiñones.
Plátano flameado con cacao.

Merienda:

Manzana. Tostada integral con miel.

Cena:

Pizza mediterránea.

Tomo mis medicamentos correspondientes antes de marcharme al hospital para mi larga sesión de fisioterapia. Cojo mis muletas y me dirijo al coche. Hoy ya no duele caminar como al inicio, que mal podía moverme sin sentir un agudo dolor en las piernas. El platino poco a poco se adapta a mi cuerpo o, yo a él. Mi fisioterapeuta, una mujer joven y muy hermosa, me ayuda a diario a mejorar mis movimientos. Es alegre y bastante optimista con respecto a mi recuperación. Me siento bien con ella como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Cada día estás mejor, Nahuel.

Estamos en la piscina, subiendo y bajando para fortalecer los músculos de mis piernas. Ella me mira con intensidad y me cohibo ante ello.

—Necesito estar bien, Romina.

Ella sonrío y me pide que camine con ella hasta la otra orilla de la piscina. Lo hago con mucha dificultad. Al llegar, pierdo el equilibrio y ella me sostiene con presteza. Nuestras caras están pegadas la una a la otra y cuando pretendo alejarme, ella me besa en los labios, pero yo no la correspondo.

—Lo siento —me dice apenada—, no sé qué me pasó.

Meneo la cabeza en un gesto negativo, restándole importancia al asunto.

—No te preocupes.

No me siento atraído por ella. Físicamente es perfecta, la mujer que cualquier hombre desearía, pero yo era una rara excepción. Además, estoy profundamente enamorado de Patricia, a quien no consigo olvidar, a quien sé que nunca podré olvidar.

—Ella es muy afortunada —me dice, algo apenada.

Levanto la vista y la miro con ojos interrogantes.

—La mujer que te hizo volver de la muerte —acota.

Mi corazón da varias piruetas sobre sí mismo.

—Soy yo el afortunado.

Tras aquel día, Romina y yo nos tornamos muy buenos amigos. Ella sacó lo mejor y lo peor de mí durante la rehabilitación.

—¡No puedo! —grité, cierto día—, ¡mierda!

No consigo levantar las pesas y la rabia me consume por dentro. Romina me desafía:

—¡Sí puedes! ¡Hazlo!

Necesito recuperarme. Por mí. Por Patricia. Por nosotros. Levanto las pesas sudando frío y tras lograrlo grito:

—¡Patricia!



Se pasaron casi cinco años desde la última vez que vi a Patricia. ¡Cinco largos años! El mismo tiempo desde que sufrí aquel horrible accidente de tráfico que cambió mi vida para siempre.

—Cinco años —digo con cierta agonía.

Patricia y yo chateamos todos los días sin falta. Nos contamos todo, incluso las cosas más íntimas como cuando éramos los mejores amigos del mundo. No tocamos temas del pasado, nunca. Como si hubiéramos hecho un pacto de sangre, pero sin sangre. Sin embargo, a veces, el corazón comandaba a la razón.

Yo: Te echo de menos.

Emotición triste.

Patricia: Yo también.

Durante noches enteras, evoco las cosas que viví a su lado. Las locuras que cometimos. Con ninguna fui tan sincero, tan honesto y tan espontáneo como lo fui con ella.

—Patricia...

Estoy desnudo en mi cama y la luz plateada de la luna baña casi todo mi dormitorio. Una dulce melodía suena en la radio mientras trato de hacer la meditación que Romina me recomendó ayer. Pero Patricia asalta mi mente y no consigo concentrarme en nada más. Esbozo una sonrisa tras doblar la pierna derecha a la altura de mi pecho. Cojo el mando a distancia del reproductor de música y pulso el botón del USB. La canción: *Always on my mind* versión Michael Bublé empieza a sonar. Un recuerdo asalta mi mente y agita todo mi cuerpo...

Patricia y yo llevábamos unas pocas semanas con la dieta del sexo. Y los resultados se veían a simple vista.

—Quiero hacerte el amor —le digo tras entrar en su habitación—, por cuarta vez hoy.

Ella ríe a carcajadas.

—¡Eres insaciable!

Le succiono los labios con deleite, con gusto. Ella comienza a quitarse las ropas. Le quito el sujetador y me meto su rosado pezón en la boca, algo en mí se rompe en mil pedazos y murmuro:

—Eres preciosa.

La tumbo en la cama y la observo. Sus mejillas están rojas, encendidas, y sus ojos brillantes. Le separo las piernas poco a poco. Le gusta que la seduzca, que coquettee con ella antes de hacerla mía.

—Eres perfecta.

Clavo mi mirada en ella al tiempo que me quito la camisa y me arrodillo entre sus piernas. Me encanta su olor y se la hago saber cuándo le paso la punta de la lengua por los pliegues de su sexo. Cierra los ojos y abre las piernas para mí. Le beso la cara interna de los muslos y la siento vibrar. A continuación, introduzco los dedos en su cálida hendidura.

—Nahuel —jadea y se arquea con fuerza.

Coloco la boca sobre su parte íntima con voracidad. Su sabor es delicioso, y su tacto embriagador. Mi lengua se mueve sobre su clítoris. Lo succiono sin piedad, a la vez que ella se revuelve entre mis manos. Jadea. Suspira. Grita.

—¡Me vuelves loca!

Oír sus gemidos, sentir el calor de su cuerpo y su entrega me hacen perder la razón por completo. Siento cómo mi corazón se acelera al oírla. Se arquea para recibir más y más.

—Necesito sentir tus labios —me dice casi con agonía.

Un beso frenético nos consume.

—Necesito tenerte dentro ¡ya! —chilla tras apartarse de mí—, ¡ya! —patalea y me rio.

Coloco sus piernas sobre mis hombros y la penetro lentamente. A pesar de que ya está acostumbrada a mi tamaño, siempre tomo cuidado para no lastimarla.

—Ábrete para mí.

Ella balancea las caderas en busca de profundidad. Sus manos me agarran con deseo y su mirada me hace saber que quiere que me mueva. Entro y salgo de ella con decisión.

—Así —susurro sin dejar de moverme—, te deseo tanto...

Me muevo sobre ella con una serie de rápidas embestidas y, cuando baja las piernas de mis hombros, murmuro:

—Quiero que me mires siempre, ¿entendido?

Mi petición la deja boquiabierta. No soy un tipo mandón, pero, a veces, me sale mi cavernícola interior. Lo confieso.

—Sí —me dice con ojos ladinos—, amo...

Me hundo de nuevo en su interior y me muevo con tal violencia que, la cama empieza a moverse debajo de nosotros. Ella llega al clímax y, tras un par

de empellones más, también lo hago yo.

—¡Sí! —grita ella—, ¡oh, Dios!

Desnudos y desorientados después de ese increíble asalto, respiramos con dificultad. Rodando hacia un lado para no aplastarla, pregunto:

—¿Todo bien, cielo?

Ella asiente y yo tomo aire.

—¿Te arde?

Ella niega con la cabeza.

—No, ya no.

Me gusta saber que lo ha pasado bien y que no he sido demasiado brusco. A veces no consigo domar al salvaje que llevo dentro y menos con ella.

—Prepararé algo para comer —anuncio tras levantarme—, ¿Patricia?

Ella se quedó dormida.

—Mi amor.

Abro los ojos de golpe al volver al presente tras el delicioso clímax solitario. Miro el resultado con indignación antes de levantarme de la cama y dirigirme al cuarto de baño. Me limpio con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Desde que te conocí, no he vuelto a tocar a otra mujer —miro el espejo—, ni siquiera en mis sueños, mi amor.

Me observo con curiosidad. No soy el mismo hombre que Patricia conoció, tras tantas cirugías, el Nahuel que ella conoció quedó enterrado bajo esta nueva apariencia. Me giro y me apoyo contra el lavabo con aire pensativo.

—Tengo tanto miedo al rechazo —digo, abatido—, a tu rechazo.

Cierro los ojos con fuerza y evoco aquella deliciosa noche con un enorme nudo en el pecho...

Mientras preparaba unos bocadillos de pepinillos y tomates, ella apareció tras de mí y me abrazó con fuerza. Norah Jones cantaba en la pequeña radio en forma de Bob Esponja de su cocina la canción: Don't know why. Me di la vuelta y la invité a bailar. Esbozó una amplia sonrisa antes de envolverme el cuello con sus brazos y empezar a mecerse de un lado al otro con mucha gracia. Ella llevaba una camiseta grande con la foto de Snoopy en la parte frontal y unos panties negros con estrellitas blancas. Yo llevaba unos pantalones cómodos negros y una camiseta ajada gris. Recliné la cabeza sobre la de ella y la miré con profundidad sin dejar de movernos. Aquellos pequeños momentos marcaron la gran diferencia en nuestra historia. Nos bastaba con tan poco para ser felices.

—Por ti volví a la vida —digo al abrir los ojos—, Patricia Aguilera.

Patricia

Dieta 31

Dieta mediterránea

Viernes

Desayuno:

Zumo de naranja.
Tostadas integrales con aceite de oliva. Banana.

Almuerzo:

Barrita de cereales integrales sin azúcar.
Batido natural de pera.

Comida:

Salteado de garbanzos con guisantes, cebolla y tomate. Atún a la plancha con coliflor al vapor.
Arroz con leche bajo en azúcar.

Merienda:

Bocadillo de fiambre y queso fresco con tomate.

Cena:

Tortilla de pimiento y cebolla.
Ensalada de endibias y pepino.

Heinrich me mira con profundo dolor desde su sitio, al otro lado del alféizar. Tras salir de la empresa y comprar una tarta de chocolate que zampamos juntos media hora atrás, decidimos acomodarnos en su habitación. Él se cambió de ropas, optando por unos pantalones chándal blanco que realzaban mucho su bronceado. Su piel era de un canela brillante delicioso. Natural, no de solárium. Me dijo que meses atrás hizo senderismo por varias montañas europeas. No me dijo si solo o acompañado. Sus cosas siempre los

mantenía bajo siete llaves. Recorro su abdomen perfecto con cierta curiosidad. Nahuel era blanco como la leche. Tenía la piel de un recién nacido y las mejillas siempre encendidas en la parte central de los mofletes.

—Nahuel no era mi gato de infancia como te dije en París —suelto tras suspirar—, sino el gran amor de mi vida.

Heinrich me mira con atención mientras bebe un sorbo de café de su taza. No dice nada, solo me mira como diciéndome: continúa. Aquí estoy para escucharte.

—Hace cinco años atrás lo perdí por culpa de un mal entendido —prosigo—, tras verme en una situación sospechosa con Andrew.

Sigue mirándome con la misma expresión.

—Pero en realidad, ignora lo que pasó de verdad aquella triste noche —suspiro—, Andrew fue a la fiesta y bebió de más. Tras unos buenos tragos, empezó a llorar y me confesó algo realmente inquietante.

Andrew irrumpe mi mente. Aquella noche sombría, me confesó algo que no esperaba. Me dijo que era gay y que estaba enamorado de Nahuel. Cuando Heinrich escuchó mi confesión, se le dilataron los ojos ante la sorpresa.

—Tras ello, el muy desgraciado vomitó en mi regazo y luego en el suyo.

Mi jefe hizo una mueca de asco.

—Lo llevé hasta mi cuarto con la ayuda del primo de Paloma, que lo duchó y manoseó a su antojo —sonríó al evocarlo—, luego entré yo —hice una pausa—, un detalle que Nahuel desconoce.

Heinrich baja la mirada y mira su taza con atención. Luego levanta la mirada y me mira fijo.

—Aquella noche, Paloma y yo cogimos su coche y lo seguimos, pero sufrimos un accidente.

Él hace una mueca de asombro.

—Por eso Paloma lleva unos zapatos especiales —las lágrimas se hacen presentes—, para no cojear.

Ella se rompió el tobillo y tuvieron que ponerle unos tornillos. Tras varias sesiones de fisioterapia volvió a caminar con normalidad. Yo me rompí el brazo derecho y la frente. Nada grave en comparación a mi amiga. Tras salir del hospital, busqué a Nahuel por todos los medios que pude, pero fue inútil, en la empresa me dieron una dirección. Lo busqué, sin éxito alguno. Nadie lo conocía en aquel sitio. Nadie nunca lo vio por aquellos lados. Para empeorar las cosas, empecé a tener pesadillas, las mismas que tuve con mi gemela.

—Mi corazón me decía que Nahuel había muerto —digo, sollozando—, y ante tal posibilidad, me sumergí en una profunda depresión, tanta que, terminé en la misma clínica psiquiátrica que mi madre tras la muerte de Leticia —él me

mira con profundo dolor—, no comía, no dormía bien y lloraba, lloraba todos los días por la muerte de mi Bollito —el corazón se me encoge—, hasta que un día, al fin, dio señales y volví a la vida.

Heinrich me mira con una enorme pena en los ojos.

—Fue la dieta perfecta —me mofo—, bajé más de cincuenta kilos en un año y poco —me seco las lágrimas con el dorso—, si él no me hubiera escrito, me hubiera muerto de tristeza.

Mi psiquiatra me dijo que Nahuel fue el mejor medicamento que el destino pudo darme. Suena muy trágico, pero, cuando mi hermana y mi abuelo murieron, había tenido las mismas pesadillas.

—Nahuel sufrió un grave accidente —comento—, y casi murió —cierro los ojos con fuerza—, pero mi Bollito no lo hizo.

En ese momento, al decir aquello, fui consciente de que, a pesar del tiempo y la distancia, seguía enamorada de él, profundamente enamorada de él. Abro los ojos y miro con intensidad a Heinrich. Él se levanta y se reclina a la altura de mi cara. Me mira con ojos lacrimosos antes de abrir la boca y decirme con profundo dolor:

—Esto es una despedida, ¿no?

Unas lágrimas atraviesan mi rostro mientras trato de respirar con normalidad, pero el aire no me llega a los pulmones y la respiración se hace difícil. No necesito replicarle, él ya conoce la respuesta.

—Entonces, haré que sea inolvidable, Patricia.

Me besa con melosidad los labios antes de cogerme en brazos y llevarme hasta la cama. Me deposita sobre ella con suma delicadeza y me mira con mucha intensidad antes de apartarse. Con un mando a distancia, baja las persianas y luego enciende el reproductor de música. La melodía de la película: *One day* empieza a sonar y mi corazón se acelera. Enciende la luz del velador y me mira con magnitud.

Se precipita sobre mí y se acomoda entre mis piernas con cuidado. Busca mi boca con cierta impaciencia y me besa con mucha pasión. Sus labios me devoran mientras su lengua me atormenta.

—Heinrich —murmuro con cierta agonía—. Hazme el amor como nunca antes lo has hecho a nadie más.

Me desnuda con una lentitud martirizante mientras me rompo a llorar ante nuestra despedida anticipada.

—Nunca le he hecho el amor a nadie —me aclara, — antes de ti.

Aquello me hace llorar aún más.

—Patricia —murmura con tristeza—, no sufras más.

Se quita los pantalones, me coloca las manos en los muslos y me penetra.

Jadea, le clavo las uñas en los hombros y me aferro a él con fuerza. Inclina la cabeza para saborear mis pechos, me lame los pezones y luego los succiona con delicadeza hasta hacerme chillar de deseo. Muevo la cabeza de un lado a otro, pero al final lo agarro de la cara y lo obligo a mirarme. Siento la aspereza de su barba en las palmas de las manos.

—Nunca te olvidaré, Heinrich.

Empieza a moverse sin dejar de mirarme un solo segundo con aquellos ojos azules teñidos de tristeza.

—Tampoco yo, Patricia.

El clímax me envuelve en pocos minutos. Mi cuerpo comienza a estremecerse y me aferro a sus brazos con fuerza mientras él alcanza su propio orgasmo. Sin salir de mí, cae sobre mi cuerpo y apoya la cabeza en la almohada, junto a la mía. En la habitación solo se escucha nuestros jadeos.

—Te amo —me dice y todo mi cuerpo se paraliza.

No digo nada. Absolutamente nada. Me pasa un brazo por encima, un gesto que aprovecho para acurrucarme contra él.

—Duerme, Patricia.

En silencio y agotada, cierro poco a poco los ojos hasta quedarme del todo dormida.

—Te amo —susurro.

Pero no le digo a él, sino a Nahuel. Y él, es consciente de ello.



Me levanto de la cama y me visto con un enorme peso en el corazón. Heinrich duerme profundamente mientras las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas. Siento un dolor agudo en el centro del pecho, el mismo dolor que experimenté el día que Nahuel se fue de mi vida. Me subo a la cama con cautela y le doy un beso en los labios.

—Patricia —murmura sin abrir los ojos.

La sábana cubre la mitad de su escultural cuerpo y deja la otra mitad a la vista. Parece un dios mítico. Lo es.

—Adiós, Heinrich.

Me despido de él llorando a lágrima viva. Salgo de su casa y me dirijo a la mía sin dejar de llorar un solo segundo. Cojo mis ropas y las coloco en la maleta. Necesito irme lo más lejos posible de él y de todo lo que me recuerde a él.

—Es hora de seguir enfrente —me digo—, de construir una nueva vida.

Paloma me escribió un mensaje anoche. Me dijo que ella y su primo se

encargarían de mis cosas hasta que volviera a la ciudad. Pretendo viajar lejos tras mi encuentro con Nahuel. Con mi Bollito.

—Así te conoció —me digo tras maquillarme—, bien maquillada y perfumada.

Ya no soy la chica con sobrepeso. Tampoco soy una chica súper delgada. Tengo curvas. Siempre las tendré. Caderas redondeadas. Pechos generosos. Rostro redondeado. Alma destrozada.

—Y dramática —acoto con una sonrisa débil.

Me pongo una blusa de hombros abiertos de color negro y unos vaqueros ajustados que realzan mis caderas. Me recojo la melena larga en dos coletas aniñadas. Como a Nahuel le gustaba. Quiero que lleve ese recuerdo de mí. Sí, tras pensarlo bastante, decidí lo mejor para ambos, seguir adelante, pero sin él. Nahuel decidió por ambos hace cinco años atrás y, hoy, al fin, decido aceptarlo. Además, él le tiene a Sarah y yo ya no tengo un espacio en su vida.

—Perfecto.

Salgo tras el mediodía de mi departamento con mi maleta y el peluche de Snoopy que Nahuel me regaló o dejó la última vez que nos vimos. Miro la puerta del apartamento de Heinrich con ojos soñadores. Me muerdo el labio inferior y alargo la mano derecha. Cierro el puño y desvío la mirada antes de marcharme del lugar. Bajo hasta el garaje y cojo mi coche. Enciendo la radio tras colocar mi pendrive en ella. La canción: Blanco y negro de Malú suena y me eriza toda la piel. Los ojos se me llenan de lágrimas y el corazón golpea mi caja torácica con violencia mientras evoco a Nahuel y todas las cosas que vivimos juntos. Heinrich irrumpe mis recuerdos y forma parte de aquel momento.

—Duele tanto —me digo, sollozando.

Arranco al fin y me dirijo al lago que está a unos quince minutos de aquí. El sitio que Nahuel y yo elegimos para meditar. Para reír. Para llorar. Para gritar. Para soñar.

Cruzo toda la ciudad con un enorme nudo en el pecho. Las lágrimas ofuscan mi vista por completo, en especial cuando la canción: *Anymore of this* de Matthew Perryman empieza a sonar en la radio como una banda sonora especial para aquel crucial momento de mi vida.

—Llegó la hora —murmuro tras aparcar a Fusty.

Bajo del coche y me enfilo hacia el lago a cámara lenta. Las personas gritan, ríen y corren a mi alrededor. A lo lejos, donde quedamos en vernos, atisbo la silueta de un hombre alto, delgado, con gorro negro, camisa escocesa manga larga «celeste y blanco» y las manos ocultas en los bolsillos de unos ajados vaqueros. Mi corazón late con tal fuerza en mi pecho que siento que me romperá el esternón.

—¿Es él?

Era un hombre muy delgado. Suelto un largo suspiro antes de acercarme. Ha adelgazado mucho, pienso con el alma hecha trizas. Me detengo a unos dos metros de él y digo con la voz temblorosa:

—¿Nahuel?

—¿Perdona?

Cuando se vuelve, me encuentro con un hombre de unos cincuenta años de tez morena y ojos negros.

—Lo siento —le digo, apenada—, lo confundí con otra persona.

Él asiente antes de alejarse de mí. Suelto un largo y profundo suspiro al tiempo que observo el lago con ojos lacrimosos. Estoy entrelazando algo nerviosa mis manos. Minutos después, alguien me alarga por encima de mi hombro derecho un tulipán morado con una cinta de seda en el tallo de color blanco. Unas lágrimas se me escapan de los ojos.

—Nahuel —digo emocionada hasta el alma.

Me doy la vuelta y mi expresión se contrae en un gesto de sorpresa y estupor.

—Bollita —me dice y todo empieza a darme vueltas.

No, ¡Dios mío! Mis ojos y los suyos se nublan lentamente. No, no puede ser, me digo mientras las lágrimas empiezan a huir de mis ojos de manera descontrolada. Mi corazón deja de latir, para luego hacerlo de un modo alocado en mi pecho. Las sienes me palpitan al mismo compás.

—¡¿Tú?! —grito—, no, no es posible —me digo a mí misma.

Miro a los costados y busco a alguien que está delante de mis narices, pero que me niego a aceptar que sea él. ¡No! ¡Es inaceptable! ¡Es imposible! Llevo mi mano derecha a mi boca e intento ahogar mi sollozo. Pero es inútil.

Siento dolor.

Angustia.

Rabia.

Furia.

Decepción.

—Patricia —me dice Heinrich—, soy yo, Nahuel.

Mi jefe es Nahuel. Nahuel es Heinrich. ¿Cómo pude ser tan ciega? ¿Cómo no me di cuenta? Y allí están, las señales, agolpándose en mi cabeza una tras otra. Sus miradas, sus gestos, sus comentarios, sus escapadas sin sentido y sus cicatrices repartidas por su cuerpo, huellas de un supuesto accidente en las montañas.

—Qué estúpida fui —murmuro, llorando—, ¿cómo no me di cuenta? —vuelvo a reprocharme.

Lo miro con atención. No había restado nada de Nahuel, a no ser sus ojos y sus labios. Él da dos pasos y yo doy dos hacia atrás. No quiero que me toque. No quiero que me hable.

—¡No! —grito en un acto reflejo cuando intenta tocarme—, ¡tú no eres él! —doy dos pasos hacia delante y le golpeo los pechos con los puños—. ¡¿Dónde está Nahuel?! —estoy poseída por la ira—, ¿quién eres tú?

Él coge mis manos y me mira con ojos implorantes.

—Soy yo —me dice con la voz enronquecida—, soy yo, Bollita.

Lo miro con estupor. Con indignación. Con una tristeza lacerante.

Respira.

Inspira.

Aspira.

Levanto la mano derecha de manera trepidante y le estampo una bofetada feroz que le hace girar a un lado la cara.

—¡No! —exclamo con un dolor insoportable en el pecho—, ¡tú no eres él! —repito una, dos, tres y un sinfín de veces—. ¡Tú no eres mi Bollito! ¡Nooo!

Todos nos miran estupefactos. Somos la gran atracción del lugar, pero no nos importa serlo. Llevo mi mano a mi boca y niego con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Aprieta la mandíbula con fuerza. No existen palabras que puedan justificar su mentira. Nada de lo que dijera lograría calmar a mi pobre corazón. ¡Nada!

—Patricia...

Él acuna mi cara entre sus manos con fuerza y me mira fijo. Intento apartar mi cabeza de sus crueles garras, pero él es más fuerte que yo. Que mi deseo. Que mi dolor.

—Soy yo, Nahuel.

Aparto mi cara de sus manos con brusquedad y lo miro con profundo desprecio a través de mis pestañas empapadas en dolor.

—Patricia...

Sus ojos están repletos de lágrimas, al igual que los míos. Lleva su mano a su cabeza y hace una mueca.

—Siempre lo supe —miento con descaro y lo sorprendo—, y esperaré hasta el último momento a que me dijeras la verdad... —hago una pausa y respiro hondo—. ¿Cómo pudiste mentirme de este modo?

Hago una pausa larga y aspiro una gran bocanada de aire fresco. Para mi asombro, él se rompe a llorar con toda el alma.

—Lo. Lo. Siento. Mucho —tartamudea.

Nahuel o Heinrich, me mira con mucho pesar. Luego lleva su mano a su cabeza en un gesto de dolor agudo. Quiero preguntarle qué le pasa, pero el

orgullo no me deja.

—¿Te reías de mí cada vez que hablaba de tu otro yo contigo? ¿Te divertías mucho?

Niega con la cabeza y suelta un gemido de lamento sin apartar la mano de su cabeza un solo segundo. Contrae el gesto y un enorme nudo se me forma en la garganta al ver que algo le molesta. No quiero que sufra. A pesar de todo, no le deseo el mal.

—No, Bollita.

—¡No me llames así! ¡Nunca más!

Da un paso hacia mí y yo doy dos pasos hacia atrás. No quiero que me toque con sus manos. ¡Nunca más!

—¡Abuelo! —grita una niña de unos tres años, —tengo hambre!

Es una niña hermosa. De pelo muy rubio y rizado. Está con una chica morena que la sostiene en brazos y le da dulces besos.

—Ya voy, cielo.

Lo miro y luego vuelvo a mirar a la niña. ¿Es su nieta?

—Es la hija de Charlotte —me aclara—, Sarah.

Abro mucho los ojos y la boca.

—Mi nieta.

Es tan joven para ser abuelo, pienso aturdida. Pero, al menos él tiene una hija y una nieta. Yo no tengo a nadie más que a mis padres y a mi abuela. Que ya no son tan jóvenes. Cuando ya no estén a mi lado, me quedaré sola, completamente sola.

«Eres tan patética» me reprendo.

—Ella es Sarah —digo tras varios segundos de mutismo—, una mentira más —me mofo—, ¿cuántas más hay?

Él no me replica, solo me mira. Tras unos segundos eternos, abre la boca y dice:

—Patricia, mi amor.

Niego con la cabeza.

—Amas de un modo tan raro —le digo con amargura—, amas de una manera tan egoísta y mezquina.

Una lluvia de lágrimas atraviesa sus mejillas sonrojadas. Frente a mí está él, el sentimental Nahuel y no el impenetrable Heinrich. ¿Quién es en verdad? ¿Nahuel o Heinrich? ¿Sabe al cierto quién es? ¿O es como el doctor Jekyll y el señor Hyde?

—Quería que conocieras a ambos —me dice como si me hubiera leído la mente—, al Nahuel de antes y al Nahuel que nació tras conocerte —hace una pausa—, ambos enamorados de ti —sonríe con tristeza—, suena raro —asiente

—, pero es la verdad, la única verdad, Patricia.

Me dice que Heinrich es su nombre de pila y Nahuel su segundo nombre.

—¿No era Héctor como me lo dijiste en el pasado?

Mis lágrimas dejan de caer de mis ojos, la impresión las secó. Nos quedamos allí, frente a frente, mirándonos con sentimientos indefinidos, al menos yo. No sabía si aquello que sentía era amor u odio.

—Quiero que seas consciente de ello —apostilla—, que, aunque sea raro, te amo con todo mi ser —aprieta con fuerza los dientes—, como nunca amé a nadie antes.

La brisa tibia acaricia mi rostro congelado por el dolor.

—¿Ni a tu esposa? —suelto con malicia.

Me mira con magnitud.

—A nadie —repite con firmeza.

La canción «Saturno» de Pablo Alborán suena en alguna parte del parque y su letra me estremece.

«Yo no quería amarte, tú me enseñaste a odiarte». Miro a Nahuel por unos segundos mientras las lágrimas recorren su hermoso rostro. Por fuera, tras varias cirugías, según me comentó días atrás, es otro, completamente distinto al chico que conocí, pero por dentro, seguía siendo el mismo. Sin embargo, a pesar de ello, no sé quién es él en realidad. Tal vez, el chico que alguna vez me robó el corazón, simplemente, no existía.

—Me enamoré de Nahuel, pero él no existe.

Me coge del brazo con brío.

—Sí existe —puntualiza—, soy Nahuel.

Niego con la cabeza y aparto mi brazo de su mano.

—No, eres Heinrich Holmberg, el multimillonario sin alma.

Él acuna mi cara entre sus manos una vez más y me obliga a mirarlo.

—Antes de conocerte no tenía alma —me aclara—, y luego tú te transformaste en ella. ¡Tú eres mi alma!

Captura mis labios en un profundo y desesperado beso. Le correspondo de cuerpo y alma. Le doy mi corazón con aquel beso y luego, tras unos minutos, me aparto de él. Lo miro. Lo condeno. Lo mato. Lo entierro. Y él es consciente de ello. Me conoce mejor que nadie para saberlo. Llora con mucha pena. Pero no me importa. Ya no.

—Patricia...

Grabo su rostro a fuego antes de girar sobre mis talones y alejarme de él rota por dentro en mil pedazos.

—¡Patricia!

Me quito las estúpidas gomas del pelo. Lo libero como lo hago con mi

corazón. No me detengo. Sigo enfrente. Dejo atrás a Nahuel y a Heinrich. Los dejo para siempre. En mi vida no hay lugar para ellos.

—¡Bollita!

Lloro con amargura, pero no me detengo. No lo hago. Ya no. Me subo a mi coche y lo miro antes de arrancarlo. Él corre hacia mí, pero no me alcanza. Acelero y me marcho de su lado para jamás volver. Hoy, Nahuel ha muerto para mí. Heinrich también.

Heinrich

Dieta 32

Dieta mediterránea

Sábado

Desayuno:

Yogurt desnatado.
Magdalenas integrales con miel.
Macedonia de frutas.

Almuerzo:

Leche desnatada con salvado de avena. Arándanos.

Comida:

Sopa de marisco. Paella mixta.
Tarta de almendras baja en azúcar.

Merienda:

Tostada con mermelada baja en azúcar.

Cena:

Acelgas rehogadas con ajos tiernos. Pollo a la plancha.

Las lágrimas caen una tras otra por mis mejillas encendidas como brasas. No tengo vergüenza de que me vean llorando. De que me vean gritando el nombre de la mujer que amo con toda el alma. En ese momento, soy Nahuel, no Heinrich. Suena ilógico, pero es así. Solo con ella pude ser yo mismo. El chico bobalicón, tímido, reservado y distraído que ella salvó del abismo impuesto por su sangre.

—¡Patricia! —grito con desesperación—, por favor, debes escucharme, Bollita.

Patricia se marcha sumida en rabia y decepción. No la culpo. Al contrario, la comprendo mejor que nadie. Yo en su lugar, haría exactamente lo mismo.

—Mi amor...

Todo se ralentiza a mi alrededor, como suele pasar en las películas en los momentos más dramáticos.

—Lo siento —murmuro, roto por dentro—, lo siento...

Ella se quita las gomas del pelo sin dejar de caminar. Su larga melena castaña juega con el viento mientras unas tibias lágrimas caen de mis ojos.

—No desistiré de ti, Bollita —digo con decisión—. No mientras viva.

Y tras aquel día, lucho por su perdón. Pero ella es demasiado orgullosa como para perdonarme con tanta facilidad. Soy consciente de ello. La conozco mejor que nadie.

—Ella renunció ayer —me dice Alana tras entrar en mi sala—, al inicio dijo que no quería nada, luego se retractó alegando que eras demasiado rico y ella no.

Asiento tras quitarme la chaqueta negra. Meneo la cabeza de un lado al otro al sentir aquel implacable dolor en el centro mismo de mi cerebro. Aprieto con fuerza la mandíbula y llevo mi mano derecha a mi sien.

—Heinrich, ¿por qué no le dices la verdad?

Levanto la vista y la fulmino con la mirada. Mi amiga o, mejor dicho, mi mejor amigo, me mira con escepticismo. Jamás usaría la verdad oculta detrás del motivo que me llevó a usar este disfraz ante Patricia.

—¿Acaso nos conocemos de ayer, Erik?

Él se encoge de hombros tras arreglarse su larga melena. Aún no puedo creer que haya cambiado de sexo. Aún me cuesta acostumbrarme con su nueva apariencia.

—Patricia está muy decepcionada y su enfado podría durar más tiempo del

que tienes —me recuerda.

Una punzada de dolor en la cabeza me hace soltar un gemido por lo bajo. Cojo mis medicinas y las tomo con cierta impaciencia. Casi ya no tienen efecto en mí.

—La reconquistaré por otros medios, Erik.

Patricia está en la casa de sus padres.

—¡Sois tal para cual!

La madre de Patricia me llamó por teléfono y me dijo que su hija se pasa el día en su habitación abrazada al peluche de Snoopy que le regalé la última vez que la vi antes del maldito accidente.

—Por eso la amo —suelto y Alana resopla—, sino sería una más del montón.

No pienso desistir. ¡Soy Heinrich Holmberg! Lo tengo en la sangre, como suele decirme mi abuela, que vendió cosméticos de casa en casa antes de convertirse en la magnate de los maquillajes. Un Holmberg nunca desiste de sus propósitos. ¡Jamás!

—No descansaré hasta lograr su perdón —me digo a mí mismo—, aunque deba hacerlo desde el más allá.

Le envió ramos de tulipanes morados todos los días. Un peluche y una caja de bombones. Ella acepta todos mis regalos. Pero luego, las flores terminan en la iglesia de su ex pretendiente cura, que, según me dijo el investigador que la sigue día y noche por órdenes mías, ha vuelto a su antigua vocación. Patricia y él son muy buenos amigos.

—Los peluches los dona al orfanato de su pueblo junto con los chocolates —me comenta el investigador por teléfono y me cuenta más cosas antes de despedirse—, hasta luego, señor Holmberg.

No todos los chocolates, pienso divertido. La conozco muy bien como para saberlo. Mi hija entra en mi sala y me mira con profunda pena antes de acercarse. Me estrecha con afecto y cierta preocupación.

—Papá, falta cada día menos —me recuerda—. Tengo miedo.

Yo también tengo miedo.

—No quiero que sufras antes del tiempo, cariño.

Charlotte y mi nieta son el motor de mi corazón. Patricia es mi corazón. Ella llegó a mi vida dos años después de mi accidente y cambió mi historia para siempre. Laura, la hija de la cocinera, madre de mi hija, le confesó sobre nuestra aventura cuando éramos adolescentes. Pero ella nunca me dijo que se había quedado embarazada. Mi padre, el imbécil que me dio la vida, le pagó muy bien para que se alejara de mí y resolviera el tema de su embarazo. Ella nunca tocó un solo centavo de aquel dinero, dinero que mi hija heredó cuando cumplió sus

dieciocho años. Pero ella solo usó un poco de su patrimonio, comprando dos boletos de avión para venir junto a mí con mi nietita.

—¡Opa!

Sarah grita al verme y yo la cojo en brazos. La lleno de besos y ella protesta.

—¡Barba no!

Llevo una semana sin rasurarme la barba. Parezco mayor de lo que soy en realidad. Tengo unas ojeras pronunciadas y adelgacé unos cinco kilos estos últimos días.

—Hoy le haré una serenata —anuncio—, contraté a la orquesta sinfónica más cara del país.

Mi hija sonrío.

—Para algo debe servir tanto dinero —me mofo y ella ríe de buena gana—, Dios, Patricia usurpó mi cuerpo.

A las ocho de la noche, con un tulipán morado entre las manos, llego a la casa de Patricia como he acordado con sus padres. Mis cómplices. La orquesta se prepara para tocar la banda sonora de su película favorita: *One day*. Todo el vecindario sale a mirarnos, incluso sus padres y su abuela, pero ella no. Patricia no se asoma a la ventana. No me da ninguna señal. Ni siquiera me derrama un cubo de agua. Nada. Aquello es malo. Muy malo.

—Lo siento —me dice su madre desde la galería—, es una cabezota.

Con el corazón encogido, dejo caer el tulipán en el suelo y me alejo del lugar a cámara lenta mientras la orquesta sigue tocando la dulce melodía. Oculto mis manos en mis bolsillos con un dolor agudo en el pecho.

—Te amo —digo con lágrimas en los ojos—, pero ya no tengo tanto tiempo para demostrarte cuánto —me detengo y miro hacia la habitación de Patricia—, haré una última locura, mi amor —sonrío—, cumpliré uno más de tus deseos.

Días después, llamo a un viejo amigo que trabaja en CNN y le pido un espacio en su programa. Llamo a Paloma tras colgar, que me mira boquiabierta. Sé que estoy distinto físicamente, pero por dentro, sigo siendo el mismo. El Bollito que amaba los bollos.

«Ama» me corrijo. Hoy en día como sano y practico ejercicios. Caso contrario, volvería a subir de peso fácilmente.

Le cuento mi gran idea, mi gran acto de desesperación por lograr que Patricia me perdone. Necesito que me perdone antes de... en fin.

—Iré a verla y encenderé la televisión a la hora del programa —me dice—, ¿no me descontarán el salario por salir en horario de trabajo?

La miro con expresión seria.

—Ganarás el doble y te ascenderé —le digo con firmeza—, soy el maldito dueño.

Mi afirmación la hace parpadear varias veces consecutivas.

—¡Sí, jefe!

Todos en la empresa me miran raro, como yo cuando me vi por primera vez en el espejo tras las cirugías. No me reconocía. No sabía si aceptarme o no. Estoy tan distinto incluso del Nahuel que fui en el pasado. Lo del sobrepeso es lo de menos. Los kilos me los gané tras la muerte de mi hermana. Encontré en la comida consuelo y gané ochenta kilos a lo largo de los años. Con el accidente los perdí, pero también mi identidad, de cierta manera.

—Todo saldrá bien —me anima Paloma.

Asiento antes de salir de la sala rumbo a mi último intento.

—Todo está listo —me dice Alana en el estudio del canal—, ¡ve a por ella!

Me meto en el set de grabaciones. Mi amigo, Manuel Hernández, me saluda y me presenta como uno de los empresarios más jóvenes y exitosos del momento. Tras saludarlo con un fuerte apretón de manos, me siento a la mesa y empieza a entrevistarme. Primero, nos metemos en el pasado, en el doloroso pasado.

—Aquella tragedia cambió para siempre mi historia —digo con un enorme nudo en el pecho—, dicen que con el tiempo uno supera el dolor, pero es mentira, uno solo se acostumbra a él. Lo lleva como un estigma en el alma. Vayas dónde vayas él va contigo. Él vive contigo —Sandra irrumpe mi mente y agita todo mi ser—, ella vive en mí, en mis recuerdos y en mi corazón.

Mi hermana llevaba años muerta, tantos como yo. Porque respirar no siempre es sinónimo de estar vivo.

—Lo siento mucho —me dice Manuel—, fue una gran pérdida.

Asiento, pero no agrego nada más. Luego, tras abrir viejas heridas, nos adentramos en la empresa y en mi famosa abuela, la emperatriz de hielo, que de hielo nada tiene. Le cuento algunas de sus anécdotas cuando fue vendedora ambulante. Nadie puede dar crédito a lo que afirmo. Pero es la única verdad. Mi abuela empezó de muy abajo y terminó muy arriba, casi cerca de las estrellas. Trabajó mucho para ser quién era.

—Sé que este tema es muy doloroso —me dice él con sumo cuidado—, pero muchos de nuestros telespectadores no saben que el famoso nieto de la dama de hierro de los cosméticos Holmberg ha sufrido un terrible accidente.

Aquello me toma desprevenido y aún más, los vídeos que pasan en la pantalla que se encuentra a un lado de la mesa. En ellos, aparezco vendado. Haciendo esfuerzos inhumanos para volver a ser el mismo de antes. Mis ojos se

agrandan y mi corazón se achica ante las escenas más duras de mi vida.

—Según me dijeron, los médicos te daban por muerto —apostilla Manuel—, hasta que un día, tu mejor amigo, te hace escuchar unos audios que una mujer muy especial te había dejado en tu buzón de mensajes.

Mis ojos se nublan lentamente. ¿De qué está hablando? Miro hacia mi amigo con ojos interrogantes. Erik ladea la cabeza en un gesto de suspicacia. ¿Por qué no me acordaba de aquel detalle?

—¿Quién es ella?

Una lágrima se me escapa y la seco con el dorso a toda prisa, pero no la suficiente como para que los telespectadores no la vean. De pronto, evoco el día que Patricia apareció en mis sueños y me pidió que volviera.

Yo estaba en un puente en ruinas cuando la vi a lo lejos. Ella gritaba mi nombre bajo una torrencial lluvia. Al inicio, no sabía quién era. Ni siquiera sabía quién era yo. Ella cruzó todo el valle sombrío con los pies descalzos y me alargó la mano al otro lado del puente. Miré hacia abajo y vi cómo el pavimento de piedras se iba rompiendo bajo mis pies. Ella lloraba a lágrima vida. Lloraba con toda el alma.

—No me dejes, Nahuel.

Cuando dijo mi nombre, algo en mí se encendió. Mi alma.

—¿Patricia?

Ella asintió.

—Soy yo, mi amor.

«Mi amor. Mi amor. Mi amor».

Erik me hizo escuchar día tras día aquel audio.

—Te amo, Nahuel.

El día que Patricia me dijo «te amo» abrí los ojos de par en par.

—Ella me ama —digo para mis adentros—, Patricia me dijo que me amaba...

La voz de Manuel me saca de mis recuerdos de golpe. Bebo un sorbo de agua antes de responderle con la única verdad que existe. La banda sonora de la película *One day* suena de fondo y no puedo evitar emocionarme. Mi amigo pensó en todo. Cierro los ojos y luego los abro, dispuesto a hacerla entender que sin ella nada soy.

—Es la mujer de mi vida —digo con el alma a mis pies—, la mujer que resucitó mi alma —mis ojos se llenan de lágrimas—, por ella volví de la muerte.

Manuel me mira con profundo dolor mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas sin tapujos.

—Antes de conocerla, era un hombre triste y sin alma. Vagaba por el

mundo sin identidad, sin saber qué o quién era en realidad.

Cojo aire.

—Mi hermana fue asesinada por los secuestradores que nuestro padre contrató, él se suicidó y mi madre hizo lo mismo tiempo después —confieso uno de los tantos secretos de mi familia—. Para completar, mi esposa murió tiempo después —Ángela invade mi mente y agita mi corazón—. En aquel entonces, hui del dolor lo más lejos posible y abandoné a mi abuela en medio de su martirio — el aire apenas llegaba a mis pulmones—. Era un pobre infeliz que nunca conoció la felicidad hasta que ella, Patricia Aguilera, llegó a mi vida y me dio una razón para seguir respirando.

Todo el país estará conmocionado ante mis declaraciones. La prensa amarillista me perseguirá hasta el infinito. Pero necesitaba abrirme, dejar libre a aquellos que ya no estaban a mi lado. Y, ante todo, lograr el perdón de Patricia.

—Ella cambió los matices de mi historia —me seco las lágrimas con un pañuelo que Manuel me ofrece—. Lo siento mucho, Patricia —digo mirando hacia la cámara—, no quise herirte con mis mentiras —una punzada en la cabeza me hace cerrar los ojos con fuerza—, solo quería ser el hombre de tus sueños — aprieto con fuerza los dientes—, quería que conocieras al verdadero Nahuel, y por eso no te dije la verdad —todo empieza a darme vueltas—, nada justifica lo que hice, lo sé, pero lo único verdadero en mi vida, fuiste y siempre serás tú — hago una pausa para respirar hondo— y, aunque muera, nunca podré olvidarte, Bollita. Eres la mujer de mis sueños, la única que amé con toda el alma —me tambaleo—, tú eres mi alma.

Pierdo el equilibrio y termino en el piso. Un fuerte zumbido en los oídos me ensordece y algo empapa mi boca, pero no sé qué es al cierto. Sale de mi nariz a chorro. Manuel grita, pero su voz no me llega. Alana aparece y me sostiene entre sus brazos. Abro mucho los ojos, pero no consigo decir una sola palabra. Todos se mueven a mi alrededor, pero ningún sonido me llega.

—No consigo respirar —digo.

Cierro los ojos cuando las fuerzas me abandonan y digo en un susurro:

—Patricia, te amo.

Patricia

Dieta 33

Dieta mediterránea

Domingo

Desayuno:

Leche desnatada.
Tostadas integrales con aceite de oliva y fiambre. Mandarina.

Almuerzo:

Yogurt desnatado con grosellas frescas. Kiwi.

Comida:

Ensalada mixta. Lasaña de espinacas.
Pudín bajo en azúcar.

Merienda:

Batido de cacao.

Cena:

Crema de zanahoria y calabaza. Caballa a la plancha.

Cojo un bombón de la caja y lo meto en la boca con voracidad. He subido cinco kilos estos días. Si sigo así, pronto será como antes. Pero, si os digo la verdad, no me importa en lo absoluto. Tras Nahuel y Heinrich no pretendo enamorarme nunca más.

—Hablo de ambos como si fueran dos —me digo tras meter otro bombón en la boca—, son dos.

Pienso en mi dulce Nahuel y luego en mi misterioso jefe. ¡Vaya combinación! Me pongo pensativa. Me recuerda a la peli de Jim Carrey: Irene, yo y mi otro yo.

—Siempre quise hacer un trío —susurro—, eres rara, Patricia Aguilera. ¿Tendrás otra personalidad también?

Nombre de la película: Patricia, él y su otro él.

—Estás loca.

Cojo el mando a distancia de la televisión y busco algo para ver. En uno de los canales está dando «Casper» y me detengo para verla. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando él le cuenta a Kat su secreto.

—Nahuelsper —digo, sollozando—, mi fantasmita alemán.

Me abrazo a Snoopy con fuerza y, por primera vez, en cinco años, noto que hay algo dentro de él. Frunzo el entrecejo y busco la cremallera que tiene en la parte baja. Anteriormente emitía un ruido, pero lo apretujé tanto al inicio que ya no funcionaba. Deslizo la cremallera y me encuentro con un papel doblado en varias partes. Lo retiro y lo desdoble con cierta impaciencia.

—Es mi letra —digo, atónita—, es la lista que hice al universo —añado, totalmente boquiabierta—. ¿Nahuel la cogió el día que la lancé al cubo de basura?

Empiezo a leer la lista de diez cosas que anhelaba con toda el alma cuando era niña:

- 1) *Ser delgada.*
- 2) *Vivir una gran historia de amor.*
- 3) *Andar en bicicleta por París.*
- 4) *Bailar bajo la lluvia.*
- 5) *Curar una grave enfermedad.*
- 6) *Ser protagonista de una gran y confusa historia de amor.*
- 7) *Recibir una declaración de amor en vivo y en directo en una gran cadena de televisión.*
- 8) *Petición de casamiento con un zapato rojo entre manos en lugar de un anillo.*
- 9) *Casarme en primavera en mi pueblo.*
- 10) *Ser mamá antes de los cuarenta años.*

Lloro con amargura al evocar el día que la escribí, con Leticia, a pocos días de su muerte. Me abrazo al peluche con todas mis fuerzas, lapso en que Paloma entra en mi habitación como alma que lleva el diablo. Me saluda con dos besos y coge el mando a distancia de la televisión. Busca un canal específico, ya que pulsa el número del mismo. Confundida, la miro por unos instantes, hasta que, escucho la voz grave y ronca de mi Heinrich. Miro perpleja la pantalla y luego a mi amiga.

—Pensé que mi primo bromeaba —me dice y se sienta a mi lado—, me dijo que nuestro delicioso jefe estaba en la televisión. ¡En CNN nada menos!

Fijo mis ojos en la pantalla y miro embobada a Heinrich, que acaba de sentarse a la mesa del programa de Manuel Hernández en CNN. Guapo como ninguno, el muy desgraciado. Pantalones negros, camisa negra y chaqueta negra. Pelo rapado, piel canela y mirada triste, muy triste. Empiezan a hablar. Él está muy nervioso, sus manos lo delatan. Hablar de sí mismo y ante millones de personas no es fácil para alguien como él, para alguien que incluso inventó un personaje para huir de su propia realidad. Me pongo en posición de Buda con Snoopy entre los brazos y miro atenta al hombre que amo con toda el alma. Puede que no lo perdone jamás, pero nunca dejaré de amarlo. A los dos. A Nahuel y a Heinrich. ¡Vaya lío sentimental!

—Ni las novelas turcas, ni las mexicanas podrían contra mi historia —susurro.

Esbozo una sonrisa de lado al evocar lo que le dije la última vez que nos vimos. Me sentía tan estúpida, que le afirmé, con toda seguridad, que sabía quién era él en realidad. ¡Mentirosa! Ni en sueños imaginé algo remotamente similar. Aún sigo sin creer que Nahuel, mi Bollito, es en realidad, mi delicioso jefe.

«Mi delicioso Bollito» me dice mi otra yo. Enarco una ceja.

—Esa voz en mi cabeza empieza a preocuparme.

La voz de mi amiga me saca de mi trance sin sentido.

—Madre mía —susurra Paloma tras de mí—, este hombre se está abriendo para miles de personas.

Quise decirle millones, ya que CNN es mundial, pero me limito a asentir. Ladeo la cabeza y me fijo en los gestos de Nahuel. Frunce el ceño y aprieta con fuerza los dientes. ¿Le duele algo? ¿Le molesta la invasión del periodista? Cuando éste le pregunta por la mujer que lo salvó de la muerte, mis lágrimas se hacen presentes.

—Y entonces llegó ella a mi vida —dice con la voz apagada—, y cambió los matices de mi historia —se seca las lágrimas con un pañuelo que le ofrece el entrevistador—. Lo siento mucho, Patricia —dice, mirando hacia la cámara y robándome un profundo sollozo—, no quise herirte con mis mentiras —todo mi cuerpo vibra—, solo quería ser el hombre de tus sueños —lo eres, pienso—, quería que conocieras al verdadero Nahuel, y por eso no te dije la verdad —me levanto y toco su cara con la mano—, nada justifica lo que hice, lo sé, pero lo único verdadero en mi vida, fuiste y siempre serás tú.

Lloro con toda el alma.

—Y, aunque muera, nunca podré olvidarte, Bollita.

¿Muera? ¿Qué me quiere decir con eso? ¿Qué se esconde detrás de esa

declaración? Mi corazón se rompe en mil pedazos.

—Eres la mujer de mis sueños, la única que amé con toda el alma —se tambalea de un lado al otro—, tú eres mi alma.

Se desploma en el piso de golpe y la sangre que pierde por la nariz le mancha la barbilla y parte del cuello. Suelto un grito de susto mientras en el canal todos lo rodean y gritan. Interrumpen la transmisión de manera inmediata.

—Dios mío —digo entretanto Paloma se acerca y me sostiene por los hombros—, llévame hasta él. ¡Necesito verlo!

Paloma me mira con profundo dolor.

—¡Vámonos! —grito y ella al fin arranca.

Salimos de la casa como alma que lleva el diablo. No recuerdo cómo llegamos hasta el hospital donde internaron a Nahuel. Su hija me ve y se acerca a toda prisa.

—¿Cómo está? —le pregunto, anegada en lágrimas, — dime que está bien, Charlotte.

Ella niega con la cabeza y yo pierdo el equilibrio, cayéndome de rodillas ante ella. Charlotte se acuclilla delante de mí y me pide que la mire. No puedo controlar el llanto. No puedo siquiera respirar sin sentir dolor.

—Mi padre te necesita fuerte, Patricia.

Un gemido de dolor se me escapa de lo más hondo de mi ser.

—Necesitan operarlo o morirá.

Levanto la cabeza y la miro a través de mis pestañas humedecidas por el dolor y la desesperación.

—¿Qué tiene?

Charlotte me explica que a su padre le detectaron un aneurisma cerebral meses atrás.

—A menudo, la rotura de un aneurisma cerebral se produce en la zona entre el cerebro y los tejidos delgados que recubren el cerebro —me explica ella y yo la miro con atención—. Este tipo de accidente cerebrovascular hemorrágico se denomina «hemorragia subaracnoidea».

Ella es médico, por cierto.

—¿Es peligroso?

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sí, Patricia.

La rotura de un aneurisma se convierte en una amenaza para la vida rápidamente y requiere el tratamiento médico inmediato. Cosa que Nahuel postergó para venir aquí y conquistarme siendo él mismo, siendo Heinrich Holmberg y no Nahuel, mi Bollito.

—Él temía no superar la operación o no quedar bien —me explica

Charlotte—, por eso vino al país, para reconquistarte.

La mayoría de los aneurismas cerebrales no presentan roturas, no crean problemas de salud y no causan síntomas. A menudo, dichos aneurismas se detectan durante pruebas que se realizan para otras afecciones, me explica ella con un enorme nudo en la garganta.

—¿Puedo verlo?

Ella asiente tras enjugarse las lágrimas con un pañuelo. Se incorpora y luego me ayuda. Me lleva hasta una de las tantas enfermeras y le dice que anhelo ver a su padre. La mujer de unos cuarenta años asiente y me lleva hasta la habitación de Nahuel.

—Está sedado —me advierte.

Asiento antes de entrar en el cuarto. Nahuel está durmiendo profundamente. La enfermera se acerca y con una jeringuilla coloca el fármaco en el suero. Mis ojos se llenan de lágrimas al evocar los días que estuve alejada de él, en lugar de disfrutarlo.

«Estúpida sin corazón» me digo con rabia. Nahuel trató por todos los medios decirme la verdad oculta detrás de su mentira, pero yo, orgullosa, no le di la oportunidad de explicarme nada. Cuando la enfermera sale, me acerco a la camilla y lo miro con amor infinito. Lo amo con toda el alma. Amo a mi Bollito y a mi jefe. Los amo a ambos. Tal cual son. Recuesto la cabeza contra su pecho y lloro, lloro con todo mi ser. Una mano posa sobre mi cabeza y me saca de mi trance lloroso. Levanto la misma y miro a Nahuel con ojos de cordero degollado.

—Bollita —me dice con sus pocas fuerzas—, lo siento mucho, mi amor.

«Mi amor» resuena en mi cabeza y agita cada terminación nerviosa existente en mi cuerpo.

—Mi amor —le digo, sollozando con amargura—, perdóname por no haberte escuchado.

Él sonrío de lado y me pellizca el corazón.

—Perdóname —me dice con la voz algo débil—, por no haber sido sincero contigo —lloro con desconsuelo—, pero quería que conocieras al verdadero Nahuel.

Le doy un beso en los labios y lo empapo con mis lágrimas. Jadeamos con cierto nerviosismo. Me coge de la cabeza y profundiza el beso. Luego se aparta de mí y me mira con magnitud.

—Patricia Alejandra Aguilera —dice con voz seria—, mi cenicienta XL —no puedo controlar el llanto—, ¿te casarías conmigo?

Un gemido de dolor agudo se me escapa al escucharlo.

—Nahuel...

Él me mira con ojos implorantes.

—Es primavera —menciona—, no es en tu pueblo, pero...

La puerta se abre y entran mis padres.

—Estamos aquí, hija.

Tras de ellos están mi abuela, Paloma, su primo, Alana, Charlotte, Sarah, mi ex pretendiente cura y la poderosa emperatriz de hielo, la abuela de Nahuel.

—¿Necesitas a alguien más, mi amor? —me pregunta él.

Niego con la cabeza sin dejar de llorar un solo segundo. Charlotte se acerca con una caja de zapatos. Todo mi cuerpo vibra ante la fuerte y desgarradora emoción que me embarga en este preciso instante.

—¿Bollita?

Miro a Nahuel con ojos soñadores. Él me mira expectante y con cierta melancolía. Alargo la mano y cojo la suya sin dejar de llorar un solo segundo.

—Quiero ser tu esposa, Bollito.

Con la ayuda de Alana, Nahuel se sienta en la cama.

—Soy Erik —me dice ella—, ¿me recuerdas?

Paloma casi traga su lengua ante la impresión.

—Hola, cariño —le dice él o ella—, tras estar contigo supe que quería ser mujer —le guiña un ojo—, no lo tomes a mal...

Mi amiga abre mucho los ojos y la boca. Si fuera un dibujo animado, los ojos saldrían de su cara y girarían en el aire junto con su lengua. Mi madre se aproxima a mí y me coloca su viejo velo de novia en la cabeza, un gesto que me roba un profundo sollozo. Charlotte se reclina y me coloca los zapatos de tacón de color rojo sangre. Nahuel pensó en todo.

—Son perfectos —dice ella con una sonrisa.

El cura del pueblo se pone su estola y se acerca con su biblia mientras un hombre bien trajeado entra en la habitación. Es el funcionario del registro civil, me dice Nahuel. Lo miro por unos segundos y luego miro al hombre con el mismo deje. Nahuel me dice que solo había dos caminos, él sí y el no. Una sonrisa carente de humor ensancha mis labios.

—Y por fortuna, fue un sí, mi amor.

Trato de controlar el llanto, pero me es imposible hacerlo.

—Permiso —dice Charlotte y coge un violín.

La banda sonora de la película: «*One day*» empieza a sonar y mi corazón empieza a llorar. Es lo más romántico que jamás pensé vivir en toda mi vida.

Hermoso.

Tierno.

Dulce.

Dramático.

Inolvidable.

Y triste, muy triste. Siento que me estoy despidiendo de él, de mi Bollito. La cirugía puede salvarlo como también no. Mi madre me alarga un ramo de tres tulipanes morados con un lazo blanco en los tallos.

—Dios, estás hermosa, amor mío —me dice Nahuel, con ojos melosos.

Acaricio su rostro con mi mano derecha.

—¿Qué puedo decir de ti, mi amor?

Entrelazamos nuestras manos y nuestras miradas. No tengo un vestido adecuado, pero al menos uno que me gusta, pienso al divisar mi atuendo. Antes de salir de la casa, me puse lo primero que encontré. El vestido que Nahuel me regaló en París.

—Te amo, Bollita.

—Te amo, Bollito.

El padre comienza a leer el pasaje bíblico favorito de mamá: Corintios 13: «*El amor verdadero*».

—Sólo el amor vive para siempre —dice mi ex pretendiente—. Hay tres cosas que son permanentes; la confianza en Dios —apretujo su mano con vigor y él me devuelve el gesto con la misma fuerza—. La seguridad de que él cumplirá su promesa..., y el amor —el padre nos mira con fijeza—, de estas tres cosas, la más importante es el amor...

A continuación, recitamos nuestros votos matrimoniales:

—Yo, Patricia Alejandra Aguilera, te tomo a ti, Heinrich Nahuel Holmberg —la voz se me estremece—, como mi esposo y prometo serte fiel, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad —lo miro con intensidad—. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Nahuel me mira con mucha ternura antes de recitar sus votos.

—Yo, Heinrich Nahuel Holmberg, te tomo a ti, Patricia Alejandra Aguilera —sonríe emocionado—, como mi esposa, y prometo serte fiel, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad —le miro con ojos soñadores—. Amarte y respetarte, todos los días de mi vida.

Una lágrima recorre su mejilla derecha mientras las mías encharcan mi cara. No puedo controlar mi llanto. No quiero hacerlo. Ya no.

—¿Los anillos? —pregunta el padre.

—Aquí tiene —dijo la abuela de Nahuel—. Hola, cariño —me saluda con dos besos.

Me ruborizo y sonrío algo desencajada. Me siento una pulga a su lado. Ella exhala poder por todos sus poros. La miro y no puedo creer que mi Bollito sea su nieto. Y menos en las veces que hablé mal de ella con él. Lo miro con expresión severa y él enarca una ceja al deducir por mi expresión lo que estoy pensando. Apretuja mi mano y me derrito como un cubito de hielo en una taza

humeante de cacao.

—Patricia Alejandra Aguilera, recibe este anillo como signo de mi amor y mi fidelidad... —dice Nahuel—. Amor de mi vida.

Cojo el otro anillo con manos temblorosas.

—Heinrich Nahuel Holmberg, recibe este anillo como signo de mi amor y mi fidelidad... —le digo al borde del precipicio—. Mi amor, mi mundo, mi todo.

Suspiramos hondo, intercambiando una mirada un tanto entristecida. No quiero pensar en nada más que en este momento. Me niego a pensar en otra cosa.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dice el padre—. Oremos a Dios porque estos hermanos, que hoy se unen en matrimonio, alcancen la felicidad en esta vida y en la otra... —mi alma se despega de mi cuerpo ante lo último que dice—. Los declaro marido y mujer.

Un beso largo y apasionado sella nuestro enlace mientras nuestra canción oficial suena de fondo a manos de mi hijastra.

—Te amo, Patricia.

—Te amo, Nahuel.

Siempre creí en los cuentos de hadas y siempre, siempre soñé con vivir uno. Un día, mientras fuera llovía de manera desapacible, conocí a Nahuel, el chico más dulce y amable del mundo. La amistad nació y luego el amor. ¡Era imposible no amarlo! Alguien entra en la sala. Es su médico.

—Llegó la hora, señor Holmberg.

Nahuel y yo nos besamos con mucha pasión, anegados en lágrimas y con el alma a nuestros pies. Podía ser la última vez y aquello nos desmoronó por completo.

—Te amo —le digo sin parar—, vuelve, aún no hemos consumado nuestro matrimonio —se ríe entre lágrimas—, no me dejes, Bollito —le suplico, llorando a lágrima viva.

Salimos de la habitación.

—Más allá de la muerte —me dice mi marido—, te amo, Patricia. ¡Te amo! —grita y me rompo un poco más.

Camino a su lado sin poder controlar el llanto.

—Te amo, Nahuel.

Le doy un beso en los labios antes de que cruce la puerta rumbo a la sala de operaciones.

—Más allá de la muerte, Bollito.

Lo último que vi aquel día, fue su dulce mirada de amor, de amor infinito. Nunca podré olvidarla mientras viva.



Epílogo

Dieta 34

Cómo y cuándo beber agua con limón para perder peso:

5 limones

1 litro de agua

Lava muy bien los limones y extrae el zumo
(guárdalo que no lo necesitarás para esta infusión).

Hierve el litro de agua y cuando esté en ebullición agrega las cáscaras de limón y
déjalo hervir 10 minutos más.

Bébela tibia o fría durante una semana,
un litro diario y conseguirás asombrosos resultados.

Desayuno:

Puedes preparar un té de limón
y endulzarlo con stevia, en lugar de con azúcar.

Comida:

Tomar dos vasos de este preparado de limón
y comer un plato de ensalada de zanahorias,
tomate, berro y dos rodajas de piña,
o pechuga de pollo a la plancha con limón.

Cena:

Tomar dos vasos de la mezcla de limón,
y preparar un plato de arroz integral con huevo hervido
y una pera de postre.

Meses después...

El cielo es de un azul intenso y las pocas
nubes que veo son similares a unos trozos
de algodón. Diviso el hogar de las personas
que parten con ojos nublados y el corazón en un puño. Desvío la mirada y me
encamino hacia la tumba de mi alma gemela con pasos vacilantes. Mis lágrimas
recorren mis mejillas y posan sobre los tulipanes morados que escogí traer hoy.
No eran sus flores favoritas, nunca supe cuál era su favorita.

—No tuvimos tiempo para esos detalles —digo, anegada en lágrimas—.
Algún día, en el cielo, me contarás más de ti.

Me detengo y observo el sitio con ojos entristecidos. ¿Nunca te detuviste a
mitad de camino y te pusiste a leer las tumbas? ¿O las fotos? Las pocas veces
que vengo, suelo hacerlo antes de llegar a mi destino. Me pregunto de qué
murieron o si fueron felices mientras vivieron.

—Patritósteles —me mofo y prosigo mi camino—, la filosofía siempre fue
mi materia favorita en el instituto.

De pronto, evoco el día que una mujer me llama y me comenta sobre lo
que Nahuel había hecho meses antes de su cirugía.

—¿Ha hecho eso?

*Ella me explica que mi marido dejó todo listo para que conciba a nuestro
hijo o hijos, dependiendo de la suerte de la fertilización in vitro. Antes de mis
cuarenta, cumpliré lo último de mi lista.*

—Su marido ha pensado en todo, señora Holmberg.

«Señora Holmberg» repito al volver al presente con un enorme, abismal e
intragable nudo en la garganta. Me arreglo el chal de encaje negro cuando llego a
la tumba de mi ser más querido. Me arrodillo y limpio la lápida con un pañuelo
húmedo. Recorro cada letra de su nombre con el dedo y lloro, lloro como el
primer día de su muerte.

—¿Por qué te fuiste?

Me recuesto sobre la lápida y lloro con toda el alma.

—Te echo mucho de menos... —me descontrolo—, mucho más de lo que

soy capaz de soportar —las copas de los árboles se mecen—. Te necesito.

Deposito el ramo en el florero de mármol negro y luego enciendo una vela. Rezo unos minutos, evocando mis mejores momentos a su lado mientras vivió.

—Nunca te olvidaré mientras viva.

Alguien posa su mano en mi hombro y yo coloco la mía sobre la suya.

—Pueden pasar mil abriles —digo, llorando—, pero nunca, nunca podré olvidarla.

Mi marido se arrodilla a mi lado y me mira con amor infinito.

—Lo sé, mi amor.

Nos sentamos sobre el césped que rodea la tumba de mi hermana gemela y observamos la foto de ella con una sonrisa triste. Leticia murió cuando apenas tenía doce años. Un día, cayó enferma y jamás volvió a levantarse. Murió mientras yo retornaba de la escuela. De donde salí cuando escuché su voz en mi cabeza. Ella se fue junto a mí aquel día, fue a despedirse de mí.

—La vi durante mi cirugía —me dice Nahuel sin apartar la vista de la foto—, estaba a punto de cerrar los ojos en aquel sitio cuando la vi y me pidió a grito pelado... —sonríó mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas—, que volviera y te cuidara.

Alarga la mano y me toca la cara con ternura.

—En realidad, me amenazó.

Suelto una risita por lo bajo.

—¡Esa es mi hermana gemela!

Mi delicioso marido me dirige una dulce mirada.

—Y volví —apunta—, el tercer día resucité de entre los muertos —se burla, a medias.

Nahuel estuvo tres días en coma tras la cirugía. Pensé morir de tristeza, pero, un día, me tocó la cabeza y me dijo que tenía hambre. Que moría por un bollo caliente y una buena taza de café con leche. Me reí y lloré al mismo tiempo antes de darle un profundo beso de amor.

—Debemos irnos, cielo —me dice tras otear su reloj de pulsera—, mi abuela es algo rígida con respecto a la puntualidad.

Es alemana de pura cepa, pienso con cierta picardía. Antes de levantarnos, miro a Nahuel con ojos soñadores. Mi apuesto marido lleva siempre ropas negras o grises. Pero, a veces, lleva unas camisas escocesas que me dejan sin aire en los pulmones.

—¿En qué piensas, mi amor? —me pregunta y me saca de mi trance de golpe—, apuesto que en lo que hicimos por la mañana.

Tras su recuperación, hacíamos el amor como dos locos. En cualquier

momento, en cualquier lugar. Nahuel incluso solía abandonar reuniones importantes solo para estar conmigo. ¡Era insaciable!

—Ajá, Bollito mío.

Suelta una carcajada cantarina que recorre todo el lugar y luego retumba en mi corazón.

—Muero por unos Bollitos —dice tras recomponerse—, he ganado veinte kilos desde la cirugía —apostilla algo preocupado—, ¿cuándo empezamos la dieta de la cáscara de limón? —rasca la barbilla con aire pensativo—, ¿y si engordo como antes? ¿Me amarás igual?

Miro su entrepierna con descaro.

—Gordito o no, tú sabes cómo seducirme, mi amor.

Suelta una carcajada cantarina.

—¡Eres terrible, Patricia Holmberg!

La vida a su lado es un sueño continuo. No es perfecta, en lo absoluto, pero es mágica y muy divertida. Ningún día a su lado es igual. No, al contrario, siempre hay sorpresas y grandes alegrías.

—¿El lunes? —le digo algo pensativa—. He engordado casi quince kilos —resoplo—, tal vez la dieta del pepino sería más apropiada —miro su bragueta—, ¿no?

Me da un beso en la boca.

—Gordimeo y Gordilieta han vuelto —se burla y me rio a mandíbula batiente—, y fueron gorditos para siempre...

Me abrazo a él con fuerza.

—¡Rodemos hacia la felicidad!

—¡Sí!

Un helicóptero aterriza en la finca que se encuentra delante del cementerio. Leo el apellido de mi marido en él y suelto una risita por lo bajo. ¡Eran tan ricos los condenados!

—Tengo todas las dietas que hemos hecho, mi amor —me dice con una sonrisa—, soy alemán, me gusta anotar todo.

Y ordenar todo, pienso con malicia. Nahuel es el rey del orden y yo del desorden. Él ama el rock y yo el pop. Le gusta la literatura seria y a mí las comedias románticas. Pero, en la cama somos almas gemelas. ¡Salvajes e insaciables!

—¿Por qué sonríes, cariño? —me pregunta mientras nos acercamos al helicóptero—, ¿en nuestra gran pelea por la mañana?

Nahuel y yo no discutíamos mucho, pero, cuando lo hacíamos, era a lo grande. Discusión XL.

—No puedo creer aún que hayas rasgado mi camión de la suerte —le

digo con expresión ladina.

Él me atrapa entre sus brazos y me da un beso muy inquietante.

—No escuché quejas —se burla.

Al contrario, cuando rasgó mi camión y me puso de espaldas a él contra el escritorio, pensé morir de excitación. Cuando Nahuel deja a Heinrich fuera, pierdo por completo la razón. Es una mezcla peligrosa entre el rey león y el gatito con botas.

—No veo la hora que me poseas de nuevo, señor Holmberg.

Me muerde el labio inferior y luego hace lo mismo con el superior.

—Y yo de cumplir su deseo, señorita Aguilera.

Y allí está de nuevo, mi delicioso exjefe, actualmente, mi exquisito marido. Nos subimos al helicóptero entre risas y besos y nos dirigimos a la mansión de su abuela.

—¡Mis amores! —nos saluda con su peculiar chispa—, bienvenidos.

Nos besa y nos abraza como si fuera la última vez.

—He invitado a tus padres y a tu abuela —me dice tras apartarse de mí—, y a tu amiga Paloma.

Paloma y Jonás, socio de Heinrich, un hombre de cuarenta y dos años, de dos metros de altura, ojos muy azules, rubio como el sol y de pelo muy largo, están saliendo hace un par de semanas. Pronto se casarán. ¡Eran almas gemelas! ¡Mi amiga al fin encontró a su vikingo!

—Hoy hace seis meses que se casaron y, para conmemorarlo, preparé esta cena.

—¡Oma! ¡Opa! —chilla Sarah al vernos.

Las mujeres normales suelen tener menopausia precoz, pero yo no, soy abuela precoz.

—¡Hola, mi amor! —grito y la cojo en brazos—, besito a Oma.

Sarah me da muchos besos y luego Charlotte, actual nieta de mis padres, que la tratan como si tuviera tres años.

—Hola, cielo.

—Hola —me dice ella y me da un beso—, estás muy guapa.

Mi madre, que lleva un vestido animal print y mi abuela que parece una cebra, aparecen en el comedor junto con mi padre, que lleva una corbata que combina con el vestido de mi madre. Bueno, la elegancia no es el fuerte de mi familia, claro está.

—Hoolaaa —saluda el primo de Paloma—, hola, bombón —le dice a mi marido—, con tripina o sin ella, sigues siendo el hombre más atractivo del planeta.

Nahuel se tensa, siempre se tensa cuando lo tiene cerca.

—Pero ya estoy comprometido —dice con un puchero.

Andrew aparece y le coge de la mano. Me mira con una sonrisa radiante en los labios. Le guiño un ojo en señal de complicidad.

—Unos bollos más al día y pronto tendrá una preciosa barriguita —dice José y todos nos echamos a reír.

Alana llega y le da un beso a José.

—Estás divina, loca —le dice y él le da un apretón en la nalga—, ¡no seas lesbiana!

Todos nos echamos a reír una vez más, menos Nahuel que los mira con el entrecejo fruncido.

—Nuestro mundo no sería igual sin ellos —le digo y él me mira con cara de Heinrich—. Dios, deja de mirarme así o te llevaré a la habitación, señor Holmberg.

—Eres terrible, Bollita —se mofa y me da un beso acto seguido.

Teodora, jefa de la cocina, llega con su actual pareja, el chófer de Nahuel. La estrecho y le digo que está muy guapa.

—Gracias, Patricia.

Allí están todas las personas más importantes de este cuento de hadas. Las que formaron parte de su escritura.

—Me cambiaré —anuncio.

Nahuel y yo subimos a nuestra habitación sumidos en besos. De pronto, la canción de Sade: *Smooth operator* empieza a sonar a todo volumen. Ambos nos miramos con asombro y luego giramos nuestros rostros hacia atrás de manera monocrorde.

—No hay apuro en que bajéis —nos dice la abuela de Nahuel—, es tu día de ovulación, cariño.

Todos levantan los pulgares hacia arriba y sonríen con picardía. Nahuel y yo nos miramos por unos segundos antes de echarnos a reír a carcajadas.

—¡Será un placer! —grita y me coge en brazos—. Señorita Aguilera, está usted muy guapa hoy.

Me muerdo el labio inferior con lascivia.

—Gracias, señor Holmberg.

Se detiene y se pone muy pensativo. Lo miro con cierta preocupación. Tras la cirugía de aneurisma, siempre estoy muy alerta a todos sus movimientos.

—¿Quieres viajar a París, mi amor?

Levanto ambas cejas en un acto reflejo.

—Me encantaría, mi amor.

Nahuel baja las escaleras y dice cantarín:

—¡Nos vamos a París!

Todos nos siguen hasta el jardín iluminado con majestuosidad por la luna. Se vuelve y balanceo mi mano en el aire a modo de despedida.

—¿Eres feliz, señora Holmberg?

Quiero decirle que soy la señora Bollito, pero me limito a asentir.

—Como nunca imaginé serlo, mi amor.

Bajamos las escaleras y nos encaminamos hacia el coche. Durante el viaje al aeropuerto, Nahuel llama y pide que le preparen el avión particular, lapso en que mi móvil timbra. Cojo la llamada y todo mi mundo se vuelca ante lo que escucho. Tras colgar y sin abandonar mi deje, suspiro hondo. Nahuel no nota mi cambio.

—Te amo, Patricia.

Alargo mi mano y le acaricio la mejilla con ternura.

—Y yo a ti, mi amor.

Me pregunta quién me había llamado y le digo que fue la doctora Schneider. Él me mira con ojos muy melosos al tiempo que deslizo mis manos en mi tripa.

—Oh, Dios mío —me dice con lágrimas en los ojos.

Tras el tercer intento de la fertilización in vitro, al fin logramos quedar embarazados. Las lágrimas anegan mi rostro en pocos segundos. No consigo controlarlas.

—Seremos papás, mi amor —le digo con la voz entrecortada—, estamos embarazados...

Nahuel llora sin tapujos ni vergüenza.

—¡Te amo! —me grita y me besa con mucha pasión—, ¡para! —brama al chófer tras apartarse—, ¡vuelve a casa, Tomás!

Acuno su rostro encharcado en lágrimas entre las manos y lo miro con mucha devoción.

—Te amo, Nahuel.

Y así, antes de mis cuarenta años, me convierto en mamá de Alicia y Leticia.

Índice

[Dieta 1](#)

[Dieta 2](#)

[Dieta 3](#)

[Dieta 4](#)

[Dieta 5](#)

[Dieta 6](#)

[Dieta 7](#)

[Dieta 8](#)

[Dieta 9](#)

[Dieta 10](#)

[Dieta 11](#)

[Dieta 12](#)

[Dieta 13](#)

[Dieta 14](#)

[Dieta 15](#)

[Dieta 16](#)

[Dieta 17](#)

[Dieta 18](#)

[Dieta 19](#)

[Dieta 20](#)

[Dieta 21](#)

[Dieta 22](#)

[Dieta 23](#)

[Dieta 24](#)

[Dieta 25](#)

[Dieta 26](#)

[Dieta 27](#)

[Dieta 28](#)

[Dieta 29](#)

[Dieta 30](#)

[Dieta 31](#)

[Dieta 32](#)

[Dieta 33](#)

[Dieta 34](#)

[Otras obras de la autora](#)

Otras obras de la autora



El disfraz de una mentira (1)

El disfraz de una mentira (2)

Dos almas y un secreto

Dudas del alma

Un príncipe a mis 30

Un príncipe a mis 35

No me olvides

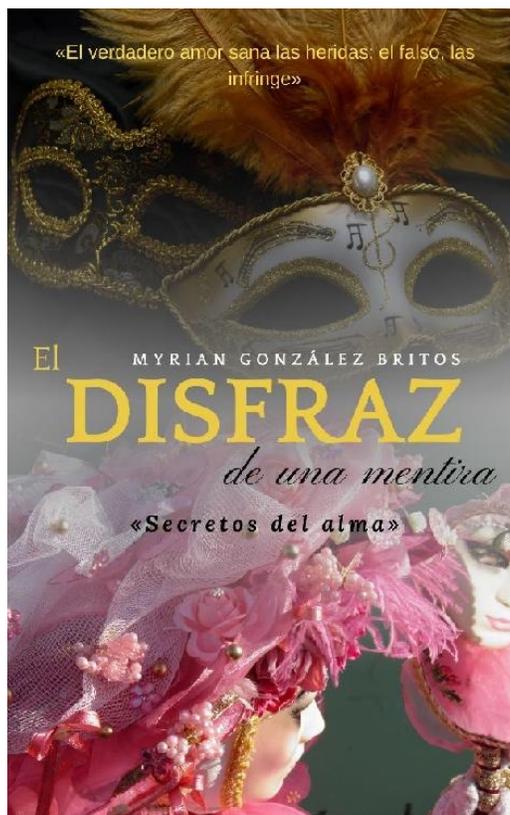
Siempre te extrañare

Secretos de sangre

Alguien como tu

Dulce destino

Esclava de un nazi



¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad.

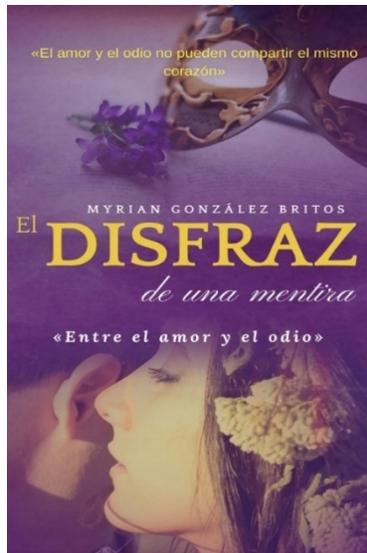
En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad.

Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable.

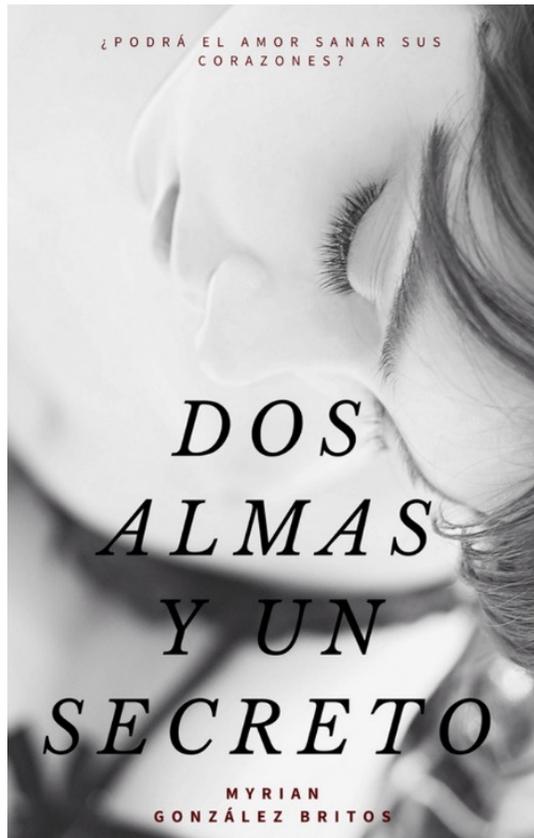
Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman.

Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor.

El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. ¿verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su vida. El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino. ¿La venganza será su salvación o el amor



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también.

Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar.

Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida. Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

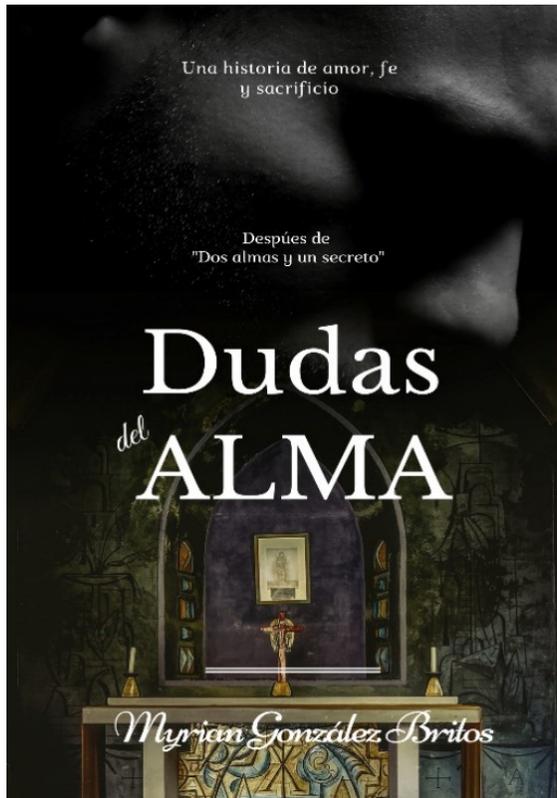
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?



«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

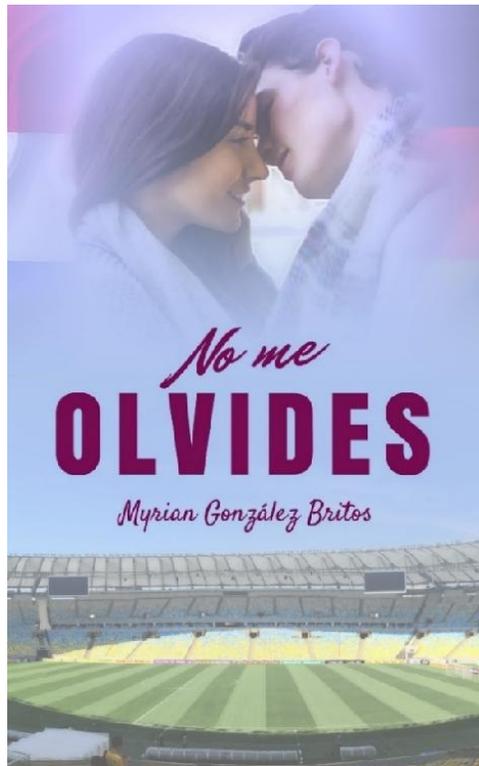
¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

Una historia conmovedora, que pondrá a prueba incluso tu propia creencia.



Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa.

Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retornará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre.

Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?



Volver a la vida no era una tarea sencilla para Paula Bellini y Nicolás Ricci. Ambos habían sido privados de su libertad por aquellos que menos esperaban.

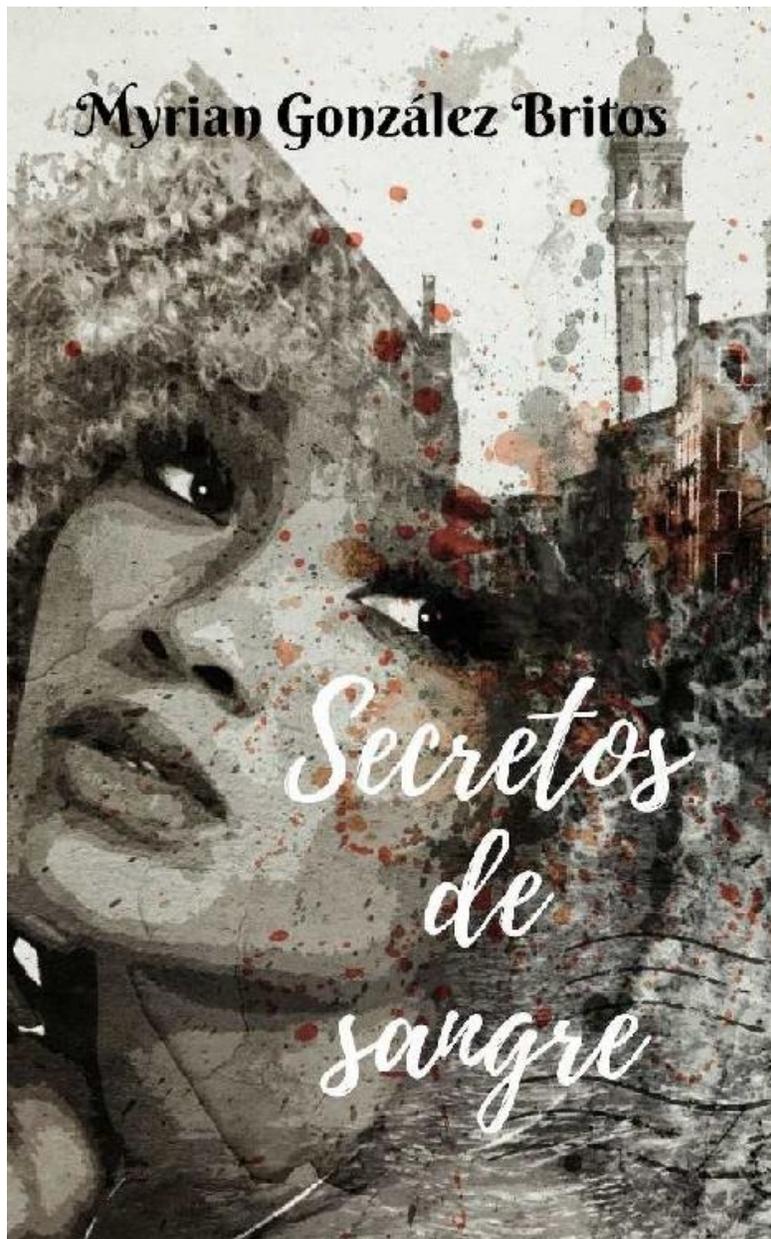
Cuando Paula llegó a la vida de Nicolás, a través de sus sueños, algo renació en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Soñar con alguien que nunca había conocido?

Paula llevaba años haciéndose la misma pregunta, soñaba despierta con él desde su adolescencia, conocerlo en persona fue la magia que necesitaba en su vida.

El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

Una sanación que no esperaban, un milagro que no creían posible.

«El amor iluminó sus abismos».



«La peor batalla siempre la libra el corazón»

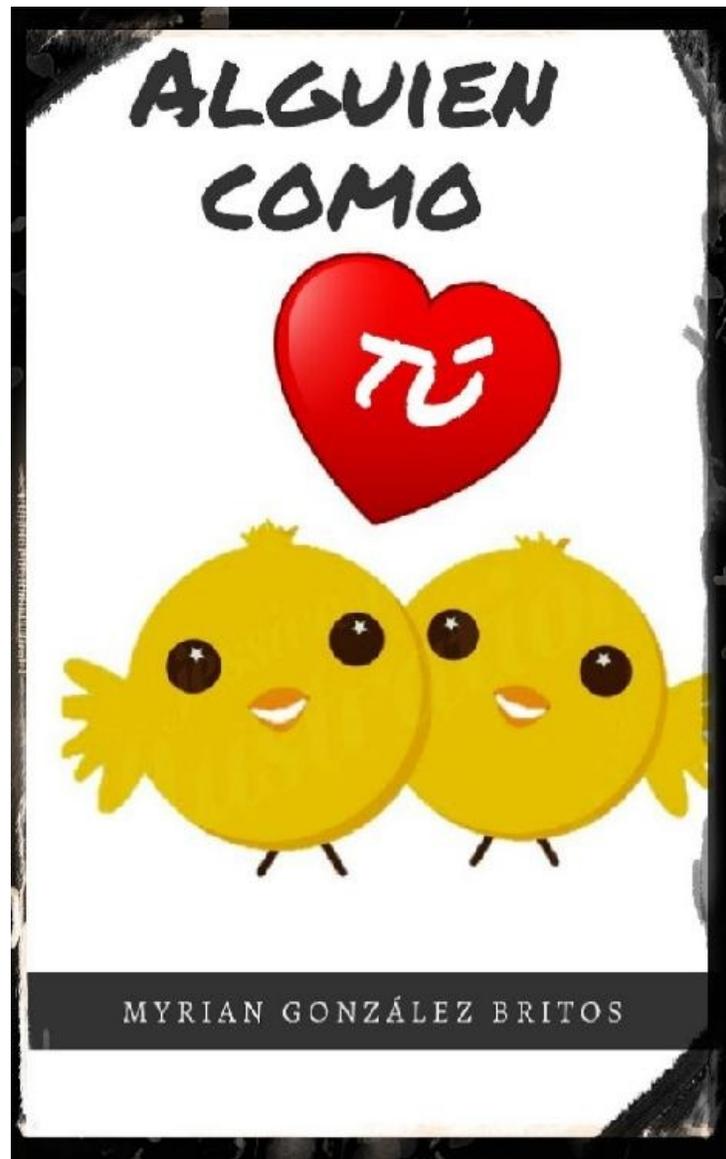
La bella y tímida pastora judía Giovanna Bianco paseaba todas las mañanas por los valles de su pueblo con sus ovejas y su fiel perro. Ser hija de una judía nunca fue un problema para ella, hasta que se desató la guerra.

Paul Bachmann era un atractivo e inmovible capitán nazi, cuya misión en Italia era clara hasta que conoció a la inocente pastora y todo cambió.

Un sentimiento desconocido nació en su duro pecho y cambió su destino para siempre.

Les unía el amor y también un secreto. ¿Podrán vencer los obstáculos impuestos por la guerra?

Una novela que desatará una dura batalla en tu corazón.



Elena creía en las segundas oportunidades, a pesar de todo lo que había sufrido a lo largo de su vida. Huyó de su pueblo y decidió reconstruir su historia lejos de los malos recuerdos.

Cierta tarde, vio a su nuevo vecino y pensó perder la cordura ante semejante dios mítico. Nunca sintió tanta atracción por alguien, pero con un pequeño defecto: era gay.

Alan tenía el corazón roto tras el inesperado y duro divorcio. Reconstruir su vida no sería una tarea simple y menos sin trabajo. Todo iba mal en su vida hasta que conoció a Elena, su vecina. Verla se le hizo vital. Era la mujer perfecta, pero con un pequeño fallo: era lesbiana.

Una confusión que los llevará a cometer grandes y divertidas locuras, mientras el amor comandaba en secreto sus corazones.

¿Quieres formar parte de este dulce gallinero?



«La peor deficiencia del ser humano es la incapacidad de amar».

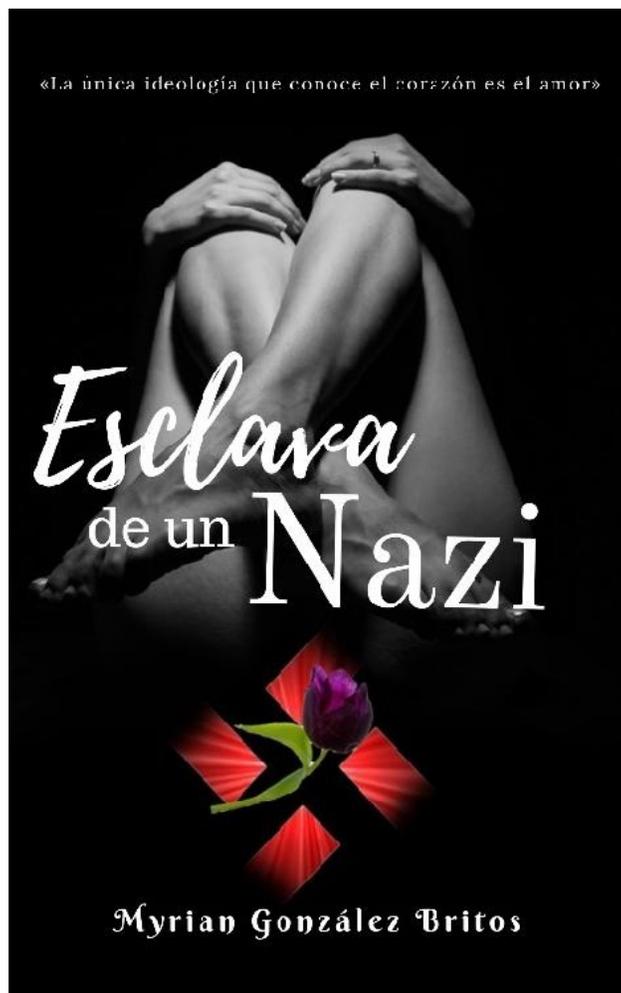
Beatriz Aquino decide aceptar la propuesta laboral del señor Weber, dueño de la granja Dulce destino. Necesita el dinero para abrir su propia clínica en el futuro.

En aquel lejano pueblo, conoce a Daniel Schmidt, un hombre cuya belleza angelical y ternura la cautivan desde el primer día que lo conoce.

La bella veterinaria descubre con el tiempo que Daniel sufre de una discapacidad intelectual leve, un aspecto que, en lugar de alejarla, la acerca más y más a él.

La amistad se convierte en algo más, en algo mucho más fuerte y toda diferencia queda soterrada bajo ese sentimiento.

¿Podrá el amor vencer la barrera impuesta por los prejuicios?



El 30 de enero de 1933, Hitler es nombrado el jefe del gobierno alemán y muchos alemanes creen que han encontrado al salvador de la nación. Mientras tanto, en el bucólico pueblo de Blankenstein, el humilde jardinero, Sebastián Ackermann, llega a la vida de la caprichosa judía, Lya Rubinstein, para doblegar su corazón y su propio orgullo.

Entre peleas, disputas, bromas y muchos besos, viven una intensa historia de amor prohibida, hasta que, un mal entendido cambia el destino de sus almas.

Sebastián y Lya toman caminos distintos sin lograr olvidar el pasado.

Él se alista a las SS y ella vuelve a Berlín tras su repentina boda. La vida se transforma en un laberinto sin salida para ambos.

Una segunda oportunidad surge en medio del caos, pero, el orgullo, una vez más, comanda la razón de Lya y todo toma otro rumbo.

Herido, el joven capitán de las SS decide vengarse de ella en la primera ocasión que surge y la convierte en su esclava, en esclava de un nazi. ¿Podrá el amor vencer la peor batalla de sus vidas? ¿Podrá el perdón curar sus heridas más profundas?

Una trepidante historia de amor y sacrificio, donde la única ideología es la que conoce el corazón.